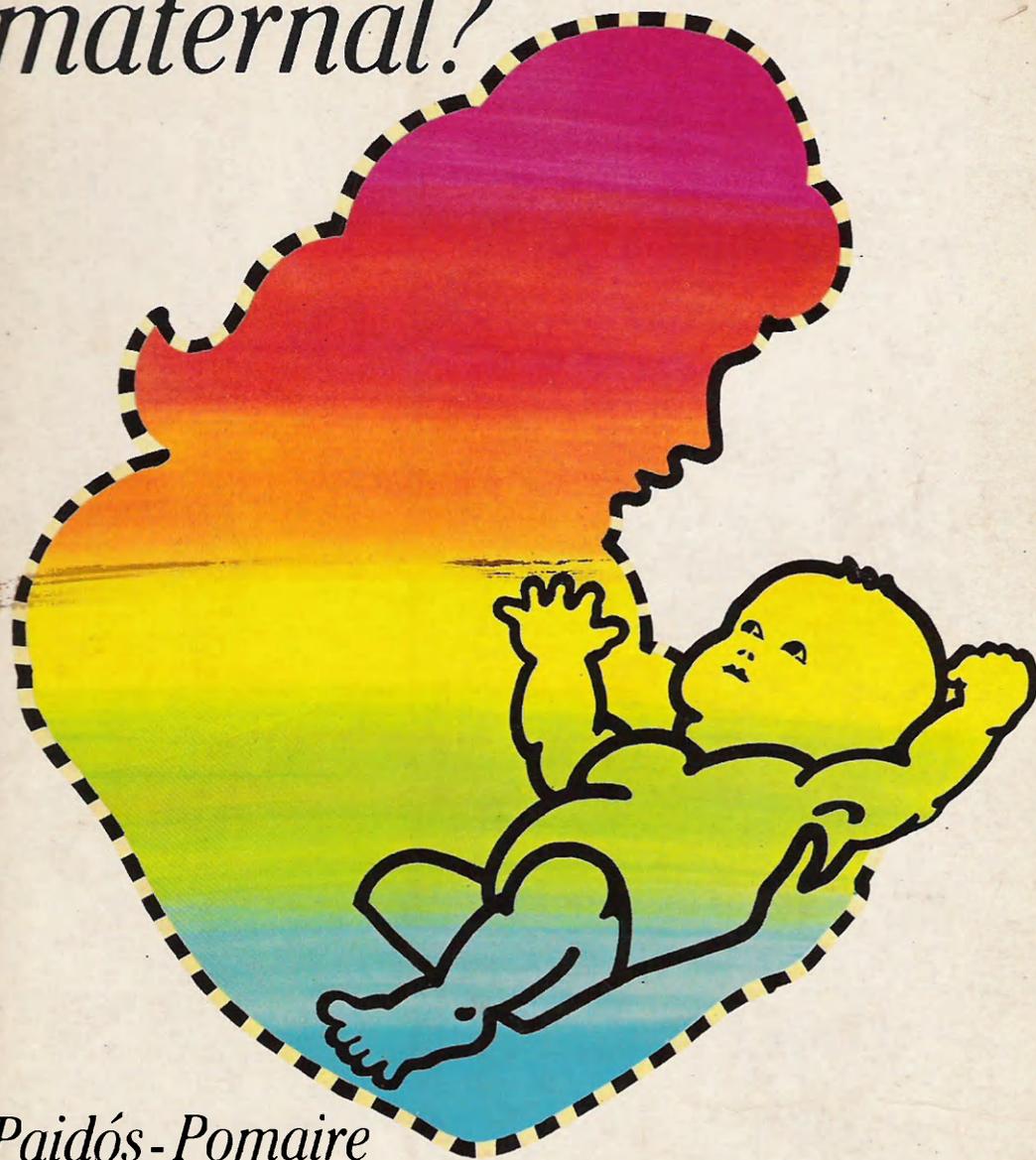


E. Badinter
Existe el amor
maternal?



Paidós-Pomairé
Colección
Padres e Hijos



*El libro de la profesora Badinter que presentamos a los lectores de habla castellana ha conocido varias ediciones en su versión original (con el título —ya famoso— de *L'amour en plus*) y ha originado una importante y apasionada controversia.*

Este es un libro polémico y hay muchos motivos que lo explican.

¿Es el amor maternal un instinto innato que proviene de una "naturaleza femenina" o se debe a un comportamiento social e histórico que varía según épocas y costumbres? Esta es la cuestión central que se aborda en el libro y que subyace a toda interrogación sobre la naturaleza del instinto maternal. La respuesta de E. Badinter, su investigación, pone en cuestión el punto de vista convencional según el cual tal instinto existe y es una necesidad arraigada en toda mujer. El libro plantea también una serie de cuestiones que afectan a aspectos cruciales de la vida cotidiana de hombres y mujeres contemporáneos: ¿Es el amor maternal un comportamiento arraigado universalmente en la mujer que se activa automáticamente al convertirse ésta en madre? ¿Hay que considerar "anormales" a aquellas madres —como, entre otras, las de la Francia urbana del siglo XVIII— que ignoran este "instinto"? ¿Cuál es la función del amor paternal en la crianza y educación de los hijos?

El amor maternal es un sentimiento humano. Y es, como todo sentimiento, incierto, frágil e imperfecto. Contrariamente a las ideas que hemos recibido, tal vez no esté profundamente grabado en la naturaleza femenina.

Colección PADRES E HIJOS

Títulos publicados:

1. W. Badinter *¿Existe el amor maternal?*
2. H. Frédéric y M. Malinsky *Martín, el niño que pegaba a su madre*
3. F. Dolto *Tener hijos / 1 ¿Niños agresivos o niños agredidos?*
4. M. A. S. Piaski *El desarrollo de la mente infantil según Piaget*
5. F. Dolto *Tener hijos / 2 ¿Tiene el niño derecho a saberlo todo?*

ELISABETH BADINTER

¿EXISTE EL AMOR MATERNAL?

Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX

Paidós / Pomaire
Barcelona

Título original: *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVII^e - XX^e siècle)*, Flammarion, París, 1980.

Traducción de Marta Vassallo

Cubierta: Rolando / Memelsdorff Diseñadores

1.^a edición castellana, 1981

© 1980, Flammarion, París.
© de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.;
Mariano Cubi, 92; Barcelona-21; Tel. 200 01 22.

Coedición PAIDOS / POMAIRÉ

Editor Asociado: JUAN GRANICA

ISBN: 84-7509-063-X y 84-286-0653-6

Depósito legal: B-19.941/1981

Compuesto en Tecfa;
Pedro IV, 160; Barcelona.

Impreso en Gráficas Porvenir;
Lisboa, 13; Barberà del Vallés

Impreso en España - Printed in Spain

Indice

Prefacio	11
I — EL AMOR AUSENTE	15
Capítulo 1. El largo reinado de la autoridad paterna y marital	17
Capítulo 2. La condición del niño antes de 1760	38
Capítulo 3. La indiferencia materna	65
II — UN VALOR NUEVO: EL AMOR MATERNAL	117
Capítulo 4. Alegatos en favor del niño	121
Capítulo 5. La nueva madre	165
III — EL AMOR POR LA FUERZA	197
Capítulo 6. El discurso moralizante heredado de Rousseau, o «Sofía, sus hijas y sus nietas»	201
Capítulo 7. El discurso médico heredado de Freud	248
Capítulo 8. Las distorsiones entre el mito y la realidad	279
¿El paraíso perdido o reencontrado?	309

AGRADECIMIENTO

Este libro es resultado de un seminario de dos años de duración que tuvo lugar en la Escuela Politécnica. Lo cual significa que debe mucho a la paciencia y al humor de mis alumnos. A ellos, pues, les dedico esta obra, que generamos juntos durante tanto tiempo.

Prefacio

1780: El lugarteniente de policía Lenoir constata no sin amargura que sobre los veintiún mil niños que nacen por año en París, apenas mil son criados por sus madres. Otros mil, privilegiados, son amamantados por nodrizas en la casa paterna. Todos los demás pasan del seno materno al domicilio más o menos lejano de una nodriza a sueldo.

Son muchos los niños que morirán sin haber conocido nunca la mirada de su madre. Quienes regresen unos años más tarde a la casa familiar descubrirán a una extraña: la que los dio a luz. Nada prueba que esos reencuentros hayan sido vividos gozosamente, ni que la madre les haya dedicado una atención doble para saciar una necesidad de ternura que hoy nos parece natural.

Cuando leemos las cifras del lugarteniente de policía de la capital no podemos dejar de plantearnos algunas preguntas. ¿Cómo explicar este abandono del bebé en un momento en que la leche y los cuidados de la madre representan para él una mayor posibilidad de supervivencia? ¿Cómo explicar semejante desinterés por el niño, tan opuesto a nuestros valores actuales? ¿Todas las mujeres del Antiguo Régimen actuaron así? ¿Por qué razones la indiferente del siglo XVIII se transformó en la madre-pelicano de los siglos XIX y XX? Este cambio de actitudes maternas, que contradice la difundida

idea de un instinto propio tanto de la hembra como de la mujer, es un fenómeno curioso.

Hemos concebido durante tanto tiempo el amor maternal en términos de instinto, que de buena gana creemos que se trata de un comportamiento arraigado en la naturaleza de la mujer cualquiera sea el tiempo y el espacio que la rodean. Creemos que al convertirse en madre la mujer encuentra en ella misma todas las respuestas a su nueva condición. Como si se tratara de una actividad preformada, automática y necesaria que sólo espera la oportunidad de ejercerse. Como la procreación es natural, nos imaginamos que al fenómeno biológico y fisiológico del embarazo debe corresponder una actitud maternal determinada.

No tendría sentido procrear si la madre no concluyera su obra garantizando hasta el fin la supervivencia del feto y la transformación del embrión en individuo acabado. Esta creencia resulta corroborada por el empleo ambiguo del concepto de maternidad que remite tanto a un estado fisiológico momentáneo, el embarazo, como a una acción a largo plazo: la crianza y la educación. En última instancia la función maternal estaría cumplida sólo en el momento en que la madre logra por fin que su hijo sea adulto.

Desde esta óptica, nos cuesta explicar los fallos del amor maternal, como esa frialdad y esa tendencia al abandono que aparecen en la Francia urbana del siglo xvii y se generalizan en el xviii. Se han buscado muchas justificaciones económicas y demográficas a este fenómeno que los historiadores han comprobado de manera fehaciente. Es otro modo de decir que el instinto vital prevalece sobre el instinto maternal. A lo sumo, se reconoció que es un instinto maleable, y tal vez posible de sufrir eclipses.

Esta concesión suscita cantidad de preguntas: ¿qué clase de instinto es éste que se manifiesta en unas mujeres sí y en otras no? ¿Hay que considerar «anormales» a quienes lo ignoran? ¿Qué pensar de una conducta patológica que afecta a tantas mujeres de condiciones diferentes y que se prolonga durante siglos?

Hace más de treinta años una filósofa, S. de Beauvoir, cuestionó el instinto maternal. Otro tanto hicieron psicólogos y sociólogos, en su mayoría mujeres. Pero como esas mujeres eran feministas, simulamos creer que su motivación era más militante que científica. Muchos fueron los que en lugar de discutir sus trabajos ironizaron

sobre la esterilidad voluntaria de la primera y sobre la agresividad y virilidad de las segundas.

En cuanto a los estudios sobre las sociedades «primitivas», nos cuidamos muy bien de extraer las lecciones necesarias. ¡Están tan lejos esas sociedades, son tan pequeñas, tan arcaicas! El hecho de que en algunas de ellas el padre sea más maternal que la madre, o de que las madres sean indiferentes y hasta crueles, no ha modificado verdaderamente nuestra visión de las cosas. No hemos sabido o no hemos querido aprovechar esas excepciones para poner en tela de juicio nuestras propias normas.

Es cierto que de un tiempo a esta parte los conceptos de instinto y de naturaleza humana están desprestigiados. Si nos ponemos a observar de cerca, resulta difícil encontrar actitudes universales y necesarias. Dado que los mismos etólogos han renunciado a hablar de instinto cuando se refieren al hombre, los intelectuales se han puesto de acuerdo para arrojar ese término al cajón de basura de los conceptos. Así que el instinto maternal ya no es un concepto admitido. Sin embargo, desechado el término, la vívida noción de la maternidad que conservamos está próxima a confundirse con el antiguo concepto abandonado.

Por mucho que reconozcamos que las actitudes maternas no remiten al instinto, siempre pensamos que el amor de la madre por su hijo es tan poderoso y tan generalizado que algo debe haber sacado de la naturaleza. Hemos cambiado de vocabulario, pero no de ilusiones.

En este sentido, nos hemos visto confortados especialmente por los estudios de los etólogos respecto del comportamiento de nuestras primas hermanas, las hembras de los monos superiores, para con su cría. Hay quienes creyeron poder sacar de esos estudios conclusiones respecto de las actitudes de las mujeres. Como esos monos se parecen tanto a nosotros, había que deducir que éramos como ellos...

Algunos aceptaron este parentesco con buen talante, tanto más cuanto que al reemplazar el concepto de instinto (abandonado ahora a los monos) por el de amor maternal, aparentaban alejarse de lo animal. El sentimiento materno aparece como menos mecánico o automático que el instinto. Nuestro orgullo de humanoides se vio así satisfecho, y no reparamos en la contrapartida, que es el carácter contingente del amor.

En realidad, la contradicción nunca fue mayor. Abandonamos el instinto por el amor, pero seguimos atribuyéndole a éste las características de aquél. En nuestro espíritu, o mejor dicho en nuestro corazón, seguimos concibiendo el amor maternal en términos de necesidad. Y a pesar de las intenciones liberales, experimentamos siempre como una aberración o como un escándalo a la madre que no quiere a su hijo. Estamos dispuestos a explicarlo todo y a justificarlo todo antes que admitir el hecho en su brutalidad. En el fondo de nosotros mismos, nos repugna pensar que el amor maternal no sea indefectible. Tal vez porque nos negamos a cuestionar el carácter absoluto del amor de nuestra propia madre...

La historia de la conducta maternal de las francesas de cuatro siglos a esta parte no es muy reconfortante. No sólo presenta una gran diversidad de actitudes y calidades de amor sino también prolongados períodos de silencio. Tal vez haya quienes digan que las declaraciones y las conductas no revelan en su totalidad el fondo del corazón, y que queda algo inefable que se nos escapa. Nos vemos tentados de contestarles con la frase de Roger Vailland: «No existe el amor, existen las pruebas del amor». Cuando las pruebas faltan ¿por qué no extraer entonces las consecuencias?

El amor maternal es sólo un sentimiento humano. Y es, como todo sentimiento, incierto, frágil e imperfecto. Contrariamente a las ideas que hemos recibido, tal vez no esté profundamente inscrito en la naturaleza femenina. Si observamos la evolución de las actitudes maternas comprobamos que el interés y la dedicación al niño se manifiestan o no. La ternura existe o no. Las diferentes maneras de expresar el amor maternal van del más al menos, pasando por nada o casi nada.

Convencidos de que una buena madre es una realidad entre otras, nos hemos echado a buscar diferentes figuras de la maternidad, incluidas aquellas que rechazamos en la actualidad, probablemente porque nos asustan.

Primera parte

EL AMOR AUSENTE

Para estudiar la evolución de las actitudes maternas y tratar de comprender sus razones, no basta con atenerse a las estadísticas de la mortalidad infantil o a los testimonios de unos y otros. La madre en el sentido corriente del término (es decir, una mujer casada y que tiene hijos legítimos ¹), es un personaje *relativo* y *tri-dimensional*. Relativo porque no se concibe sino en relación con el padre y el hijo. Tri-dimensional porque además de esa relación doble la madre es también una mujer, esto es, un ser específico dotado de aspiraciones *propias*, que a menudo no tienen nada que ver con las de su marido ni con los deseos del niño. Toda indagación sobre las conductas maternas debe tener en cuenta estas diferentes variables.

Así que resulta imposible evocar a uno de los miembros de la microsociedad familiar sin hablar de los otros dos. La relación triangular no es solamente un hecho psicológico, sino también una realidad social.

Las respectivas funciones de padre, madre e hijo son determinadas por las necesidades y los valores dominantes de una sociedad dada. Cuando el faro ideológico ilumina solamente al hombre-pa-

1. Para mayor comodidad en el análisis, nos dedicaremos especialmente a esta situación conyugal clásica, dejando de lado a la viuda y a la madre no casada.

dre y le otorga todos los poderes, la madre ingresa en la sombra y su condición se asocia a la del hijo. En cambio, cuando la sociedad se interesa en el niño, en su supervivencia y en su educación, el foco enfoca a la madre que se convierte en el personaje esencial en detrimento del padre. En un caso o en otro, su conducta cambia respecto del niño y del marido. La mujer será una madre más o menos buena según que la sociedad valore o desprecie a la maternidad.

Pero más allá del peso de los valores dominantes y de los imperativos sociales, hay otro factor no menos importante que se perfila en la historia de la conducta materna. Este factor es la sorda lucha entre los sexos, que durante mucho tiempo se tradujo en el dominio de un sexo sobre el otro. El niño desempeña una función esencial en este conflicto entre el hombre y la mujer. A quien lo domine y lo tenga en su campo le cabe la esperanza de prevalecer cuando la sociedad le otorgue ventajas. Mientras el niño estuvo sometido a la autoridad paterna, la madre hubo de conformarse con desempeñar funciones secundarias en la casa. Según las épocas y las clases sociales, la mujer padeció esas funciones o sacó ventaja de ellas para huir de sus obligaciones como madre y emanciparse del yugo del marido.

En cambio, si el niño es objeto de la ternura de la madre, la esposa prevalecerá sobre el marido, al menos en el seno de la familia. Y cuando el niño sea consagrado Rey de la familia, a la madre se le exigirá, con la complicidad del padre, que se despoje de sus aspiraciones de mujer. Así es como sufriendo a pesar suyo la influencia de los valores masculinos, será la madre triunfante quien termine de modo más concluyente con las pretensiones autonomistas de la mujer, incómodas para el hijo tanto como para el marido. En este caso, y sin saberlo, el niño será aliado objetivo del hombre-padre. Pero no nos anticipemos...

El objetivo de la primera parte de este libro es situar a los personajes de la historia maternal y explicar por qué, durante un período que se prolongó durante dos siglos, la conducta de las madres osciló muy a menudo entre la indiferencia y el rechazo.

Hubiera sido injusto y hasta cruel atenerse estrictamente a la conducta de la madre sin explicar lo que la motivaba. Razón por la cual antes de abordar a la madre hemos de detenernos en el padre y en el niño, para observar las funciones que cumplía el primero y la condición que se le acordaba al segundo.

Capítulo 1

El largo reinado de la autoridad paternal y marital

Tan lejos como nos remontemos en la historia de la familia occidental, nos vemos confrontados con el poder del padre que siempre acompaña a la autoridad del marido.

Si nos atenemos a los historiadores y juristas, esta doble autoridad tendría su remoto origen en la India. En los textos sagrados de los Vedas, Aryas, Brahmanes y Sutras, la familia es concebida como un grupo religioso cuyo jefe es el padre. En tanto tal, tiene funciones fundamentalmente judiciales: está encargado de velar por la buena conducta de los miembros del grupo familiar (mujeres y niños), y frente a la sociedad es el único responsable de sus actos. De modo que su poder se manifiesta en primera instancia a través del derecho absoluto de juzgar y castigar.

Los poderes del jefe de la familia se encuentran prácticamente inalterados en la Antigüedad, aunque atenuados en la sociedad griega y acentuados entre los romanos. Ciudadana de Atenas o de Roma, la mujer conservaba durante toda su vida una condición de menor, que difería en poco de la de sus hijos ¹.

Para que las cosas cambiaran, al menos en teoría, hubo que

1. Cicerón (*Pro Domo*, 30) recuerda que el padre tenía sobre el hijo: derecho de vida o muerte, derecho de castigarlo a su antojo, de hacerlo flagelar, de condenarlo a prisión, y por último de excluirlo de la familia.

esperar la palabra de Cristo. Guiado por ese principio revolucionario que es el amor, Jesús proclamó que la autoridad paterna no estaba establecida en interés del padre sino en el del hijo, y que la esposa-madre no era su esclava sino su compañera.

Al predicar el amor al prójimo, Cristo ponía un freno a la autoridad, viniera de donde viniese. Fortaleció el compañerismo y por consiguiente la igualdad entre los esposos, e hizo del matrimonio una institución divina. De ese modo ponía fin al poder exorbitante del marido, a su facultad de repudiar a la mujer y a la poligamia.

El mensaje de Cristo era claro: marido y mujer eran iguales y compartían los mismos derechos y deberes respecto de sus hijos.

A pesar de que algunos apóstoles y teólogos oscurecieron con su interpretación el mensaje, hasta el punto de traicionarlo, la palabra de Cristo transformó parcialmente la condición de la mujer. En Francia y hasta fines del siglo XIII, la igualdad proclamada por la Iglesia se tradujo en una serie de derechos que le fueron otorgados a la mujer. Al menos a la mujer de las clases superiores ².

En la alta Edad Media el poder paternal se mitiga progresivamente, con mayor o menor rapidez según que nos situemos en el norte ³ (derecho consuetudinario) o en el sur de Francia (derecho romano). En el siglo XIII en el sur de Francia el padre todavía puede matar a su hijo sin gran perjuicio para sí, pero el poder paternal está moderado por la madre y por las instituciones que se inmiscuyen cada vez más en el gobierno de la familia. El desarrollo del derecho romano en Francia paralizará la influencia liberal de la Iglesia y del derecho canónico. A partir del siglo XIV los derechos económicos de la mujer han de reducirse como piel de zapa, hasta el punto de que dos siglos más tarde no le quedará ninguno de sus

2. La mujer tiene derecho a administrar su fortuna y alienar sus bienes sin el consentimiento de su marido, a plantear un litigio, a tener un feudo, a residir en la corte feudal. También tiene derecho a reemplazar a su marido en caso de enfermedad o de ausencia.

3. A partir del siglo XIII, en el norte de Francia el hijo puede apelar a los tribunales contra la severidad excesiva del padre. Claro que solamente en casos muy graves: «si con sus malos tratos el padre puso en peligro su vida, si le ha roto un miembro o se lo ha mutilado». En caso de que se reconozca su culpabilidad, el padre está condenado a pagar una multa.

antiguos derechos. Paralelamente, a partir del siglo xvi y hasta el xviii, la autoridad paterna cobrará renovado vigor, no solamente debido a la influencia del derecho romano sino también a la del absolutismo político.

Pero el mejoramiento de la suerte de la mujer bajo la influencia de la Iglesia alcanzó solamente a las clases superiores. El destino de las demás mujeres no era muy brillante. En los hechos, el marido conservaba el derecho de pegarle a su mujer, y a pesar de las palabras de Cristo sobre la inocencia infantil, la suerte de los niños era todavía peor que la de su madre. Demasiados intereses y discursos sofocaban el mensaje de Jesús. En el siglo xvii, el poder marital y paternal prevalecía en mucho sobre el amor. La razón era simple: la sociedad toda se fundaba en el principio de autoridad.

Había tres discursos que se entremezclaban y se apuntalaban para justificar el principio y los hechos: el de Aristóteles que demostró que la autoridad es natural, el de la teología que afirmó que la autoridad es divina, y por último el de los políticos que se remitían a esos dos discursos a la vez.

La herencia de Aristóteles

Aristóteles fue el primero en justificar, desde un punto de vista filosófico, la autoridad marital y paterna. Para comprender la realidad social y familiar del siglo xvii y sus fundamentos, es preciso volver por un momento a quien hasta entonces había sido tan plagiado.

El principio que sostenía toda su filosofía política se enunciaba así: la autoridad del hombre es legítima porque se funda en la natural desigualdad que existe entre los seres humanos⁴. Desde el esclavo carente de alma hasta el dueño de la *domus*, cada cual posee una condición particular que define su relación con los demás.

Contrariamente al esclavo, de quien todos los miembros de la familia podían «usar y abusar», el hijo del ciudadano era concebido como un ser humano y potencialmente libre. Imperfecto en la me-

4. *Política*, I.2: la naturaleza ha creado individuos aptos para mandar e individuos aptos para obedecer.

dida que está inconcluso, dotado al comienzo de una facultad de reflexión muy reducida, su virtud consiste en ser sumiso y dócil al hombre maduro a quien es confiado en cuanto termina su crianza.

En cuanto a la ciudadana, cualquiera sea su edad es esencialmente inferior al hombre. Desvalorizada desde el punto de vista metafísico, dado que encarna el principio negativo, la materia (en oposición al hombre que personifica la forma, principio divino sinónimo de pensamiento e inteligencia), se considera que la mujer desempeña una función secundaria incluso en la concepción⁵. Semejante a la tierra que ha de ser sembrada, su único mérito reside en ser un buen vientre. Como su capacidad de deliberación es débil, el filósofo deducía, lógicamente, que no era el caso de tener en cuenta su opinión. La única virtud moral que le reconocía era la de «vencer su dificultad para obedecer». Su honor estribaba en un «modesto silencio».

El marido la compraba, y ella era para él un bien entre otros. Su condición no difería prácticamente de la del niño antes de que, concluida la crianza, se le escapara.

La condición del Padre-Marido-Señor todopoderoso no se explica sino por su esencia. Es el ser que más activamente participa de lo divino, de modo que sus privilegios se deben a su calidad ontológica. Es «natural» que la más acabada de las criaturas tenga poder sobre los demás miembros de la *familia*, y esto de dos maneras: en virtud de su semejanza con lo divino, como «Dios tiene poder sobre sus criaturas»; en virtud de sus responsabilidades políticas, económicas y jurídicas, como «el Rey sobre sus súbditos».

La teología cristiana y los teóricos de la monarquía absoluta, han de retomar insistentemente estos dos temas aristotélicos.

La teología cristiana

A pesar del mensaje de amor y del discurso igualitario de Cristo, la teología cristiana, apoyándose en sus raíces judías, tuvo su

5. Aristóteles creía que los menstruos eran la materia a la que el esperma daba forma. De modo que sólo los hombres transmitían la inteligencia, virtud de la humanidad.

parte de responsabilidad en el fortalecimiento y justificación de la autoridad paternal y marital al invocar constantemente dos textos cargados de consecuencias para la historia de la mujer.

El primero de esos textos es el del Génesis ⁶. Evoquemos rápidamente los tres actos del drama.

Primer acto: la creación del hombre, que no bien salido de las manos de Dios llama a todas las especies animales creadas antes que él. Al verlo defraudado por no encontrar entre ellas a la compañera adecuada, Dios lo duerme, toma una de sus costillas y conforma a su alrededor un tejido de carne. Así nació la mujer ⁷.

Segundo acto: responsable del pecado, la mujer es la pérdida del hombre. Conocemos el discurso tentador de la serpiente que prometía a Eva ser semejante a Dios y conocer el Bien y el Mal. Ella comió el fruto y dio de él a Adán que no lo rechazó. Al reparar en la desobediencia de sus criaturas, Dios pidió cuentas a Adán, responsable ya de la pareja. La respuesta de Adán es lastimosa: «Fue Eva quien me lo dio y yo comí». En este episodio, la audacia, la curiosidad y la voluntad de poder están del lado de la mujer.

Tercer acto: las maldiciones. Todos recordamos las dos primeras, lanzadas contra Eva: «Agravaré tus trabajos y tu preñez, y parirás con dolor». Tal vez olvidamos la tercera, cargada de consecuencias durante decenas de siglos: «La pasión te llevará hacia tu esposo, y él te dominará». El concepto de pasión implica necesariamente las ideas de pasividad, sumisión y alienación que definen la futura condición femenina. Confirmado en su función de dominador, Adán fue condenado sólo a trabajar duramente y a morir como Eva.

De este primer texto primordial se desprenden una serie de consecuencias para la imagen y la condición de Eva. Más vulnerable a las tentaciones de la carne y de la vanidad, sus debilidades la hicieron culpable del infortunio del hombre. En el mejor de los casos, aparece como una criatura débil y frívola.

Pero algunos padres de la Iglesia han de agravar esta primera

6. Capítulos 2 y 3.

7. El hombre dijo: «ella es por una vez extracto de mis miembros y carne de mi carne. Será llamada Icha (varona, virago) porque ha sido tomada de «Ich».

imagen. Asimilada enseguida a la Serpiente misma, es decir, al Demonio tentador, Eva se convirtió en el símbolo del Mal. Esta idea se abrirá camino enseguida, y por tradición prevalecerá por sobre las palabras de Cristo.

A partir del siglo iv abundan las diatribas contra las mujeres, que les imputan una malignidad natural. Se remiten más o menos conscientemente a los textos de san Agustín que evocaba las condiciones negativas de la mujer: «Una bestia que no es firme ni constante, llena de odio, que alimenta maldades... es fuente de todas las discrepancias, querellas o injusticias ⁸».

Este era el vocabulario y las creencias habituales de los hombres simples respecto de las mujeres. Para convencerse de ello, basta con remitirse al texto que E. Le Roy Ladurie escribió al alborear el siglo xiv sobre el pequeño pueblo de Montaillou. Leemos allí que un marido trata a su esposa de cerda; otro, a pesar del afecto que siente por su hija, declara que la mujer es vil. Un tercero afirma que el alma femenina no puede ser admitida en el paraíso si no se reencarna antes en un hombre. El cuarto dice que las mujeres son demonios, etc. Por supuesto que esas cerdas y esos demonios podían recibir cuantos golpes se les quisieran dar. Apenas humanas, compartían la suerte de los niños.

El segundo texto que desempeñó una función histórica importante para la condición femenina fue la *Epístola a los Efesos* de san Pablo. En ella el apóstol desarrollaba una teoría de la igualdad que modificaba por completo el pensamiento de Jesús. El hombre y la mujer tienen, sí, los mismos derechos y los mismos deberes, decía san Pablo. Pero se trata de una igualdad entre gentes que no son idénticas, una igualdad que no excluye la jerarquía.

El hombre tiene que ser el jefe de la pareja, porque fue el primero en ser creado y dio nacimiento a la mujer. De modo que a él le corresponde el poder de mando. Aunque san Pablo añade que sus órdenes han de estar atemperadas por el amor y el respeto que debe a su mujer, aunque le reconozca a la mujer un poder de persuasión (simple poder retórico), en última instancia quien decide es el hombre. San Pablo resumió la relación de la pareja en una fórmula que tuvo éxito durante siglos: «El hombre debe amar a su

8. *Sueño de vergel*, libro I, cap. CXLVII. Véase también el célebre párrafo de Bertrand d'Argentré.

mujer como Cristo amó a su Iglesia, y la mujer debe comportarse como la Iglesia respecto de Cristo⁹».

Esta teoría tan contradictoria de la igualdad en la jerarquía debía desembocar necesariamente en la eliminación de uno de los términos. La imagen del padre y marido que ocupa el lugar de Cristo prevaleció sobre la igualdad que había proclamado el mismo Cristo. Su iniciador fue san Pablo, al recomendar: «Mujeres, sed sumisas a vuestros maridos, como al Señor... Hijos, obedeced a vuestros padres como quiere el Señor. Servidlos con temor y temblor... Servidlos afanosamente, como si sirvierais al Señor¹⁰».

De modo que en el Padre, en el Marido, estaban delegados los poderes de Dios. Aun mitigado por la ternura, su poder era absoluto, despótico. Como antes Aristóteles, san Pablo recomendaba a la esposa que observara una conducta adecuada a su inferioridad, es decir, la modestia y el silencio.

Fortalecidas por ese padrinazgo, las prescripciones de la moral eclesiástica subrayan hasta el siglo XVII la subordinación de la mujer a su marido. Leamos lo que escribía el gran predicador de Lyon, Benedicti: «Si la mujer quiere apoderarse del gobierno de la casa contra la voluntad de su marido cuando él se lo prohíbe por alguna razón, *peca*, porque no debe hacer nada en contra de su marido a quien está *sometida por el derecho humano y el divino*¹¹». Y más adelante: «La mujer henchida de orgullo por su ingenio, su belleza, sus bienes, su herencia, humilla a su marido al negarse a obedecerle... Se opone de ese modo a la sentencia de Dios, que quiere que la mujer esté sometida a su marido, *que es más noble y más excelente que la mujer, dado que él es la imagen de Dios, y la mujer es solamente la imagen del hombre*¹²».

Lo mismo que sus contemporáneos, Benedicti insiste en el tema de la malignidad femenina. Denuncia a «la que discutidora e impaciente obliga a su marido a blasfemar el nombre de Dios... porque aun en el caso de que le asistiera algo de razón, antes debe callarse y mascar el freno que renegar y jurar...»

9. *Epístola a los Efesos*: cap. V, versículos 22 y 23.

10. *Ibidem*.

11. *La Somme des péchés* (1584), § 34 y 35, citado por J.L. Flandrin en *Familles* (Hachette, París, 1976), pp 124-125 (el subrayado es nuestro).

12. *Ibidem*, § 39; el subrayado es nuestro.

Siempre es a Eva a quien se hace responsable de los pecados de Adán. Pero Flandrin hace notar con acierto que «todos estos artículos que insisten en los derechos del marido a mandar dan cuenta también de las dificultades que solían encontrar en su matrimonio ¹³».

Aunque más discreta, no debió ser menos real la lucha entre padres e hijos, y especialmente entre el padre y el hijo, para que el cuarto Mandamiento del Decálogo se impusiera como ley divina: «Honrarás a tu padre y a tu madre y vivirás largos años». Al leer esta ley, no puede dejar de impresionarnos la noción de trueque que se desprende de ella y la amenaza indirecta que en ella subyace. Ese respeto —no hablemos de amor— tenía que ser muy poco natural para que hiciera falta promulgarlo en forma de ley. Además tenía que ser difícil honrar a los padres, desde el momento en que se nos promete a cambio la recompensa suprema: una larga vida. Y en caso de fallo el castigo ejemplar: la muerte.

Los Padres de la Iglesia, que sabían mucho acerca de las relaciones reales entre padres e hijos ¹⁴, no insistieron en este tema terrible. Se conformaron con justificar la autoridad paterna, repitiendo que el Padre era responsable de sus hijos ante Dios, y que había que darle los elementos para que asumiera esa responsabilidad. Por otra parte, consolidaron la autoridad marital fortaleciendo la teoría filosófica de la desigualdad femenina. Según Aristóteles, la mujer carecía de consistencia ontológica; los teólogos hicieron de ella un «espíritu maligno», en el mejor de los casos una «inválida». Los hombres retendrían la lección hasta el siglo xx.

En el siglo xiii, en un pueblo como Montaillou, es usual que un hombre trate de diablesa a su mujer. Paulatinamente, los hombres que se consideraban más civiles abandonaron el reproche de malignidad. Desarrollaron en cambio la idea de la debilidad y la invalidez femeninas.

La definición de invalidez remite a las nociones de imperfección, impotencia y deformidad. El término inválido tiene dos connotaciones: enfermedad y monstruosidad. Es un término que justi-

13. Flandrin, *op. cit.*, p. 125.

14. Al leer los manuales de la Confesión, no puede sino impresionarnos la cantidad de problemas referidos al odio y deseo de muerte entre padres e hijos.

fica ampliamente la conducta histórica de los hombres para con sus esposas.

Entre millares de testimonios —canciones, proverbios o textos históricos— veamos cuatro ilustraciones de esta concepción.

En primer lugar un consejo de Fénelon al futuro marido acerca de la conducta que ha de adoptar con su mujer: «Sé indulgente con ella, trátala con consideración, con afecto y dulzura, persuasivamente, recordando la invalidez de su sexo ¹⁵». A la mujer le dice: «Y tú, esposa, obedécele como a quien representa a *Dios sobre la tierra*». Encontramos también la doctrina de san Pablo entre los argumentos de los jueces y abogados en oportunidad de los procesos entre maridos y mujeres del siglo xvii, especialmente en las solicitudes de separación de cuerpos. Siempre se esgrime como argumento supremo contra las mujeres la condena que les dictó Dios en el Génesis. Durante mucho tiempo el *Antiguo Testamento* y la *Epístola a los Efesos* hicieron jurisprudencia.

Otro testimonio: un campesino acomodado del siglo xviii, el padre de Rétif de La Bretonne, se dirige a su mujer en estos términos: «Dime, ¿de dónde viene la *fuera* que la naturaleza le dio al hombre? ¿A qué se debe que además sea una persona *libre, osada, valiente*, incluso *audaz*? ¿Para arrastrarse, débil adulator (de la mujer)? ¿A qué se debe que la naturaleza te haya hecho tan encantadora, *débil y por eso mismo temerosa*?... ¿Para que des órdenes duras y altaneras?... Para que un matrimonio sea feliz ante todo el jefe debe dar órdenes y la esposa debe hacer por amor lo que en el caso de cualquier otra persona que no sea una esposa (es decir, una sirvienta) se llamaría obedecer ¹⁶».

Por último, más cerca de nosotros, veamos la justificación de la autoridad marital que da el Código Civil. Sabemos que Napoleón intervino personalmente para restablecer en su plenitud la autoridad marital, ligeramente desplazada a fines del siglo xviii. Insistió en que el día de la boda la esposa reconociera explícitamente que debía obediencia a su marido. Como los redactores del Código se

15. Fénelon: *Manuel du mariage* (el subrayado es nuestro). Aquí la invalidez femenina está asociada a la noción de enfermedad.

16. Frases transcritas por Rétif de La Bretonne. Véase *La vie de mon père*, Introduction, p. XI (Clásicos Garnier). Sin embargo, es preciso advertir que Rétif transcribe tradiciones antifeministas que ya eran refutadas en las ciudades. Véase más adelante, pp. 82-100.

extrañaron ante su insistencia, Napoleón, aludiendo al versículo del Génesis, habría contestado: «El Angel lo dijo a Adán y Eva». En el artículo 212 del Código, los legisladores dieron forma a los prejuicios napoleónicos. Fundaron el poder marital en la invalidez femenina y en la necesidad de que el matrimonio tuviera una dirección única.

El absolutismo político

Es fundamentalmente Bossuet quien sostiene este tercer discurso, que intentaba fortalecer la autoridad paterna para dar un fundamento de derecho a la monarquía absoluta, y permitir a los reyes que dispusieran de una autoridad legítima sobre sus súbditos sin que ningún compromiso los vinculara a ellos.

Siguiendo la línea trazada por Aristóteles, Bossuet reafirmó el dogma de la desigualdad natural recordando «la superioridad que proviene del orden de la generación», que implica la dependencia y sumisión de los hijos a los padres ¹⁷.

Bossuet sostiene que la autoridad paterna se ha transformado gradualmente en autoridad soberana, y concluye que la naturaleza de la autoridad real conserva la huella de su origen y sigue siendo esencialmente paternal. De lo cual deduce una serie de proposiciones que benefician al soberano y al padre. Dado que hay en el padre una bondad natural para con sus hijos, y que la autoridad real es paternal, su carácter esencial también es la bondad. El rey no persigue sino el bien de sus súbditos, como el padre el de sus hijos, aun cuando los castiga.

Esta idea se veía fortalecida por el silencio de las leyes divinas (los Diez Mandamientos) respecto del deber de amor de los padres por sus hijos. Como si se tratara de algo tan natural que establecer una ley, y hasta mencionarla, sería inútil. Y ha de pasar muchísimo tiempo antes de que encontremos en alguna parte la mención del tema del egoísmo y la dureza de los padres.

En cambio, nos encontramos constantemente con el tema de la ingratitud y la maldad de los hijos. Se diría que existe la certeza de que la corriente de afecto va sin dificultad de los padres a los hijos,

17. Bossuet, *Politique tirée de la Sainte Ecriture* (1709), livres II et III.

pero que el camino inverso es mucho más aleatorio. Acaso no afirmaba Vauvenargues que «basta con ser hombre para ser un buen padre, pero es difícil ser un buen hijo cuando no se es un hombre de bien¹⁸». Y Montesquieu encarece: «de todos los poderes, el poder paternal es aquel del que menos se abusa¹⁹». Este resuelto optimismo se debía al hecho de que uno y otro consideraban que la bondad del padre es natural y de raíz instintiva, mientras que la del hijo es moral. Pero las desventuras de la experiencia cotidiana no explican por sí solas estas desengañadas reflexiones sobre la infancia. Hemos de ver que ellas se fundan también en una teoría particular de la infancia.

Finalmente, el último argumento que evoca Bossuet se funda en la analogía entre el Rey y Dios padre. En efecto, no era suficiente fundar la autoridad de la monarquía sobre la del padre, es decir, convertirla en un derecho natural. Para hacerla más indiscutible, Bossuet quiso hacer de la autoridad política un derecho divino. Para conseguirlo, volvió a utilizar la imagen del padre. Dios, dice es el modelo perfecto de paternidad. Ahora bien, a imagen de Dios sobre la tierra, el Rey es padre de sus súbditos. Y el simple padre de familia es el sucedáneo ante los niños de la imagen divina y real.

Uno y otro ganaban en estas analogías sucesivas: el padre de familia ganaba en magnificencia y autoridad, el Rey en bondad y santidad. Dios resultaba más familiar, más próximo a sus criaturas. A Bossuet sólo le faltaba resumir el conjunto en una fórmula magnífica: «Los Reyes ocupan el sitio de Dios, que es el verdadero padre del género humano».

Para comprender mejor el alcance de las analogías de Bossuet, debemos recordar la última, que para el común de los mortales concreta a las otras tres: la del pastor y el rebaño. Hasta el siglo xvii ha de repetirse constantemente que el padre es a sus hijos lo que el Rey es a sus súbditos, lo que Dios es a los hombres, es decir, lo que el pastor es a su rebaño. La última relación (pastor/rebaño) muestra de manera estridente la diferencia de naturaleza que separa a los inferiores de sus superiores: entre lo humano y lo divino hay la misma relación que entre lo humano y lo animal. No cabría repre-

18. *Introduction à la connaissance de l'esprit humain.*

19. *Lettres persanes*, n.º 129.

sar con más claridad la heterogeneidad irreductible que existe entre el padre y sus hijos.

Si observamos de cerca, percibimos que todas las relaciones aquí presentadas funcionan gracias a un tercer término, oculto o al menos callado. Dios, el Rey, el Padre y el Pastor dirigen a sus criaturas, súbditos, hijos y rebaños a través de vigilantes intermedios: la Iglesia, la policía, la madre y el perro guardián. Estas relaciones analógicas ¿no significan que la madre es como la Iglesia respecto de sus fieles, como la policía que vigila a los súbditos, como el perro guardián que da vueltas alrededor del rebaño? Tiene sobre ellos autoridad y poder. También les es más familiar, puesto que no les quita los ojos de encima. Pero es un poder que le ha sido delegado, y a su vez está sometida a su esposo, como la Iglesia a Cristo, la policía al rey y el perro a su dueño. Su poder no le pertenece. Es un poder que está siempre a disposición del dueño. Es evidente que su naturaleza de custodia está más cerca de aquellos a quienes custodia que de la del dueño.

Entre ella y el niño hay una diferencia de grado. En cambio la diferencia que hay entre ella y su esposo es una diferencia de naturaleza. Sin embargo, mientras que en el siglo XIX hemos de ver que la madre se coloca a veces del lado del niño contra el padre, en el siglo XVIII todavía sigue resueltamente el orden social impuesto por el poder paternal. Tanto adopta los valores paternos, los dominantes en la sociedad, que en caso de que el padre desaparezca, convertida en viuda, puede identificarse con él y reemplazarlo.

Los derechos del padre

Desde el punto de vista jurídico, desde fines de la Edad Media hasta la Revolución los derechos del padre evolucionan de dos maneras. Algunos resultan limitados por la doble acción de la Iglesia y el Estado que se inmiscuye cada vez más en el gobierno doméstico. Otros resultan fortalecidos por el Estado, cuando el Estado considera que coinciden con sus intereses.

La doctrina católica restringió los derechos paternos en nombre de dos nuevas ideas: la de los deberes del padre para con sus hijos, que ya hemos evocado, y la idea según la cual el niño es concebido como un «depósito divino». Es una criatura de Dios, que

a toda costa hay que convertir en un buen cristiano. Los padres no pueden disponer de él a su antojo, ni zafarse. Sea un regalo de Dios o una cruz a llevar, no pueden usar y abusar de él de acuerdo con la definición clásica de la propiedad.

Por consiguiente, el primer derecho que se eliminó fue el derecho de muerte, porque el padre no puede destruir lo que Dios creó. A partir de los siglos XII y XIII, la Iglesia condena enérgicamente el abandono de los niños ²⁰, el aborto y el infanticidio. Por su parte, el Estado adoptó medidas coercitivas ²¹. Pero ante el incomprensible mal y la miseria de la mayoría, se consideró que era preferible adaptarse a las necesidades, tolerar el abandono para restringir el infanticidio. Con este sentido se fundaron en el siglo XVII los primeros asilos para niños abandonados ²².

Existe un terreno en el cual la autoridad del padre fue objeto de un conflicto apenas disimulado entre la Iglesia y el Estado: los derechos del padre en lo que se refiere al matrimonio de los hijos. Desde mediados del siglo XII se estableció que el matrimonio era un sacramento. El solo hecho de expresar verbalmente su consentimiento para el matrimonio, unía de manera definitiva a los esposos. De modo que el derecho canónico reconocía como válido el matrimonio contraído por los hijos sin el consentimiento de los padres, con la única condición de que el muchacho tuviera por lo menos trece años y medio y la muchacha once y medio.

Esta concepción del matrimonio daba lugar a cantidad de desórdenes sociales: raptos de muchachas con quienes se contraían matrimonios secretos, crímenes de bigamia, matrimonios socialmente desiguales.

Los desórdenes se multiplicaron hasta tal punto que en el siglo XVI el Concilio de Trento (1545-1563) se vio obligado a imponer restricciones a las condiciones del matrimonio. Condenó los matrimonios clandestinos e impuso a los cónyuges que intercambiaran su consentimiento en presencia de un sacerdote y después de la publicación de los bandos. Por último, proclamó solemnemente que era pecado casarse sin el consentimiento paterno, aun cuando el matri-

20. El hecho de abandonar un niño en un lugar aislado.

21. El edicto de Enrique II (1556) declara homicidas a las madres que ocultan su preñez. Si eran descubiertas, se exponían a ser condenadas a muerte.

22. En 1638, san Vicente de Paúl fundó el Hospital de Niños Expósitos.

monio así consumado siguiera siendo considerado válido.

Menos liberal que la Iglesia, el Estado no quería sustraer a los hijos a la autoridad paterna. Fortaleció los derechos del jefe de la familia para evitar que el desorden se instalara en la microcélula social. Una unión que no observara las normas en vigor (la homoga-mia, el respeto a la jerarquía) era tan amenazador para el orden social cuan fortalecedor de ese orden era un buen matrimonio.

En 1556 un edicto de Enrique II proclamó que los hijos que se casaran contra la voluntad de los padres serían desheredados irre-versiblemente. Pero esta sanción debió resultar muy débil, puesto que a partir de 1579 un nuevo edicto de Enrique III asimilaba el ma-trimonio de un menor sin consentimiento de los padres con el raptor, y declaraba que el «raptor» sería castigado con pena de muerte sin esperanza de indulto ni perdón. En el siglo siguiente, estas dis-posiciones se vieron agravadas y renovadas en dos oportunidades²³.

Por último, el Estado monárquico consolidó el derecho paterno de corrección, aunque tomó algunas medidas que amortiguaban el derecho de encierro sin condiciones. Sabemos que todavía en el siglo xvii las cárceles públicas se cerraban con mucha facilidad so-bre hijos de familia cualquiera que fuese su edad y con los pretextos más triviales²⁴. Este estado de cosas cesó con una modificación del reglamento que se produjo en marzo de 1673, y que fue confirmada por otros fallos en 1678, 1696 y 1697²⁵.

23. La ordenanza de enero de 1629 añade a la pena de muerte del raptor la confiscación de sus bienes, prohíbe a los jueces que moderen la pena, y ordena a los procuradores generales y sustitutos que persigan al culpable, incluso cuando los interesados no hayan presentado sus quejas. La declaración de noviembre de 1639 precisa que los varones de hasta 30 años y las mujeres de hasta 25 afrontarán la pena de muerte aun en el caso de que con posterioridad los padres hubieran dado su consentimiento.

24. Mezclados con los prisioneros de derecho común se encontraban hijos de familia de 30 años y más, sacerdotes y niños pequeños..

25. Se impusieron tres condiciones para que los padres pudieran detener a los hijos. Sólo el padre puede ejercer este derecho sin control, salvo en el caso de que esté casado por segunda vez (aquí se advierte el temor a la influencia nefasta de la madrastra). En este caso debía pedir permiso al lugarteniente civil que por otra parte lo niega sólo excepcionalmente. La segunda restricción al derecho de deten-ción consistía en que se limitó a los 25 años. Por último, se fundó un establecimien-to especial a ese efecto, para evitar la promiscuidad entre los presos comunes y los hijos de buena familia.

Infortunadamente, la creación de una disposición agravante barrió con estas medidas liberales: esa disposición fueron las órdenes reales de prisión, que abrieron otra posibilidad de corrección. Dos ordenanzas completaron la corrección paterna. La del 20 de abril de 1684 concernía especialmente a las clases populares de París, y decretaba que los hijos menores de 25 años y las hijas de cualquier edad de artesanos y obreros que maltrataran a sus padres o que fueran perezosos, libertinos o estuvieran en peligro de convertirse en tales (tengamos en cuenta esta previsión que da lugar a todas las arbitrariedades) eran pasibles de encierro, los varones en Bicêtre y las muchachas en Salpêtrière. Una vez lograda la detención, es definitiva. Ponerle fin ya no depende de los padres. El Estado se reservaba el derecho de gracia.

Veinticinco años antes del comienzo de la Revolución Francesa, el Rey Bienamado promulgó la ordenanza del 15 de julio de 1763²⁶. Esta se aplicaba especialmente a los jóvenes de familia «que hubiesen caído en conductas capaces de poner en peligro el honor y la tranquilidad de sus familias». Esta ordenanza autorizaba a los padres a solicitar que sus hijos fueran deportados a la isla de la Désirade en el Departamento de Guerra y Marina. Allí los malos hijos gozaban de un régimen de estricta vigilancia: mal alimentados, debían trabajar duramente. Después de años de penitencia, quienes se enmendaban podían conseguir una concesión de tierra en Marie-Galante. Más tarde, a pedido de la familia, podían volver a Francia.

Todas estas disposiciones ponen en evidencia la atención que se otorgaba a la autoridad paterna. Ese poder debía mantenerse a toda costa, dado que era vital para el mantenimiento de una sociedad jerarquizada, donde la virtud primordial era la obediencia. Tan grande era la presión social que se ejercía en ese sentido, que quedaba poco sitio para cualquier otro sentimiento. El Amor, por ejemplo, parecía demasiado inconsistente como para construir nada sobre él.

Y si a pesar de todo existe en el seno de la célula familiar, se lo percibe apenas en los documentos que conocemos. Si asoma de

26. Un año después de la publicación del *Emilio* que predicaba el amor y la ternura de los padres.

algún modo ²⁷ en las relaciones familiares es al pasar, entre una frase y otra, casi avergonzándose.

Una sociedad sin amor

No tenemos motivos para extrañarnos, si sabemos cuál era la concepción del amor conyugal. Los teólogos distinguían el amor aceptable, la amistad, del malo, la concupiscencia, y condenaban al segundo sin apelación: «El hombre no debe usar a su mujer como a una puta, ni la mujer debe comportarse con su marido como con un enamorado ²⁸». Es un modo preciso de recordar que el acto sexual es un mal menor sólo bajo la condición de que se realice sin placer.

Entonces no nos sorprenderá saber que el modelo del amor conyugal es el que une a dos personas del mismo sexo. Marido y mujer deben ser amigos pero no amantes, salvo por accidente o necesidad vital. En el marco de esta concepción, los teólogos no dejaron de denunciar los «excesos» conyugales: «el hombre que se comporta con su mujer más como un enamorado disoluto que como un marido es adúltero ²⁹».

Como lo destaca con exactitud Flandrin, al parecer la potencia sexual no constituía un problema ³⁰. Si el hombre era impotente, su frigidez no podía ser atribuida sino a su mala voluntad, al efecto de un maleficio o al castigo que le habían enviado los cielos por querer casarse para saciar una pasión carnal. Esta última explicación es especialmente edificante; dice a los pobres ignorantes de su tiempo: si tenéis deseos... no lograréis placer. En cambio, si carecéis de deseos, seréis recompensados por el sentimiento puro de amistad que os une a vuestro cónyuge.

Sin embargo, las condiciones del matrimonio no favorecían la satisfacción de la amistad, y mucho menos del deseo. Para contraer

27. Véase *Montaillou, village occitan*, Gallimard, París, 1977, pp. 205, 235, 239, 244.

28. Benedicti, *La Somme des péchés*, livre II, chap. V, citado por Flandrin en *Les Amours Paysannes* (p. 81), coll. Archives, 1977.

29. *Ibidem*, p. 83.

30. *Ibidem*, p. 84-85.

un matrimonio aceptable había que respetar tantos imperativos que cabría decir que en la elección del cónyuge no intervenían ni la amistad ni la ternura. El día del contrato el amor estaba casi siempre ausente, y sólo cabía esperar que hiciera su aparición al antojo del azar o de las costumbres conyugales.

La primera de las normas que condicionan el matrimonio es la de la homogamia, que obliga a casarse con una persona de la misma condición social. La dote no tiene menos valor que este imperativo.

Para una muchacha era imposible casarse sin dinero. Nada más elocuente en este sentido que el célebre texto *Les Caquets de l'Accouchée*, que trae la charla de tres comadres bajo Luis XIII: una dama de alto rango, esposa de un financista, su doncella y su sirvienta. Oigámoslas, las tres se quejan de la inflación del monto de sus respectivas dotes. La señora: «Creía que nosotros (las altas finanzas) podíamos conseguir matrimonios así (con jóvenes nobles) por 50 o 60.000 escudos. Pero ahora que uno de nuestros colegas casó a su hija con un conde con una herencia de viudez de 500.000 libras... toda la nobleza quiere otro tanto... Esto es un retroceso grande para nosotros, veo que para casar a una hija mi marido tiene que seguir en su puesto dos o tres años más de lo que pensaba».

Su doncella le contesta con humor: «Mi padre, que es procurador y tiene recursos honestos, casó a sus primeras hijas con 2000 escudos, y encontró gente honesta. Ahora no podría encontrar un partido para mí ni aunque pagara 12.000 libras... Eso es lo que decidió a mi madre a darme una cofia y una máscara para que sirviera como sirvienta y tuviera la superintendencia de los cacharros para orinar...» Entonces interviene la sirvienta que sin duda es la más digna de lástima de las tres: «Antes, después de servir ocho o nueve años y haber acumulado 100 escudos, podíamos casarnos con un sargento o con un merchante. Ahora con nuestro dinero lo único que podemos encontrar es un cochero o un palafrenero que nos hace tres o cuatro niños seguidos, y como no podemos darles de comer estamos obligadas a volver a servir como antes».

Si no tenía dote, la muchacha más dulce y más hermosa no tenía más remedio que quedarse en la casa paterna, ser sirvienta lejos de ella o marchitarse en un convento.

A estos imperativos se sumaban otras costumbres que no facilitaban la elección del cónyuge. Entre ellas los derechos y deberes

del mayor ³¹, heredero de toda la fortuna paterna. Para no tener que reducir los bienes de la familia, el padre deseaba casar a su hijo mayor con una muchacha que aportara una dote suficiente como para que él pudiera a su vez dotar a sus propias hijas. De modo que al primogénito le estaba prohibido casarse con una muchacha pobre. En cuanto a los hijos menores desheredados, no tenían otra salida que echarse a la caza de la heredera. Si por azar la suerte les sonreía, no se fijaban mucho en el resto: belleza, inteligencia o encanto de la novia.

Pero en términos generales cabe decir que el atractivo físico no sólo no constituía un motivo de matrimonio sino que era casi temido. Al estudiar los proverbios y canciones populares de la época, Flandrin enumera los diferentes argumentos contra la belleza de la novia. En primer lugar, no es duradera («La bella rosa se vuelve escaramujo»), además no sirve para nada («La belleza no ensucia la olla»), y por último no atrae más que enemigos («A quien tiene una mujer hermosa... no le falta la guerra»).

La moraleja es que para casarse bien había que encontrar una novia cuya edad correspondiera con la de su novio, que tuviera una dote adecuada a su rango y que fuera virtuosa. Cuanto más se descendía en la escala social más necesaria se hacía la capacidad de trabajo. Una vez reunidas todas las condiciones, se pasaba sin esperar de la firma del contrato al matrimonio. No había ninguna necesidad de noviazgos largos ³². Es fácil imaginar qué sentimiento de amistad cabe alimentar por el/la desconocido/a a quien hasta hace unas horas no se le ha dirigido nunca la palabra y que ahora es el cónyuge. Unidos así durante siglos, nuestros antepasados debieron ignorar muy a menudo el día de su boda todo lo que se refiriera al amor ³³.

Romeo y Julieta están necesariamente condenados a morir, porque los gérmenes del desorden son imperdonables. Claro que no había nada que impidiese que con el correr de los meses y los años naciera el amor entre los esposos. Pero tampoco había nada

31. Flandrin, *Les Amours Paysannes*, pp. 63 a 69. Era una costumbre todavía muy viva en Béarn en el siglo XIX.

32. Los noviazgos podían durar unos días, a veces unas horas.

33. Flandrin cree que los obreros, menos confrontados con las obligaciones de la dote, tenían más posibilidades de casarse de acuerdo con su corazón. Como no tenían ningún bien, no esperaban nada más de su novia.

que predispusiera a ello. Lo prueba la ausencia de dolor aparente habitual en ocasión de la muerte del cónyuge. Esto se manifiesta más francamente entre los campesinos y las gentes de clase baja que entre las personas de las clases superiores, más sensibles a las conveniencias sociales y a los modales.

E. Shorter ³⁴ ha registrado la indiferencia de los medios pobres en esas ocasiones. Menciona numerosos testimonios que muestran que el mismo campesino que está dispuesto a cubrir de oro al veterinario que ponga a salvo su vaca, vacilaba a veces hasta el final en pagar al médico para que viniera a la cabecera de su mujer agonizante. A fines del siglo XIX Zola no escribe otra cosa en su novela *La tierra*. Numerosos dichos y proverbios ilustran esta falta de apego a la vida humana y especialmente a la vida del cónyuge: «El hombre se hace rico con la muerte de su mujer y la vida de su caballo», o bien: «El duelo por la muerta dura hasta la puerta», o por último: «El hombre tiene dos días buenos sobre la tierra: el día en que se casa y el día en que entierra a su mujer». Por la sencilla razón de que con una nueva esposa accede a una nueva dote. Por su parte, las mujeres no parecían más afectadas por la muerte de sus maridos. Con el cadáver todavía tibio en la casa, el viudo o la viuda ya estaban pensando en el nuevo matrimonio. Flandrin ³⁵ ha hecho notar esta rapidez de los casamientos nuevos en toda Francia en los siglos XVII y XVIII. Las estadísticas que presentan muestran la aridez afectiva de las relaciones conyugales. En aquella época, según las zonas, entre el 45,3 % y el 90 % de los viudos se casaban antes de un año de viudez. Si comparamos con las cifras de 1950, que registran un 15 % de matrimonios de viudos en las mismas condiciones, tenemos una noción del cambio radical de mentalidades y actitudes respecto de la vida conyugal.

Todo esto no significa que nadie experimentara tristeza a la muerte de su cónyuge, pero la separación que es la muerte no trastornaba los espíritus como lo hace hoy. En parte sin duda porque la gente era más creyente y la muerte estaba más cerca de la vida, pero en parte también porque no habían elegido a su cónyuge con el corazón...

Habrá que esperar al siglo XIX para que la actitud ante la muerte

34. *Naissance de la famille moderne*, Le Seuil, París, 1977.

35. *Familles...* p. 115.

del cónyuge cambie. Entonces lo correcto será llorarlo, dado que las lágrimas simbolizan el amor que se sentía por él/ella. Mientras tanto, se ha dado la transición del matrimonio por conveniencia al matrimonio por amor.

De todo esto, interesa retener la ausencia del amor como valor familiar y social en el período de nuestra historia anterior a mediados del siglo XVIII. Sería absurdo negar la existencia del amor antes de una época determinada. Pero es preciso admitir que ese sentimiento no tenía ni la condición ni la importancia que le atribuimos hoy. Incluso estaba dotado de una doble connotación negativa. Por una parte, nuestros antepasados tenían una aguda conciencia del carácter contingente del amor, y se negaban a construir nada sobre una base tan frágil. Por otra parte, asociaban el amor con la idea de pasividad (pérdida de la razón), de enervamiento y de fugacidad más que con la idea, más actual, de comprensión del otro. Para nosotros no hay amor sino en la facultad de identificación con el otro que nos permite sufrir o ser felices con él ³⁶. De modo que nuestra concepción del amor es más activa y deja de lado el aspecto enervante y contingente que denunciaba el pasado. En el fondo de nosotros mismos, seguimos convencidos de que cuando amamos es para siempre. En cambio en la época que estamos analizando la imagen negativa del amor impide que constituya prioritariamente el vínculo que une a los miembros de la familia. El interés y la sagrada autoridad del padre y del marido relegan a un segundo plano el sentimiento que valoramos hoy. Lo que domina en el corazón de todas las relaciones familiares es el miedo, en lugar de la ternura. A la menor desobediencia filial, el padre o quien lo sustituya pone en funcionamiento la vara. Sabemos que Luis XIII ³⁷ no recibió menos azotes que el hijo del severo campesino Pierre Rétif ³⁸. Durante mucho tiempo, la esposa culpable fue pasible de la misma sanción. Ciertamente esta costumbre fue gradualmente desterrada en las clases superiores hasta el punto de que en el siglo XVII parecía cada vez más bárbara. Pero durante mucho más tiempo fue una práctica corriente en las clases populares e incluso en la

36. Sentimiento cercano a la simpatía griega.

37. Véase *Le Journal d'Héroard*, preceptor de Luis XIII. Apunta que el Delfín tenía pesadillas por la noche cuando sabía que al día siguiente sería azotado.

38. Véase Rétif de La Bretonne: *La vie de mon père*, caps. 7 y 8.

burguesía, si nos atenemos a ciertos grabados de comienzos del siglo xvii. Hasta el siglo xix y por diferentes motivos la clásica paliza era corriente en las zonas rurales, aun cuando teóricamente la condición de la esposa era superior a la del niño y a la del sirviente.

Es en este clima donde hay que volver a situar la antigua actitud maternal. La suerte de la esposa y el hijo eran la violencia y la severidad. La madre no escapaba a esas costumbres.

Pero antes de observar las actitudes maternas, y para comprenderlas mejor, hemos de evocar primero la condición del niño y la imagen que la sociedad toda tenía de él.

Capítulo 2

La condición del niño antes de 1760

¿Por qué 1760? Tal vez sorprenda el hecho de señalar una fecha tan precisa para un cambio de mentalidad. Como si todo hubiera cambiado de un año a otro. No es ése el caso: Philippe Ariès ha demostrado que fue necesaria una larga evolución para que el sentimiento de la infancia arraigara realmente en las mentalidades. Al estudiar con sumo cuidado la iconografía, la pedagogía y los juegos de los niños, Ariès llegó a la conclusión de que a partir de comienzos del siglo xvii los adultos modifican su concepción de la infancia y le prestan una atención nueva, una atención que no le acordaban antes. Pero esta atención dedicada al niño no significa todavía que se le reconociese en la familia un sitio privilegiado, que se transformara en su centro.

Ariès se ha ocupado de destacar que la familia del siglo xvii, aunque diferente de la de la Edad Media, no es todavía lo que se llama la familia moderna ¹, que se caracteriza por la ternura y la intimidad que una a los padres con los hijos. En el siglo xvii, la sociedad monárquica no ha reconocido todavía el reino del Niño-Rey, corazón del universo familiar. Pero es precisamente este reino

1. P. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (p. 457), Paris, Le Seuil, 1973.

del niño el que comienza a ser ruidosamente celebrado en las clases ascendentes del siglo XVIII, hacia la década 1760-1770.

Por esas fechas se produce la aparición de abundantes obras que llaman a los padres a nuevos sentimientos, y especialmente a la madre al amor maternal. El médico partero Philippe Hecquet desde 1708, Crousaz en 1722, ya habían elaborado la lista de los deberes de una buena madre. Pero sus contemporáneos no los escucharon. Es Rousseau quien al publicar el *Emilio* en 1762 cristaliza las ideas nuevas e imprime un auténtico impulso a la familia moderna, es decir, a la familia fundada en el amor maternal. Hemos de ver que después del *Emilio* todos los que reflexionan sobre la infancia han de volver durante dos siglos al pensamiento de Rousseau, para llevar cada vez más lejos sus implicaciones.

Antes de esta fecha, la ideología familiar del siglo XVI, en proceso de retracción en las clases dominantes, seguía vigente en los demás sectores sociales. Si nos atenemos no sólo a la literatura, la filosofía y la teología de la época, sino también a las prácticas educativas y a las estadísticas de que disponemos en la actualidad, comprobamos que en los hechos el niño cuenta poco en la familia, cuando no constituye para ella un verdadero estorbo. En el mejor de los casos, su condición es insignificante. En el peor, da miedo.

El niño da miedo

Dado que las imágenes negativas de la infancia precedieron a las otras, comencemos por lo peor. En pleno siglo XVII, la filosofía y la teología manifiestan todavía un verdadero miedo de la infancia. Esta figuración pavorosa es acreditada tanto por reminiscencias antiguas como por teorías nuevas.

Durante largos siglos, la teología cristiana elaboró a través de la persona de san Agustín una imagen dramática de la infancia. En cuanto nace, el niño es símbolo de la fuerza del mal, es un ser imperfecto, agobiado por el peso del pecado original. En *La Ciudad de Dios*² san Agustín explicita largamente lo que entiende por «pecado de la infancia». Describe a la criatura humana como un ser

2. Libro XII, cap. 22.

ignorante, apasionado y caprichoso: «si le dejáramos hacer lo que le gusta, no hay crimen al que no se abalanzaría». G. Synders³ hace notar con acierto que para san Agustín la infancia es el testimonio más demoledor de una condena lanzada contra el conjunto de la humanidad, porque pone en evidencia cómo la naturaleza humana corrompida se precipita hacia el mal.

Tal vez hoy la dureza de estos argumentos nos choque más de lo que chocaron a nuestros abuelos los argumentos de Freud. Admitimos que el niño no es sexualmente inocente, pero rechazamos la idea de una culpabilidad moral. ¿Cómo comprender los terribles conceptos de san Agustín en las *Confesiones*⁴: «Fui concebido en la iniquidad... mi madre me llevó en el pecado... ¿dónde, Señor, dónde y cuándo fui inocente?» sino refiriéndolos a la teoría del pecado original, acuciante en el siglo xvii?

No es menos sorprendente ver que el niño es acusado de graves pecados y condenado de acuerdo con las normas del adulto. Para san Agustín, el pecado de un niño no difiere en nada del de su padre. Entre uno y otro no hay ninguna diferencia de naturaleza, apenas una diferencia de grado: la conciencia, la mala voluntad o la premeditación no cambian en nada la cuestión: «¿No es acaso pecado codiciar el seno llorando? Si ahora yo codiciara con ese ardor un alimento adecuado a mi edad sería objeto de burla... se trata entonces de una avidez maligna, dado que al crecer la arrancamos y la rechazamos⁵». El hecho de homogeneizar de este modo, sin matiz alguno, dos etapas de la vida, confirma la tesis de Ariès según la cual el sentimiento de una especificidad de la infancia es relativamente reciente en nuestra historia. Pero san Agustín va aún más lejos, al oponer la imperfección infantil a la perfección a la que todo adulto debe tender. No sólo la infancia no tiene valor ni especificidad alguna, sino que además es el signo de nuestra corrupción, lo que nos condena, aquello de lo que debemos desprendernos. Así que la Redención pasa por la lucha contra la infancia, esto es, por la anulación de un ser negativo y corrompido.

Sin embargo, a partir de las palabras de Cristo se desprende

3. G. Snyder, *La pédagogie en France aux xvii et xviii siècles*, tesis de la facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París, P.U.F.

4. *Confessions I*, cap. 7.

5. *Ibidem*.

otra imagen de la infancia. ¿No proclamaba su inocencia cuando aconsejaba a los adultos que se parecieran a los niños? ¿No les dio un sitio de honor a su lado al decir: «Dejad que los niños vengan a mí»?

San Agustín traducía las palabras de Jesús y respondía así: «No, Señor, la inocencia infantil no existe». El valor de la infancia es absolutamente negativo y sólo consiste en una ausencia de verdadera voluntad. Es una voluntad demasiado débil como para ser verdaderamente mala y oponerse conscientemente a la voluntad de Dios. «De modo que fue un símbolo de la humildad lo que alabasteis en la pequeña estatura del niño al decir: “el reino de los cielos pertenece a quienes se les parezcan⁶”». Claro está que la consecuencia de semejante teoría será una educación completamente represiva, contraria a los deseos del niño.

Su naturaleza es tan corrompida que la tarea de corrección será costosa. San Agustín justifica por anticipado todas las amenazas, las varas y las palmetas. El término «educación»⁷ no se usó nunca con tanta exactitud. Así como un árbol joven se endereza con un rodrigón que opone su fuerza recta a la contraria de la planta, la rectitud y la bondad humanas no son sino el resultado de una oposición de fuerzas, es decir, de una violencia.

El pensamiento de san Agustín reinó durante mucho tiempo en la historia de la pedagogía. Fue permanentemente retomado hasta fines del siglo xvii, y diga lo que se diga mantuvo una atmósfera de dureza en la familia y en las nuevas escuelas.

Los pedagogos, que casi siempre son maestros de teología, recomiendan a los padres que sean fríos para con sus hijos, y les recuerdan constantemente su natural malignidad, que serían culpables de cultivar. Uno de ellos, el famoso predicador español J. L. Vives⁸, cuya obra *Institutione foeminae christianae* fue traducida del latín al francés y reeditada varias veces en Francia a partir de 1542, denuncia con severidad la ternura y la blanda educación que las mujeres tendían a dar a sus hijos: «Las delicias no hacen más

6. *Ibidem*.

7. Viene del latín *educare* que significa enderezar lo que está torcido y mal formado.

8. 1492-1540. Traducción castellana: *La mujer cristiana*. Estudio previo y traducción de Lorenzo Riber. Madrid. Aguilar, 1944.

que debilitar los cuerpos; por lo cual *las madres pierden a sus hijos cuando los alimentan voluptuosamente*. Amad como corresponde, de suerte que el amor no impida a los adolescentes apartarse de los vicios; y obligadlos al miedo mediante azotes ligeros, castigos y llanto, para mejorarles el cuerpo y el entendimiento, mediante una alimentación sobria y severa. Madres, debéis comprender que la *malicia de los hombres es en su mayor parte imputable a vosotras*⁹. Porque reís de las fechorías que cometen a causa de vuestra locura; les transmitís opiniones perversas y peligrosas... y con vuestras lágrimas y vuestra compasión culpable los empujáis a actos diabólicos; porque los preferís ricos o mundanos a buenos... teméis que a vuestros hijos el aprender virtudes les dé frío o calor, y los volvéis viciosos a fuerza de mimarlos; después lloráis y lamentáis lo hecho. Es conocida la fábula del adolescente que iba a ser ahorcado, que pidió hablar con su madre y le arrancó una oreja, por no haberlo castigado bastante cuando niño. ¿Qué cabría decir del frenesí o locura de las madres que aman a sus hijos viciosos, ebrios y atolondrados más que a los virtuosos, modestos, sobrios y pacíficos?... La madre suele querer más al peor de sus hijos».

Podemos retener muchas ideas de este largo texto de Vives. Es ante todo un texto polémico contra una actitud maternal que debía ser habitual en la época de su redacción: los mimos y la complacencia de las madres. De modo que este fragmento protesta contra una ternura que existía realmente, y que muchas madres aparentarán ignorar un siglo más tarde.

Vives interpreta los mimos y la ternura en términos de molicie y pecado. La ternura es moralmente culpable en una doble vertiente: malogra al niño y lo hace vicioso, o acentúa su vicio natural en lugar de extirparlo. Por otra parte, es signo de una debilidad culpable por parte de la madre, que por egoísmo prefiere su placer personal al bien del niño. El significativo pasaje sobre el amamantamiento: «*las madres pierden a sus hijos cuando los alimentan voluptuosamente*», alude al placer de la madre y al del niño. En primera instancia nos veríamos en la tentación de creer que Vives se declara contra el amamantamiento materno. Nada más falso: sabemos que Vives, lo mismo que Erasmo o que Scévole de Santa Marta eran

9. El subrayado es nuestro. Argumento que bajo diferentes formas persistirá hasta la actualidad.

firmes partidarios del amamantamiento, que ya estaba en desuso en la alta aristocracia.

El texto no se levanta contra el amamantamiento mismo sino contra su aspecto voluptuoso. El amamantamiento puede ser un placer culpable que se proporciona la madre y que provocaría la ruina moral del niño. El lector del siglo xx no puede dejar de ser sensible a la observación de Vives. Es exacto que el amamantamiento puede ser un goce físico para la madre. En términos freudianos cabría hablar de un auténtico placer sexual. También es cierto que ese placer es compartido por el bebé que mama. Además el psicoanálisis otorga a esos momentos privilegiados una función fundamental en el desarrollo ulterior del niño. A la inversa del psicoanalista, el teólogo ve en esta relación amorosa y física entre la madre y el niño la fuente de una mala educación. Al amamantarlo así, la madre «pierde» moralmente a su hijo. Tres siglos después, el psicoanálisis parece responder a este teólogo rigorista al decir exactamente lo contrario: del logro de esta primera relación (la mamada) depende el equilibrio psíquico y moral del niño. Mientras tanto el concepto de felicidad ha reemplazado al concepto del bien.

Cien años más tarde y hasta fines del siglo xvii, el pensamiento de san Agustín y los argumentos de Vives son fulminados todavía en textos o desde lo alto de numerosos púlpitos. Por ejemplo, en este pasaje de un sermón de V. Houdry¹⁰: «¿Pero cómo aman a sus hijos la mayoría de los cristianos? Sienten por ellos un amor ciego, los pierden con su complacencia criminal... y llegan a cubrir este amor con el pretexto de la inocencia y la solicitud; excusan sus defectos, disimulan sus vicios, en fin, los educan para el mundo y no para Dios».

Este texto se dirige a las clases aristocráticas y letradas, a quienes los pedagogos reprochan en coro una excesiva complacencia respecto de sus hijos (¿expresión de su narcisismo?) y al mismo tiempo falta de cuidado y de atención educativa. Su actitud no refleja el amor-amistad del que hablamos. En virtud de los postulados de san Agustín, ser buen amigo del niño es incompatible con ser complaciente con él. Es una actitud rigurosa que nunca pierde de vista que el objetivo de la educación es salvar el alma del Pecado. Semejante a la ideología de Platón, la pedagogía del siglo xvii

10. *Sermon 24: «Du soin des enfants».*

otorga una función importante al castigo redentor: para salvar el alma, no vacilemos en castigar el cuerpo.

Ahora bien, el enderezamiento de ese ser maligno que es el niño no es nada fácil. Es una tarea fastidiosa y constante que cansa a muchos padres. ¿No es más agradable hacer como si los hijos fueran perfectos? ¿No es también más valorizador? Al disminuir la tarea educativa, el corazón aligerado puede consagrarse a asuntos más amenos.

La teología del siglo xvii combate más este estado de espíritu ligero y perezoso que el exceso de amor y cuidados de los padres para con sus hijos. Su complacencia es criminal porque abandona al alma infantil a su pecado original, y revela el extraordinario egoísmo de los padres del que volveremos a hablar.

A fines del siglo xvii, C. Joly en su *Sermón a los padres* dice crudamente a los padres la verdad que muchos de ellos no tienen ganas de escuchar: «Sabéis... lo que cuesta a padres y madres educar hijos indóciles, enderezar hijos mal nacidos, mantener hijos sin genio ni talento, ganar a hijos ingratos y desnaturalizados, obligar a cumplir con su deber a hijos descarriados y abandonados a sus pasiones, a hijos desordenados y disolutos, pródigos y disipadores. ¿No sucede en la mayoría de las familias, no es lo habitual?». Es un texto cruel, que sabe a san Agustín, y que ha de aparecer como leit motiv durante todo el siglo xvii. Le hacen eco Bossuet: «La infancia es una vida animal»¹¹, y el dulce san Francisco de Sales que afirma: «No sólo al nacer sino también durante nuestra infancia somos como bestias carentes de razón, de discurso y de juicio»¹².

Esta imagen dramática de la infancia inspiró dos grandes movimientos pedagógicos del siglo xvii: el Oratorio y Port-Royal. Pese a la educación nueva que pretendían dar, su concepción de la infancia prácticamente no había cambiado. ¿No fue acaso Bérulle¹³, a la cabeza del Oratorio, quien escribió: «la condición infantil es la más vil y abyecta de la naturaleza humana después de la muerte»? ¿Y de dónde, sino de la misma fuente, proviene la desconfianza hacia la niñez en la educación jansenista?

11. Bossuet, *Méditation sur la brièveté de la vie*.

12. *Sermon pour le jour de la Nativité de Notre Dame*, mencionado por G. Synders, p. 195.

13. *Opuscules de Piété*, n.º 69.

En el reglamento de Port-Royal, Jacqueline Pascal, de común acuerdo con el pensamiento de su hermano, recomienda aislar al niño pequeño y desconfiar de su espontaneidad. Para combatir los malos instintos de las niñas del Monasterio, llegará a exigir que todas las acciones del día sean acompañadas por una plegaria casi constante, tan grande es el miedo al pecado¹⁴. Así que las niñas, algunas de las cuales tenían menos de cinco años, tenían que decir mientras se vestían: «Acordémonos de despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo... reconozco, Dios mío, que la necesidad que tengo de estas ropas es una prueba de la corrupción que heredé de mis primeros padres...» Jacqueline Pascal recomendaba también exhortar a las niñas a que ellas mismas conocieran sus vicios y pasiones para sondear «hasta la raíz de sus defectos».

Esta era la concepción dominante de la infancia en el seno de la pedagogía y la teología del siglo xvii. Se podría objetar que estas teorías no hacían más que prolongar las antiguas ideas, y que lejos de aportar un espíritu nuevo daban testimonio de un sistema de valores agonizante.

No cabe decir lo mismo de la nueva filosofía, la de Descartes, que puso fin a la hegemonía de la todopoderosa escuela aristotélica. Si Bérulle continúa a san Agustín, Descartes fue quien barrió con el pensamiento escolástico.

Ahora bien, la filosofía cartesiana, tan innovadora en todos los terrenos, rëtoma la crítica de la infancia en otro registro. Descartes no dice que la infancia sea la sede del pecado. Dice, y bajo su pluma tal vez sea igualmente trágico, que es la sede del error.

De acuerdo con Descartes, la infancia es ante todo debilidad de espíritu, es un período de la vida en el cual la facultad de conocer, el entendimiento, se encuentra por entero bajo la dependencia del cuerpo. El niño no tiene otros pensamientos que las impresiones que suscita su cuerpo. El feto ya piensa, pero su pensamiento es sólo un magma de ideas confusas. Desprovista de juicio y de crítica, el alma infantil se deja guiar por sensaciones de placer y dolor: está condenada a un error perpetuo¹⁵.

14. Véase *Entrer dans la vie*, p. 29 (coll. Archives, 1978).

15. *Principios de filosofía*, n.º 71: «la causa principal de nuestros errores y generalmente la dificultad para aprender ciencias y representarnos con claridad las ideas son los prejuicios de la infancia».

De modo que hay que liberarse de la infancia como del mal. El hecho de que todo hombre haya tenido que ser primero niño es la causa de todos sus errores. No sólo el niño está desprovisto de juicio, dirigido por sus sensaciones, sino que además está bañado en la atmósfera fétida de las opiniones falsas. Mama el prejuicio con la leche de su nodriza, dice Descartes. ¡Mirad a esas nodrizas ignorantes, que enseñan cantidad de ideas falsas a los niños que tienen a su cargo! ¿Nunca habéis visto a una nodriza decirle al niño que se ha hecho daño al caer sobre una piedra que vaya a pegarle, como si la piedra fuera una persona dotada de voluntad?

Infelizmente, las opiniones que se adquieren en la infancia son las que arraigan más profundamente en el hombre. Destruir esos malos hábitos lleva toda una vida. Y aún así, son pocos los que lo logran. La mayoría de los hombres, por falta de carácter y de inteligencia, están condenados a permanecer envasados en su infancia. ¡Qué ascesis necesitó el mismo Descartes, cuántas angustias hubo de afrontar para liberarse de sus malos hábitos y de su infancia! Pero la mayoría de los hombres están sometidos a los fallos de su voluntad. Ahora bien, en cada momento de descuido el hombre corre el riesgo de recaer en la ilusión y la confianza espontánea que acuerda a las apariencias sensibles. Por eso Descartes deplora claramente que todo hombre tenga que pasar por el estadio infantil: «porque todos hemos sido niños antes de ser hombres... Es casi imposible que nuestros juicios fueran tan puros y sólidos como lo hubieran sido si desde el momento de nuestro nacimiento hubiéramos dispuesto del uso cabal de nuestra razón...¹⁶»

La infancia sigue siendo entonces aquello de lo que debemos liberarnos para ser hombres dignos de ese nombre. Sabemos cómo invirtió Freud la proposición proclamando que el niño es el padre del hombre. Tal vez Descartes le hubiera dado la razón, pero para deplorarlo. Esta condición propia del alma vulgar no podía ni debía ser la del filósofo.

Cabría preguntarse si para Descartes la infancia no es la causa esencial de la distancia que nos separa del modelo divino. Puesto que constituye un obstáculo considerable para acceder a la verdad, podríamos imaginar por un momento que en el sistema cartesiano, si el hombre lograra expurgar por completo al niño que duerme en

16. *Discurso del método*, 2.^a parte.

él sería casi semejante a Dios. Claro que el entendimiento del hombre no es infinito, como lo es el de Dios, pero sin la infancia este entendimiento finito podría ser, en lo que respecta a la materia, tan verídico como el de Dios. Naturalmente y sin esfuerzo el hombre dejaría de juzgar lo que no conoce. La duda metódica, resultado de un esfuerzo de voluntad muy difícil para el hombre sumergido todavía en su infancia, se convertiría en una actitud espontánea e indolora. Considerada desde este ángulo, la infancia es la antitrascendencia divina, el castigo del hombre. Al alejarnos de Dios y de su perfección, desempeña un papel similar en Descartes y en san Agustín. Error o pecado, la infancia es un mal.

El niño-estorbo

Es probable que la imagen trágica de la infancia tal como se la figuraban teólogos, pedagogos y filósofos, no fuera la más difundida entre el común de la gente. Aunque no hay que subestimar la influencia de los ideólogos y de los intelectuales sobre las clases dominantes y letradas, esta influencia era en los demás sectores sociales sumamente limitada.

Si observamos el comportamiento real de unos y otros, tenemos la sensación de que *experimentan al niño como un estorbo*, como una desgracia, antes que como el mal o el pecado. Por motivos diferentes y hasta opuestos, el niño, y especialmente el niño de meses, parece resultar una carga insoportable para el padre, a quien sustrae su mujer, y de rebote también para su madre.

Los cuidados, la atención y el trabajo que representa un bebé en la casa no siempre son del gusto de los padres. Y en muchos sectores sociales los padres no pasan «el test del sacrificio»¹⁷, según la expresión de Shorter, el símbolo más claro de lo que actualmente se entiende como amor de los padres y más precisamente amor maternal. Como muchos padres no pueden, y algunos, muchos más de lo que suele creerse, no quieren hacer el sacrificio económico o el sacrificio de su egoísmo consiguientes, afrontan diferentes métodos para desembarazarse de la carga. Para este problema existía y sigue existiendo una gama de soluciones que va desde el abandono físico

17. E. Shorter, *Naissance de la famille moderne*, p. 210, París, Le Seuil, 1977.

al abandono moral del niño. Desde el infanticidio hasta la indiferencia. Entre uno y otro extremo, hay posibilidades variadas y bastardas cuyos criterios de adopción son fundamentalmente económicos.

Es evidente que el infanticidio puro y simple suele ser señal de una situación humana profundamente angustiada. El asesinato consciente de un niño nunca es prueba de indiferencia. Como tampoco se abandona ligeramente a un recién nacido. No es sin emoción, ni probablemente sin culpa, que las madres prenden en la ropa del bebé al que abandonan breves mensajes. J. P. Bardet¹⁸ menciona algunos que muestran que las madres tenían la esperanza de recuperar algún día a los hijos. Algunas registran el nombre, o las particularidades del recién nacido, otras justifican su decisión. Miseria y enfermedad de unas, situaciones insostenibles de otras, que muchas veces son madres solteras.

Sin embargo, los ajuares suntuosos que acompañan a veces al bebé prueban que el pecado y el abandono que lo sigue no es una exclusividad de los pobres... Al lado de estos gestos desesperados figuran otros gestos y otras opciones que aunque involuntarios tienen consecuencias igualmente trágicas. Es difícil creer en su absoluta inocencia, aun cuando les otorguemos ampliamente circunstancias atenuantes.

El primer signo del rechazo del niño reside en la negativa maternal a darle el pecho. Especialmente en una época en que el hecho de dárselo representaba una posibilidad de supervivencia mucho mayor para el bebé, como hemos de ver en detalle. Esta negativa podía deberse a motivos diferentes, pero tenía como resultado la misma necesidad: recurrir a una nodriza mercenaria; según los recursos económicos se enfrentaba una nueva opción: la nodriza venía a la casa o se le hacía llegar el niño.

La costumbre de pagar a una nodriza para que críe a un niño es muy antigua en Francia, dado que en París la apertura de la primera agencia de nodrizas data del siglo XIII. También sabemos que en esa época el fenómeno concernía casi exclusivamente a las familias aristocráticas. Es un fenómeno interesante, del que hemos de volver a ocuparnos. Por último sabemos que en el siglo XVIII la costum-

18. J.P. Bardet, «Enfants abandonnés et enfants assistés à Rouen», en *Homage à Marcel Reinhard* (1973), p. 37.

bre de poner a los hijos a cargo de nodrizas se generalizó hasta tal punto que hubo que afrontar el problema de la escasez de nodrizas.

Como consecuencia de las carencias administrativas de la época, nos faltan informes precisos entre ese primer dato del siglo XIII y el siglo XVIII. Los registros parroquiales consignaban con mayor o menor exactitud los nacimientos y las muertes. Para contar con fuentes serias para el problema que nos ocupa hay que esperar a la declaración real del 9 de abril de 1736, que obligaba a los sacerdotes a elaborar dos registros iguales, y a entregar anualmente uno de ellos en la escribanía de la jurisdicción¹⁹. Esto explica que los historiadores contemporáneos hayan efectuado trabajos dignos de mención sobre los niños criados por nodrizas en diferentes regiones de Francia sólo a partir de mediados del siglo XVIII.

Para evaluar este fenómeno entre los siglos XIII y XVIII sólo hay fuentes oficiales insuficientes, y sobre todo testimonios personales tal como se desprenden de las Memorias o diarios de familia que dan cuenta de los acontecimientos familiares con mayor o menor detalle.

Al parecer, hasta fines del siglo XVI la costumbre de pagar a una nodriza es exclusiva de la aristocracia. Vives o Erasmo se dirigen a mujeres nobles para reprocharles que no amamanten a sus niños. Pero estas mujeres ricas que instalan en su casa a las nodrizas privan a otros niños, a los hijos de la nodriza, de sus madres. De manera que cuando una madre se niega a dar el pecho a su bebé, son dos los niños desprovistos de la leche materna. Montaigne lo deplora al redactar sus *Ensayos*, en los años 1580 a 1590. Oigámosle: «Es fácil ver por experiencia que ese afecto natural (el amor paterno) al que otorgamos tanta autoridad, tiene raíces muy precarias. Por una ventaja insignificante, *todos los días* arrancamos sus propios hijos a unas madres para que *se encarguen de los nuestros*; las obligamos a que entreguen sus hijos a alguna nodriza enclenque, a quien no le entregaríamos los nuestros, o a alguna cabra²⁰».

Montaigne parece afirmar también que esta práctica que denuncia es más corriente y está más extendida de lo que se cree en los

19. Cuando leemos la correspondencia del intendente Turgot en su generalidad de Limousin (1753-1774) tenemos la impresión de que los sacerdotes no siempre cumplían con esta obligación.

20. *Essais*, libro II, cap. 8, el subrayado es nuestro.

distintos sectores sociales. Por otra parte, el mismo Montaigne, que no pertenecía a la alta aristocracia, quiso que su mujer recurriera a nodrizas, tanto le molestaba la presencia de niños pequeños en su casa. Cuando se vio obligado a hacer una excepción con su hija menor (Léonore), lo hizo según él mismo manifiesta, sin mucho entusiasmo.

De acuerdo con el testimonio de los diarios familiares de la gran burguesía parlamentaria, en el siglo xvi las madres daban el pecho a sus hijos. Los autores de *Entrer dans la vie*²¹ mencionan un fragmento muy revelador de uno de estos libros de familia. Madeleine le Goux, casada en 1532 con Anatole Froissard, consejero en el parlamento de Dole, tuvo cinco hijos y a todos les dio el pecho. Cuando sus hijos fueron padres a su vez comenzaron a utilizar en mayor o menor grado los servicios de las nodrizas. En cambio, las nietas de Madeleine Froissard, que se casaron a comienzos del siglo xvii, pusieron sistemáticamente a sus hijos desde que nacieron a cargo de nodrizas. Así que en menos de treinta años, observan los transmisores de este testimonio, entre fines del siglo xvi y comienzos del xvii, esta familia fue irreversiblemente ganada por la costumbre de confiar los niños a nodrizas.

De acuerdo con múltiples testimonios, es en el siglo xvii cuando el hábito de la nodriza se difunde en la burguesía²². A su vez, las mujeres de esta clase piensan que tienen algo mejor que hacer y lo dicen. Un estudio de Jean Ganiage²³ sobre los niños de meses parisinos enviados a Beauvaisis confirma el hecho.

Pero en el siglo xviii esta costumbre se extiende en todos los estratos de la sociedad urbana. Desde los más pobres a los más ricos, en las ciudades grandes o pequeñas, se generaliza el fenómeno de la entrega de bebés a nodrizas.

Como de costumbre, París da el ejemplo enviando a sus niños fuera de los límites de la capital, a veces a cincuenta leguas, a

21. Extracto del libro maestro de la familia Froissard. *Entrer dans la vie*, p. 155.

22. *Entrer dans la vie*, pp. 156-158.

23. «Bebés parisinos en Beauvaisis», en *Hommage à Marcel Reinhard*, pp. 271-273: «Las primeras muertes de niños de meses que podemos indentificar se remontan aproximadamente a 1660, pero quince o veinte años antes la aparición de patronímicos inhabituales en las actas de entierro traiciona la presencia de niños forasteros en la Parroquia».

Normandía, a Borgoña, o a Beauvaisis. Lenoir, lugarteniente general de policía, es quien proporciona valiosas informaciones a la Reina de Hungría ²⁴. En 1780 en la capital, sobre 21.000 niños que nacen anualmente (sobre una población de 800.000 a 900.000 habitantes) menos de 1000 son criados por sus madres, 1000 son criados por una nodriza que reside en la casa familiar. Todos los demás, 19.000, son enviados a una nodriza. Sobre esos 19.000 a quienes criaba una nodriza fuera de la casa paterna, 2 ó 3000 cuyos padres tenían holgura económica eran criados en los suburbios inmediatos a París ²⁵. Los demás, menos afortunados, se criaban muy lejos.

El mismo fenómeno se registra en Lyon. Prost de Royer, lugarteniente de policía y no menos humanista, anota que «sobre una población de 180.000, tal vez 200.000, hay en Lyon aproximadamente 6000 nacimientos por año... De esos 6000 niños, a lo sumo 1000 son hijos de padres que pueden confiarlos a nodrizas que se encuentran en buenas condiciones. Los demás son abandonados a nodrizas languidecientes y miserables». Según Prost, ni siquiera se puede calcular la cantidad de niños criados directamente por sus madres.

Peró el fenómeno no concierne solamente a las grandes ciudades. El estudio de Alain Bideau ²⁶ sobre la pequeña ciudad de Thoissey-en-Dombes entre Maçon y Lyon prueba que «sus habitantes se comportaban como los lioneses, los parisinos y los de Meulan ²⁷, y enviaban sus bebés al campo».

Como los registros parroquiales se encuentran en mejor estado, los historiadores pacientes pudieron detectar la distribución socio-profesional de los padres de los niños confiados a nodrizas y muertos en el curso de su crianza. Por el momento, nos interesa más el origen social de los padres naturales que la proporción de niños muertos, que hemos de estudiar más adelante.

24. *Détails sur quelques établissements de la ville de Paris demandés par sa Majesté Impériale, la Reine de Hongrie, à L. Lenoir, lieutenant général de police, Paris, 1780.*

25. Véase el artículo de Galliano sobre «Mortalité infantile dans la banlieue sud de Paris» (1966).

26. *L'envoi des jeunes enfants en nourrice*. Ejemplo de una ciudad pequeña: Thoissey-en-Dombes (1740-1840).

27. Véase M. Lachiver, *La population de Meulan du xvi au xviii siècle, Etude de démographie historique*, SEVPEN, 1969, pp. 123-132.

Bideau establece en Thoissey la siguiente distribución:

<i>Profesión</i>	<i>Cantidad</i>	<i>Porcentaje</i>
Desconocida	9	4,4
Comerciantes	83	40,9
Artesanos	53	21,1
Obreros.....	9	4,4
Burgueses.....	14	6,9
Profesiones liberales	17	8,4
Funcionarios de la justicia	15	7,4
Jornaleros.....	2	1
Campesinos	1	0,5
Varios.....		
TOTAL	203	100,00

<i>Categorías socio-profesionales</i>	<i>%</i>
Obreros de la seda y fabricantes	34,5
Textiles varios (o anexos: tintoreros).....	5,2
Negociantes y comerciantes	10,7
Burgueses, nobles y profesionales liberales.....	5,7
Comercio de alimentación	7,5
Comercio de vino (tabernero, mesoneros).....	2,8
Zapateros y sastres.....	6,7
Trabajadores de la construcción	6,1
Sombrereros.....	1,6
Jornaleros, criados, <i>affaneurs</i>	2,4
Cocheros y transportistas.....	1,1
Artesanos varios.....	15,7
TOTAL.....	100,00

Lo mismo que en Meulan, según los estudios de Lavicher, son fundamentalmente los burgueses quienes ponen a sus niños a cargo

de nodrizas. A. Bideau cree que esta actitud es propia de las ciudades pequeñas, donde los pobres crían a sus hijos, más que de las grandes.

Esta hipótesis parece exacta si consideramos la distribución socioprofesional de los padres cuyos hijos murieron estando a cargo de nodrizas en Lyon²⁸.

Éstas cifras muestran que en Lyon son los más necesitados y no los más pobres quienes más ponen a sus hijos a cargo de nodrizas, y que es antes una práctica popular que una costumbre de gente acomodada.

En su estudio sobre los bebés parisinos en Beauvaisis, J. Ganiage comprueba que la orilla derecha de la capital proporcionaba más de la mitad de los bebés confiados a nodrizas: son principalmente los barrios de comerciantes y artesanos; de la orilla izquierda la mejor representada es la parroquia de san Sulpicio, con los hijos de los intendentes, los cocineros y los lacayos de los hoteles particulares²⁹.

En general, concluye Ganiage, el abanico social de los niños criados por nodrizas se extendía ampliamente desde la burguesía hasta las clases populares, desde el consejero de la corte hasta el criado. La nobleza y la alta burguesía eran las únicas que no estaban representadas, porque estas familias preferían el sistema de traer a las nodrizas a domicilio.

El origen social de los niños criados por nodrizas cambia sensiblemente de una región a otra. Está probado que los padres más ricos de las grandes ciudades que ponen a sus hijos a cargo de nodrizas eligen las poblaciones y las zonas más cercanas a su domicilio, para velar mejor por el niño y para evitarle un viaje largo desde que nace. Esos suburbios cercanos, muy codiciados, son también los más caros. Por consiguiente, cuanto más modesto es el origen social del niño, más alejado estará de sus padres. Paul Galliano dedicó un importante memorial al estudio de la mortalidad infantil en el suburbio sur de París desde 1774 a 1794³⁰. Establece que aproximadamente el 88 % de los niños confiados a nodrizas y muertos durante la crianza son originarios de París. En ese memo-

28. M. Garden. *Lyon et les lyonnais au xviii siècle*, Flammarion, 1975, p. 60.

29. *Op. cit.*, pp. 281, 283.

30. *Annales D.H.*, 1966, pp. 166 a 172.

rial la orilla derecha y la izquierda están igualmente representadas pero los sectores periféricos del norte de la capital casi no lo están y los del este no lo están en absoluto. Lo cual no debe sorprendernos sabiendo que son los más pobres de la ciudad. Para ellos, el suburbio sur, muy cercano, debía de ser muy caro.

Al estudiar el origen social de esos niños, Galliano comprueba, lo mismo que Ganiage, «hasta qué punto el recurso a las nodrizas era una práctica corriente en los medios más diversos».

Los más pobres, los buscavida, no están representados en absoluto, probablemente porque la ausencia de rentas estables les habría impedido pagar regularmente a una nodriza. En cambio los comerciantes poderosos constituyen por sí solos casi la mitad de los efectivos. A diferencia del estudio de Ganiage, en este cuadro comprobamos la presencia de hijos de nobles.

Cuadro de Galliano: origen social de los niños criados por nodrizas:

<i>Profesión y nivel social de los padres</i>	<i>Cantidad de casos observados</i>	
Nobleza	38	6 %
Oficiales civiles, profesiones liberales	100	15,5 %
Oficiales militares y soldados rasos	12	2 %
Comerciantes	283	44 %
Obreros, oficiales artesanos, jornaleros	155	24 %
Granjeros, labradores, viñateros	15	6 %
Criados	41	6 %
TOTAL	644	100 %

En cuanto a los padres que crían a sus hijos, se reclutan entre los más humildes, dado que Galliano, al analizar sus impuestos constata que son nulos o que oscilan entre una y cinco libras. Son fundamentalmente jardineros o jornaleros, a veces artesanos muy modestos. Todas estas estadísticas demuestran que la práctica de encargar la crianza a nodrizas estaba muy generalizada. Sin embargo es preciso señalar dos categorías socio-profesionales que brillan

por su ausencia o su escasez en nuestros cuadros. Shorter pone de relieve la casi ausencia de los hijos de obreros de fábrica, punta de lanza de la modernización. Las mujeres que trabajaban en fábricas colocaban a sus hijos durante la jornada, pero al parecer los recuperaban por la noche. Más significativa es la ausencia en nuestras listas de los hijos de campesinos acomodados o ricos.

Ahora bien, según P. Goubert, el mundo campesino representa el 80 % de los franceses en el siglo XVIII. Claro que no hay un 80 % de campesinos acomodados o ricos, y que en los cuadros aparecen los hijos de los jornaleros. También sabemos que las campesinas más pobres y desamparadas se veían obligadas a abandonar a sus hijos para criar a los niños de las ciudades³¹. A pesar de eso, el mundo campesino representa una excepción importante, puesto que prefiere criar a sus hijos en su casa antes que zafarse de ellos.

¿Habrá que considerar el alejamiento del niño como un signo de la patología urbana, como sugiere E. Le Roy Ladurie³²? ¿El estilo de vida y las dificultades de la ciudad engendrarían una desviación del sentimiento maternal? En el campo el instinto se conserva, pero a algunas leguas de distancia se hace humo.

Nadie podría negar que la ciudad es sinónimo de alienación para una gran cantidad de sus habitantes. Es cierto que vuelve imposible para muchos la vida familiar. La alienación económica puede dar lugar a conductas aberrantes, al obligar al instinto de conservación a callar todos los demás instintos.

También es cierto que el niño es un considerable estorbo para todas las mujeres que se ven obligadas a trabajar para vivir. Basta con leer el trabajo de Maurice Garden³³ sobre la ciudad de Lyon para convencerse de ello. Muestra que las mujeres de los obreros y los artesanos, grandes abastecedoras de bebés para las nodrizas, verdaderamente no tenían otra opción. En los oficios donde la mujer está directamente asociada al trabajo de su marido es donde le resulta más difícil conservar a sus hijos a su lado y criarlos. Lo mismo les sucede a las esposas de los obreros de la seda, cuyas enormes dificultades en el siglo XVIII son bien conocidas. La mujer

31. No todas las nodrizas actuaban así. Véase el artículo de Antoinette Chamoix en los *Annales de démographie historique*, 1972.

32. Véase *Communications*, 31, 1979.

33. M. Garden. *Lyon et les lyonnais au XVIII siècle*, Science-Flammarion, 1975.

trabaja en el telar junto a su marido. Si el trabajo ha de ser mínimamente rentable, no puede padecer las demoras que provoca la atención de los niños. Necesariamente el hijo de esos obreros se verá excluido de la familia. Entonces comprendemos que es en esta categoría socio-profesional donde se registra la mayor cantidad de niños confiados a una nodriza y muertos durante la crianza.

Asimismo, en los comercios de comestibles lo tradicional es que la mujer se ocupe de la tienda de panadería o de carnicería. Si la madre criara a los niños, el marido tendría que contratar a un obrero que ocupara el sitio vacante en la tienda. Esta actitud revela un dato económico que no es de despreciar: a estos matrimonios les costaba menos enviar a su hijo a una nodriza que contratar a un obrero apenas calificado. Esto demuestra que muchas nodrizas percibían salarios miserables³⁴, y explica en gran parte la condición de los niños que se les confiaban.

Las mujeres de los sombrereros y los *affaneurs* de Lyon eran todavía más miserables. Como no trabajaban con sus maridos, practicaban algunos oficios en sus casas o con un régimen de tiempo parcial; es el caso de las devanadoras de seda, las bordadoras, o las vendedoras de frutas y legumbres en los mercados. Estas familias ganaban tan poco que los padres tenían interés en conservar al niño con ellos, puesto que no podían pagar a ninguna nodriza, ni siquiera la más barata. Según Garden, es lo que explica que sea en las categorías sociales menos favorecidas donde se registra el menor número de niños a cargo de una nodriza muertos.

Para las familias más pobres, el niño constituye una amenaza para la supervivencia de sus padres. No les queda, pues, otra opción que la de desembarazarse de él. Lo abandonan en un hospital, lo que como veremos deja al niño pocas posibilidades de sobrevivir; lo entregan a la menos exigente de las nodrizas³⁵, lo cual no deja muchas más; o bien caen en una serie de comportamientos más o menos tolerados, que llevaban rápidamente al niño al cementerio. Sobre este último punto, F. Lebrun plantea una serie de preguntas interesantes:

34. De allí que la pobre nodriza se viera tentada de encargarse de varios bebés simultáneamente, lo que pone aún más en peligro la vida de cada uno. Véase también A. Chamoux, *op. cit.*, p. 275.

35. Muchas veces sucedía que los padres no daban más señales de vida a la nodriza, y le abandonaban por completo al niño.

«¿Por qué llevar lo antes posible a la iglesia, para ceremonias suplementarias del bautismo, al recién nacido que ya ha sido bautizado en su casa? Es una práctica de resultados desastrosos (tal como lo testimonian los registros de sepultura), y tanto menos justificada cuanto que el bautismo con agua de socorro tiene plena validez como sacramento. ¿Por qué enviar al niño a la nodriza desde la ciudad a los pocos días de su nacimiento, sea cual fuere su estado de salud, la estación y la distancia? ¿Por qué la costumbre inveterada, pese a las prohibiciones que repetían continuamente los estatutos de los sínodos, de hacer dormir a los bebés junto con sus padres, cuyo resultado eran frecuentes accidentes mortales por asfixia? ¿Por qué, en términos generales, esta ausencia de precauciones elementales respecto del pequeño, en su madre y con mayor razón aún en la nodriza, al menos antes de la toma de conciencia colectiva de los años 1760 a 1770? ¿No se tratará, como en el caso de ciertos abortos, de una estrategia (más o menos consciente, y favorable a la selección natural) para limitar la cantidad de hijos en el seno de la familia ³⁶?».

Philippe Ariès lo sospechaba, al ver en estas prácticas «conductas moralmente neutras, condenadas por la ética de la Iglesia, del Estado, pero practicadas en secreto, en el límite de la voluntad, del olvido, de la torpeza».

Sin embargo, es preciso insistir en el hecho de que estas diferentes clases de infanticidio fueron propios de las mujeres más pobres de la sociedad. Nunca ha de ponerse lo bastante de relieve la importancia del factor económico en estas prácticas asesinas. Y nadie tendría la desvergüenza de afirmar que todas estas mujeres que abandonaban de un modo u otro a su hijo lo hacían por falta de amor. Estaban reducidas a un grado tal de agotamiento físico y moral que cabe preguntarse qué posibilidad tenían de otro sacrificio vital; ¿cómo podrían manifestarse el amor y la ternura en esa condición catastrófica? Basta con pensar en esas mujeres del campo que en cuanto habían parido abandonaban a su bebé para criar a un niño de la ciudad por un promedio de siete libras por mes ³⁷. O

36. F. Lebrun, *La vie conjugale sous l'Ancien Régime*, pp. 152-153, París, A. Colin, 1975.

37. Cifras proporcionadas por Chamousset, *Mémoire politique*, p. 12. En los *Annales de démographie historique*, 1973, A. Chamoux anota que a fines del siglo xviii la paga de una nodriza era de 8 a 10 libras mensuales.

encontraban a otras mujeres más miserables todavía, que aceptaban criar al niño por cinco libras; de modo que el beneficio era de dos libras. Tanto en un caso como en otro, era muy probable que el niño muriera.

No se trata, pues, de fundarse en estos ejemplos para concluir la falta de amor de las madres. A lo sumo, puede concluirse la superioridad del instinto de conservación sobre el instinto maternal. La madre-pelicano que se abre las entrañas para alimentar a sus hijos es un mito. Aunque existan muchos casos en que la madre sacrificó su vida por la de sus hijos. Los casos particulares nunca constituirán una ley universal de la naturaleza. Ahora bien, los comportamientos instintivos sí son leyes universales y naturales.

La explicación más frecuente del éxodo masivo de los niños de la ciudad hacia la casa de las nodrizas ha consistido en invocar la situación económica de los padres naturales. Es una explicación necesaria, pero no suficiente. Basta con consultar los gráficos de las categorías socioprofesionales de los padres de los niños muertos en época de crianza para convencerse de ello. Junto a niños de extracción miserable, figuran otros dos tipos de niños que pertenecen a categorías sociales diferentes. En primer lugar, aquellos cuyos padres trabajan juntos, pero cuya situación económica permitiría a la madre ocuparse holgadamente del bebé. Es el caso de los comerciantes ricos registrados por Galliano, el de muchos mercaderes, comerciantes en vino, sastres o artesanos relevados por Ganiage y Bideau. Estos hubieran podido conservar a sus hijos a su lado y no lo hacían. ¿Por qué? Cuando la explicación económica es insuficiente hay que abandonarla y recurrir al factor social. La razón que sugiere E. Shorter parece ser la más convincente: «Si les fallaba el amor maternal, es porque estaban coaccionadas por circunstancias materiales y por la actitud de la comunidad que dejaba el bienestar del niño en un plano secundario, y le anteponía otras consideraciones, como por ejemplo la necesidad de hacer marchar la granja o de ayudar a tejer al marido ³⁸».

Al parecer, en el caso de esta pequeña burguesía laboriosa, los valores sociales tradicionales pesan con más fuerza que en otros medios: dado que la sociedad valoriza al hombre, al marido, es

38. Shorter, *op. cit.*, p. 210. Subrayado por nosotros para señalar que esta segunda razón es la que corresponde al segundo tipo de padres.

normal que la esposa anteponga los intereses de éste a los del bebé.

Era entonces la influencia de la ideología dominante lo que determinaba la opción de las mujeres, dado que desde el punto de vista económico podían haber actuado de otro modo. La autoridad del padre y el marido domina en la célula familiar. Fundamento económico y jefe moral de la familia, es también su centro: todo debe girar a su alrededor ³⁹.

Pero queda todavía una tercera categoría de mujeres, cuyas motivaciones se han indagado poco hasta el momento: son aquellas sobre las cuales no pesa ninguna hipótesis económica, y que al mismo tiempo son las menos sometidas a los valores tradicionales. Ellas también confiaron sus hijos a las nodrizas y se negaron a darles el pecho. Son menos numerosas que las otras, y sin embargo a ellas les daremos prioridad en el próximo capítulo. Porque es a partir de la conducta de las mujeres más libres que hemos de poder cuestionar con más acierto la espontaneidad del amor maternal.

La actitud de estas mujeres es tanto más digna de mención en cuanto que es en las clases dominantes a las que ellas pertenecían donde nació el sentimiento de la infancia, tal como lo ha mostrado P. Ariès. Es necesario leerlo para ver cómo nació en el siglo xvi la toma de conciencia de la especificidad del niño. Sin embargo, a pesar de los progresos realizados, todavía en el siglo xviii hay signos que dan testimonio de una indiferencia persistente de la sociedad, indiferencia que tiende a demostrar que el niño no ha adquirido todavía una condición verdaderamente significativa.

Persistencia del desprecio por el niño

UN JUGUETE

Un primer indicio consiste en que el niño es concebido como un juguete o como una máquina. Sabemos que en el siglo xviii el niño

39. Es lo que testimonia la abuela de Rétif de La Bretonne cuando acoge, con gran alegría por otra parte, a su hijo Edme que vuelve de viaje: «No debo ocuparme de este hijo querido hasta el punto de olvidar al padre... Vamos hijas, servid a vuestro hermano; ésta es la parte que me toca (el marido), que no cederé a nadie, ni siquiera a mis hijos» en *La vie de mon père*, p. 58.

pequeño es designado con el término «poupart», que no significaba lo que actualmente se entiende por «poupon» (bebé) sino lo que se entiende por «poupée» (muñeca).

Los padres suelen considerar al bebé como un juguete divertido, a quien quieren por su propio placer y no por su bien. Es una especie de criatura sin personalidad, un «juguete» en manos de los adultos. Cuando deja de divertir, deja también de interesar. Es lo que ciertos moralistas reprochan a los padres del siglo XVIII. Crousaz, por ejemplo ⁴⁰: «Tratáis a vuestros hijos como ellos tratan a sus muñecas. Os divertís con ellos en tanto son graciosos, ingenuos y dicen cosas divertidas. Pero cuando crecen y adquieren seriedad ya no os interesan. Los abandonáis como a muñecas que se tiran. Entonces al «exceso de familiaridad sucede una severidad exagerada o una indiferencia glacial». Esta observación de Crousaz resulta verificada en *Le Journal d'Héroard* sobre la educación del joven Luis XIII. La familiaridad sexual de los adultos, incluso la de los padres, respecto del niño, muestra que consideran que eso no tiene consecuencias. El niño pequeño no es un ser enteramente humano. Hay quienes piensan que esos juegos, prohibidos a partir de los siete años, indican por parte de los adultos una concepción de la inocencia infantil.

Más allá de lo que digan teólogos y pedagogos, parecería más bien que esas actitudes revelan la insignificancia del niño: es un juguete sin alma antes que un alma cargada de pecado o que un alma absolutamente inocente. Si los adultos hubieran creído en esa inocencia, sin duda hubieran tenido miedo de empañarla despertando en el niño malos deseos. Para el contorno, el pequeño Rey que yergue su pene como señal de contento por las caricias que se le prodigan demuestra que tiene buenos reflejos. Nada más. Esa maquinita que es el niño funciona correctamente. Los deseos, las pasiones, los pecados, no tienen cabida en él, como no la tienen en ningún mecanismo ⁴¹.

Cuando crecen se los sigue considerando como máquinas. Crousaz dice que la exagerada disciplina los acostumbra a ocultar sus pensamientos, a no expresar ni lo que sienten ni lo que razonan.

40. Crousaz. *Traité de l'éducation des enfants* (1722).

41. Es también el reproche de Crousaz cuando escribe: «Solemos mirar a los niños como si fueran maquinitas: los tratamos como a seres que no razonan».

Parecen obedecer mecánicamente a sus padres. Es lo que observa muy bien Marivaux en *El Espectador*, cuando describe niños estirados, educados en una etiqueta estricta y seca, acostumbrados a hacer cumplidos de modo impecable. Es tentador entonces comparar al niño con un autómeta, sin alma y sin vida.

Muchos médicos de la época sustentarán esa idea del niño-máquina ⁴². En 1784, el médico Alphonse Leroy escribía: «Es fácil cambiar los principios que constituyen al niño». Lo mismo que para otros, para él el niño es una máquina, cuyos resortes, forma y materia sería fácil modificar a nuestro antojo. Da a entender que gracias a la medicina y a la educación se podría reconstruir un niño de acuerdo con un modelo nuevo. Esta concepción sólo era posible en la medida en que se negara la especificidad del niño, en que se creyera que el niño debía ser lo que se hiciese de él.

EL DESINTERÉS DEL MÉDICO

Esta imagen de la infancia explica en gran parte la ausencia de una medicina infantil. Sabemos que esta especialidad ha de nacer en el siglo XIX, y que el término «pediatría» ha de ver la luz en 1872. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII se da una toma de conciencia médica de la especificidad del niño que según confiesa G. Buchan ⁴³, un médico inglés, no había existido hasta entonces: «Los médicos, dice, no han prestado suficiente atención al modo de tratar a los niños. Por lo general han considerado que era una ocupación que concierne exclusivamente a las mujeres, y muchas veces los médicos se han negado a visitar niños enfermos».

Aunque muchas enfermedades infantiles fueran objeto de descripciones precisas por parte de los médicos, como la viruela, la varicela, las paperas, la difteria, la tos ferina, la escarlatina ⁴⁴, etc., la práctica médica no era muy brillante. Porque según informa el médico escocés, se creía que las enfermedades de los niños eran más difíciles de atender que las de los adultos, por la sencilla razón de que aquéllos cuando son pequeños no hablan. Y la fuente princi-

42. E. Pilon, *La vie de famille au XVIII siècle*, 1978, pp. 124-125.

43. *Médecine domestique*, pp. 14 a 17 (1775).

44. J.N. Biraben, *Le médecin et l'enfant au XVIII siècle (Annales de démographie historique, 1973)*, pp. 215 a 223.

pal de informaciones no estaba en la auscultación sino en las preguntas que el médico le hacía al enfermo.

Esto explica que algunos médicos del siglo XVIII se hayan interesado en la etiología de las enfermedades infantiles, es decir en la teoría, y que hayan abandonado la práctica a las mujeres, aun cuando parecen reprochárselo. Buchan propone una explicación de esta falta de interés: «La medicina ha otorgado escasa atención a la supervivencia de los niños, por indiferencia y por falta de conocimiento de la potencial riqueza de la infancia... Cuántos esfuerzos y gastos se realizan todos los días para prolongar la vida de un cuerpo viejo, achacoso, próximo a morir, mientras que miles de personas que podrían llegar a ser socialmente útiles mueren sin que nadie se digne administrarles la menor ayuda, sin que nadie se digne mirarlos ⁴⁵».

El texto de Buchan, traducido en 1775 por el médico francés Duplanil, señala el cambio de actitud y lo explica. Quienes conocieron las dos ideologías pueden analizar mejor que nosotros las actitudes opuestas que asumieron sucesivamente. Buchan es muy claro: antes el niño contaba poco porque no se lo veía ni como irremplazable ni como una personalidad única, ni tampoco como una riqueza. Y Buchan, que comprendía bien la mentalidad de sus contemporáneos, concluye: «Los hombres no saben evaluar las cosas sino por su utilidad inmediata, y nunca por la que las cosas podrían proporcionar en el futuro... No son otras las causas de la indiferencia general con que se encara la muerte de los niños ⁴⁶». Decididamente, Buchan no es sólo un psicólogo penetrante. Tiene algo de fisiócrata, dado que antes que su indiferencia de padres reprocha a sus contemporáneos el ser malos calculadores. Para ellos el niño no tiene mucho valor, ni valor específico ni valor económico a largo plazo.

En 1804 otro médico, Verdier-Heurtin, hace un balance muy negativo de la medicina infantil. Atribuye esta carencia al hecho de que «todavía no existe la convicción de que es una medicina diferente de la de las demás edades ⁴⁷». La prueba es que los médicos, que son hombres, tardarán mucho tiempo en admitir la especifici-

45. Buchan, *op. cit.*, p. 16 (el subrayado es nuestro).

46. *Op. cit.*, pp. 16-17.

47. Verdier-Heurtin, *Discours sur l'allaitement*, pp. 50-53.

dad de esa etapa de la vida. A comienzos del siglo XIX la medicina infantil sigue abandonada a las mujeres, que según él «confían más en las fantasías de la alquimia⁴⁸ que en nuestras modestas prescripciones».

SU AUSENCIA EN LA LITERATURA

El sitio que ocupa el niño en la literatura hasta la primera mitad del siglo XVIII es la tercera señal de su insignificancia. En términos generales, «allí se lo considera un objeto fastidioso, en todo caso indigno de atención. Nos impresiona la indiferencia, por no decir la insensibilidad, respecto del niño pequeño⁴⁹».

La Fontaine, La Bruyère o Boileau rivalizan en condescendencia cuando se ocupan del niño⁵⁰. El único que adopta una posición más matizada en esta materia es Molière⁵¹. Pero en general la actitud de los letrados respecto de la infancia ha de variar poco hasta comienzos del siglo XVIII. Para convencerse de ello, basta con leer *La Vie de Marianne* de Marivaux (1741) o las *Mémoires pour servir à l'histoire de la vertu* del abad Prévost.

La representación literaria del sitio que el niño ocupa en la sociedad es muy importante porque las obras de los autores citados conciernen a los lectores nobles y burgueses (las clases que leen y van al teatro) y les devuelven una imagen de sí mismos. Mientras que las teorías filosóficas y teológicas se dirigen más específicamente a los intelectuales, esto es, a un público especializado y restringido, la literatura tiene un auditorio más amplio y probablemente sea la más significativa de la mentalidad que reinaba en el seno de la clase dominante.

A la versión trágica y pesimista de la infancia, opone un desprecio soberano por el niño. Más que el mal, el niño es la nada insignificante, o la casi nada. Esta casi insignificancia explica en parte la indiferencia maternal del tercer tipo de mujeres que mencionamos antes. Porque era necesaria una considerable dosis de insensibilidad para soportar la muerte de sus hijos, como lo hicieron ellas,

48. Alusión a la falsa ciencia que es la alquimia.

49. G. Snyders. *op. cit.*, p. 173.

50. *Ibidem*, pp. 173 a 177.

51. *Ibidem*, p. 291 a 293.

64 / *¿Existe el amor maternal?*

pero también para optar por hacerlos vivir alejados de ellas, en una especie de abandono moral.

La indiferencia de su clase no explica por entero la conducta de estas madres. Parte de la explicación hay que buscarla en sus deseos y ambiciones de mujeres.

Capítulo 3

La indiferencia materna

Al indagar en los documentos históricos y literarios la sustancia y la calidad de las relaciones entre la madre y su hijo hemos constatado o bien indiferencia, o bien recomendaciones de frialdad, y un aparente desinterés por el bebé que acaba de nacer. Este último punto suele interpretarse de la siguiente manera: ¿cómo interesarse por una criatura que tenía tantas probabilidades de morir antes de llegar al año? La frialdad de los padres, y especialmente de la madre, servía inconscientemente como coraza sentimental contra el alto riesgo de ver desaparecer al objeto de su ternura. Dicho de otro modo: era preferible no adherirse a él para no sufrir después. Esta actitud sería la expresión normal del instinto de conservación de los padres. Dada la elevada tasa de la mortalidad infantil hasta fines del siglo xviii, si la madre se apegara intensamente a cada uno de sus niños con toda seguridad moriría de tristeza.

Durante mucho tiempo, los historiadores de mentalidades insistieron en esta interpretación ¹. Es comprensible, en la medida en que esta explicación, sin justificar cabalmente la conducta de las madres nos impide también juzgarla. Al insistir sobre los azares de la vida de antaño y sus diversos infortunios (pobreza, epidemias y otras fatalidades) que se abatían sobre nuestros antepasados, los

1. Flandrin, Lebrun y Shorter no se cuentan entre ellos.

lectores del siglo xx somos imperceptiblemente llevados a pensar que después de todo, si nos hubiéramos encontrado en esa situación, también nosotros habríamos sentido y hecho lo mismo. Así se opera en los espíritus la magnífica continuidad entre las madres de todos los tiempos, que fortalece la imagen de un sentimiento único, el Amor maternal. Partiendo de allí, hay quienes han llegado a la conclusión de que puede haber más o menos amor maternal, según las dificultades externas que agobian a la gente, pero que siempre lo hay. El amor maternal sería una constante transhistórica.

No faltarán quienes digan que las fuentes escritas de que disponemos suelen referirse a las clases acomodadas, para las cuales y a propósito de las cuales se escribe, y que no podemos condenar al conjunto de las madres, a través de una clase pervertida. Podemos evocar también la conducta de las campesinas de Montailou², que al alborar el siglo xvi mecen, acarician y lloran a sus hijos muertos. Este testimonio muestra sencillamente que en todos los tiempos hubo madres amantes, y que el amor maternal no es una creación *ex nihilo* de los siglos xviii o xix. Pero en ningún caso prueba que se trate de una actitud universal.

Ya hemos mencionado la importancia del factor económico en la conducta de las madres, así como el peso de las conveniencias sociales. Pero ¿qué decir de esas mujeres pertenecientes a clases acomodadas, sobre las cuales no pesaba ninguna de las dos hipótesis, dado que sus maridos no necesitaban de su trabajo para completar el suyo? ¿Qué pensar de esas mujeres que disponían de todos los medios para criar a sus hijos junto a ellas y para quererlos, y que durante siglos no lo hicieron? Al parecer, consideraron que se trataba de una ocupación indigna de ellas, y optaron por zafarse de esa carga. Por otra parte, lo hicieron sin provocar el menor escándalo. Porque con excepción de algunos teólogos severos y de algunos intelectuales (todos ellos hombres), los cronistas de la época parecen considerarlo normal.

Además, el hecho de que estos últimos se hayan interesado tan poco por las madres amantes y por las madres descarriadas, tiende a mostrar que en ese momento ese amor no tenía un valor social ni moral. Muestra que sobre esas mujeres privilegiadas no pesaba ninguna amenaza, ninguna culpabilidad. En última instancia, ca-

2. E. Le Roy Ladurie, *Montailou, village occitan*, pp. 305 a 317.

bría ver en ellas un caso excepcional de actitud espontánea. Si la «moda»³ no era favorable a la maternidad, ellas contribuyeron ampliamente a propagarla, aun cuando a fines del siglo XVIII se consideraron sus víctimas.

Nos ha parecido, pues, importante analizar sus conductas y sus discursos, que de acuerdo con una ley conocida se propagaron de arriba abajo en la escala social, y registrar con precisión las consecuencias que tuvieron sobre sus hijos esas actitudes.

Así es como hemos de vernos obligados a invertir la proposición corriente: no es porque los niños murieran como moscas que sus madres se interesaban poco por ellos. Todo lo contrario, en gran medida porque ellas no se interesaban moría una cantidad tan grande de niños.

Las señales de indiferencia

Nos echamos ahora en busca de pruebas de amor. El no encontrarlas nos obligaría a sacar la conclusión de que no lo había.

LA MUERTE DEL NIÑO

Actualmente estamos profundamente convencidos de que la muerte de un niño deja una marca indeleble en el corazón de su madre. Incluso la madre que pierde a un embrión incipiente, si lo deseaba conserva el recuerdo de su muerte. Aun sin sumirse en manifestaciones de duelo patológicas, toda mujer recuerda ese día como el día de una pérdida irreparable. El hecho de poder engendrar otra criatura nueve meses después no cancela la muerte de la anterior. No hay cantidad que sustituya a la calidad que atribuimos a cada ser humano, incluido el feto viable.

Antaño dominaba una mentalidad opuesta. F. Lebrun escribe en su tesis: «en el nivel humano, la muerte del niño pequeño es

3. «Moda» es el término que emplea Talleyrand en sus *Mémoires*, p. 8: «No había llegado todavía la moda de los cuidados paternos (nació en 1754); en mi niñez la moda era muy diferente...» Y un poco antes: «cuidados demasiado solícitos hubieran sido interpretados como pedantería, una ternura muy efusiva hubiera parecido algo nuevo y por lo tanto ridículo».

vivida como un accidente banal, que ha de ser reparado por un nacimiento ulterior⁴». Lo cual testimonia un amor menos intenso de la madre hacia cada uno de sus hijos. P. Ariès abogó a favor de la causa de esta insensibilidad, «que en las condiciones demográficas de la época es demasiado natural»⁵. Natural o no, la insensibilidad aparece crudamente en los anales domésticos del siglo xviii. En esos libros donde el jefe de la familia relataba y comentaba los acontecimientos referidos a la misma, la muerte de los niños aparece registrada casi siempre sin comentarios, o bien con algunas fórmulas piadosas que parecen más inspiradas en el sentimiento religioso que en la tristeza.

Es el caso del cirujano de Poligny⁶ que consigna la muerte de sus hijos añadiendo junto a cada uno de ellos, lo mismo que al consignar la de sus padres y vecinos: «Dios quiera velar su alma. Amén». En la única ocasión en que manifiesta pesar es a propósito de la muerte de un hijo de veinticuatro años, a quien califica de «hermoso joven».

Otro burgués, abogado de Vaux-le-Vicomte, se casa en 1759. Tiene un hijo por año y pierde sucesivamente a seis, cuyas edades iban respectivamente de los seis años a unos meses. Registra la muerte de los cinco primeros sin añadir nada a su nombre. Al registrar el sexto, no puede dejar de hacer un balance: «Así que habiendo tenido seis hijos varones, me encuentro sin hijos. Bendita sea la voluntad de Dios».

Todo esto es coherente con la famosa frase de Montaigne: «Perdí dos o tres hijos durante su crianza a cargo de una nodriza, no sin pena, pero sin mayor contrariedad»⁷.

La aparente ausencia de dolor ante la muerte de los hijos no es patrimonio de los padres. La reacción de las madres es idéntica. Shorter menciona el testimonio del fundador de un hospicio para niños expósitos en Inglaterra, que estaba consternado ante las madres que abandonaban a sus bebés moribundos en los arroyos o en los cubos de basura de Londres donde se pudrían. O la risueña

4. *Les hommes et la mort en Anjou aux xvii^e et xviii^e siècles*, p. 423, París, 1971.

5. P. Ariès, *op. cit.*, p. 30.

6. Babeau, *Bourgeois d'autrefois*, 1886, pp. 268-269.

7. Montaigne, *Essais*, II, 8.

indiferencia de una persona de la alta sociedad inglesa que «después de haber perdido a dos de sus hijos, hacía notar que todavía le quedaba la docena del fraile».

Con respecto a eso las francesas no tienen nada que envidiar a las inglesas. Basta con leer las palabras de Madame Le Rebours en su *Avis aux mères* en 1767: «Hay madres que al enterarse de la noticia de la muerte de su hijo encargado a una nodriza, se consuelan, sin averiguar la causa de su muerte, diciendo: ay, es un ángel en el paraíso. Pongo en duda que Dios les tenga en cuenta su resignación en esos casos. El permite que se formen criaturas en su seno para que las madres traten de hacer de ellas hombres; además, no hablarían así si reflexionaran en los dolores crueles que han sufrido esos niños antes de morir, si reflexionaran que muchas veces es su propia negligencia la causa de esas muertes ⁸»...

Tal vez la máxima prueba de indiferencia sea la ausencia de los padres en el entierro de su hijo. En algunas parroquias, como por ejemplo Anjou, ni la madre ni el padre se desplazan para asistir a la inhumación del hijo de menos de cinco años. En otras parroquias asiste uno de los dos, a veces la madre y otras el padre ⁹. Son muchos los casos en que los padres se enteran muy tardíamente de la muerte de los hijos a cargo de nodrizas. Preciso es decir que no hacen grandes esfuerzos por mantenerse al tanto del estado de salud del niño.

La última prueba de esta indiferencia nos es suministrada por el fenómeno inverso: manifestar dolor por la muerte de un hijo es una conducta que el contorno registra siempre como si fuera curiosa.

Lebrun ¹⁰ observa que la pena de Henri Campion ante la muerte de su hija de cuatro años, ocurrida en 1653, es tan excepcional que él mismo experimenta la necesidad de explicarla: «A quienes me digan que un apego tan vivo se excusa en el caso de personas formadas pero no en el caso de niños, les respondo que mi hija tenía indiscutiblemente muchas más perfecciones de las que se

8. Pp. 67-68.

9. A. Bideau hace notar que la mayoría de los padres se ocupaban de ir al entierro de su hijo en la pequeña ciudad de Thoissey.

10. *La vie conjugale sous l'Ancien Régime*, pp. 144-145 (subrayado por nosotros).

hayan tenido nunca a su edad, y que nadie puede reprocharme con fundamento el creer que hubiera sido cada vez mejor, y que por consiguiente no sólo he perdido una encantadora hija de cuatro años sino también una amiga, tal como se la puede imaginar en la plenitud de su edad».

En una carta del 19 de agosto de 1671, la señora de Sevigné registra rápidamente el dolor de la señora Coetquen a la muerte de su hijita: «Está muy afligida y dice que no volverá a tener otra hija tan linda». La señora de Sevigné no se sorprende ante este dolor porque la criatura llorada era única. Pero si no hubiera tenido ese rasgo excepcional de su belleza, ¿hubiera sido más llorada que los demás?

Cien años más tarde, Diderot demuestra la misma sensibilidad que la señora de Sevigné o que el infortunado Campion. En una carta a Sophie Volland evoca el «loco» dolor de la señora Damilaville ante la muerte repentina de una de sus hijas, y no puede explicarlo, si no justificarlo, más que remitiéndose a las cualidades excepcionales de la niña muerta: «Comprendo que se aflijan quienes pierden una criatura como ésa ¹¹».

Todos estos testimonios muestran que la aflicción es permitida sólo excepcionalmente, y depende de algún rasgo peculiar del niño muerto. Hubiera resultado fuera de lugar llorar por los demás. ¿Tal vez porque las lágrimas se consideraban impúdicas? ¿Porque la tristeza era contraria al espíritu religioso? ¿O simplemente porque hubiera sido ridículo deplorar la muerte de un ser tan inacabado e imperfecto como un niño, al modo como actualmente reprochamos a la gente que llore la muerte de su perro?

EL AMOR SELECTIVO

Hay una segunda actitud, propia tanto del padre como de la madre, que no puede dejar de sorprender al lector del siglo xx: el trato increíblemente desigual que recibían los hijos según su sexo y según el sitio que ocupaban en la familia. Si el amor era natural y por consiguiente espontáneo, ¿cómo es que se dirigía a un hijo y no a otro? Si las afinidades son electivas, ¿por qué habíamos de querer más al varón que a la niña, al mayor que al menor?

11. Carta del 9 de agosto de 1762.

¿No es acaso reconocer que amamos a los hijos ante todo por lo que nos significan socialmente y porque halagan nuestro narcisismo? Una muchacha le cuesta una dote a su padre, y no le aporta nada salvo algunas alianzas o la amistad de algún vecino. Poca cosa, a fin de cuentas, si consideramos que las alianzas y las amistades se rompen según los intereses. Cuando el padre no puede casar a su hija porque no tiene dinero correspondiente a su rango, tiene que pagarle el convento, mantenerla como sirvienta o colocarla para que sirva en una casa extraña. No, la hija no es ningún negocio para sus padres, y al parecer no hay ninguna complicidad que la aproxime a su madre. La madre reserva sus tesoros de ternura y de orgullo para su hijo mayor, heredero exclusivo del patrimonio y del título cuando sus padres son nobles.

En todos los estratos sociales el heredero gozó de un trato familiar privilegiado. Bastaba que los padres tuvieran algo que legarle, no importa si eran unos pocos arpendes de tierra o la corona de Francia, para que el primogénito fuera objeto de una solicitud ejemplar. En el campo la vida cotidiana le proporciona dulzuras que ni sus hermanas ni los hermanos menores conocen. Se le reservan los trozos salados y la carne, cuando la hay. En los hogares humildes los hermanos menores la prueban sólo excepcionalmente, y las niñas nunca.

En su estudio sobre el Languedoc, Yves Castan ¹² muestra la ambigüedad de la condición del primogénito. Era más obediente en la medida en que temía ser desheredado a favor de un hermano menor más complaciente. Pero en cambio, y de acuerdo con los numerosos documentos consultados por Castan, el primogénito parece gozar de la preferencia afectiva de sus padres. Así es como la madre, en lugar de distribuir su cariño entre sus hijos de manera igualitaria, e incluso de favorecer a los menores con una mayor dosis de ternura para compensar su futura miseria, se cree obligada a educarlos con más severidad; para prepararlos, se dice, a la dureza de su suerte.

De modo que la madre tiene con ella a su hijo mayor durante su primera infancia. Le da el pecho y se ocupa en persona de él. Pero de buena gana entrega sus hijos menores a una nodriza, y se los deja durante largos años. Es indiscutible que los hijos mayores casi

12. *Honnêteté et relations sociales dans le Languedoc*, tesis, 1971.

siempre fueron más mimados y mejor educados de acuerdo con los recursos de los padres.

¿Dónde está en ese sentimiento selectivo el amor maternal, del que se dice con tanta soltura que existe en todas partes y en todos los tiempos? La preferencia por el mayor no es inocente, y es probable que no sea natural. Castan sugiere que esta ternura maternal se fundaba en un vigoroso sentido de la previsión, cuya presencia registra por una vez: si el padre se muere antes que la madre y ésta se ve reducida a la impotencia, ¿de quién dependerán su supervivencia, su vejez y su felicidad sino del heredero? Necesitamos tener buenas relaciones con aquel de quien depende nuestra suerte.

Respecto del menor no hay necesidad de precauciones. Se alistará en el ejército, servirá como criado a su hermano o a un vecino. Si tiene menos salud y un poco más de educación, puede ser que se haga sacerdote. Son comprensibles los inexpiables odios entre hermanos. Todos los estratos de la jerarquía social seguían esta costumbre, y el sometimiento a ella era casi unánime¹³, pero no por eso desde el más humilde de los campesinos al más elevado de los nobles dejaban de experimentarla en toda su dureza.

En las familias ricas y nobles los hermanos menores podían casarse con cierta facilidad, pero las dos posibilidades principales que se les abrían eran la carrera militar y la carrera eclesiástica. Así fue como dos hermanos menores célebres se vieron obligados a abrazar la carrera eclesiástica: el cardenal de Bernis y el obispo de Talleyrand, que nos han dejado *Memorias* significativas.

Sabemos que Talleyrand tuvo un hermano mayor y dos hermanos menores. Lo bautizaron en la iglesia de San Sulpicio el mismo día de su nacimiento (1754), y en cuanto se hubo terminado la ceremonia fue entregado a una nodriza que se lo llevó inmediatamente a su casa, en el barrio de Saint-Jacques. En el curso de más de cuatro años la madre no fue a verlo una sola vez ni pidió nunca noticias de él. Así que ignoró el accidente que al estropearle el pie hizo de él un tullido. La madre se enteró de su desgracia cuando perdió a su primogénito. Convertido en hijo mayor, Charles Maurice ya no podía ser militar ni representar honrosamente el nombre

13. Castan: el asesinato del hermano mayor por su hermano menor. Véase «Pères et fils en Languedoc à l'époque classique». En *Dix-septième siècle*, 1974.

de su familia. Decidieron contra su voluntad que siguiera la carrera eclesiástica. Peor aún, lo obligaron a que renunciara a su derecho de primogenitura a favor de su hermano menor. En sus *Memoorias*¹⁴, cuenta que teniendo él alrededor de trece años un consejo de familia lo despojó de su derecho de primogénito para concedérselo a su hermano Archambaud, de cinco años de edad. Nos resulta fácil imaginar la escena: la humillación y la vergüenza del adolescente tullido, que ha llegado a ser hijo mayor por accidente, y que a causa de otro accidente debido en gran parte a la indiferencia materna es relegado al rango de hermano menor. Pero Madame de Talleyrand extrajo una lección práctica: preocupada por asegurar una descendencia a la familia, conservó a su lado al nuevo heredero y a su hermano pequeño, que crecieron bajo el techo paterno.

La historia de Talleyrand es particularmente odiosa por la invalidez que resultó de ella y que nos afecta porque lo imaginamos. Pero no fue un caso único, y hemos de ver que fueron muchos los niños que volvieron tullidos, enfermos o moribundos de casa de sus nodrizas. Para no hablar de los que no volvieron nunca, y que pese a ser una proporción considerable están ahogados para nosotros en una masa de cifras abstractas. Invocar a propósito de ellos las necesidades económicas y demográficas no es suficiente. En muchos de esos casos los padres tuvieron que optar entre la vida de su hijo y sus intereses. Y muchas veces eligieron la muerte, por negligencia y por egoísmo. No olvidemos que también esas madres integran la historia de la maternidad. Tal vez no sean sus representantes más honrosas, pero tienen el mérito de poner al descubierto una imagen cruel de la maternidad. Claro que no es la única, pero es una que pesa tanto como las otras.

LA NEGATIVA A DAR EL PECHO

Las mujeres como la señora de Talleyrand o las nietas del consejero Froissard no estaban dispuestas a sacrificar su sitio y su puesto en la Corte, o simplemente su vida mundana y social para criar a sus hijos. El primer movimiento de rechazo era negarse a darles el pecho. Para explicar este gesto antinatural, las mujeres de sectores acomodados invocaron algunos argumentos cuyo objetivo

14. P. 16, nota 1.

era más excusar su inacción que justificar su acción. Sin embargo hubo quienes dijeron las cosas con claridad: Me disgusta, y prefiero hacer otras cosas.

LAS EXPLICACIONES DE LAS MUJERES

Entre los argumentos que se esgrimían con mayor frecuencia predominan dos: amamantar es malo para la madre desde el punto de vista físico, y es poco decoroso. Entre los argumentos de orden físico, el primero y más corrientemente usado por las mujeres es su propia supervivencia. Decían de buena gana que si amamantaran a sus bebés se privarían «de un quilo precioso, absolutamente necesario para su propia conservación»¹⁵. Este argumento, desprovisto de todo fundamento médico, impresionaba siempre al contorno. También cabía invocar una excesiva sensibilidad nerviosa, que no hubiera tolerado los gritos de un niño.

Pero la misma mujer que no toleraba los gritos es descrita así por el poeta Gilbert en su sátira del siglo XVIII: «Pero en cuanto Lalli (Tollendall) es condenado a muerte y arrastrado en público al cadalso, ella será la primera en acudir a esa horrible fiesta, en comprar el placer de ver rodar su cabeza».

Por otras fuentes¹⁶, sabemos que las mujeres mundanas no eran las últimas en acudir a las ejecuciones capitales. Algunas demostraron un entusiasmo próximo al delirio en el suplicio de Damiens, que fue particularmente bárbaro. Pero seguramente los gritos del condenado las hacían sufrir menos que los de su hijo.

La excusa, tan frecuente, de la debilidad de su constitución, motivo absoluto para no amamantar, pertenece al mismo orden de ideas. Pero los moralistas de fines del siglo XVIII se burlarán de este pretexto. Quienes se complacen invocando su fragilidad y su salud precaria, dicen,¹⁷ son las mismas que asisten a banquetes terribles, donde comen los manjares más indigestos, las mismas que bailan hasta caer de cansancio y que corren a sofocarse a todos los espectáculos.

A veces, en lugar de enternecerse sobre su salud, las mujeres

15. Linné, *La nourrice marâtre* (1770), p. 228.

16. Barbier, Collé o Casanova.

17. Verdier-Heurtin, *Discours sur l'allaitement*, p. 25.

utilizan el argumento estético y juran que si dan el pecho su belleza, el más valioso de sus bienes, las abandonará. Se consideraba (y se sigue considerando) que el hecho de amamantar deforma el pecho y afloja los pezones. Muchas eran las que no querían arriesgarse a ese ultraje y preferían acudir a una nodriza.

Pero si el argumento de que corrían el riesgo de perder su salud y su belleza no era bastante para que los demás se conmovieran sobre su suerte, las mujeres podían acudir al orden social y moral que no dejaba indiferente a nadie.

Ante todo, las mujeres (y las familias) que se consideraban superiores al vulgo creían que era poco honroso amamantar ellas mismas a sus hijos. Hacía tiempo que las damas de la nobleza daban el ejemplo en este sentido, de modo que esa negligencia no tardó en convertirse en un rasgo de distinción para los demás. Dar el pecho al hijo significaba reconocer que no se pertenecía a lo mejor de la sociedad. Como consecuencia, Dionis, un médico del siglo XVIII, observaba: «Desde las burguesas hasta las mujeres de los artesanos más humildes delegan en otras sus obligaciones maternales». Es una reflexión tal vez excesivamente general y rápida, pero que pone al descubierto un aspecto de las mentalidades.

Por su parte, intelectuales como Burlamaqui y Buffon manifestaban el mismo desdén hacia el amamantamiento materno. Refiriéndose al niño pequeño, Buffon escribe: «Pasemos por alto el disgusto que puede provocar el detalle de las atenciones que su condición exige¹⁸». Palabras masculinas que las mujeres nunca se ocuparon de desmentir. Al parecer, «el detalle de las atenciones» que requieren los niños no les proporcionaba ninguna satisfacción.

En nombre del decoro, el amamantamiento fue declarado ridículo y desagradable. El término «ridículo» es muy recurrente en las correspondencias y memorias. Madres, suegras y mujeres sabias desaconsejan a la joven madre que dé el pecho al hijo, por tratarse de una tarea que no es lo bastante noble como para una dama de rango. No queda bien descubrir a cada momento la teta para dársela al bebé. Además de dar una imagen animal de la mujer como «vaca lechera», es un gesto falto de pudor. En el siglo XVIII semejante argumento no es trivial. El pudor es un sentimiento real,

18. R. Mercier, *L'enfant dans la société au XVIII^e siècle (avant l'Emile)*, p. 55. Dakar, 1961.

que incide en esta negativa a amamantar. La madre que da el pecho debe ocultarse del mundo para hacerlo, lo cual interrumpía por un prolongado período su vida social y la de su marido.

Por su parte los maridos tuvieron su parte de responsabilidad en la negativa de sus esposas a criar a sus hijos. Algunos se quejan del amamantamiento como si se tratara de un atentado a su sexualidad y una restricción de su placer. A algunos les disgustan ostensiblemente las mujeres que amamantan, con su intenso olor a leche¹⁹ y sus senos que rezuman continuamente. Para ellos el amamantamiento es sinónimo de suciedad. Un verdadero remedio contra el amor.

Aun en el caso de que el padre no esté disgustado, el pequeño que es alimentado por su madre le estorba de manera considerable. Porque los médicos y moralistas de esa época están de acuerdo en proscribir las relaciones sexuales no solamente durante el embarazo sino también durante la lactancia. Según ellos, el esperma malogra la leche. Así que pone en peligro la vida del niño. La medicina del siglo XVIII sigue difundiendo esta falsa consigna, y por consiguiente el padre se ve costreído a un prolongado período de continencia sin placer. Como por otra parte, y desafiando el tabú, las parejas se habían dado cuenta de que en ese período la mujer es menos fértil, el padre se encontraba ante una alternativa desagradable. O bien darse placer sin demasiado temor de engendrar otro hijo (tentación muy agradable) y poner en peligro la vida del bebé. O bien abstenerse para conservarlo. La solución más frecuente era reemplazar con amores adúlteros la relación conyugal. Solución que, claro está, disgustaba profundamente a las esposas. En uno u otro caso, la cohesión familiar resultaba amenazada.

El niño de meses es objetivamente un engorro para sus padres, y es comprensible que fuera encargado a una nodriza mercenaria hasta que se concluyera su crianza. Pero las madres no se conforman con eso, rechazan en bloque a los niños cualquiera sea su edad. El niño no obstaculiza solamente la vida conyugal de su madre, sino también sus placeres y su vida mundana. Ocuparse de un niño no es ni divertido ni elegante.

Quienes colocan en primer lugar su tranquilidad y sus placeres, adhieren plenamente al pequeño poema de Coulanges:

19. Louis Joubert, mencionado en *Entrer dans la vie*, p. 160.

«¿Hay algo menos atrayente
que un montón de niños que gritan?
Uno dice papá, otro mamá
y el otro llora tras de su amiga.
Y por esta diversión
te marcan como a un perro».

Los placeres de la mujer de mundo residen fundamentalmente en su vida mundana: hacer y recibir visitas, ostentar un vestido nuevo, ir a la Ópera y a la Comédie. La mundana juega y baila todas las noches hasta la madrugada. Le gusta entonces «gozar de un sueño tranquilo, o al menos sólo interrumpido por el placer²⁰». «Y el mediodía la encuentra en el lecho»²¹.

Todas estas mujeres tenían la conciencia tranquila porque su contorno admitía la necesidad de la vida mundana en mujeres de alto rango, y los mismos médicos reconocían que esas obligaciones eran excusas válidas para no criar a sus hijos. Moreau de Saint-Elier, un médico, afirmaba a mediados del siglo XVIII que el cuidado de los niños «es una carga engorrosa... en la sociedad».

Si añadimos a esto que de acuerdo con el ideal mundano de la época nada es menos distinguido que «demostrar demasiado amor por los hijos»²² y alienar su precioso tiempo a favor de ellos, tenemos la respuesta más clara al problema del abandono de los niños por sus madres acomodadas o ricas. Porque las pequeño-burguesas, las mujeres de los comerciantes o del juez local, que carecían prácticamente de obligaciones mundanas, se apresuraban a imitar a sus hermanas más favorecidas. A falta de una vida social brillante, el librarse también ellas de sus hijos les otorgaba un

20. Toussaint, *Les mœurs* (1748).

21. Madame Le Prince de Beaumont, *Avis aux parents et aux maîtres sur l'éducation des enfants* (1750), p. 77.

22. Vandermonde, *Essai sur la manière de perfectionner l'Espèce humaine* (1750). Así pensaba Montesquieu, citado por R. P. Dainville: «todo lo que se refiere a la educación de los niños, al sentimiento natural, le parece bajo al pueblo». Lo mismo sucede en las clases acomodadas: «de acuerdo con nuestras costumbres ni el padre ni la madre crían ya a sus hijos, no los ven, no los alimentan. Ya no nos entenece su vista, son objetos que se sustraen a las miradas, y una mujer que demostrara preocuparse por ellos faltaría a la elegancia». Corroborando esto, Turgot confía en su carta a Madame de Grafigny en 1751: «nos avergonzamos de nuestros hijos».

primer signo de distinción. Era preferible no hacer absolutamente nada antes que demostrar ocuparse de objetos tan insignificantes.

Pero todo esto no es suficiente para explicar esta conducta.

Recordemos las advertencias de los teólogos del siglo xvi que reprochaban a las madres su ternura culpable para con sus hijos. A fines del siglo xviii, toda la intelectualidad les hará el reproche contrario, y estigmatizará su dureza. De modo que tenemos que plantearnos una pregunta: ¿qué sucedió a lo largo de esos dos siglos?

Claro que la ausencia del sentimiento de la infancia era anterior a este período. Pero las mujeres daban el pecho a sus hijos y los conservaban a su lado por lo menos hasta los ocho o diez años. Curiosamente, es en el momento en que ese sentimiento de la infancia empieza a crecer y a desarrollarse cuando las mujeres se distancian de sus deberes maternos. Los hechos son contradictorios sólo en el caso de que definamos a la mujer dentro de los límites de la maternidad.

Ahora bien, precisamente en los siglos xvii y xviii la mujer que tenía recursos para ello intentó definirse como mujer. El hecho de que la sociedad no hubiera acordado todavía al niño el sitio que le otorga en la actualidad facilitó la empresa. Para llevarla a cabo, fue preciso olvidar las dos funciones que antes definían la totalidad de la mujer: la esposa y la madre, que sólo le daban existencia en relación con otro.

La emancipación de las mujeres

Al intentar definirse como seres autónomos, las mujeres debían conocer fatalmente una voluntad de emancipación y de poder. Los hombres, la sociedad, no pudieron impedir el primer paso, pero supieron obstaculizar hábilmente el segundo, y volver a conducir a la mujer a la función que ella no hubiera debido dejar nunca: la función de madre. Por añadidura, recuperaron a la esposa.

Para comprender el rechazo de la maternidad por parte de las mujeres es preciso recordar que en aquella época las tareas maternas no merecen atención ninguna, ninguna valorización por parte de la sociedad. En el mejor de los casos, es normal; en el peor es una vulgaridad. Así que las mujeres no ganaban ninguna gloria

siendo madres, y sin embargo ésa era su función principal. Comprendieron que para tener derecho a alguna consideración debían seguir un camino que no fuera el de la maternidad, que no les aseguraba el menor reconocimiento.

Pero para poder aunque más no fuera pensar en ello, debían estar libres de las cargas propias de la condición femenina común: contingencias materiales, autoridad del marido y aislamiento cultural. De modo que era preferible ser francesa antes que italiana, aristócrata o burguesa antes que obrera, ciudadana antes que campesina.

¿Por qué las francesas?

Es un hecho reconocido por unanimidad que las francesas fueron las primeras en entregar sus hijos legítimos a nodrizas. Lo hicieron tan masivamente que a mediados del siglo XVIII los niños de las ciudades criados por sus madres eran excepciones. Roger Mercier afirma que los demás países de Europa imitaron esta práctica más de lo que se supone²³. Pero no todos. Es curioso que se haya olvidado a Inglaterra y Alemania, para conservar en la memoria esta conducta como si fuera típicamente francesa. Hélène Deutsch²⁴ por ejemplo evoca la actitud de las francesas en el curso de estos dos siglos como si hubiera sido única en Europa. Según ella, es una aberración inexplicable respecto de las normas universales de la maternidad.

Es difícil dar una explicación enteramente satisfactoria de este fenómeno francés, pero también inglés y accesoriamente alemán. A lo sumo cabe observar que Francia e Inglaterra eran considerados los países más liberales de Europa en lo que se refiere a las mujeres. Pillorget²⁵ apunta que desde finales del siglo XVI las francesas son más libres en su vida y en su conducta que las españolas y las italianas, y que las inglesas lo son aún más que las francesas.

23. *Op. cit.*, pp. 31-32: Fundándose en obras de moral y medicina, Mercier confirma que «en Inglaterra, las mujeres se niegan a amamantar a sus hijos, no sólo las de las clases altas, sino todas aquellas cuyos recursos económicos se lo permitan, a costa de privaciones si es necesario... En Alemania se da el mismo abandono, puesto que a falta de nodrizas se intenta suplantarlas con la alimentación artificial». En cambio en Holanda y en los países del norte, como Suecia, la crianza mercenaria se practica muy poco.

24. *Psychologie de la femme*, II, p. 9, París, P.U.F.

25. Pillorget, *La tige et le rameau*, p. 57, París, Calmann-Levy, 1979.

Menciona el testimonio de un contemporáneo inglés que asegura que «Inglaterra es un paraíso para las mujeres...». Hacia la misma época los autores dicen lo mismo de las francesas. La opinión generalizada hace de Francia el país por excelencia de la libertad femenina²⁶. No solamente se burlaban de las costumbres bárbaras de los turcos, sino que además se jactaban de no imitar los celos tiránicos de españoles e italianos.

Es cierto que contrariamente a sus hermanas mediterráneas, la francesa acomodada goza de una gran libertad para ir y venir y para tener contactos con el mundo. La vida social que cultiva favorece el encuentro de los sexos sin provocar dramas a la italiana. Reina la galantería pero no la disolución, como dice Pradon²⁷ en respuesta a la sátira 10 del misógino Boileau.

Ninguna actitud particular de la Iglesia explica esta libertad femenina francesa o inglesa. Pero cabe advertir que estas dos naciones eran consideradas como las más desarrolladas de Europa, y sus costumbres como las más refinadas del mundo.

En Francia las aristócratas fueron las primeras en practicar el arte de vivir sin niños. Libres de preocupaciones materiales, disponían de tiempo y dinero en abundancia, y parecen haber ilustrado por anticipado el principio de Tocqueville según el cual las personas más favorecidas son las que menos toleran la menor alienación. Considerando tal vez que emplearían mejor su tiempo ocupándose de algo que no fuera lo que cualquier mujer podía hacer en su lugar por dinero, hicieron alarde de su voluntad de distinción y de poder. Las guerras intestinas les proporcionaron muchas oportunidades. Sus modelos fueron deslumbrantes, puesto que en menos de cien años tres mujeres fueron regentes del reino.

En esos tiempos convulsionados, muchas damas castellanas fueron auxiliares útiles de sus maridos. Supieron defender sus castillos

26. El abad de Pure, *La Précieuse*: «La mayor de las dulzuras de nuestra Francia es la libertad de las mujeres; es tan grande en todo el reino que los maridos prácticamente no tienen poder y las mujeres son soberanas. Los celos del marido no son menos vergonzosos que el desorden de su mujer».

27. Magendie, *La politesse mondaine et les théories de l'honnêteté en France au xvii^e siècle*, pp. 88-89: «la honesta libertad que se permite en Francia lejos de acrecentar el vicio destierra su licencia; sin utilizar aquí como en otras regiones rejas, cerrojos, llaves y cadenas, que no hacen más que volver audaces a las más tímidas, las guías son el honor y la virtud».

y conservar intactos los bienes familiares, como por ejemplo la famosa Chrétienne d'Aguerre, que movilizaba ejércitos, se hacía escuchar en los consejos y le disputaba Provenza al duque de Saboya. Madame la Guette, la baronesa de Bonneval, la condesa de Saint-Balmont y muchas otras no produjeron menos impacto. Todas estas mujeres que demostraron coraje en momentos de peligro revelaron a las demás mujeres de su casta que podían desempeñar las mismas funciones que los hombres, y tan bien como ellos.

Cuando los sucesos de La Fronda, las grandes aristócratas quisieron inmiscuirse en ellos. Era una ocasión demasiado hermosa como para no destacarse. La duquesa de Chevreuse, la Grande Mademoiselle, la duquesa de Montzabon y, claro está, la duquesa de Longueville rivalizaron en intrigas, hazañas y correrías. Dirigentes de guerra al servicio de los Príncipes, estas mujeres olvidaron su sexo por la gloria. Su triunfo residía antes en La Fronda que en su marido o su hijo.

Las damas que hemos nombrado no representaban más que un núcleo mínimo de aristócratas, pero sus acciones fueron ruidosas, y todas las mujeres mundanas se apasionaron por la política. A menudo aparece citada la frase de la nieta de la señora de Rambouillet: «Ahora que ya tengo cinco años, abuela, hablemos de asuntos de Estado». Y la de Mazarin, que durante las negociaciones del tratado de los Pirineos se quejaba de esta pasión propia de las francesas. Entonces le habría confiado al ministro español Don Luis de Haro ²⁸: «Vosotros sois dichosos; *tenéis, como en todas partes, dos clases de mujeres, multitud de coquetas y unas pocas mujeres de bien*: aquéllas piensan solamente en gustar a su galán, y éstas a su marido; unas y otras *tienen como única ambición el lujo y la vanidad*. En cambio *las nuestras*, sean mojígatas, viejas, jóvenes, tontas o ingeniosas, quieren meterse en todo. Una mujer de bien no se acuesta con su marido ni una coqueta con su galán si no les hablan de asuntos de Estado. Quieren *verlo todo, conocerlo todo, saberlo todo, y lo que es peor hacer todo y enredarlo todo*».

De modo que entre la cortesana y la mujer de bien (esposa y madre) se perfila una mujer que no es ni una cosa ni otra, que quiere «saberlo todo... y hacerlo todo». Un ser semicarnal y semi-

28. Mencionado por L. Batiffol, *La Duchesse de Chevreuse*, p. 212 (el subrayado es nuestro), París, Hachette, 1913.

pez que se parece a un hombre, que quiere imitarlo pero que no es hombre. Factor de perturbación a los ojos del Primer ministro de una Regente, el único error del sexo débil consiste en querer jugar al sexo fuerte y ser su igual. Es un elemento de desorden en una sociedad monárquica paternalista y sumamente jerarquizada.

Las parisinas acomodadas, nobles o burguesas, quisieron imitar a las grandes aristócratas. A falta de ambiciones políticas, buscaron a su vez afirmar su independencia y brillar por su distinción. El hecho de vivir en una gran ciudad les ofrecía dos posibilidades raras a comienzos del siglo xvii: una vida social refinada y una vida cultural sin precedentes; el arte de la galantería virtuosa o el saber reservado tradicionalmente a los hombres. Estas dos opciones han de ser sucesivamente las de las preciosas y las mujeres sabias hasta mediados del siglo xviii. De esa manera intentaron igualar a los hombres, e incluso someterlos.

Es preciso volver por un momento al fenómeno urbano, que unos juzgan alienante y otros patológico. Con anterioridad hemos visto los factores de la alienación urbana, vayamos ahora a otro aspecto de las cosas. La ciudad, especialmente la gran ciudad, es también un sitio de liberación para otras categorías de personas. Para las más favorecidas significa contactos y cultura. Es por excelencia el sitio del saber, el sitio donde reinan el espíritu y las posibilidades de diálogo.

Es fácil imaginar que las mujeres más privilegiadas tuvieron ganas de brillar fuera de sus casas antes que permanecer confinadas dentro, entre las tareas domésticas y maternas que no les aseguraban ningún reconocimiento particular. Muy pronto, no pensaron más que en su salón, no tuvieron más tiempo para ocuparse del gobierno doméstico. Consagradas a sí mismas, no dispusieron de un segundo para consagrar a los otros.

Esa es la gran diferencia con la campesina rica. Sus condiciones de vida pueden explicar su fidelidad al amamantamiento y a la maternidad en general. Aunque tenga recursos para dedicarse a otra cosa, la campesina no tiene oportunidades de hacerlo. Sale poco de su granja y de sus tierras, y sería muy mal visto que abandonara a su bebé por un libro, suponiendo que sepa leer. Nada ni nadie puede llevarla a un terreno que no sea la maternidad. No la amenazan ni la galantería ni la cultura. Toda su virtud (su valor) reside en su modestia, y su poder no supera el marco de su cocina y

su gallinero: a lo sumo ejerce poder sobre sus hijos, sobre el criado y el corral. Como a ella no llega ninguna solicitud exterior, se mantiene apegada a sus funciones tradicionales, que algunos llaman naturales. ¿No es acaso por falta de opción?

En cambio las mujeres acomodadas de las ciudades tuvieron todas las tentaciones que pudieran distraerlas de esas funciones tradicionales. Al menos aparentemente encontraron durante un largo período su felicidad antes de darse cuenta de que tal vez habían sido absorbidas. No cabe duda de que pensaban acceder al poder compartiendo por partes iguales el saber reservado antes a los hombres. Obligadas a constatar su fracaso, han de abandonar la partida para jugar otra.

Antes de llegar a ese cambio de actitudes de las mujeres, veamos antes cómo ganaron las primeras batallas feministas, en detrimento, preciso es decirlo, de sus hijos.

Los medios de emancipación

Desde los comienzos del siglo xvii, las mujeres que quisieron destacarse encontraron su terreno predilecto en la galantería. Después de treinta años de guerras civiles, las costumbres francesas estaban impregnadas de grosería, y hasta de brutalidad.

La renovación de las costumbres no provino de la corte del Rey Gascón, sino de los salones parisinos dirigidos por mujeres con ambiciones nuevas. En los salones aristocráticos cuyo modelo sigue siendo el de la señora de Rambouillet²⁹, y después en los burgueses, ha de renacer la cortesía mundana olvidada con la corte de los Valois. Es allí y más tarde en las alcobas de las Preciosas donde aparece una nueva civilización y una cultura elitista, cuyo elemento más activo fueron indiscutiblemente las mujeres.

La primera causa de este movimiento preciosista es un afán furioso de distinción. Para distinguirse había que oponerse a todos los valores vigentes. Si el común de los mortales era propenso a gozar, esclavo e ignorante, ellas trataron de ser platónicas, libres y sabias. Como el peor de los males es la vulgaridad que se adhiere al

29. El hotel de Rambouillet, construido en 1610, ejerció una gran influencia desde 1620 hasta La Fronde.

cuerpo y abandona el pensamiento, las Preciosas se sintieron obligadas a cultivar el espíritu y dominar sus sentidos. Volviendo a la antigua filosofía de la libertad a través de la ascesis, las Preciosas, aún más que las mujeres filósofas del siglo XVIII, no quisieron ser más que puros Intelectos. Así las define el abad de Pure: «un compendio del espíritu, un extracto de la inteligencia humana».

Estas mujeres del Gran Siglo habían comprendido que su cuerpo era el sitio principal de anclaje de su esclavitud. Cuando el hombre goza, posee al mismo tiempo a toda la mujer, sea su amante o su esposa. Razón por la cual *L'Astrée* (1610), biblia del amor durante medio siglo, llegaba a la conclusión de la necesidad de una frialdad virtuosa.

Resueltamente hostiles al matrimonio y a la maternidad, las Preciosas no renuncian al amor. Quieren espiritualizarlo desprendiéndolo de los apetitos sensuales. Estas «jansenistas del amor»³⁰ preconizan el método en el deseo como lo preconiza Descartes en la razón. Todo su arte consiste en hacerse desear sin dejarse poseer.

Contrariamente a lo que afirman algunos burlones, no practicaron la coquetería vulgar de las faroleras. En la medida en que se hacían respetar, dominaban su amor y los deseos del otro. No tenían límites para exigir pruebas de adhesión, de respeto y sumisión. En una palabra, para exigir ser libres y soberanas a la vez. Exactamente lo contrario de la condición de la mujer esposa y madre.

Es la razón por la cual Mademoiselle de Scudéry rechaza resueltamente el matrimonio y la posesión que van juntos³¹. Hace poco caso «de las damas que no sabían ser otra cosa que mujer de su marido, madre de sus hijos y gobernanta de la familia». Aun cuando el amor presida el matrimonio, esta unión es fuente de disgustos. La continuidad de los cuidados mutuos altera la pureza inicial de los sentimientos, y la autoridad de la familia del marido es un yugo insoportable³². Pero todavía hay otra contrariedad que puede

30. Expresión atribuida a Ninon de Lenclos y retomada por Saint-Evremond.

31. «Quiero, dice ella, un amante sin querer un marido, y quiero un amante que conformándose con poseer mi corazón me ame hasta la muerte...» Esto es, la situación exactamente opuesta a los vínculos habituales entre el hombre y la mujer, que se casan sin amor, y generan la sumisión de la esposa.

32. Véase *Diatribes contre le mariage par l'une des Précieuses de l'abbé de*

parecer dulce y no es menos amarga. Escuchemos a Eulalia: «una hermosa dama que ha enterrado con honor a sus suegros, abuelos y madrastra... cuando se cree libre de un mal cae en otro. Ha debido quejarse de la vejez, ahora se queja de la juventud fecunda y demasiado pródiga, que la ha hecho madre y la expone cada año a una nueva carga, a un riesgo visible, a un peso importuno, a dolores indecibles y a una serie de enojosas consecuencias. Sin embargo debe padecerlas y sufrir en silencio: el pensamiento del deber prevalece sobre todos los demás y os reprocha todos los momentos de indiferencia en que podéis caer ³³...».

Por cierto que este texto de Michael de Pure es uno de los fragmentos más crueles que se hayan escrito nunca contra el matrimonio. El marido, la familia del marido y los hijos son relegados implacablemente al rango de los infortunios de la mujer. Robert Bray ³⁴ advierte que cabe creer que la diatriba es excesiva y excepcional. Y sin embargo, dice, la tendencia que en ella se expresa estuvo al parecer muy difundida.

Al invertir por completo los valores sociales de su tiempo, las Preciosas parisinas, contra lo que se ha dicho, no fueron un microcosmos ridículo. La gran resistencia y las burlas que se le opusieron son señales de una influencia considerable. Molière ironiza a propósito de ellas porque sus ideas adquirieron cierta importancia no sólo en la capital sino también en las provincias. Cathos y Magdelon lo prueban. A través de ellas Molière ridiculiza con crueldad a todas las «sabihondas» de provincia que quieren salir de su condición social y femenina. Que afirman torpemente sus aspiraciones mundanas, no sólo para salir de su clase pequeño burguesa sino también para oponerse mejor a su futura vida de madres de familia.

Ridículas tal vez para todos aquellos que no toleran a quienes quieren salir de su condición, estas primeras feministas son conmovedoras como todos los autodidactas. Su torpeza no impidió que algunas de sus ideas se propagaran. En los medios que se pretendían refinados, los hombres cambiaron sensiblemente de actitud con sus esposas y amantes. Los valores tradicionales familiares per-

Pure, mencionada por G. Mongrédien, *Les Précieux et les Précieuses*, pp. 149-150. París, Mercure de France, 1939.

33. *Ibidem*.

34. *La Préciosité et les Précieux*, 1948, p. 164.

dieron peso, a pesar de que estas Preciosas tuvieron enemigas acérrimas entre quienes pensaban que «la virtud estricta quiere que una dama no sepa hacer otra cosa que ser la mujer de su marido, la madre de sus hijos y el ama de la casa y los esclavos³⁵».

Tuvieron también adversarios encarnizados entre los burgueses que describe muy bien Molière, apegados a los valores tradicionales: los Sganarelle, Gorgibus o Chrysale «que miraban a las mujeres como a las principales esclavas de sus casas, y prohibían a sus hijas que leyeran otros libros que los que servían para rezar a Dios».

Necesitaron mucho coraje y mucha perseverancia para leer esos libros prohibidos. No es que corrieran riesgos graves al transgredir las prohibiciones, pero habían recibido una educación tan mediocre, por no decir nula, que nos sorprende su ambición intelectual. Y también sus logros.

Por cierto que la primera generación de mujeres ambiciosas había sacrificado más a la forma que al fondo. Eran más vanidosas que sabias, y el sueño de una Academia femenina las exaltaba más que el duro trabajo intelectual. Sus enemigos aprovecharon esa debilidad y se burlaron a ultranza de ese defecto. Es cierto que las intelectuales auténticas como Mademoiselle de Scudéry no eran legión. La absoluta ignorancia de la gran mayoría de las mujeres, las colocaba en una situación original de desventaja demasiado grande como para que lograran realmente superarla, a menos que fueran geniales. A lo sumo, podían proponerse disimularla con un poco de talento.

Para medir mejor el camino que recorrieron algunas de ellas, es preciso recordar que toda educación intelectual propiamente dicha les estaba prohibida. Tanto la casa, como la escuela o el convento, se cuidaban muy bien de desarrollar su inteligencia. Aunque hubo aquí y allá algunos pequeños cambios de programa, el contenido de la enseñanza de las niñas fue hasta la primera mitad del siglo XIX de una mediocridad inaudita. Porque su finalidad era siempre la misma: hacer de esas niñas esposas creyentes y amas de casa eficaces.

En un pensionado o en un convento del siglo XVII se enseñaba a leer y escribir medianamente, pero lo esencial de la enseñanza estaba en las labores de costura y en los cursos de religión. En muchos establecimientos las muchachas abandonadas a sí mismas

35. Texto del *Grand Cyrus*, tomo X.

salían tan ignorantes como habían entrado. Cuando eran educadas en sus casas bajo la supuesta dirección de sus madres, los resultados, salvo excepciones, no eran muy brillantes. Las niñas ricas como la duquesa de Orléans tenían derecho a recibir lecciones de comportamiento. Las niñas pobres de la nobleza de provincia, como la señora de Maintenon, vivían en el campo y aprendían unas páginas de las *Cuartetas* de Pibrac.

En total queda muy poca cosa de esta enseñanza. La *Histoire mondiale de la femme*³⁶ menciona una encuesta referida al porcentaje de cónyuges que estaban en condiciones de firmar su acta de matrimonio a fines de siglo: el 79 % de los hombres y el 85 % de las mujeres eran analfabetos. Si las mujeres de la nobleza lo son menos que las demás, sigue habiendo entre ellas muchas jóvenes que eran apenas alfabetas, como la madre del duque de Rohan, que no podía enseñarle a leer a su hijo, o Mademoiselle de Brézé, que después de casarse con el futuro Grand Condé tuvo que volver al convento, para aprender a leer y escribir. En pleno siglo XVIII los memorialistas dicen que una de las hijas de Luis XV salió del convento sin saber leer.

Las que habían aprendido a leer y escribir tenían que recorrer aún un largo camino para llegar a ser un siglo después Philaminte o la señora de Châtelet. Había que tener un formidable afán de saber para elevarse desde la moral de Pibrac a las discusiones filosóficas, para decidir ser estoica o epicúrea, para acceder a la física de Descartes o a la de Gassendi.

Las Preciosas perseveraron pues en el camino de la cultura y el saber. Sus hijas fueron sabias, y para lograrlo utilizaron todas las oportunidades posibles. Como ni en la casa ni en el pensionado aprendían nada, los abandonaban no bien podían en busca de personas más favorecidas que ellas en esa materia. Esa es la razón por la cual se describe a estas mujeres corriendo de un lado a otro, de salón en salón, de cursos a conferencias... Como no podían aprender sino a través de otro, y no tenían otro calibrador que su buena voluntad, solía sucederles que confundieran a un Vadius o a un Trissotin con un filósofo.

Lo cierto es que fue gracias a su vida social, que ofrecía muchas

36. *Histoire mondiale de la femme* (xvi et xviii siècles), p. 19. Paris, Nouvelle Librairie de France, 1965.

oportunidades de diálogo y de lecciones, como pudieron acceder a los primeros rudimentos de las ciencias y la filosofía. Después de lo cual el resto lo hacían sus lecturas.

Pero padres y maridos veían con malos ojos esta avidez de cultura. Como no podían terminar con las causas, hicieron todo lo posible por amortiguar los efectos. Desde fines del siglo xvi hasta mediados del siglo xviii, la mayoría de los hombres, y entre ellos los más destacados, se unieron en un discurso único para tratar de disuadirlos de ese camino. De Montaigne a Rousseau, pasando por Molière y Fénelon, las conminan a volver a sus funciones naturales de ama de casa y madre. El saber, dicen, echa a perder a las mujeres, al distraerlas de sus más sagrados deberes.

Preciso es reconocer que preciosas y sabias hacían poco caso de la economía doméstica, y dejaron el recuerdo de pésimas amas de casa. G. Faniez³⁷ las describe una más despreocupada que otra de sus casas. La señora de Rambouillet era una incapaz, lo mismo que la señora de Sablé que no dejó casi nada a sus hijos. El mariscal de Coligny quitó a su mujer la dirección de su casa, y se dice que Marie de Montauron, hija de un financista célebre, usaba sus diez dedos solamente para sostener los naipes...

Los ejemplos en este sentido son múltiples, y nadie podría negar que Chrysale tiene razón: la ciencia de las mujeres es muy perjudicial para el buen funcionamiento doméstico³⁸. Armande, Bélise o Philaminte nó lo negarían. Pero Armande ha respondido por anticipación a todas estas diatribas desde la primera escena de *Mujeres sabias*. Sus palabras resumen la ideología feminista de sus hermanas. Al comparar las alegrías del matrimonio con las de la filosofía, el elogio de esta última implica el proceso de aquél. Dirigiéndose a la mujer casada dentro del espíritu tradicional dice:

«Qué papel insignificante desempeñáis en el mundo
al enclaustraros en la vida doméstica,
al no entrever placeres más conmovedores
que un marido ídolo y nenes fastidiosos»

Aconseja a la reticente Henriette que se entregue al Espíritu: «Casaos, hermana, con la filosofía, que nos eleva por encima del género humano y da un imperio soberano a la razón».

37. G. Faniez, *La femme et la société française* (1929), p. 1973.

38. *Las mujeres sabias*, acto II, escena VII.

Ni Armande ni Philaminte ocultan sus ambiciones y su voluntad de poder. Esperan que el saber las eleve a la condición de que gozan los hombres, y les otorgue el mismo prestigio. Tal vez quieran algo más que la igualdad de los sexos. Hay en estas mujeres un espíritu revanchista, como si esperaran que el poder intelectual obligara a los hombres a pagar su tradicional sometimiento. Armadas de saber, Philaminte y sus hermanas entran en guerra con la raza de los maridos. Como bien lo dice Bénichou³⁹: «Cuando dicen igualdad hay que entender revancha desmesurada... responden a la opresión con el deseo de oprimir».

Sus contemporáneos masculinos comprendieron muy bien el mensaje. Se opusieron a él con mayor o menor virulencia según su grado de liberalismo. Pero salvo Poulain de la Barre, nadie aceptó la idea de la igualdad de los sexos, ni siquiera en el dominio del saber. A través de Clitandro, Molière «consiente que una mujer tenga luces...» pero exige «que sepa ignorar lo que sabe».

Al comienzo del siglo de las Luces, Fénelon es aún más severo y limitativo. Aprueba plenamente la idea de que el deber de las muchachas es la modestia: «Una muchacha no debe hablar sino lo imprescindible, con aire dubitativo y cortés: tampoco debe hablar de cosas que estén fuera del alcance del común de las muchachas, aunque sea instruida⁴⁰...».

Pero le niega al sexo femenino las liberalidades que le concedía el burgués Molière, y compara la curiosidad científica con un impudor propio del delito sexual: «Es preciso contener sus espíritus dentro de las normas comunes, y enseñarles que su sexo debe observar para con la ciencia *un pudor tan estricto como el que inspira el horror del vicio*⁴¹».

En nombre de lo cual Fénelon establece un programa mínimo para la educación de las niñas que comprende algo de matemáticas (ciencia abstracta y por consiguiente viril por definición) y de literatura clásica y religiosa. Pero les prohíbe el derecho, el español, el italiano... Permite la pizca de latín y de historia necesarios para el estudio de la Moral y la Religión. Lo esencial de su tiempo ha de consagrarse, como siempre, a adquirir los conocimientos útiles para su vida futura.

39. *Morales du Grand Siècle*, p. 198. París, Gallimard, 1948.

40. Fénelon, *De l'éducation des filles*, cap. 10.

41. *Ibidem*, cap. 7 (el subrayado es nuestro).

A pesar de la casi unánime resistencia masculina, nuestras ambiciosas se abrieron camino. Al abandonar gradualmente el camino del preciosismo, su feminismo cambió de carácter. A partir de 1660, el elemento científico se transformó en dominante. Se aficionan seriamente a la filosofía, la astronomía y las ciencias físicas. Van Beekon⁴² evoca sus logros en estas disciplinas y menciona la gloria de cartesianas como la señora de Grignan (1646-1705), de humanistas como la señora Dacier (1651-1720), o autoras de recuerdos o memorias históricas como la señora de Motteville (1621-1689) y Mademoiselle de Montpensier (1627-1693). Para no hablar de la señora de La Fayette (1634-1692) o de la señora de Sevigné (1626-1696). La mayoría de estas mujeres nos resultan prácticamente desconocidas, y sin embargo su ejemplo se extendió como aceite. En los salones de provincias alejadas, todas las mujeres acomodadas y ambiciosas soñaban con imitarlas. Si no podían adquirir su talento, por lo menos trataban de imitar su modo de actuar. Todas estas estrellas de la cultura leían mucho, aprendían lenguas y frecuentaban a las personalidades más talentosas. En Marsella y en cualquier otra parte, las mujeres intentan hacer lo mismo con los recursos a su alcance (los espíritus abiertos).

La filosofía de las Luces estimuló este estado de espíritu. Aunque Diderot celebró la obra de Molière, no es casual que *Las mujeres sabias* haya pasado por un eclipse durante el siglo XVIII, antes de encontrar un público favorable en el siglo XIX. Hombres como Voltaire, vinculado con la señora du Châtelet, o d'Alembert con Julie de Lespinasse, para no hablar de ese auténtico feminista que era Condorcet, no podían sino condenar una pieza que ridiculizaba la emancipación intelectual de las mujeres.

Más que en ningún otro siglo, salvo el nuestro, en el siglo XVIII las mujeres de las clases más favorecidas pudieron acceder a la autonomía intelectual. Un núcleo muy reducido de mujeres, si lo confrontamos con el 80 % de sus hermanas iletradas, supo probar que con tiempo y dinero las mujeres podían igualar a los hombres. En esta época las agresivas Philaminte cedieron su lugar a las mujeres lúcidas pero desencantadas como la señora du Deffand o la señora du Châtelet. Esta última es el mejor prototipo de las que se

42. Van Beekon, *De la formation intellectuelle et morale de la femme* (1922), p. 208.

denominaron «mujeres filósofas». Auténtica intelectual, nadie puede reprocharle el ser una aficionada. En el castillo de Cirey que ampara sus estudiosos amores con Voltaire, estudia a fondo la física cartesiana, que no le gusta, y la de Newton que adora. Se consagra a las matemáticas ayudada por el mejor profesor de la época: Maupertuis.

La señora du Châtelet fue menos amada por Voltaire de lo que ella hubiera soñado. Nos ha dejado varios tratados, entre los cuales el *Discours sur le bonheur* nos entrega su sabiduría epicúrea. Defraudada tal vez por los límites de la pasión del gran hombre, reconoce que su amor por el estudio fue la única compensación real a su condición de mujer. Oigámosla, resume toda la ideología feminista de su tiempo: «La pasión por el estudio es mucho menos necesaria a la felicidad de los hombres que a la de las mujeres... Ellos tienen otros medios para acceder a la gloria. Pero las mujeres están excluidas de toda clase de gloria, y cuando por azar nace una mujer cuya alma es elevada, lo único que puede consolarla de todas las exclusiones y de todas las dependencias a las que se ve condenada por su condición es el estudio».

Estas palabras de la señora du Châtelet son muy significativas. No sólo revelan que lo que hace más de un siglo persigue un grupo de mujeres es el saber como único medio de emancipación, sino que además presentan la comprobación de un fracaso. A lo sumo una mujer puede soñar con cumplir la función de consejera escondida de algún gran hombre. Un poder indirecto que no se le escapa a la señora du Châtelet. La señora de Pompadour, por muy todopoderosa que fuera, era ante todo la amante del Rey.

De modo que es preciso tener la lucidez suficiente como para comprender que el conocimiento no es más que un consuelo para las mujeres, un placer solitario que no sacia su voluntad de poder.

La señora d'Épinay, adicta a Rousseau, ha de sacar las conclusiones de lo expresado por su hermana espiritual. Como al conocimiento femenino le está prohibido mezclarse con la acción, la ciencia de las mujeres está condenada a la superficialidad: «La más sabia de las mujeres no puede sino tener conocimientos superficiales... Para poder hacer uso de sus conocimientos necesita unir la práctica a la teoría, a falta de lo cual sus nociones son muy imperfectas. ¡Cuántas son las cosas a las que tienen prohibido aproximarse! Todo lo que hace a la ciencia de la administración, de la política,

del comercio les es ajeno, les está vedado... Y éstas son las únicas grandes causas a través de las cuales los hombres instruidos pueden ser útiles a sus semejantes, al Estado y a la Patria».

Las expresiones de estas dos grandes damas del siglo XVIII son muy significativas de un importante cambio ideológico en el destino de las mujeres. La señora du Châtelet representa la antigua disposición de espíritu y concluye la etapa feminista conquistadora. Consagrada por entero a sus estudios, no es casual que aparente haber sentido tan poco la muerte de su bebé. En cambio la señora d'Epinay, gran amiga de Rousseau, abre una nueva etapa en la historia de la mujer. Abandona la ciencia a los hombres, y se apodera simbólicamente de una nueva función que hace mucho tiempo ha quedado vacante: la función de madre. En lugar de un tratado de matemáticas, la señora d'Epinay publica *Cartas* a su hijo, que le valen un artículo ditirámico en el *Mercure de France* de junio de 1756. Bajo el título: *Lettre à une dame occupée sérieusement de l'éducation de ses enfants*, un autor anónimo, que se supone que es Grimm, elogia este nuevo tipo de mujeres, las buenas madres, y acusa a las otras de falsa filosofía que las desvincula de las relaciones humanas. En cierto modo es el impulso inicial de la nueva moda.

Si hemos de resumir las motivaciones tradicionales que las mujeres invocan o simulan para no ocuparse de sus hijos, creemos que giran en torno de dos razones que no son excluyentes. Por una parte, el egoísmo que les hace preferir su libertad y su persona a cualquier otra cosa; por otra, el amor propio que les impide circunscribir su dignidad de mujeres a los límites de la maternidad. Así es como se han revelado tres tipos de mujeres más o menos liberadas o alienadas, aunque todas invoquen por igual su libertad como motivo esencial de su acción.

Para unas, la libertad es hacer lo que quieren cuando quieren. En ese caso, el niño es un impedimento material a esa vida de placer. Al parecer, no hay para estas mujeres ningún deber, ninguna obligación moral o social particular que se opongan a su placer, exigido a voces. No hay principio de realidad que compense y obstaculice el principio del placer.

En cuanto a las mundanas, si invocan la libertad no es ya para hacer lo que quieran y cuando quieran. La mundana debe hacer lo que hacen las demás mundanas, las aristócratas y toda mujer ele-

gante, y en el momento en que ellas lo hacen. Su libertad consiste en someterse lo más enteramente posible a las modas y a los imperativos sociales.

Liberadas de sus hijos, se apresuran a obedecer a todos los caprichos de la clase dominante. Su placer está limitado por la moral... del placer; su libertad por la obligación social de aparentarla, de aparecer como libres de todos los prejuicios morales, de todos los vínculos sentimentales y por supuesto de todas las obligaciones económicas.

Estas mujeres están dominadas por la apariencia, que cambia continuamente, como el buen tono. Su objetivo es distinguirse por todos los medios de la burguesía, tan despreciada por la nobleza. Como la burguesa se definía como esposa y madre, ellas se apresuraron a ser lo contrario. El resultado fue que lograron liberarse de esas dos funciones pero para someterse mejor a un modelo estereotipado de mujeres liberadas. Se agotaron literalmente en parecer libres, haciendo alarde de un modo de vida del que estaban ausentes la moral y los sentimientos.

Los Goncourt⁴³ describieron con humor y talento la vida de estas mujeres, cuyos actos, desde que se levantaban a las once de la mañana hasta que se acostaban a altas horas de la noche están impregnados de carácter mundano: el despertar, el arreglo personal, las visitas, la equitación, la lectura, los paseos, los espectáculos, las cenas, eran otras tantas oportunidades para mostrarse bajo el mejor de sus aspectos. Obsesionadas por la «apariencia» intercambiaron una servidumbre por otra.

Las «mujeres filósofas» tienen algo de los dos tipos de mujeres anteriores, pero también se distinguen de ellas. Tienen de las primeras el egoísmo, puesto que quieren liberarse de todos los obstáculos materiales para vivir mejor por sí mismas. Como las segundas, hacen ostentación de un gran deseo de libertad. Pero contrariamente a las primeras, su libertad no se define en términos de placer. En oposición a las segundas, el término de libertad es sinónimo de verdadera autonomía y de independencia respecto del modelo femenino más difundido, signo de una triple servidumbre: la maternidad que las somete al hijo, la vida conyugal que las somete al marido, la vida mundana que las somete a un código.

43. E. y J. Goncourt, *La femme au XVIII^e siècle*, pp. 99 a 105.

Para ellas la libertad no es algo dado, sino algo que se adquiere mediante un prolongado trabajo de liberación intelectual. Ahora bien, a partir de Aristóteles todos sabemos que la ciencia exige ocio y una independencia real respecto de las necesidades y otros obstáculos materiales o sentimentales.

Pero sean filósofas, mundanas o dadas al placer, todas estas mujeres estuvieron unidas por el mismo sólido egoísmo. Todas sacrificaron sus obligaciones maternas a sus deseos personales, fueran irrisorios o legítimos. A las menos favorecidas que sólo soñaban con imitarlas les ofrecieron el ejemplo de la indiferencia, elevada a rango de valor dominante.

Ahora veremos el precio que costó su opción y el destino trágico que tuvieron sus hijos. Cuando leemos los registros de las sepulturas de los siglos xvii y xviii nos vemos tentados de invertir la frase de Hegel y de decir que la vida de los padres se paga con la muerte de sus hijos.

Los tres actos del abandono

En el siglo xvii y especialmente en el xviii, la educación del niño de las clases burguesas o aristocráticas sigue aproximadamente el mismo ritual, que atraviesa tres etapas diferentes: la entrega a la nodriza, el retorno a la casa y la partida hacia el convento o la pensión. El niño ha de vivir a lo sumo un promedio de cinco o seis años en la casa paterna, lo que no significa de ningún modo que los viva con sus padres. Cabe afirmar desde ahora que el hijo del comerciante y del artesano, lo mismo que el del magistrado o el del aristócrata de la corte, ha de experimentar una prolongada soledad, a veces falta de cuidados, y a menudo un verdadero abandono moral y afectivo.

LA ENTREGA A LA NODRIZA

El primer acto del abandono suele producirse unos días o unas horas después del nacimiento del niño, como fue el caso del pequeño Talleyrand. Apenas salido de las entrañas de su madre, el recién nacido es entregado a una nodriza. Abundan los testimonios sobre esta costumbre que quiere que el niño desaparezca lo antes posible

de la vista de los padres. Sébastien Mercier, un buen observador de las costumbres de su tiempo, describe no sin ironía la visita a la parturienta parisina. Los padres celebran el nacimiento organizando en su domicilio una recepción para que todos puedan ir a felicitar a la feliz familia. Sin embargo, advierte S. Mercier⁴⁴, a la madre le falta «el encanto más atractivo y que daría a su estado un aspecto respetable: el niño en su cuna». Después añade: «he advertido que nadie se atrevía a hablarle del recién nacido ni al padre ni a la madre».

La sorpresa de Mercier ante una conducta tan habitual sólo se explica por la fecha tardía de la redacción de su libro, de 1782 a 1788. En ese momento están de moda las ideas de Rousseau. De modo que Mercier juzga la antigua conducta materna a través de las gafas del *Emilio*⁴⁵. A continuación, Mercier deja entrever que esta ceremonia le parece fuera de lugar, si no inmoral. Le parece chocante que la celebración de un nacimiento sirva de pretexto para un acontecimiento mundano entre otros, y que en lugar de celebrar al niño y a su madre, se rinda homenaje a una mujer de quien hay que olvidar que es madre.

Mientras los padres reciben a sus relaciones, el bebé está ya en brazos de su nodriza. Según el lugarteniente de policía de Lyon «en nuestro pueblo hay tres maneras de procurarse nodrizas: apalabrarlas; encontrarlas; recurrir a recaderas⁴⁶».

El primer método es el que usan las familias poderosas. Los padres eligen con cuidado a la nodriza, con ayuda de un médico; éste fue el caso del joven duque de Borgoña en 1682, o de los hijos de María Antonieta. El criterio de selección se dirige a la que parezca «más sana y de buen carácter, con buen color y carne blanca. No debe ser gorda ni flaca. Ha de ser alegre, rozagante, despierta, bonita, sobria, dulce y sin pasiones violentas⁴⁷».

Si tenemos en cuenta que sobre los 21.000 niños que nacieron en París en 1780 aproximadamente 1000 fueron criados en el domicilio paterno por nodrizas, es evidente que no hubo 1000 nodrizas

44. Sébastien Mercier, *Tableaux de Paris*, tomo V, p. 465.

45. *Emilio*, libro I, p. 258: «respetamos menos a la madre cuyos hijos no se ven».

46. Prost de Royer: *Mémoire sur la conservation des enfants* (1778), p. 14.

47. *Dictionnaire de Trévoux*, artículo *Nourrice*.

escogidas con tanto cuidado como las de los bebés reales. Prost de Royer señala que en las familias menos ricas y célebres sucede a menudo que se apalabra a una nodriza sin encontrar sin embargo lo que se buscaba. «Se trata en la esquina con un recadero que se pierde o se equivoca. El día fijado la nodriza no existe, nunca fue madre, no prometió nada o se vendió a otro. La que llega es una mujer desagradable y enfermiza, a quien la madre no ve y de quien el padre se preocupa poco.»

El segundo método, más característico de las clases populares, consiste en preocuparse de elegir la nodriza cuando el niño ya ha nacido: «cuando comienzan los dolores del parto el padre se pone a buscar a la nodriza». Entonces se lo ve acudir a los vecinos, recorrer mercados y calles y detener a la primera campesina, sin ningún examen de su salud ni de su leche, sin siquiera estar seguro de que la tiene.

El tercer método, el más común, consiste en recurrir a recaderas, intermediarias que se instalan en los mercados o en las grandes plazas. Dirigen especies de agencias de colocación, que no han de reglamentarse hasta 1715.

Antes de esa fecha y fuera de París su actividad es muy anárquica. «Sin nombre ni domicilio asisten al bautismo, reciben la comisión, se llevan al niño, lo ofrecen a precio rebajado o lo entregan al primero que llega... No dan el nombre del niño a la nodriza... No dan a la familia el nombre de una nodriza que todavía no encontraron y que simplemente esperan encontrar después ⁴⁸».

De allí la constatación amarga del lugarteniente de policía de Lyon en 1778: «Mientras que nuestros hospitales registran y numeran a todos los niños abandonados a su cargo... el cazador marca a su perro temiendo que lo cambien; el carnicero señala cuidadosamente a los animales destinados a ser degollados para alimentarnos, el niño del pueblo sale de nuestros muros sin certificado de bautismo, sin documentos, sin señales, sin que se sepa qué va a ser de él». Su vida depende de una intermediaria que no tiene registro y que no sabe leer. Si desaparece o se muere, todos los niños que tenía a su cargo se pierden con ella.

Los moralistas de fines del siglo XVIII confirman esta severa crítica de Prost de Royer. Todos subrayan con ironía que la mayo-

48. Prost de Royer, *op. cit.*, p. 15.

ría de la gente se muestra más alerta y exigente cuando se trata de elegir una sirvienta, un palafrenero que les cuide los caballos y sobre todo un cocinero que se encargue de sus comidas. La natural consecuencia de esta negligencia inicial es la situación catastrófica de los niños entregados a las nodrizas.

Los más pobres empiezan por padecer la cruel prueba del viaje que tiene que llevarlos al campo. Según el médico Buchan, los apilan en carretas apenas cubiertas, donde son tantos que las desdichadas nodrizas se ven obligadas a seguirlos a pie. Expuestos al frío, al calor, al viento y a la lluvia, se alimentan con una leche caldeada por el cansancio y la abstinencia de la nodriza. Los niños más frágiles no resistían a este tratamiento, y muchas veces los encargados los traían de vuelta muertos a los padres pocos días después de la partida.

M. Garden transmite algunas anécdotas⁴⁹ que figuran en los informes de la policía de Lyon o de París sobre estas pavorosas condiciones de traslado. Aquí, una intermediaria que lleva seis niños en un vehículo pequeño se duerme y no se da cuenta de que uno de los bebés cae y muere aplastado por una rueda. Allí, un encargado de siete niños pierde a uno de ellos sin que pueda saberse qué ha sido de él. Otra vez es una anciana a cargo de tres recién nacidos que dice no saber a quién ha de entregárselos.

La sociedad toda manifiesta tal indiferencia que sólo en 1773 la policía ordena a los transportistas de niños que utilicen vehículos cuyo fondo esté formado por tablas suficientemente cubiertas de paja nueva, que cubran sus vehículos con buena tela y que exijan a las nodrizas que viajen junto con ellos en el vehículo para cuidar que ninguno se caiga...

Para los que sobreviven a la prueba del viaje (según la estación muere entre el 5 y el 15 %) las desdichas no terminan allí. La primera razón es la situación catastrófica de las mismas nodrizas. Médicos y moralistas del siglo XVIII las acusan de todos los pecados: afán de lucro, pereza, ignorancia, prejuicios, vicios y enfermedades. Pero que nosotros sepamos muy pocos de ellos se han preguntado las causas de esos pecados. Uno de ellos, el médico lionés Gilibert, reconocerá en 1770 que la razón de muchos errores a menudo mortales está en la inverosímil pobreza de esas nodrizas:

49. Garden, *op. cit.*, p. 70.

«mujeres embrutecidas por la miseria, que viven en tugurios ⁵⁰».

Gilibert las describe como mujeres que se ven obligadas a trabajar en el campo con el sudor de su frente, y que pasan la mayor parte de la jornada alejadas de su choza. «Durante ese tiempo el niño queda absolutamente abandonado a sí mismo, sumergido en sus excrementos, agarrotado como un criminal, devorado por los mosquitos... La leche que succiona es una leche caldeada por un ejercicio violento, una leche agria, serosa y amarillenta. Los peores accidentes lo colocan a un paso de la tumba ⁵¹».

Las pobres nodrizas a veces están enfermas: debilitadas por la mala alimentación, se han enfermado de sífilis en la ciudad, o tienen sarna, o son portadoras de escrófula y de escorbuto. Sus enfermedades alteran su leche y contaminan al bebé. ¿Cómo reprochárselo en medio de la indiferencia general?

¿Cómo reprocharles que conserven a su lado a su propio bebé y que alimenten al aieno con restos, que completan con papillas completamente indigestas? Mezclas de agua y pan que mastican antes de dársela al niño. A veces les dan también castañas aplastadas, un poco de trufa o pan macerado en vinagre. No es de extrañar entonces la comprobación de Gilibert: «El vientre se empasta enseguida, aparecen las convulsiones, y los desdichados pequeños se mueren».

Hay que esperar hasta el siglo XVIII para que las nodrizas den a los niños leche de vaca en pequeños cuernos agujereados (los antepasados de los biberones), porque de acuerdo con un prejuicio sólidamente arraigado en la mentalidad popular se cree que al succionar leche el niño succiona también el carácter y las pasiones de quien le da leche. El procedimiento no está exento de peligro, ya que hay que saber dosificar bien la leche, y cortarla con agua ⁵².

Por último, el niño es alimentado sin normas ni horarios. Mama cuando a la nodriza le viene bien. Demasiado o demasiado poco. De allí se desprenden una avalancha de pequeños males que pueden llegar a ser fatales: acidez, aire, cólicos, diarrea verde, convulsiones u obstrucciones y fiebre.

50. E. Shorter, *op. cit.*, p. 222.

51. Gilibert, *Dissertation sur la dépopulation*, 1770, p. 286.

52. Sin embargo el uso del biberón estaba muy difundido en otros países de Europa. En Alemania y en Rusia, por ejemplo; véase A. Chamoux, «L'allaitement artificiel», *Annales D.H.*, 1973, pp. 411-416.

A la mala alimentación hay que sumar prácticas homicidas, como administrar narcóticos al niño para que duerma y deje a la nodriza en paz. En las provincias meridionales, el jarabe de adormidera, el láudano y el aguardiente son de uso habitual⁵³. Los boticarios los entregan con tanta liberalidad que no es excepcional que los niños mueran a causa de dosis excesivas.

Pero cuando la alimentación no resulta fatal para el bebé, su naturaleza debe superar un mal temible: la suciedad y la falta de un mínimo de higiene. Entre otros el médico Raulin⁵⁴ pinta un panorama catastrófico del niño encenagado en sus excrementos durante horas, durante días a veces, si no más. A veces las nodrizas dejan pasar semanas sin cambiar la ropa del niño o el jergón sobre el que está echado.

Esta es también una fuente de enfermedades, a despecho de las reiteradas advertencias de los médicos, que no llegan a las nodrizas, pero que los padres habrían podido escuchar...

Este es el testimonio personal del médico Gilibert: «Cuántas veces, al liberar a los niños de sus ataduras, los hemos visto cubiertos de excrementos cuyas exhalaciones pestíferas denunciaban su antigüedad; la piel de estos desdichados estaba toda inflamada. Estaban cubiertos de úlceras sórdidas. Cuando llegamos, sus gemidos hubieran taladrado el más feroz de los corazones; cabe medir sus tormentos por el rápido alivio que experimentaban cuando se veían desatados y libres... estaban todos desollados, si los tocábamos con brusquedad lanzaban gritos penetrantes. No todas las nodrizas llevan su negligencia hasta ese extremo. Pero estamos en condiciones de asegurar que son pocas las que mantienen a los niños en un estado higiénico satisfactorio, es decir, suficiente para evitarles las enfermedades que los amenazan⁵⁵».

La costumbre de fajar a los niños era otro factor de malestar y enfermedades para ellos. Le colocaban primero al bebé una camiseta de lienzo grosero que formaba muchos pliegues y frunces, y encima unas mantillas; después le pegaban los brazos contra el pecho y le pasaban bajo las axilas una banda ancha que le bloqueaba brazos y piernas. El lienzo y las bandas se replegaban entre los

53. Shorter, *op. cit.*, p. 224.

54. Raulin, *De la conservation des enfants*, 1769.

55. Gilibert, *op. cit.*.

muslos, y contenía el conjunto una banda circular apretada al máximo desde los pies hasta el cuello.

Los resultados de este fajamiento eran muy malos. La ligadura circular oprime los pliegues cortantes contra la piel del bebé, y cuando lo sueltan su cuerpo aparece lleno de surcos, enrojecido y magullado. Los mismos inconvenientes presentan los trozos de lienzo replegados entre sus muslos, que además impiden que la orina y los excrementos se alejen del cuerpo. Así es como se le forman escaldaduras y granos escrofulosos. Las bandas apretadas tenían para las nodrizas una ventaja doble: evitar la luxación de la columna vertebral y acumular la grasa bajo la barbilla, para que el bebé pareciera más gordo. Pero la faja oprimía las costillas hacia adentro estorbando los pulmones, y por consiguiente la respiración. Esto provocaba al niño tos y vómitos, porque su digestión era mala. El niño atado de este modo llora casi todo el tiempo hasta perder el aliento, y sufre convulsiones.

Nadie puede reprochar a las nodrizas esta costumbre. Los bebés fueron fajados así desde muchos siglos atrás y hasta el siglo XIX, por temor de que su blandura ocasionara accidentes, y para que crecieran derechos y bien formados. No hemos de secundar a los moralistas del siglo XVIII que fustigaban a la nodriza madrastra. Si cuelgan al niño de un clavo por la faja durante horas es para que los animales de la granja no se los coman ni los lastimen. No hay ninguna maldad en este gesto, aunque sus consecuencias son crueles para el niño, cuya sangre circula mal.

Cierto que algunas nodrizas son duras con los niños que tienen a su cargo, y a menudo los sienten como un estorbo, y no deploran su muerte cuando ésta se produce. Pero ¿en qué son más culpables que las madres que les entregan sus hijos?

No es exagerado hablar de abandono maternal, porque una vez que lo han entregado a la nodriza los padres se desinteresan de la suerte del niño. El caso de la señora de Talleyrand que durante cuatro años no pide una sola vez noticias acerca de su hijo no es una excepción. A pesar de que, contrariamente a muchas otras, tenía facilidades para hacerlo. Sabía escribir y la nodriza de su hijo residía en París.

La duración promedio de la estadía del niño con su nodriza es de cuatro años. Destetados a los quince o dieciocho meses, a veces a los veinte, los niños no vuelven sin embargo a la casa familiar. Las

nodrizas los tienen a su lado hasta los tres, cuatro o cinco años. A veces más.

Durante ese tiempo, los padres no parecían muy preocupados por la suerte del hijo lejano. A veces escribían para asegurarse de que todo marchaba bien. Ayudadas por el sacerdote, las nodrizas respondían invariablemente con palabras tranquilizadoras y pidiendo dinero para gastos suplementarios. Reconfortada, la madre no pedía más, por evidente falta de interés, o porque era demasiado pobre y prefería que la nodriza se olvidara de ella ⁵⁶.

La falta de interés no es patrimonio exclusivo de los desheredados. Hay muchas anécdotas que prueban que concierne a todas las clases sociales. Garden menciona unas cuantas, especialmente la del marido de una nodriza de Nantua que en 1755 le escribe al padre natural, oficial sombrerero en Lyon: «Desde que lo tenemos con nosotros, usted no nos ha preguntado cómo estaba. Gracias a Dios está bien». El mismo año, un maestro carpintero, que no está en la miseria, se queja del mal estado en que la nodriza le devuelve un hijo. Esta responde: «No somos nosotros quienes tenemos que advertir a los padres y madres, sino ellos quienes tienen que venir a ver a sus hijos».

Es cierto que el niño que vuelve al hogar paterno, cuando lo hace, muchas veces está tullido, malformado, raquítico, enclenque y hasta muy enfermo. Los padres se quejan amargamente de eso, tal vez más que si el niño hubiera muerto. Porque un niño en malas condiciones de salud representa muchos gastos en el futuro y pocos beneficios a corto plazo.

GOBERNANTA Y PRECEPTOR

También para el niño de clase acomodada ha llegado la hora de entrar en la casa familiar. El caso del pequeño Talleyrand que en cuanto salió de los brazos de su nodriza fue enviado al campo a casa

56. Prost de Royer ha resumido muy bien el caso de esta última: «El niño es entregado a un desconocido, lo cambian en el camino, lo arriesgan, lo matan sin que los padres lo sospechen ni se ocupen de averiguarlo. ¡Desdichados! Temen las novedades que acompañan siempre la solicitud de las mensualidades por parte de la nodriza... Se ocultan para huir, si no del niño a quien entregaron, al menos de la nodriza que reclama su paga. A veces desaparecen antes de que los citen, y el hospital recoge al niño como si fuera abandonado».

de su abuela sin ver a sus padres es más bien raro. La mayoría de los niños conocen por fin a sus padres. Tienen cuatro o cinco años para intentar lograrlo. Cuando vuelve de casa de su nodriza, el niño de clase acomodada es entregado a una gobernanta hasta los siete años. Después de esa edad si es un varón es confiado a un preceptor.

Los hermanos Goncourt describen así la existencia de una niña: «Vive con la gobernanta en los apartamentos de arriba... la gobernanta trata de convertirla en una personita con muchos halagos y mimos... porque ya administraba una fortuna... Le enseñaba a leer y a escribir (no siempre muy bien)... le recomendaba que se mantuviera derecha y que le hiciera la reverencia a todo el mundo... eso es poco más o menos lo que enseñaba la gobernanta ⁵⁷».

Mientras tanto, la madre parece reservar su afecto para su perrito que le sirve de juguete y que duerme en su alcoba, cuando no en su lecho. Con su hija mantiene relaciones escasas y distantes. Desde los apartamentos donde la cuidaba la gobernanta, la niña «bajaba a ver a su madre solamente un momento, a las once de la mañana, cuando familiares y perros entraban en la alcoba de postigos entornados». Allí la madre iniciaba un breve monólogo, del tipo del que transcribe el príncipe de Ligne ⁵⁸:

—¡Cómo estás vestida! Decía la madre a la hija que le había dado los buenos días.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara hoy. Ve a ponerte color. No, no te pongas, no saldrás hoy.

Después, volviéndose a una de sus visitas, la madre añade:

—¡Cómo quiero a esta niña! Ven, dame un beso, querida. Pero estás sucia, ve a lavarte los dientes... no me hagas las preguntas de siempre; eres realmente insoportable.

La visita se creía obligada a añadir:

—¡Ah, señora, qué madre más tierna!

—¿Qué quiere usted, decía la madre, estoy enloquecida con esta niña.

El comentario de los Goncourt es que madre e hija no tenían más relaciones que éstas, es decir, una visita filial de compromiso.

57. Los hermanos Goncourt, *La femme au xviii^e siècle*, p. 23.

58. El príncipe de Ligne: *Mélanges militaires, littéraires et sentimentales* (Dresde 1795-1811: vol. xx)

que terminaba por lo general cuando la niña daba a la madre un beso bajo la barbilla para no alterar su maquillaje⁵⁹. Lo usual en la madre a la moda era conservar una fisonomía severa y de reproche. Cree que es más digno de su parte mantenerse indiferente para con su hija: «Ante la niña la madre aparece como la imagen de un poder casi temible, de una autoridad a la que teme aproximarse. La timidez hace presa de ella... en lugar de respeto tiene miedo⁶⁰».

De allí el testimonio registrado en las cartas de d'Aguesseau de padres que se sorprenden ante la actitud temerosa de su hija, y le piden que «elimine el temblor que pone en su amor filial⁶¹».

La existencia del joven aristócrata no es más dulce que la de su hermana. Al contrario. Sin llegar a los excesos de violencia de Federico-Guillermo con su hijo, era habitual la dureza paterna. El hijo del mariscal de Noailles cuenta cómo, siendo pequeño, lo levantaban a las cinco de la mañana y le daban una sopa de naba; a veces tenía tanta hambre que trataba de robar un trozo de carne de los platos suntuosos que volvían de la mesa paterna. Si los criados lo denunciaban, su padre ordenaba que lo azotaran. Lauzun testimonia lo mismo: «los mejores trajes para salir, en la casa estaba desnudo y muerto de hambre»⁶².

¿Qué dicen las madres de estos niños de siete, ocho años? Nada, aprueban en silencio y se dedican a sus asuntos. Un contraejemplo lo bastante excepcional como para ser citado como modelo a seguir nos ofrece la prueba de la conducta generalizada de las madres: el artículo que ya mencionamos del *Mercure de France* que felicita a una gran dama (la señora d'Épinay) por ocuparse seriamente de sus hijos. El autor trazaba un panorama muy negativo de las actitudes maternas corrientes, y sacaba la siguiente conclusión: «No hay nada más raro que una madre tierna y esclarecida, capaz de equilibrar el sentimiento con la razón». Se maravilla de que esta madre excelente «no los deje ni un momento abandonados a sí mismos... que se ocupe personalmente de su educación...» que

59. Michel de Decker en *La Princesse de Lamballe* (Perrin, 1979) cuenta que para la pequeña Marie-Thérèse «la madre... es una dama a quien le besamos la mano en el tocador» (p. 130).

60. Goncourt, *op. cit.*, p. 6.

61. *Lettres inédites de d'Aguesseau* publicadas por Rives, 1823, vol. I.

62. Lauzun, 14, citado por Duff Cooper, 7.

ejerza sobre ellos una autoridad dulce... que estudie por sí misma el temperamento, el carácter y las aficiones de sus hijos».

La señora d'Épinay era esta madre excelente, lo cual no le impedía tener, para evitarse todo cansancio, una gobernanta para su hija y un preceptor para su hijo...

El preceptor relevaba a la gobernanta. Formaba parte del grupo de criados lo mismo que el lacayo, pero Crousaz apunta: «Es más honroso librarse de los hijos con un preceptor que con un lacayo⁶³». Tenía que enseñar a leer y escribir, algo de geografía, algo de latín y algo de historia. Razón por la cual no hacía falta un esfuerzo demasiado grande para encontrar quien desempeñara esta función. «Se conforman con el primero que llega: la recomendación de un criado o de gente igualmente carente de inteligencia, pero a quienes están vinculados por ciertos intereses, determina que los padres entreguen a un desconocido lo que debieran considerar lo más precioso que tienen».

La elección del preceptor recuerda la de la nodriza. Habitualmente, los padres se deciden por el menos caro. En el siglo XVIII, todos los burgueses ricos habrían podido decir lo que escribió Voltaire a propósito del preceptor que buscaba para Mademoiselle Corneille: «Si usted conoce algún pobre hombre que sepa leer y escribir y tenga un barniz de geografía y de historia... lo alojamos, lo caldeamos, le lavamos la ropa, le damos agua y le pagamos, pero le pagamos muy poco⁶⁴».

En efecto, cobran poco. Hay jóvenes seminaristas que cobran 300 libras por año. Algunos eran competentes, como Rousseau, preceptor del joven Mably y encargado de la bodega⁶⁵. Otros eran ignorantes y brutales. Los dueños de casa cambiaban continuamente de preceptor, como de criado. Crousaz advierte con amargura que los padres son poco exigentes cuando se trata de elegir al preceptor: «Un hombre rico no confía el cuidado de sus caballos a un desconocido, quiere ser testigo él mismo de su habilidad para adiestrarlos. ¿Pero se esfuerza lo mismo por conocer a la persona a quien entrega a sus hijos?⁶⁶».

63. Crousaz, *Traité de l'éducation des enfants*, 1722, pp. 112-114.

64. Voltaire, *Carta* del 16 de diciembre de 1760.

65. Rousseau, *Confesiones*, I, VI.

66. Crousaz, *op. cit.*, pp. 112 a 114.

Los niños lo perciben «y su corazón concluye que es su maestro sólo formalmente, y en el fondo está infinitamente por debajo de ellos... a lo sumo es el primero de los criados⁶⁷». En realidad, a los padres suele importarles más el lacayo que el preceptor. Además, agrega Crousaz, si los primeros se abren camino hacia la fortuna, hay muy pocos preceptores que hayan logrado el reconocimiento debido a su trabajo.

PENSIONADOS

La costumbre quería que hacia los ocho o diez años el niño volviera a alejarse de la casa paterna para concluir su educación. Antes del siglo xvii el niño cumplía su aprendizaje con algún vecino. Las familias se intercambiaban recíprocamente sus hijos para que sirvieran como domésticos o aprendices. Práctica sorprendente si consideramos que el niño aprenderá fuera lo que sus mismos padres hubieran podido enseñarle. Pero esta costumbre demuestra que es más fácil ser un patrón que un buen padre. Como si las relaciones se volvieran más difíciles en la medida en que intervienen los lazos de sangre...

A partir de fines del siglo xvi la escuela sustituye gradualmente al aprendizaje como medio de educación. Durante el siglo xvii vemos multiplicarse las escuelas para varones y niñas, los colegios con internados para los mayores, y los conventos para las muchachitas. Jesuitas y oratorianos rivalizarán en la educación de jóvenes de buena familia. Sus joyas serán Luis el Grande y el colegio de la Flecha por un lado, Juilly y Sainte-Barbe por otro.

Según Ariès, con las escuelas y sobre todo con la creación, a fines del siglo xvii, de los internados que separan radicalmente a los adultos de los niños, comienza «un largo proceso de internación de los niños (como de los locos, los pobres y las prostitutas) que no dejará de extenderse hasta nuestros días⁶⁸». Philippe Ariès sugiere que este apartamiento y esta «puesta en vereda» de los niños es una de las fases de la gran moralización de los hombres; que ésta ha sido posible sólo gracias a «la complicidad sentimental de las familias». Cree que los padres expresan su afecto a través del lugar que otor-

67. *Ibidem.*

68. Ph. Ariès, p. III del prefacio a la nueva edición.

gan a la educación, y que ésa es una prueba nueva de la importancia que se le atribuye al niño.

Los conceptos de Ariès suscitan algunos reparos. Es cierto que el deseo de educarlo y de enseñarle es signo de interés por el niño. También es cierto que la burguesía (más que la nobleza que siempre lo despreció) considera al saber como un medio de promoción social, dado que a través de él se apoderó de los puestos de funcionarios y grandes dependientes del Estado, como las intendencias. Pero ¿no cabe ver también en esta nueva atención que otorgan los padres la señal de otro interés por sí mismos? La expresión de un nuevo orgullo que quiere que los niños sean la gloria de sus padres, otra manera de satisfacer su eterno narcisismo. Y una vez que una moda está lanzada, ya no hay nadie que se le resista.

Además, si tenemos en cuenta la actitud general de los padres respecto de sus hijos, y especialmente la indiferencia y el egoísmo que hemos tenido la oportunidad de observar, nos vemos tentados de ver en el envío a la escuela y sobre todo en la internación un medio moralmente honorable de librarse de ellos.

Esta explicación aparece aquí y allá en la literatura o las Memorias particulares. Buchan, por ejemplo, deplora «el error que cometen casi todos los padres, en desmedro de la constitución de sus hijos, de enviarlos a la escuela cuando son demasiado pequeños⁶⁹», es decir, a partir de los siete años, en caso de que no tengan preceptor. «En la mayoría de los casos lo hacen para zafarse de ellos, continúa Buchan. Cuando un niño está en la escuela ya no hay que ocuparse de él. El maestro de escuela hace las veces de nodriza».

El traductor de Buchan interroga a los padres franceses: si queréis hijos instruidos ¿por qué no los instruís vosotros mismos? Y responde sin ilusión ninguna: «Las tareas, los negocios, las ocupaciones de la vida, el amor a los placeres, la indolencia, son otros tantos obstáculos que siempre se opondrán a que los padres dediquen a sus hijos un tiempo que considerarían sacrificado a sus propios intereses».

Los conventos donde las niñas permanecen internadas hasta que se casan son la mejor prueba de esta indolencia de los padres,

69. Buchan, *op. cit.*, pp. 71-72. En Gran Bretaña la Escuela es sinónimo de pensionado o colegio.

el medio que tienen de librarse de sus hijas. A veces las hacían ingresar desde que tenían seis años de edad. La gran mayoría de los padres adoptaron esta educación más mundana que real, con tanto mayor apresuramiento cuanto que costaba poco. Bajo el reinado de Luis XIV, en una abadía importante, la pensión no superaba las 200 libras anuales ⁷⁰, de modo que era más barata que un preceptor. Una vez que su hija estaba dentro del convento, los padres volvían a verla muy pocas veces, en el curso de visitas episódicas. Al abrigo de toda tentación contraria a su virtud, la niña esperaba allí un marido. En el caso de muchachas pobres, para las que no se presentaba ningún marido, no era raro que las dejaran en el convento para que profesaran.

Cuando volvía a la casa definitivamente los padres tenían una sola idea fija: casarla para verse libres de ella.

Gorgibus, el padre de las Preciosas, representante de miles y miles de la misma especie, expresa sin rodeos el fondo de su pensamiento: «me canso de teneros sobre mis hombros, la custodia de dos hijas es una carga demasiado pesada para un hombre de mi edad ⁷¹». Muchas veces se ha querido excusar a este padre alegando que pronuncia estas palabras en un acceso de cólera. Pero es precisamente al perder el control cuando dice exactamente lo que piensa. Muchos padres como él, que durante largos años habían abandonado a sus hijas en un convento, cuando ellas regresaban tenían la impresión de encontrarse ante gente extraña y molesta. Como no habían tenido tiempo de conocerlas deseaban sólo una cosa: casarlas cuanto antes, para librarse, esta vez para siempre, de ellas, entregándolas a un marido.

El proceso que seguían la mayoría de los padres respecto de sus hijas era el mismo, y por lo general no les ocasionaba ningún sentimiento de culpabilidad. Una de las pocas que expresaron su remordimiento fue la señora de Sevigné, que colocó a su hija en el convento de las hijas de Santa María en Nantes. Después se sorprendería de «haber cometido la barbarie de encarcelarla ⁷²». Sabemos

70. Babeau, *op. cit.*, p. 286... En el siglo XVIII los precios subieron hasta 600 libras en los conventos más renombrados.

71. *Las Preciosas*, escena V.

72. M. Monnerqué: *Lettres de Madame de Sévigné*, Grands écrivains, I: carta a Madame de Grignan, 6 de mayo de 1676.

que se sintió aún más desolada al enterarse de que su nieta había sido enviada a Santa María de la Visitación, de Aix, desde los seis años. Es evidente que la señora de Grignan no compartía ese arrepentimiento. Habrá que esperar cien años para que las madres deseen conservar a sus hijos a su lado.

Los varones sufrían el mismo encierro. Una vez concluida la etapa del preceptor son enviados cada vez con mayor frecuencia a terminar sus estudios clásicos en colegios. Moderadamente al principio, porque todavía se acostumbraba alojar a los alumnos en casas de familias burguesas cercanas al colegio, o en casa de los pedagogos, pasantes que hospedaban a varios escolares y vigilaban su trabajo. Hacía tiempo que los jansenistas reclamaban esa medida. Pero el R.P. de Dainville ⁷³ señala que los jesuitas no eran partidarios de los internados, y que cedieron a la demanda de las familias solamente para no perder su clientela. Así fue como los pensionados de los jesuitas que en el siglo xvii eran cinco pasaron a ser catorce en el xviii. Por otra parte, el R.P. de Dainville hace referencia a la multiplicación de las pensiones separadas de los colegios, a las que compara con nuestras «jaulas» actuales. Aquéllas se jactan de forma a los jóvenes que les son confiados en menos tiempo y con menos gastos.

Los grandes colegios como Luis el Grande o el Sainte-Barbe se reorganizaron en consecuencia: desarrollaron el internado hasta el punto de eliminar prácticamente el sistema de alumnos externos. Este fue gradualmente desaconsejado a las familias, porque se terminó por ver en él el germen de todas las anarquías y de todas las subversiones.

Es la razón por la cual la cantidad de pensionistas fue en aumento hasta 1789 ⁷⁴, y se estabilizó después alrededor de 1825. A título de ejemplo, vemos que el colegio de Troyes tiene en 1675 ocho pensionistas sobre un total de quinientos veintitrés alumnos. En 1744 recibiría cuarenta y cuatro sobre un total de ciento noventa alumnos. A fines del siglo xviii el 85 % de los alumnos de Luis el Grande son internos, de donde Ariès concluye que es síntoma del «reconocimiento del valor moral y pedagógico de la reclusión».

73. *Annales de démographie historique*, 1973, pp. 288-289.

74. De acuerdo con un informe de Villemain (1843), Francia a fines del Antiguo Régimen tenía 562 colegios que reunían 73.000 alumnos.

El desarrollo de esos grandes colegios representa un indiscutible progreso en la educación de los jóvenes, pero el del internado es más ambiguo. Corresponde simultáneamente a la nueva voluntad de separar el mundo de los niños del mundo de los adultos ⁷⁵, y muchas veces tal vez al deseo de librarse de los hijos ⁷⁶. Así como comprendemos que los padres no pueden reemplazar a los enseñantes de los colegios, en cambio no nos explicamos que no quieran asumir ni siquiera su educación moral. Haciendo a un lado algunas incompatibilidades, tales como la distancia que separa el domicilio paterno del colegio y otros casos particulares de orden material, cabe preguntarse por qué los padres adoptan con esa unanimidad el sistema del internado. Actualmente, salvo excepciones, el pupilaje es una constatación de fracaso por parte de los padres. Delegan en otros la responsabilidad que no pueden asumir. En el siglo XVIII ni siquiera intentan asumirla. ¿Qué otra explicación tiene esta actitud sino un verdadero desinterés por desempeñar la función de padres? Al menos, una inquietud pedagógica loable hizo buenas migas con el egoísmo. Podían librarse de sus hijos invocando los mejores motivos intelectuales y morales. «Para el bien de los niños» pueden aparecer como padres ejemplares, sin gastar mucho ⁷⁷ y con beneficio de su tranquilidad.

Cuando analizamos los tres actos de la educación (entrega a la nodriza, gobernanta o preceptor, internación en el colegio) no podemos dejar de ver la idea directriz que la preside: «cómo librarse de ellos manteniendo la cabeza alta». Esta es la principal preocupación de los padres, y en este terreno la madre no se distingue en absoluto del padre.

En esa época es vano hablar de amor maternal en las clases acomodadas. A lo sumo cabe evocar un sentido del deber, acorde con los valores dominantes, y que es tan propio de la madre como del padre. Para la mayoría de ellos, el deber consiste en soportar

75. Ariès, *op. cit.*, pp. 313-317.

76. M. Dainville menciona el interesante testimonio del discurso del canciller d'Aguesseau que evocaba el contraste entre la concepción de los magistrados de la generación anterior, preocupados por dar a sus hijos una educación de buena calidad y el desinterés de sus contemporáneos a comienzos del siglo XVIII en lo que hace a esas responsabilidades.

77. Con la salvedad de los colegios de mucha reputación, como Luis el Grande, la mayoría de las escuelas no son muy caras.

ese peso divino cuya llegada no controlan todavía muy bien. Porque aunque a fines del siglo xviii las parejas empiezan a practicar algunas formas de contracepción⁷⁸, la sorpresa divina sigue siendo más frecuente de lo que quisieran. Una vez que el niño ha nacido, lo que queda por hacer es remitirse a la sabia naturaleza que seleccionará a los mejores. Lo menos que podemos decir es que la madre no hace gran cosa por paliar a la naturaleza, y especialmente por ayudar al bebé a que supere los riesgos. Hasta nos vemos tentados de asociar ese indolente dejar hacer con una suerte de sustituto inconsciente de nuestro aborto. La pavorosa mortalidad de los niños en el siglo xviii es el testimonio más estridente.

La mortalidad infantil

En la Francia de los siglos xvii y xviii la muerte de un niño es un episodio banal. De acuerdo con las cifras que ofrece F. Lebrun⁷⁹, la mortalidad de niños de menos de un año es sensiblemente superior al 25 %. En toda Francia, desde 1740 a 1749, la tasa de mortalidad infantil es del 27,5 %, y de 1780 a 1789, del 26,5 %⁸⁰.

En su estudio sobre los niños de meses en Beauvaisis en la segunda mitad del siglo xviii, J. Ganiage encuentra aproximadamente el mismo porcentaje, es decir, un niño sobre cuatro no supera el primer año de vida. Después de esta primera etapa fatídica, la tasa de mortalidad disminuye sensiblemente. Según Lebrun, sobre 1000 niños el promedio de supervivientes en las distintas edades es el siguiente: 720 sobreviven al primer año (muere el 25 %, como ya dijimos), 574 superan los cinco años de vida y 525 llegan a cumplir diez años⁸¹. Constatamos, pues, que la hecatombe es particular-

78. Goubert, *Histoire économique et sociale de la France*, II, PUF., 1970, p. 80, el *coitus interruptus* es definido como «una práctica pasajera y nunca sistemática... cuya ignorancia aparece atestiguada hasta los años 1750 a 1770».

79. F. Lebrun, «25 ans d'études démographiques sur la France d'Ancien Régime. Bilans et perspectives», *Historiens et géographes*, octubre 1976, p. 79.

80. J. Dupaquier, *Caractères originaux de l'histoire démographique*, abril-junio 1976.

81. Las cifras que da Ganiage en *Trois villages d'Ile de France au xviii siècle* son fundamentalmente las mismas: 767 al año, 583 a los 5 años, 551 a los 10 años.

mente grave durante el primer año y sobre todo durante los primeros meses de vida.

Pero hay que modular estas cifras globales porque la mortalidad infantil varía mucho de una región a otra, en función de la salubridad, del clima y del contorno ⁸².

El segundo factor a considerar, y el más importante para nuestro estudio, es la diferenciación que introduce en la mortalidad infantil el modo de alimentación del niño. El niño del siglo XVIII está mejor o peor alimentado según que su madre le dé el pecho, que los padres lo entreguen a una nodriza o que quien lo entrega a una nodriza sea el Hospital.

Por regla general, los niños cuyas madres los conservan consigo y los alimentan mueren dos veces menos que los niños cuyas madres los entregan personalmente a una nodriza.

J. P. Bardet ⁸³ señala que la mortalidad infantil de los niños de la ciudad de Rouen criados por sus madres no supera entre 1777 y 1789 el 18,7 %. Es preciso señalar que se trata de madres asistidas por el Hospital General, y por consiguiente de pocos recursos. En el mismo período, la mortalidad de los bebés cuyos padres los entregaban a nodrizas, asistidos por el Hospital General, es del 38,1 %.

En la pequeña ciudad de Cotentin, Tamerville, P. Wiel ⁸⁴ registra solamente un 10,9 % de muertos entre los niños amamantados por sus madres.

En el suburbio sur de París, Galliano ⁸⁵ establece cifras optimistas que conciernen a niños muertos criados por nodrizas, puesto que sólo un 17,7 % sucumben durante el primer año. Pero es preciso recordar que la clientela de estas nodrizas es relativamente aco-

82. En Crulai, Normandía, el régimen general parece más favorable para la supervivencia de los niños, puesto que 698 sobre 1000 superan los cinco años. En cambio, en una pequeña ciudad del litoral insalubre del Languedoc como Frontignan, lo logran sólo 399. Entre un ejemplo y otro conocemos una multitud de cifras más o menos fatídicas. En Lyon, Gardien confirma las cifras anticipadas por Prost de Royer: en pleno Siglo de las Luces, en el mejor de los casos muere un niño sobre dos. Pero un promedio de dos tercios de niños lioneses no llegan a cumplir los veinte años.

83. Art. citado, pp. 28-29.

84. P. Wiel, «Tamerville», *Annales de démographie historique*, 1969.

85. Galliano, artículo citado, pp. 150-151.

modada, y que el trayecto que separa a los padres de la nodriza es muy breve. De modo que el viaje significa menos riesgos: «los bebés de París entregados a nodrizas a través de las agencias, morían en una proporción de uno sobre cuatro». Aún en esas condiciones óptimas, Galliano observa que la mortalidad exógena duplica a la endógena.

Por último, las cifras referidas a la ciudad de Lyon y sus alrededores son todavía más trágicas. De 1785 a 1788, las madres asistidas por la oficina de beneficencia maternal que crían a sus hijos pierden al 16 % antes del año ⁸⁶. En cambio según el médico lionés Gilibert ⁸⁷, la mortalidad de los niños confiados a nodrizas es devastadora, puesto que escribe: «Hemos descubierto que los lioneses, tanto burgueses como artesanos, perdían aproximadamente los dos tercios de sus hijos, a quienes entregaban a nodrizas mercenarias».

Es interesante la observación de Gilibert sobre el origen social de los niños porque muestra que la muerte no es una exclusividad de los niños pobres. Lo confirma el estudio de Alain Bideau ⁸⁸ sobre la pequeña ciudad de Thoissey, donde también los niños de origen relativamente acomodado morían en grandes cantidades hallándose a cargo de nodrizas de las parroquias de los alrededores. Lo mismo que en cualquier otro sitio, los niños criados por sus madres eran privilegiados ⁸⁹.

Peor aún era la suerte de los niños abandonados, cuyo número

86. Garden, *op. cit.*

87. Gilibert, *op. cit.*, p. 326.

88. A. Bideau, artículo citado, p. 54.

89. A. Chamoux, «L'enfance abandonnée à Reims à la fin du XVIII siècle» en *Annales de démographie historique*, 1973, p. 277: «La mortalidad asciende al doble cuando no es la madre la que cría a su hijo». Los testimonios de particulares fortalecen esta impresión desoladora. Gilibert menciona el caso de la aldea Morancé, cerca de Lyon, donde en dos años murieron 16 niños sobre 22 traídos por nodrizas desde Lyon. Interrogó al cura de la parroquia que le dijo que hacía quince años se quejaba de las mismas desgracias, y que los demás sacerdotes emitían las mismas quejas. En la misma época, un pastor inglés hizo constataciones semejantes en su aldea, situada a 20 km de Londres. Ciertamente que los niños que mueren como moscas probablemente son niños asistidos o abandonados. Pero no era ése el caso de los hijos de Montaigne, que murieron mientras eran criados por nodrizas, ni el de los hermanos y hermanas de la señora Roland, quien cuenta en sus Memorias que sus padres tuvieron siete hijos seis de los cuales murieron también cuando estaban a cargo de una nodriza.

fue en aumento a lo largo del siglo xviii. F. Lebrun ⁹⁰ constata que de 1773 a 1790, hay un promedio de 5800 niños abandonados por año. Cantidad enorme si tenemos en cuenta que en París nacían entre 20.000 y 25.000 niños por año. Aun sabiendo que madres forasteras venían hasta la capital para abandonarlos, la suma sigue siendo impresionante.

Entre esos niños abandonados es preciso diferenciar los hijos legítimos de los ilegítimos. Bardet ha demostrado que en Rouen los segundos mueren en mucha mayor cantidad y antes que los primeros. A. Chamoux ⁹¹ confirma este fenómeno en Reims. La razón es simple: son los más maltratados de todos.

Lebrun cree que a falta de cifras precisas, cabe estimar a grandes rasgos que hay un tercio de niños legítimos sobre dos tercios de ilegítimos. En Reims la causa casi general del abandono de niños es la terrible miseria de los padres, pero en París es preciso matizar esta afirmación. Un estudio referido a 1531 padres que abandonaron un hijo en 1778 muestra que su condición y profesión no siempre son las que podríamos imaginar. Lebrun ⁹² señala que entre ellos un tercio son burgueses de París, un cuarto son oficiales artesanos y comerciantes, y otro cuarto obreros y buscavidas.

Las principales razones del abandono son de orden económico y social ⁹³. Sin embargo hay una buena cantidad de pequeño burgueses que abandonan a sus hijos con la idea de recuperarlos unos años más tarde. Creen que los niños han de recibir en el hospital una atención superior a la que podrían prestarle ellos mismos. Pero es ínfimo el porcentaje de padres que recuperan realmente a sus hijos. En parte porque se olvidan de reclamarlos, y en parte porque la realidad hospitalaria era muy diferente de la que habían imaginado.

En el último tercio del siglo xviii, más del 90 % de los niños abandonados en el hospital en Rouen muere antes del año, el 84 % en París y el 50 % en Marsella ⁹⁴.

Estas cifras muestran de manera definitiva que los niños ama-

90. F. Lebrun, *op. cit.*, pp. 154-155.

91. *Op. cit.*, p. 277.

92. Lebrun, *op. cit.*, p. 156.

93. Por ejemplo, la dificultad de tener un hijo antes o fuera del matrimonio, causa de perturbación para muchas madres.

94. Bardet, *op. cit.*, p. 27; Tenon, *Mémoire sur les hôpitaux de Paris*, p. 280.

mantados por sus madres o a falta de ello por nodrizas que reciben una paga adecuada y a quienes los padres del niño han elegido con cuidado, gozan de posibilidades de supervivencia mucho mayores. En términos generales, constatamos un porcentaje de mortalidad que varía de uno a dos según que el niño haya sido criado o no por su madre, y de uno a seis o de uno a diez según que el niño haya sido abandonado o no.

De modo que «objetivamente» la crianza es un infanticidio encubierto. El fenómeno resulta tanto más impresionante en cuanto que la mayor gravedad de la hecatombe se sitúa durante el primer año y sobre todo durante los primeros meses de vida ⁹⁵. Superado el primer mes fatídico, las cifras se reducen, y comprobamos que superado el año la mortalidad de los niños confiados a una nodriza prácticamente no supera la de los niños criados por la madre.

Cabe entonces pensar que si las madres, en lugar de abandonarlos o de confiarlos a nodrizas, hubieran conservado a estos niños a su lado aunque sea durante uno o dos meses, aproximadamente la tercera parte de ellos habría sobrevivido. Para explicar esta actitud inconscientemente homicida siempre se han invocado la miseria y la ignorancia que la acompañan: ¿cómo podían adivinar lo que les esperaba a sus hijos en el hospital o a cargo de la nodriza si eran pobres gentes iletradas?

Respecto de una buena parte de la población este argumento es incontestable. Pero no para la totalidad. Aun cuando por lo general no se sabe qué será del bebé abandonado, la reiteración de los accidentes y las muertes debiera haber alertado e inquietado sobre su suerte. Lo menos que podemos decir es que no trataron verdaderamente de averiguar qué sería de esos niños. En cuanto a los bebés que sus mismos padres entregaban a nodrizas, la excusa de la ignorancia es aún más discutible. Por otra parte, a fines del siglo XVIII, muchas madres de origen modesto se quejan de las malas nodrizas que les devuelven a su hijo en estado lamentable.

En Lyon, Prost de Royer menciona el caso de muchas madres que lloran lágrimas de sangre al ver a sus hijos que vuelven moribundos a la casa paterna. Una de ellas, que ha perdido siete hijos a

95. Lo testimonian los estudios realizados en Rouen o Reims. Allí el 69,8 % de los niños abandonados muere antes de llegar al mes. Aquí algo menos del 50 %. En París el 82 % en el Hôtel-Dieu.

quienes había encargado a nodrizas, le pregunta al lugarteniente de policía ⁹⁶ «si las pobres mujeres del pueblo que no pueden amamantar no tienen ningún medio para conservar a sus hijos». Otras mujeres inician juicio contra las malas nodrizas que «malogran» a su niño. Pero todo esto no impide que la mayoría de las madres recurra a ellas, porque sus necesidades de trabajo les impiden amantar ellas al bebé.

Pero ¿cómo explicar la actitud de los artesanos y los comerciantes acomodados? ¿Cómo creer tan sólo un momento a Rousseau, cuando para justificar el abandono de sus cinco hijos, contra los deseos de Teresa, que sin embargo cederá ante él, dice: «Habiéndolo evaluado, elegí para mis hijos lo mejor o lo que creí lo mejor. Yo hubiera querido, quisiera todavía haber sido criado y alimentado como lo fueron ellos ⁹⁷»?

El egoísmo de Rousseau da que pensar.

Por último, ¿qué pensar del comportamiento de burgueses bien instalados como los padres de la señora Roland, que a despecho de la sucesiva masacre de todos sus hijos siguen entregando imperturbablemente a nodrizas a los que siguen? En esos casos, ni la miseria ni la ignorancia sirven como mampara de esos infanticidios. Sólo la falta de interés y la indiferencia pueden explicar una actitud semejante, que hasta muy avanzado el siglo XVIII no es verdaderamente condenada por la ideología moral ni social. Este último punto es capital, porque parece mostrar que si la madre no sufre una presión de ese tipo actúa de acuerdo con su naturaleza egoísta, y no empujada por un instinto que la llevara a sacrificarse por el niño a quien acaba de poner en el mundo.

Hay quienes han emitido la hipótesis de que fueron los padres quienes influyeron sobre sus esposas para que adoptaran esa actitud. Si Teresa abandona a sus hijos, es Rousseau quien tiene la culpa, es culpa del carnicero si la carnicera envía los suyos a la nodriza, y del mundano si la mundana hace otro tanto. Seguramente hubo muchos casos en que las cosas sucedieron así. ¿Pero cómo sostener esta explicación que se dirige exclusivamente a justificar a las mujeres convirtiéndolas en víctimas de los hombres? No todas las mujeres se vieron sometidas a verdugos que exigieran de ellas el

96. Prost, *op. cit.*, p. 21.

97. Rousseau, *Confesiones*, libro VIII.

sacrificio de su instinto y de su amor. Por el contrario, hemos visto que padres tradicionales como Chrysale se quejan amargamente de que la esposa descuide a los hijos.

Es más exacto sacar la conclusión de que las conductas que acabamos de analizar son el resultado de una complicidad entre el padre y la madre, entre el marido y la mujer. Simplemente sucede que la actitud masculina nos choca menos, porque nunca nadie, hasta el día de hoy, ha erigido el amor paternal en ley universal de la naturaleza. Creemos que es necesario que nos resignemos a relativizar también el amor maternal, y a comprobar que «el grito de la naturaleza» no siempre se escucha.

Hemos de ver que a fines del siglo XVIII será preciso desarrollar muchos argumentos para recordarle a la madre su actividad «instintiva». Habrá que apelar a su sentido del deber, culpabilizarla y hasta amenazarla para hacerla volver a su función nutritiva y materna, supuestamente espontánea y natural.

Segunda parte

UN VALOR NUEVO: EL AMOR MATERNAL

En el último tercio del siglo XVIII se produce una especie de revolución de las mentalidades. La imagen de la madre, de su función y de su importancia, sufre un cambio radical, aun cuando en el terreno de los hechos las conductas no secundan con facilidad ese cambio.

A partir de 1760 abundan las publicaciones que aconsejan a las madres ocuparse personalmente de sus hijos, y les «ordenan» que les den el pecho. Le crean a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran un mito que doscientos años más tarde seguiría más vivo que nunca: el mito del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo.

A fines del siglo XVIII el amor maternal aparece como un concepto nuevo. No ignoramos que es un sentimiento que ha existido siempre, y tal vez, además de siempre, en todas partes. Además hay una complacencia en evocar su existencia en tiempos remotos, y nosotros mismos hemos comprobado que el teólogo J. L. Vives censuraba a mediados del siglo XVI la ternura excesiva de las madres. Pero la novedad respecto de los dos siglos anteriores reside en la exaltación del amor maternal como valor simultáneamente natural y social, favorable a la especie y a la sociedad. Algunos, más cínicos, han de ver en él a largo plazo un valor mercantil.

También es novedosa la asociación de los dos términos: «amor»

y «maternal», que significa no solamente la promoción de ese sentimiento sino además la promoción de la mujer en tanto madre. Al desplazarse imperceptiblemente desde la autoridad hacia el amor, el faro ideológico ilumina cada vez más a la madre en detrimento del padre, que gradualmente ingresará en la sombra.

Si antes se insistía tanto en el valor de la autoridad paternal, es porque ante todo importaba formar súbditos dóciles para Su Majestad. A fines del siglo XVIII, para algunos lo esencial no es ya tanto formar sujetos dóciles como sujetos a secas: producir seres humanos que han de ser la riqueza del Estado. Para lograrlo, es preciso impedir a toda costa la sangría humana que caracteriza al Antiguo Régimen.

De modo que el nuevo imperativo es la supervivencia de los niños. Y esta nueva preocupación se antepone ahora a la antigua preocupación por la educación de los que quedaban después de la eliminación de los desechos. Los desechos interesan al Estado, que trata de salvarlos de la muerte. De modo que lo más importante no es ya el segundo período de la infancia (una vez concluida la crianza), sino la primera etapa de la vida, que los padres acostumbraban descuidar y que sin embargo era el momento en que la mortalidad era más alta.

Para realizar este salvamento, había que convencer a las mujeres de que se consagraran a sus tareas olvidadas.

Moralistas, administradores y médicos pusieron manos a la obra y desplegaron sus argumentos más sutiles para convencerlas de que volvieran a sentimientos mejores y de que «volvieron a dar el pecho». Cierta proporción de mujeres se mostró sensible a esta nueva exigencia. No porque obedecieran a las motivaciones económicas y sociales de los hombres sino porque detrás de ese discurso se perfilaba otro, más seductor a sus oídos. Era el discurso de la felicidad y la igualdad, discurso que les concernía en más alto grado. A lo largo de casi dos siglos, todos los ideólogos les prometieron maravillas en caso de que asumieran sus tareas maternas: «Sed buenas madres y seréis felices y respetadas. Volveos indispensables en la familia y conseguiréis derecho de ciudadanía».

Inconscientemente, algunas de ellas adivinaron que al producir ese trabajo familiar necesario para la sociedad, adquirirían una importancia considerable, que la mayoría de las mujeres no habían tenido nunca. Creyeron en las promesas y pensaron que ganarían el

derecho de ser respetadas por los hombres y de ser reconocidas en su utilidad y especificidad. Por fin les tocaba una tarea necesaria y «noble», que el hombre no podía o no quería asumir. Un deber que sería además la fuente de la felicidad humana.

Sin embargo, y por diferentes razones, no todas las mujeres fueron tan sensibles a estos argumentos. Un puñado de ellas, que no carecía de influencia, escuchó a Rousseau, pero Rousseau fue sólo el precursor de una corriente de pensamiento. A lo largo del siglo XIX y hasta la Francia de Pétain, los ideólogos han de volver incansablemente sobre uno u otro aspecto de la teoría rousseauniana de la madre. ¿Para qué esa repetición monótona de los mismos argumentos si ellos hubieran surtido el efecto deseado? ¿No constituye la prueba de que no todas las mujeres se habían dejado convencer de manera definitiva? Si muchas de ellas se sumaron gozosamente a los nuevos valores, hubo muchas que fingieron plegarse a ellos y obtuvieron la paz. Otras resistieron, y contra ellas se libró una guerra.

Capítulo 4

Alegatos en favor del niño

Para que las mujeres volvieran a experimentar las dulzuras del amor maternal y sus hijos tuvieran mayores posibilidades de supervivencia, hicieron falta no menos de tres discursos: un discurso económico alarmista que se dirigía solamente a los hombres esclarecidos, un discurso filosófico común a ambos sexos y por último un tercer discurso que se dirigía exclusivamente a las mujeres.

El discurso económico

Es el resultado de la toma de conciencia de la importancia que tiene para una nación la población. Esta toma de conciencia fue en gran parte obra de una ciencia nueva: la demografía.

El interés por las investigaciones demográficas es relativamente reciente en nuestra historia, dado que aparece verdaderamente sólo a mediados del siglo xvii. El primero que dio la orden de realizar una encuesta nacional de población fue Colbert. En 1663 hizo elaborar un cuestionario que envió a todos los intendentes del Reino. Pero fueron pocos los que respondieron correctamente.

En 1697 el duque de Beauvillier reiteró el intento, con el objetivo de proporcionar información a su alumno el duque de Borgoña. Pierre Goubert considera que ése fue el primer intento serio de

evaluación de la población ¹. En 1707 Vauban sacó el resultado global e hizo que Saugrain publicara el censo en 1709. De acuerdo con los cálculos obtenidos, Francia tenía 19 millones de almas, resultado que según Goubert adolecía de un error de 1/10. Pero los dirigentes llegaron a la certeza de que con excepción de Rusia, Francia era el país más poblado de Europa.

Después de esta publicación, la opinión esclarecida se apasionó por los censos. A lo largo del siglo xviii fueron muchos los que trataron de precisar los datos numéricos: se pusieron a la obra el conde de Boulainvilliers, Expilly, Messance, Moheau. Además los ministros de Finanzas Orry, Bertin, Laverdy, Terray, Necker y Calonne ordenaron nuevos censos. Fueron pocos los que llegaron a resultados convincentes, porque en su conjunto la intendencia cumplía mal y el pueblo se mostraba poco colaborador, prevenido como estaba «contra toda operación del gobierno, que... le hace ver impuestos por todas partes ²».

Casi todos los resultados obtenidos a fines del siglo xviii son inferiores a la realidad. En 1784 Necker cree que Francia tiene 24,8 millones de almas, mientras que en 1790 las cifras de las contribuciones de la Asamblea nacional dan 26,3 millones. De modo que a partir de 1709 y en menos de un siglo la población francesa se acrecentó en siete millones de habitantes, teniendo en cuenta la anexión de Córcega y de Lorena. La tasa de crecimiento medio fue entonces del 3 % ³. Modesto balance, dice Soboul, frente al de muchos estados europeos que en el mismo período alcanzan un 10 %. Es un crecimiento más reducido también que el del siglo xvi. El siglo xviii repara en parte los desastres del siglo xvii, pero en conjunto la primacía demográfica de Francia está en vías de desaparición.

Si el siglo xviii ha asistido a un ligero descenso de la mortalidad ello se debe sobre todo al descenso de la mortalidad de los adultos, gracias a la desaparición de los grandes flagelos tradicionales: la guerra, la peste, y a partir de 1750 y poco a poco, de las grandes

1. *Histoire économique et sociale de la France*, 2. «Les fondements démographiques», pp. 11 a 13.

2. Moheau, *Recherches et considérations sur la population de France* (1778).

3. Cifras proporcionadas por Albert Soboul en *La civilisation et la Révolution française*, Arthaud, 1970, cap. 6.

hambrunas. En cambio la mortalidad infantil no se había modificado de manera significativa a lo largo del siglo ⁴.

La realidad demográfica del siglo XVIII no era catastrófica si la comparamos actualmente con la del siglo XVII. Pero los hombres del siglo XVIII no tuvieron conciencia de la ligera mejoría que se operaba progresivamente. Algunos consideraban que el nivel de población era constante, otros creían que estaba en disminución. Soboul explica el mito del estancamiento por el hecho de que durante más de cincuenta años se recurrió a las cifras de 1709 sin modificarlas. En cambio, el mito de la disminución es una idea de los filósofos y un argumento de los economistas fisiócratas, cuyo origen reside probablemente en las estimaciones fantasiosas y demasiado precarias que se obtuvieron a mediados del siglo.

A nosotros nos interesa más la opinión que los contemporáneos se hicieron de la demografía que la realidad de los hechos. Aunque no estuvieran justificados, los gritos de alarma de Montesquieu, de Voltaire, de Rousseau, no quedaron sin consecuencias. Porque a fuerza de escuchar de voces tan autorizadas que Francia se estaba despoblando, todos los que tenían alguna responsabilidad admitieron la idea como un hecho indiscutible y por consiguiente como un problema a resolver. A nadie se le ocurrió sorprenderse de los cálculos de Montesquieu, que consideraba que «en la tierra hay apenas la décima parte de los hombres que la habitaban en tiempos antiguos ⁵». Ni verificar las estadísticas que presentaba Voltaire, según las cuales sobre mil niños sólo seiscientos llegaban a los veinte años de edad ⁶. Ni pedir precisiones a Rousseau que afirmaba perentoriamente ⁷ que Europa se estaba despoblando porque las madres ya no querían cumplir con su deber.

Por el contrario, era un momento propenso al pesimismo, pesimismo que fortalecieron en la segunda mitad del siglo los argumentos de los fisiócratas y las medidas de sus ministros. En *L'ami des hommes* ⁸, Mirabeau sostenía que las causas de la despoblación de

4. Se estima que bajo el reinado de Luis XIV un niño de cada dos llega a la edad de casarse.

5. *L'Esprit des Lois*, livre XXIII

6. *Essai sur les moeurs*.

7. *Emile*, I. Hay traducción castellana: J. J. Rousseau, *Emilio o La educación*. Barcelona. Ed. Bruguera, 1976. Libro Amigo n.º 462.

8. *L'ami des hommes ou Traité de la population* (1756-1758).

Francia eran las grandes propiedades, el lujo, la fiscalización y la decadencia de la agricultura, que eran otros tantos frenos para la producción, por consiguiente para la riqueza y la natalidad. Las reformas propuestas parecían difíciles de realizar. En cambio resultaba más fácil dar importancia a la natalidad actual y tratar de poner remedio a las causas del desperdicio de seres humanos. Este fue el nuevo propósito de los responsables de la nación.

En su *Dissertation sur la dépopulation*⁹, el médico Gilibert señala que Luis XV «había vuelto sus miradas paternales hacia los gérmenes preciosos de la sociedad, y había comprometido a los hombres de genio para que desarrollaran en obras las causas de las enfermedades, los medios de prevenirlas y los medios más eficaces para curarlas». Añade que toda Europa imitaba a este buen rey. Lo testimonia la Academia de Holanda que propuso un premio a quien presentara el método mejor para conservar a los niños. Lo ganó Ballexserd, compatriota de Rousseau.

Para los ministros como Turgot, Bertin, Necker y Calonne, el problema de la conservación de los niños está a la orden del día. Lo seguirá estando hasta la guerra de 1914. Todos buscan el modo de detener la altísima mortalidad de los primeros meses y hasta de las primeras horas de vida del niño. El fisiócrata Bertin dio un nuevo impulso a la obstetricia extendiendo su enseñanza¹⁰. Se trataba ante todo de aconsejar a las comadronas, cuya ignorancia solía hacerlas responsables de una gran cantidad de accidentes durante el parto. Bertin pidió al gran Joseph Raulin, médico del Rey, una obra destinada a las comadronas de provincias, y la hizo traducir a las diferentes lenguas del hexágono. Por su parte, el joven intendente Turgot, próximo también él a la Escuela de los fisiócratas, creó la primera escuela de comadronas en su generalidad lemosina.

Junto a las preocupaciones humanitarias de estos grandes funcionarios del Estado, existe un interés económico real por la producción en general. A Bertin la producción animal le preocupaba tanto como la humana. Tal vez le preocupara más la animal. En 1762 crea una escuela veterinaria en Lyon, y en 1766 la célebre escuela de Alfort. Dentro del mismo espíritu estimuló la agricultu-

9. 1770, prefacio.

10. J. N. Biraben: «Le médecin et l'enfant au XVIII^e siècle», *Annales de démographie historique*, 1973, p. 216.

ra, la horticultura, y creó continuamente escuelas con el objetivo de producir mejor. Sin intención de ironizar, no podemos dejar de comparar a la comadrona, el veterinario y el agricultor, cuya función común es dar la vida o hacerla posible. Para una nación, esto significa más riquezas y más bienestar.

El hecho es que especialmente a fines del siglo XVIII, el niño adquiere un valor de mercancía. Se lo percibe como una riqueza económica potencial. Escuchemos hablar a Moheau, que no podía haber sido más claro: «Si hay Príncipes cuyo corazón es sordo al grito de la naturaleza, si vanos homenajes han logrado que olviden que sus súbditos son sus semejantes... al menos debieran reparar en que *el hombre* es simultáneamente el último término y el instrumento de toda clase de productos; basta considerarlo como *un ser que tiene precio* para que constituya el tesoro más precioso de un soberano ¹¹».

Apreciemos el realismo del célebre demógrafo que continúa así: «El hombre es el principio de toda riqueza... una materia prima apropiada para trabajar a todas las demás, y que amalgamada con ellas les da un valor y lo recibe ¹²». De modo que del trabajo humano se desprende una multitud de medios de subsistencia y de goce.

Al referirse al hombre en términos de precio y de materia prima, Moheau utiliza el discurso capitalista de la cantidad. Mientras que la antigua concepción cristiana del hombre colocaba en primer término la calidad de su Alma, a fines del siglo XVIII lo que se aprecia ante todo es la cantidad de hombres, porque es fuente de goce. Para ser aún más explícito, Moheau se refiere a Inglaterra donde «*se ha calculado el precio de cada hombre según sus ocupaciones* :se calcula que un marinero vale lo que varios agricultores, y algunos artistas lo que varios marineros. No es el momento de analizar... si el oficio que proporciona más escudos es realmente el más útil al Estado, pero vemos que en este modo de evaluación el hombre es, según el empleo de sus fuerzas o su industria, el principio de la Riqueza Nacional ¹³».

El ser humano se ha convertido en un artículo precioso para el

11. Moheau, *op. cit.*, cap. 3, pp 10-11 (el subrayado es nuestro).

12. Moheau, *op. cit.*, p. 11.

13. Moheau, *op. cit.*, p. 15 (el subrayado es nuestro).

Estado, no sólo porque produce riquezas sino también porque garantiza su poder militar. Por consiguiente, se considera que toda pérdida humana es una carencia a ganar para el Estado. En 1770, Didelot resume en estos términos la nueva ideología: «Un Estado es poderoso... sólo en la medida en que está poblado... en que los brazos que manufacturan y los que lo defienden son numerosos ¹⁴».

Es cierto que cien años antes Colbert ya había tenido y con fuerza esta intuición mercantilista, y había inaugurado una política económica en este sentido ¹⁵. Al mismo tiempo que desarrollaba la ideología del trabajo y encerraba a los pobres en los hospitales para que trabajaran mejor (un modo radical pero poco eficaz de reducir el desempleo y de conseguir mano de obra barata), Colbert luchó con todas sus fuerzas contra la excesiva cantidad de gente «improductiva». Se quejaba continuamente de los sacerdotes y las monjas, que «no solamente se libran del trabajo necesario al bien común, sino que además privan a la vida pública de *todos los niños que podrían producir para servir a funciones necesarias y útiles* ¹⁶». Tomó diferentes medidas poblacionistas, estimulando a las familias que no hacían ingresar a sus hijos en órdenes religiosas. Libró del impuesto a los padres de familia que hubieran criado diez hijos, y otorgó facilidades fiscales a los varones que se casaran a más tardar a los veinte años.

Por último, prohibió a los franceses que emigraran al extranjero. De modo que Colbert había pensado en todo menos en favorecer la supervivencia de los bebés, y las medidas fiscales se revelaron, como siempre insuficientes para resolver el problema de la natalidad ¹⁷.

Es preciso esperar a mediados del siglo XVIII para que después de un eclipse reaparezca la ideología de la producción bajo la pluma de los fisiócratas.

Desde esta nueva óptica cuantitativa, todos los brazos humanos

14. Didelot, *Instrucción pour les Sages-Femmes*, 1770. Prefacio.

15. Creía que el trabajo de producción y venta era una obligación de los súbditos ante el Estado, un deber cívico.

16. Lavis, *Luis XIV*, París, Tallandier, 1978, p. 172 (el subrayado es nuestro).

17. Babeau advierte que a fines del reino de Luis XIV, la población había disminuido sensiblemente. Las causas de la disminución eran las guerras, la pobreza, etc.

tienen valor, incluso los que antes eran menospreciados. Los pobres, los mendigos, las prostitutas y, por supuesto, los niños abandonados, se convierten en objetos de interés en tanto posibles fuerzas productivas. Por ejemplo, se los podía enviar a que poblaran las colonias francesas, enormes depósitos de riqueza que sólo esperaban brazos fuertes para dar sus mejores frutos.

Ya en el siglo xvii Colbert había intentado poblar Canadá enviando todos los años a la fuerza «muchachas sanas y fuertes mezcladas con animales reproductores¹⁸». Pero esto no había bastado para poblar las colonias como correspondía.

En 1756, el problema fue metódicamente analizado por un célebre «filántropo»: el señor Chamousset. Había adivinado mejor que Colbert que las medidas más eficaces eran las que concernían a la supervivencia de los niños, incluidos aquellos a quienes tradicionalmente se abandonaba a la muerte.

En su *Mémoire politique sur les enfants*¹⁹, Chamousset muestra desde la primera frase el hilo conductor de su pensamiento: «Es inútil querer demostrar qué importante para el Estado es la conservación de los niños». Ahora bien, observa, los niños abandonados mueren como moscas sin ningún provecho para el Estado. Peor aún, cuestan al Estado, que se ve obligado a mantenerlos hasta que se mueren. El filántropo plantea el problema en los términos económicos más realistas, por no decir más cínicos: «Es afligente ver *los gastos considerables* que el hospital está obligado a volcar en los niños abandonados *con tan poco beneficio para el Estado...* La mayoría de ellos muere antes de haber llegado a una edad que permita *extraerles alguna utilidad...* Apenas una décima parte llega a los veinte años... ¿Y qué es de esa décima parte, *tan costosa* si dividimos el gasto invertido en los que mueren entre los que quedan? Una proporción muy reducida aprende oficios; los demás salen del hospital para convertirse en mendigos o vagabundos, o para trasladarse a Bicêtre con billete de pobres²⁰».

El proyecto de Chamousset consiste en transformar esta pérdi-

18. Leemos en una nota: «preparamos las 150 muchachas, las yeguas, los caballos y las ovejas que hay que trasladar al Canadá».

19. Aparecido en 1756 y reeditado varias veces hasta fines de siglo.

20. Cap. 4, p. 243: «Medios para formar una colonia numerosa que asegurará grandes beneficios a Francia» (el subrayado es nuestro).

da en beneficio para el Estado, hacer de ese peso muerto (peso de muertos) una fuerza productiva rentable para la sociedad. Caben varias soluciones. La primera consistiría en exportar a esos niños a Luisiana desde los cinco o seis años, después de criarlos con leche de vaca. Allí, de acuerdo con su fuerza y su edad, se los puede emplear en distintos cultivos que representarían «un beneficio inmenso»²¹ y proporcionarían material para alimentarlos.

Desde los diez años hasta que se casan, los domingos y días de fiesta habría que ocuparlos en ejercicios militares, reservando, eso sí, un tiempo para aprender los principios de la religión. Así serán educados en «sentimientos acordes con la santa Política»²². Entre los veinte y los veinticinco años habría que casarlos, y entregarles entonces cierta cantidad de tierras a cultivar.

Para concluir, Chamousset hace un cálculo de beneficios que constituye casi un verdadero estímulo al abandono.

Sólo en la ciudad de París, dice Chamousset, son abandonados alrededor de 4300 niños. Si el resto del país produce el doble, el Estado dispone de aproximadamente 12.000 niños abandonados por año. En caso de que se siga su sugerencia de alimentar a estos niños con leche de vaca (es uno de los primeros en preconizar el amamantamiento artificial), jura que todos los años quedarán por lo menos 9000 para exportar. Al cabo de treinta años de este régimen nuestras colonias se habrían enriquecido con 200.000 colonos. Y en menos de un siglo se lograría poblar un país más grande y fértil que Francia, lo que aumentaría considerablemente sus riquezas.

Sin embargo, la conservación de los niños abandonados podía cumplir otras funciones que la de poblar nuestras colonias. En Francia se hacían sentir otras necesidades, y Chamousset no dejó de sugerir diferentes formas de emplear a esta mano de obra caída del cielo.

Sabemos que en el período que media entre Luis XIV y Napo-

21. *Op. cit.*, p. 244-245: Al desembarcar, se los podía ocupar en la cría de gusanos de seda, «operación fácil de la que cabe sacar mucho provecho». Para justificar esta precoz dedicación de los niños pequeños al trabajo, Chamousset, que no quiere asustar a nadie, añade un argumento no exento de hipocresía: dice que dado que en los internados los niños se divierten trabajando, no resultará difícil hacerlos trabajar «en algo que los recrea naturalmente».

22. *Op. cit.*, p. 247.

león²³, las múltiples guerras hicieron sentir la necesidad de una Francia mejor poblada para hacer frente a las coaliciones europeas. Pero las necesidades militares del país chocaban con las necesidades económicas. Los jóvenes que iban a la guerra eran otros tantos brazos sustraídos a la agricultura. Los fisiócratas exigían que se eximiera a los agricultores del servicio militar; pero era imposible satisfacerlos porque eran los mismos brazos campesinos los que sostenían la hoz en tiempos de paz y el fusil en tiempos de guerra.

Una vez más fue Chamousset quien sugirió la solución al proponer otro modo de aprovechar a los niños abandonados. Su razonamiento era el siguiente: «Niños que no conocen otra madre que la patria... tienen que pertenecerle, y servir del modo que le sea más útil: sin padres, sin otro apoyo que el que les proporciona un gobierno sensato, no tienen apego a nada, no tienen nada que perder. ¿Temerían acaso la muerte hombres como éstos, a quienes parece no haber nada que los aferre a la vida, y a quienes destinándolos a cumplir la función de soldados se los podría familiarizar precozmente con el peligro?»²⁴.

Dado que la educación puede todo sobre los hombres, añade Chamousset, no ha de ser difícil «enseñar a mirar con indiferencia la muerte y los peligros a gente que será educada en esos sentimientos, y a quienes ni la ternura recíproca ni vínculos de parentesco han de distraer de ellos»²⁵.

Más concretamente, Chamousset propone que el Estado y su administración hagan esfuerzos por conservar vivos a los niños abandonados, que desarrollen la higiene y la alimentación artificial para que esos futuros hombres sobrevivan. Una vez concluida la etapa de su crianza, cada aldea que quisiera librarse del servicio militar se encargaría de ocho de esos niños, hasta su ingreso en el

23. Napoleón tomó medidas a largo plazo para prevenir los reclutamientos insuficientes. Los archivos comunales de Thuin, en Hainaut, registran el modo como se estimulaba la crianza de los niños: «Cuanto menos niños de meses mueran, mayor será el número de soldados de veinte años... Por decreto del 5 de mayo de 1810, el Emperador ordenó la creación de una sociedad maternal de la infancia, destinada a atender a las parturientas y a los niños pequeños». Además, Napoleón prometía a las familias que tuvieran siete hijos *varones* encargarse de uno de ellos. ¡Tanto peor para los desdichados padres que tuvieran siete hijas!

24. *Op. cit.*, p. 236.

25. *Op. cit.*, p. 237.

ejército. Cada padre y cada madre se ocuparían de ellos como corresponde, puesto que en su conservación cifrarían la libertad de su familia. Estos jóvenes milicianos estarían obligados a servir hasta los veinticinco o treinta años, para indemnizar al Estado de los gastos que ha hecho para criarlos. Además, durante sus años de servicio el Estado economizaría un salario de marinero o de soldado superior a lo que cuesta un niño por año.

Este es el sórdido cálculo que empujó a Chamousset a ocuparse de la supervivencia de los niños abandonados. En su pensamiento el interés ²⁶ no deja entrever ningún rasgo de humanismo, ni siquiera de caridad cristiana. ¡Y sin embargo el señor Chamousset pasó por ser un gran filántropo en su tiempo! A falta de justicia social, su discurso demuestra que el niño ha cambiado de condición: se ha transformado en un posible valor mercantil. Como los hombres de fin de siglo han desarrollado el sentido de la previsión y la anticipación, ya no ven en el niño la carga que representa a corto plazo, sino la fuerza productiva que encarna a largo plazo. Se convierte en una inversión beneficiosa para el Estado, y descuidar esa inversión sería muy necio y muy poco previsor. Esta nueva concepción del ser humano en términos de mano de obra, beneficio y riqueza, es la expresión del capitalismo naciente. Cuando Chamousset (más que Colbert, que sólo ve el interés del Estado) habla de «beneficio del Estado ²⁷», se expresa en nombre de las clases dominantes y de su expresión estatal.

Si el cínico discurso de Chamousset es relativamente excepcional, en el sentido de que los demás harán más rodeos para decir lo mismo, lo cierto es que su objetivo no choca, y que la preocupación poblacionista no dejará de motivar la mayoría de los discursos filantrópicos y humanistas. En 1804, el médico Verdier-Heurtin hace suya una frase de Juvenal, que resulta entonces de moda: «No merecéis nada de la patria por haberle dado un ciudadano si gracias a vuestros cuidados ese ciudadano no es útil a la República en la paz o en la guerra, y si no sirve para hacer valer nuestras tierras ²⁸».

26. No desperdició ninguna posibilidad de ganancia, ya que también en el caso de niñas abandonadas supo encontrar soluciones rentables para el Estado.

27. Expresión que se encuentra docenas de veces en su breve memoria política.

28. Verdier-Heurtin, *Discours sur l'allaitement*, 1804, p. 17.

Pero a veces el tono de Juvenal, dirigido a generar culpa, cede su puesto al grito de alarma. En vísperas de la guerra de 1870, Brochard, volviendo los ojos hacia Prusia y consciente del problema de la disminución de la natalidad suplica a las madres francesas que cumplan con su deber: el de asegurar la supervivencia de sus hijos.

A partir de fines del siglo xviii el Estado y personas particulares toman iniciativas para ayudar a las madres necesitadas. Algunas municipalidades como la de Rouen, por ejemplo, subsidian a las madres que dan el pecho a sus hijos, y en las grandes ciudades como París, Lyon o Burdeos se crean sociedades de protección maternal que socorren a las madres pobres que quieren amamantar a su bebé. En conjunto la mortalidad de estos niños fue menor que la de los niños criados por nodrizas mercenarias. Pero estas iniciativas puntuales fueron muy limitadas, y la mortalidad infantil nacional sufrió muy pocos cambios.

En esta época, los discursos poblacionistas de los economistas y filántropos se dirigían prioritariamente a los hombres «responsables». Había que justificar convincentemente ante ellos la necesidad de que los niños sobrevivieran, pero había que acceder no tanto a ellos como a sus mujeres. Sólo ellas, mediante cuidados intensivos, podían salvar a los niños de la muerte tantas veces provocada por las nodrizas. Ahora bien, la sola evocación de las necesidades económicas y políticas nunca ha bastado para modificar las conductas y las costumbres. Los gritos de alarma de unos y las abjuraciones de otros estaban demasiado lejos de las preocupaciones de las mujeres para que éstas se decidieran a cumplir con el sacrificio que se les exigía. Porque para muchas de ellas se trataba de todo un sacrificio.

Al exigirles que retomaran las tareas que habían olvidado hacía dos siglos, lo que se esperaba de ellas era nada menos que el silenciamiento de su egoísmo a favor de sus hijos. El imperativo económico y social no habría tenido ninguna posibilidad de que las mujeres lo escucharan si al mismo tiempo no lo hubiera corroborado otro discurso más gratificante y más exaltador, que concernía simultáneamente a los hombres y a sus esposas. Ese discurso no hablaba el lenguaje del deber, de las obligaciones y del sacrificio, sino el de la igualdad, el amor y la felicidad.

Una nueva filosofía

La filosofía de las Luces difundió dos grandes ideas complementarias, que en una u otra medida favorecieron el desarrollo del amor y de su expresión: las ideas de igualdad y de felicidad individual.

LA IGUALDAD

En lo que hace a la igualdad, se diría que la filosofía de la segunda parte del siglo se anticipó, y mucho, a la práctica cotidiana. También es cierto que militó más por la igualdad de los hombres entre sí (igualdad de rango) que por la igualdad entre los seres humanos: hombres, mujeres y niños.

Y sin embargo a fines del siglo una corriente igualitaria y libertaria atraviesa la sociedad. Aunque hay pocos que se interesen por la igualdad política entre el hombre y la mujer, la condición del padre, de la madre e incluso la del niño se modifican en el sentido de una mayor homogeneidad. Estos primeros golpes contra la autoridad paterna beneficiaban no sólo al niño sino también a su madre, que podía valorizarse más y adquirir cierta autonomía.

La imagen del padre y de su poder se transforma: el poder paternal no es ahora otra cosa que la momentánea ayuda con la que suple la debilidad del niño. Hay dos textos que dan la dimensión de este cambio de mentalidades. El primero es el artículo de la *Enciclopedia* dedicado al poder paternal, el otro un pasaje del *Contrato social* de Rousseau.

El artículo de la *Enciclopedia* es particularmente interesante porque es un compendio de la ideología antigua y nueva. Desarrolla a la vez la antigua teoría del origen natural y divino del poder paternal y la idea nueva de sus límites. Por una parte, el padre y la madre tienen el mismo «derecho de superioridad y de corrección sobre sus hijos», por otra sus derechos están limitados por las necesidades del niño. El poder ya no es estrictamente paternal, sino atributo del padre y la madre, y además está fundado en la debilidad del niño «incapaz de velar por su propia conservación». Ahora la autoridad de los padres no está justificada por un derecho abstracto y absoluto, sino por el bien del niño. La *Enciclopedia*, que ha tomado nota de las nuevas aspiraciones, dice que la conservación

de los niños es más importante que la formación de sujetos dóciles. El poder de los padres ya no está fundado en el de Dios o el del monarca, es la naturaleza del niño la que lo exige al tiempo que le impone sus justos límites. Como la esencia infantil es por definición cambiante, la *Enciclopedia* distingue los diferentes grados de autoridad de los padres y madres, que debe evolucionar al mismo tiempo que el niño.

Durante la niñez, el hijo del hombre no tiene capacidad de juicio. Necesita, pues, para asegurar su protección y defensa, toda la autoridad de su padre y de su madre. En la pubertad comienza a reflexionar, pero todavía es tan tornadizo que necesita una dirección: «El poder de los padres y madres es un poder de administración doméstica», poder semejante al que Aristóteles le reconocía al marido sobre su mujer.

Cuando el hijo se ha hecho adulto, la autoridad de los padres queda sumamente limitada, y hay quienes la consideran inexistente. Es lo que se desprende de la *Enciclopedia*: «En la tercera etapa... los hijos... tienen que acordarse siempre de que deben su nacimiento y su educación a sus padres; por consiguiente *deben considerarlos durante toda su vida como a bienhechores*, y demostrarles su reconocimiento a través del respeto, la amistad y la consideración de que son capaces. Sobre *ese respeto y ese afecto que los hijos deben a su padre y a su madre* se funda el poder que los padres y madres conservan sobre sus hijos ya adultos».

Es probable que en la actualidad pensemos que esta última forma de la autoridad no es tal. El cariño y el respeto hacia los padres no provienen de una obligación moral sino de la naturaleza. Así que estos sentimientos naturales y espontáneos no son pasibles de ser decretados. Aparentemente, no era ésta la opinión de los redactores de la *Enciclopedia*, dado que en el artículo que dedican al *Amor* leemos que el amor de los padres es espontáneo porque no se distingue del amor propio, mientras que el amor filial es aleatorio. Pesimistas, retoman los argumentos de Vauvenargues: «Es difícil ser un buen hijo cuando no se es un hombre de bien». Los Enciclopedistas próximos a nuestros valores actuales estiman que los padres tienen derecho a exigir cariño y respeto de sus hijos. Y por ese motivo le otorgan esta última autoridad moral que sólo se termina con la muerte.

Actualmente sus razonamientos parecen tan obvios que no val-

dría la pena ponerlos de relieve si no fuera porque un filósofo, que sin embargo era uno de ellos, los contradijo: Rousseau.

En el *Contrato social* Rousseau expone una teoría de la familia radicalmente nueva. Dice así: «La más antigua de todas las sociedades y la *única* natural es la familia; pero los hijos están ligados al padre durante el tiempo que lo necesitan para su conservación. En cuanto esa necesidad está superada, el vínculo natural se disuelve. Los hijos exentos de la obediencia que debían a su padre, y los padres exentos de los cuidados que debían a sus hijos, ingresan todos por igual en la independencia. Si continúan unidos su unión ya no es natural, sino voluntaria, y la familia misma se mantiene sólo por convención ²⁹».

Este texto suscita una serie de reflexiones. Es curioso que de este pasaje del *Contrato social* que sólo habla de la familia, se haya extraído más su alcance político que su significación literal y sus implicaciones. No es sólo sumamente original respecto de su tiempo, sino que todavía resulta subversivo para nuestros valores actuales.

Al afirmar ante todo que la familia es la «única» sociedad natural, Rousseau niega toda legitimación de la autoridad política del Rey sobre sus súbditos a partir del modelo de autoridad del padre sobre sus hijos ³⁰.

Desde el punto de vista estrictamente familiar, el desacuerdo de Rousseau con sus predecesores no es menor cuando afirma que la familia es una sociedad provisoria. En efecto, el vínculo «natural» entre padres ³¹ e hijos sólo se mantiene en tanto los hijos lo «necesitan» para su autoconservación. Sólo su natural debilidad requiere los cuidados y la ayuda de los padres. Los padres tienen el deber de responder adecuadamente. Advertimos de paso que ni en el texto ni en el *Emilio* Rousseau habla de los cuidados de que el niño es objeto en términos de instinto, sino solamente en términos de mo-

29. *El Contrato social*, I, 2 (el subrayado es nuestro).

30. Recordemos que Bossuet quería legitimar la autoridad monárquica absoluta deduciéndola de la autoridad paterna, la primera desde el punto de vista histórico, y natural por añadidura. La maniobra del despotismo consistía en aparecer como el sustituto del poder paternal, y fundado sobre él.

31. Rousseau utiliza en este texto el término «père» (padre) en el sentido más amplio de «parent» (padre y madre, padres). En otros textos del siglo XVIII, sobre todo en la *Enciclopedia*, encontramos el mismo empleo de este término.

ral. También allí la sociedad ha acallado la voz de la naturaleza al punto de ahogarla. A menos que la naturaleza no determine gran cosa...

Cuando Rousseau imagina un hipotético estado natural, describe las relaciones entre los miembros de la familia natural de la siguiente manera: «Los varones y las mujeres se unían fortuitamente según la ocasión, el azar y el deseo... se abandonaban con igual facilidad. *Al principio la madre daba el pecho a sus hijos por necesidad propia*; después, cuando *la costumbre* los convertía en objetos de su amor, los alimentaba por el bien de ellos ³²». Reparemos que en este estado casi animal, la mujer-hembra cría al pequeño para satisfacer su necesidad, es decir, para aliviar el dolor que le produce la subida de la leche. Inicialmente da el pecho por necesidad y no por amor; la causa primera de la crianza es la necesidad. Todos los que discurrieron sobre el amor maternal y la espontánea abnegación de la madre fueron poco locuaces en este aspecto de las cosas. Olvidaron que el hecho de amamantar era inicialmente efecto del egoísmo maternal antes que el de su altruísmo ³³.

La madre natural experimenta la reiterada necesidad de descargarse de su leche y de dar el pecho al bebé. La reiteración del acto crea la costumbre de un contacto regular con el niño. Y de esa costumbre nace la ternura maternal. Esta es la que en una segunda etapa transmite a la madre una actitud generosa, la que da tiempo para que las necesidades del niño sean satisfechas a su vez. Pero si el amor no es inicial, si su aparición depende de la necesidad de la madre, ¿qué sucederá cuando se pueda poner fin artificialmente a esta necesidad? Si se detiene el ascenso de la leche ¿qué será del amor maternal?

32. Rousseau, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, p. 147. Ed. Pléiade (el subrayado es nuestro).

33. Hay un magnífico relato de Maupassant muy adecuado para recordarnos esta verdad. En *Idylle* presenta a una nodriza que viaja en tren, y conforme pasan las horas se siente más y más molesta por la leche que le llena los senos y que no puede dar a nadie. El dolor se vuelve tan intolerable, que le pide a un compañero de viaje que la alivie succionándole el pecho. Para lo cual lo abraza como a un bebé; claro que si en ese momento alguien hubiera entrado al vagón, habría creído estar ante una extraña escena de amor o ante un síntoma de depravación. Pero la nodriza aliviada agradece dignamente al joven por el favor que le ha hecho y las cosas quedan allí (col. Folio, pp. 177-184).

¿Y el padre? Sencillamente no existe en la hipótesis de Rousseau. Sólo hay un macho que fecunda a una hembra sin saberlo. Aun en el caso de que se enterara por azar, no le correspondería ninguna función particular. La naturaleza no da cabida al concepto de paternidad. Pero en el estado social que es el nuestro, y que tal vez sea el único que ha existido, el hombre se ha atribuido funciones paternas: la autoridad que corre pareja con la protección del niño. Rousseau circunscribe esta autoridad en los límites de las necesidades del niño. Su poder no es natural ni divino, se establece, como dice Grotius, en beneficio de aquel sobre quien se ejerce. Aquí no tienen cabida los derechos y placeres del que detenta la autoridad. Sólo el deber determina su acción.

Para mantenerse acorde con la «naturaleza del niño», la alienación de su libertad no puede ser sino momentánea. Razón por la cual, dice Rousseau, «una vez superada la necesidad del niño el vínculo natural se disuelve». Es lo que afirmaba en el *Deuxième Discours* cuando evocaba los vínculos que unen a la madre con sus hijos: «En cuanto tenían fuerzas como para buscar su alimento, no tardaban en abandonar a la madre; y como el único modo de encontrarse era no perderse de vista, llegaban muy pronto a la situación de no reconocerse unos a otros³⁴». También aquí cuando la necesidad cesa el vínculo con la madre se disuelve definitivamente.

Estas palabras son esenciales. Muestran que Rousseau va mucho más allá del pensamiento de la *Enciclopedia*, que nunca concibió que el vínculo entre padres e hijos pudiera romperse. En el *Contrato social*, cuando el niño puede encargarse de sí mismo, las relaciones con sus padres cambian de naturaleza y en última instancia pueden dejar de existir, como en la hipótesis del *Deuxième Discours*.

Cuando ya no necesita a sus padres, el hijo ya no tiene deberes de obediencia ni de ninguna clase respecto de ellos. A la recíproca, los padres no tienen ni derecho a darle órdenes ni obligación de ocuparse de él. Padres e hijos llegan a ser iguales, independientes y libres, uno tanto como el otro, uno respecto del otro. Si a pesar de eso la autoridad del padre o la madre intenta persistir, se vuelve «artificial», se convierte en una traba para la independencia funda-

34. *Op. cit.*, p. 147.

mental del hombre que es su hijo. Al superar sus derechos, el padre se transforma en un tirano y en un déspota.

La idea rousseauiana de una ruptura de los vínculos naturales entre padres e hijos está cargada de consecuencias. Porque si a cierta edad el hijo puede decidirse a abandonar definitivamente a sus padres, o si estos últimos pueden romper todo vínculo con sus hijos, toda nuestra concepción actual de la familia se vuelve falsa y artificial. Esto significa que superado cierto estadio físico e intelectual, los vínculos y afecto que unen a padres e hijos no son necesarios ni obligatorios, sino frágiles y pasibles de romperse. A menos que precisamente el amor no haya existido durante el período educativo. Pero el hecho de que el amor pueda no existir o dejar de existir, ¿no quiere decir que es esencialmente contingente, posible pero no seguro?

No podemos dejar de asociar todo esto con la «sociedad animal». Porque si el estado natural descrito por Rousseau no es más que una hipótesis de trabajo, la relación de la hembra animal con su cría es una realidad. Esta relación animal que los humanos se complacen tanto en evocar y a veces incluso en esgrimir ante las mujeres como modelo, siempre se disuelve llegado el momento. Una vez que el cachorro ha concluido su crianza y las tetas de la hembra están vacías, él se va y abandona para siempre a la que le dio su leche. A nadie se le ocurre protestar por eso, porque en el reino animal ésa es la auténtica voz de la naturaleza.

De modo que no es muy hábil ir a buscar en el animal y en la naturaleza los modelos del comportamiento humano. También es contradictorio hablar de hijos o de padres desnaturalizados para designar el abandono de unos por otros. ¿Todos los padres de los siglos xvii y xviii que abandonaron a sus hijos en manos de otro eran desnaturalizados o amorales? ¿No era su mayor error el abandonarlos antes de tiempo?

Sin embargo Rousseau no identifica al hombre con el animal, y si es concebible una ruptura de vínculos no es la única posibilidad. El hijo del hombre puede volver a anudar otros lazos, de naturaleza diferente, son sus padres. Ya no serán vínculos naturales³⁵, sino voluntarios, es decir, libre y conscientemente elegidos. Contingen-

35. Instintivos, inmediatos y necesarios.

tes y no ya necesarios. En la óptica del *Contrato social* Rousseau imagina que llegado el momento cada miembro de la familia decide tener o no relaciones con los otros. Esta libre decisión es una especie de pacto tácito, una convención que se transmiten entre sí los miembros de la futura nueva familia. En el *Deuxième Discours* Rousseau concluye: «Las familias se vuelven unidas en la medida en que el apego recíproco y la libertad son sus únicos vínculos³⁶». A partir de ese momento, la familia ya no es una sociedad natural, sino una asociación voluntaria que no difiere de una sociedad política fundada en convenciones.

Este segundo estadio de la familia tal como lo concibe Rousseau no deja de sorprendernos. ¿Cómo imaginar concretamente la ruptura de los primeros vínculos naturales y la reconstrucción voluntaria y racional de los segundos? ¿Cómo hacer tabla rasa de las antiguas costumbres, del amor y el odio entrettejidos durante los primeros años? ¿No es una solución ideal, un mito casi lo que nos sugiere Rousseau? Para el hombre del siglo xx, dotado de un inconsciente y de un arsenal de prohibiciones, sus vínculos con sus padres no pueden romperse para reconstruirse a continuación sobre otros fundamentos, porque la primera etapa marca profundamente a la siguiente. Tampoco es posible asociar el tránsito de la adolescencia a la edad adulta (que se caracteriza por el rechazo de los padres) al doble estadio de Rousseau. Porque en nuestra concepción actual, el hijo no goza verdaderamente de libertad de elección mientras perdure el poder del Superyó y su cortejo de culpabilidades. En Rousseau el proceso es otro: ser libre de rechazarla es lo que da todo su valor a la relación reconstruida. Estos encuentros ideales entre gentes de igual calidad que habrían olvidado su pasado contencioso para conservar sólo la amistad del presente, simbolizan en el plano afectivo la sociedad política perfecta. Gracias a la convención familiar, cada cual no padece a su familia sino que la elige. Sucede lo mismo con el miembro de la sociedad familiar que con el ciudadano de la sociedad política: uno y otro son libres de pactar, y también son libres de marcharse.

El análisis del *Contrato social* ilumina con luz nueva no solamente la condición del padre sino también la del hijo. Al afirmar

36. *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, ed. La Pléiade, p. 168.

desde la primera frase de su libro que «el hombre nació libre», Rousseau planteaba la libertad como dato indestructible de la naturaleza humana. Así es como homogeneizaba la naturaleza del padre y la del hijo. El niño es pues una criatura potencialmente libre, y la verdadera función del padre consiste en permitir la actualización de esa libertad todavía dormida. Educar a un hijo es hacer de un ser momentáneamente frágil y alienado una persona autónoma, igual a sus padres: el hijo es un igual de su padre, la hija de su madre.

Infortunadamente, la lógica y el reformismo de Rousseau se detienen en las fronteras del sexo. Para él la mujer sigue siendo un individuo relativo que se define en relación con el hombre. Hemos de ver más tarde cómo Sofía es educada para satisfacer los deseos de Emilio y las necesidades de sus hijos. Su concepción de la mujer encerrada en su función de esposa y madre predominó durante un prolongado período de la historia, pero se hicieron escuchar también otras voces cuya importancia no se puede menospreciar.

Montesquieu, por ejemplo, se dedicó en reiteradas ocasiones a denunciar la desigualdad de hecho entre el hombre y la mujer. Según él la naturaleza no somete las mujeres a los hombres. Por consiguiente, «el dominio que ejercemos sobre ellas es una verdadera tiranía³⁷». Ellas se lo han cedido a los hombres, añade Montesquieu, exclusivamente porque son más dulces que el hombre, y por consiguiente más dotadas de humanidad y de razón. Es una injusticia que puede y que tiene que cambiar. Porque si las mujeres son efectivamente inferiores a los hombres de este siglo, la causa no reside en su naturaleza, sino en la educación que reciben, o mejor dicho en la que se les niega.

Casi veinte años antes de la publicación del *Emilio*, el magistrado liberal critica anticipadamente los postulados educativos de quien inspiró gran parte del pensamiento de los revolucionarios de 1789. Para Montesquieu, toda educación semejante a la que ha de recibir Sofía no hace sino perpetuar el prejuicio tradicional respecto de las mujeres. A mediados del siglo, censura las condiciones en que se las obliga a vivir: «Las muchachas tienen una inteligencia que no se atreve a pensar, un corazón que no se atreve a sentir, ojos que no se atreven a ver, oídos que no se atreven a escuchar, no se

37. *Lettres persanes*, n.º 38 (Ed. Folio, p. 116).

presentan más que para mostrarse estúpidas, condenadas sin descanso a bagatelas y preceptos ³⁸».

En *El sistema social* Holbach, más cercano a Montesquieu que a Rousseau, relaciona, lo mismo que Montesquieu, la situación de inferioridad en que es mantenida la mujer con la educación que recibe. Denuncia a la «mujer-juguete» que se fabricaron los hombres para su placer y poder: «No les hacen ver más que tonterías y bagatelas, no les permiten ocuparse más que de juguetes, modas y adornos». La mujer no es más que la criatura del hombre, en el doble sentido de creada por y para el hombre. En esa época el hombre no había concebido todavía a la mujer como la madre abnegada de sus hijos. Un poco de paciencia todavía y todo estará hecho...

En cuanto a Voltaire, desarrolla un tema intermediario que concilia a la vez la ideología de Rousseau con la de Montesquieu o Holbach. Cree que una educación sólida determinaría a las mujeres a ser buenas madres y esposas. Cuanto más desarrollo intelectual tenga una mujer, mayor atractivo han de tener para ella las tareas familiares. Pero el heredero de Molière y cómplice de Rousseau se pone en evidencia cuando dice: «Es cierto que una mujer que abandonara los deberes de su estado para cultivar las ciencias merece ser condenada ³⁹».

Todavía estamos lejos de Condorcet, el filósofo más feminista de su siglo, el único que se esforzó por mostrar la igualdad natural y política del hombre y la mujer. Denunció «las leyes opresivas que los hombres han hecho contra ellas ⁴⁰», y militó por sus derechos de ciudadanas (derecho de voto, pero también derecho a ser elegidas para funciones públicas), con la condición de que se les diera una educación semejante a la que reciben los hombres. Para él el genio femenino no se limita a la maternidad. La mujer puede acceder a todas las posiciones, porque sólo la injusticia, y no la naturaleza, les impide el conocimiento y el poder.

Condorcet concluye su carta con una pizca de ironía para las mujeres que no juzgan lúcidamente los discursos que les dirigen los

38. *L'Esprit des Lois*, livre XXIII, cap. 9, «Des filles», Garnier-Flammarion, t. II.

39. Voltaire, prefacio a *Alzire*.

40. Condorcet, *Lettres d'un bourgeois de New Haven* (1791), p. 281.

hombres: «Tengo miedo, dice, de pelearme con ellas... hablo de sus derechos a la igualdad y no de su dominio; puedo resultar sospechoso de desear secretamente disminuirlas; y desde que Rousseau merece su aprobación al decir que están hechas sólo para cuidarnos y que sólo sirven para atormentarnos, no puedo esperar que ellas se declaren a favor mío ⁴¹».

Condorcet demostraba una gran lucidez. La mayoría de las mujeres que leían se hicieron partidarias de Rousseau, incluso las que aspiraban a funciones que su ídolo hubiera censurado. La señora Roland u Olympe de Gouges no fueron las nietas de Rousseau, aunque lo creyeran. La Revolución fue más rousseauniana que ellas, y las ejecutó por haber pretendido acceder al poder y por haberse negado a atenerse estrictamente a las funciones de esposa y madre. Nada más elocuente a propósito de esto que el informe de la ejecución de la señora Roland en la *Feuille du Salut Public* ⁴²: «La mujer Roland, espíritu culto de grandes proyectos, filósofa de breves misivas... fue un monstruo en todos los sentidos... Era madre, pero sacrificó la naturaleza queriendo elevarse por encima de ella; el deseo de ser sabia la llevó a olvidar las virtudes de su sexo, y este olvido, siempre peligroso, terminó por hacerla morir en el patíbulo».

Lo cierto es que la condición de la mujer no se modificó de manera notoria a lo largo del siglo XVIII ni bajo la Revolución francesa, pero en cambio progresó la de la esposa-madre. A fines del siglo la conducta del marido para con su mujer parece haberse modificado en la teoría y en la práctica, no sólo en las clases acomodadas sino también entre los burgueses más humildes. Este cambio tiene dos razones principales. Por una parte, la nueva ola de matrimonio por amor, que convierte a la esposa en compañera querida. Por otra, los hombres responsables quieren que las mujeres desempeñen en la familia una función más importante, sobre todo junto a los hijos. Hemos visto que la *Enciclopedia* afirmaba que el poder llamado paternal en realidad es un poder compartido con la madre ⁴³. Así que se volvió cada vez más difícil considerar la autoridad.

41. *Ibidem*, pp. 286-287.

42. Bajo el título de «Aux républicaines».

43. «El derecho y el poder que tienen las madres sobre el hijo es igual al de los padres».

del marido sobre su esposa como el poder absoluto del soberano sobre su súbdito, y tratar a la mujer como antes se trataba a los hijos.

El siglo XVIII no ratificó la igualdad real entre el hombre y la mujer, pero en cambio aproximó considerablemente la esposa al marido. Esto no se debe solamente a la importancia creciente que adquiere el niño en la sociedad, sino en gran parte a una verdadera obsesión de la filosofía de las Luces: la búsqueda de la felicidad, a la que pronto seguiría la valorización del amor. Estos dos nuevos valores vendrían a fortalecer la homogeneización de los esposos entre sí e incluso la de padres e hijos. En este sentido, la búsqueda de la felicidad familiar es un paso importante en la evolución hacia la igualdad.

LA FELICIDAD

En una carta a la presidente de Bernière Voltaire escribe: «La gran preocupación y la única que hemos de tener es la de vivir felices⁴⁴». Ahora lo que cuenta no es tanto la preparación de la vida futura del alma como la organización lo más placentera posible de la vida terrestre. Filosofar ya no es aprender a morir, sino a vivir aquí y ahora. Todo el siglo XVIII ha de reanudar sin pausa este tema, que según dice R. Mauzi, se transforma «en una obsesión⁴⁵». Partiendo del postulado de que el hombre está hecho para ser feliz, lo único que faltaba a los pensadores de las Luces era descubrir cuáles eran las condiciones de esa felicidad.

En su artículo dedicado a la *Felicidad*, la *Enciclopedia* traduce la nueva ideología, tratando de probar que también la Religión aporta al hombre la verdadera felicidad. La salvación eterna ya no depende como antes de las pruebas terrestres, porque «la naturaleza nos ha dado una ley de nuestra propia felicidad». Dios puso al hombre en el mundo para ofrecerle, en espera de la felicidad eterna, una felicidad compatible con su naturaleza caída. Refiriéndose

44. Voltaire, *Oeuvres complètes*, tomo 33, p. 62 (1722) (el subrayado es nuestro).

45. Robert Mauzi, *L'idée de bonheur au XVIII^e siècle*, Paris, A. Colin, 1969, pp. 83-84.

a las palabras del abad de Gourcy ⁴⁶, R. Mauzi llega a la conclusión de que ha aparecido un nuevo cristianismo diluido en un hedonismo en dos etapas ⁴⁷. A partir de entonces, existe una continuidad perfecta entre la felicidad terrestre y la felicidad eterna. El dolor y el infortunio ya no son los datos necesarios e inmediatos de la existencia.

Esta idea general atraviesa el siglo xviii, que ve aparecer no menos de cincuenta tratados sobre la felicidad. Es tema de disertación en todos los círculos y en todos los libros ⁴⁸, y Stanislas Leczinsky confirma que «las conversaciones en las sociedades versan sobre la felicidad y la desgracia ⁴⁹». Pero la felicidad no es sólo una preocupación mundana de los salones. También hablan de ellas personas más sencillas y toscas. Cuando un cura de campaña quiere exhortar a sus fieles a la virtud y al trabajo, una vez que ha agotado el tema trágico de las brasas del infierno, que no siempre da los resultados previstos, no es raro que recurra a un tema más seductor. Les dice simplemente que para ser felices en este mundo tienen que cumplir con su deber ⁵⁰.

En el curso del siglo xviii se discutió mucho la definición y las condiciones de la felicidad, y en conjunto hubo acuerdo sobre una teoría razonable de la felicidad. Un cuerpo sano, una conciencia tranquila, una situación satisfactoria, eso es lo que puede esperar un hombre sensato. Si la felicidad es posible en este mundo, ha de encontrar su sitio ante todo en la microsociedad familiar. Razón por la cual la aspiración a la felicidad ha de modificar sensiblemente las actitudes familiares. Explica su evolución, al tiempo que da cuenta en parte del cambio de ideología política.

La felicidad ha dejado de ser sólo una cuestión individual. Hay que realizarla inicialmente de a dos, a la espera de vivirla colectivamente. El siglo xviii descubre que para que las relaciones entre

46. *Essai sur le bonheur* (1777): «al bienestar perfecto e inalterable que el creador había dispuesto para nosotros antes de la caída, ha sucedido una felicidad de segundo orden».

47. R. Mauzi, *op. cit.*, p. 83.

48. Blondel, *Des hommes tels qu'ils sont et doivent être* (1758), citado por R. Mauzi, *op. cit.*, p. 84.

49. S. Leczinsky en *Oeuvres du philosophe bienfaisant* (1763), citado por R. Mauzi, *op. cit.*, p. 84.

50. Froger, párroco de Mayet (1769), citado por Mauzi, p. 84.

esposos e hijos sean felices, deben estar fundadas en el amor. No en el amor-deseo pasional y caprichoso, hecho de altibajos, de dolores y placeres, sino el amor-amistad que actualmente llamamos ternura.

El burgués, dice R. Mauzi, se convierte en «el dichoso habitante de este mundo ⁵¹», porque realiza el sueño del siglo, que consiste en armonizar sin esfuerzo la inclinación y la virtud. Ama el orden y la armonía que vive de modo inmediato. Claro que no está hecho para todas las dichas, advierte R. Mauzi. Del amor conoce solamente la devoción conyugal que se extiende a los hijos. Pero esto le basta, y cuida de encerrarlo escrupulosamente en su casa, al abrigo de las tentaciones y las distracciones.

De modo que en el curso del siglo XVIII se opera una transformación de las costumbres, que por primera vez no proviene de la aristocracia sino de la nueva clase ascendente. Desde comienzos del siglo, las prescripciones de la moral eclesiástica se hacen eco de este cambio. Confirman que en la vida cotidiana del matrimonio la mujer se ha emancipado parcial y gradualmente de la tutela del marido. Flandrin hace notar que el manual de Antoine Blanchard, en el siglo XVIII, ya no subraya explícitamente la subordinación al marido, como lo hacían Benedicti y Toledo a comienzos del siglo XVII.

Los proverbios y canciones populares cambian de tono, y hasta invierten los temas tradicionales. Ya no se aconseja, por ejemplo, pegarle a la mujer. Al menos entre los burgueses, la imagen del marido dando una paliza a su esposa ya no estaba bien vista. Por el contrario, una actitud así se consideraba un acto de barbarie. Ahora hay que ser «el compañero de su mujer y el amo de su caballo».

La mujer ya no aparece asimilada a la serpiente del Génesis, o a una criatura astuta y diabólica a quien hay que poner en vereda. Se convierte en una persona dulce y sensata, de quien se espera que sea razonable e indulgente. Imperceptiblemente, Eva cede su puesto a María. La curiosa, la ambiciosa, la audaz, se metamorfosea en una criatura modesta y razonable, cuyas ambiciones ya no desbordan los límites del hogar.

La transformación de las costumbres se percibe también al nivel del vocabulario. En el siglo XVIII, el amor-amistad parece compren-

51. R. Mauzi, *op. cit.*, p. 274.

der ahora la ternura y hasta cierta búsqueda del placer. Esto sólo se explica si tenemos en cuenta una nueva concepción del matrimonio.

Hacia fines del siglo XVIII, el matrimonio concebido como un arreglo entre dos familias resulta cada vez más chocante, en la medida en que descuida los gustos e inclinaciones de los individuos. Flandrin dice que un matrimonio que convierte a los sentimientos humanos en un buen negocio es asimilable a una especie de raptó. Una unión así, impuesta en nombre de criterios socio-económicos, parece desafiar al nuevo derecho en su doble vertiente: derecho a la felicidad y a la libertad individual. ¡No hemos de decir que las Preciosas ganaron su combate contra el antiguo matrimonio! Pero se otorga mayor importancia a la conciliación entre los intereses y la felicidad. Incluso se aparenta no prestar demasiada atención a las condiciones materiales del matrimonio. Lo esencial se discute a través de notarios interpuestos, como en *El contrato matrimonial* de Balzac. La señora Evangelista vende a su hija por una suma que está fuera de precio porque el novio, Paul de Manerville, está enamorado. De modo que al menos en apariencia los problemas de interés se solucionan en función de los sentimientos.

En este nuevo matrimonio, la libertad de elección del cónyuge corresponde tanto al joven como a la muchacha. En 1749 Voltaire escribe una obra teatral, *Nanine*, donde no teme proclamar la libertad de su heroína en este terreno. Le hace decir: «Mi madre me creyó digna de pensar por mí misma y de elegir marido por mí misma⁵²». Y en el prefacio del *Casamiento de Figaro*, Beaumarchais denuncia el antiguo matrimonio tradicional «donde los adultos casaban a sus hijos de doce años, y doblegaban la naturaleza, la decencia y el gusto a las conveniencias más sórdidas... La felicidad personal no le interesaba a nadie».

Este nuevo derecho al amor tuvo para las mujeres la ventaja de hacer vacilar el autoritarismo, que las mantenía durante toda la vida en un estado de sumisión. Acordarles ese simple derecho significaba reconocer que había que educarlas de manera tal que estuvieran capacitadas para evaluar mejor. Ahora es preciso que una muchacha esté capacitada para «pensar por sí misma». Para lograrlo, decía Voltaire, hay que sacarla del convento, al que consideraba

52. Voltaire, *Nanine*, acto I.

un elemento embrutecedor, que generaba en la muchacha la necesidad de abandonarlo yéndose con no importa quién: «No sales de tu cárcel más que para ser prometida a un desconocido que viene a espiarte a la verja; quien quiera sea, lo miras como a tu libertador, y así fuera un mono te considerarías dichosa: te entregas a él sin amarlo. Es un negocio que se arregla sin tu participación, y ambas partes no tardan en arrepentirse⁵³».

Por consiguiente, se aconseja cada vez más educar a las niñas en sus casas, y en condiciones lo bastante satisfactorias como para que no tengan ganas de huir de ellas a cualquier precio.

Este derecho al amor fundado en la libertad recíproca, fue la mejor introducción posible a la igualdad entre los esposos. Si *La nueva Heloísa* proclama solemnemente que el matrimonio es la unión de dos seres que se han elegido libremente y se han unido ¿cómo podría el marido seguir tratando a su esposa como a una inferior?

Fundado en la libertad, el nuevo matrimonio ha de ser el sitio privilegiado de la felicidad, de la alegría y la ternura. Su punto culminante es la procreación. En el artículo que la *Enciclopedia* dedica a Locke leemos: «Quiero que el padre y la madre sean sanos, que estén contentos, que gocen de serenidad, y que el momento en que se disponen a dar vida a un hijo sea el momento en que se sientan más satisfechos de la suya». ¿No es éste el más claro elogio del amor tomado en su totalidad? No es solamente un homenaje a la ternura, sino también al deseo y a la sensualidad, que tienen por fin derecho de ciudadanía dentro de la familia.

La procreación es una de las alegrías del matrimonio: ¿Hay algo más natural que amar sus frutos? Cuando los esposos se han elegido libremente, el amor que sienten uno por otro ha de concretarse con toda naturalidad en su prole. Los padres han de amar más a sus hijos y las madres, supuestamente, han de volver a ellos espontánea y libremente. Esa es al menos la nueva ideología, uno de cuyos mejores representantes fue Rousseau.

En esta óptica, las dulzuras de la maternidad son objeto de una exaltación infinita; la maternidad es un deber impuesto, pero es la actividad más envidiable y más dulce que pueda esperar una mujer. Se afirma como un hecho cierto que la nueva madre ha de alimen-

53. Voltaire, *L'éducation des filles*, tomo 24.

tar a su hijo por placer y que ha de recibir en pago una ternura sin límites. Progresivamente, los padres se considerarán cada vez más responsables de la felicidad o desdicha de sus hijos. Esta nueva responsabilidad, que ya estaba desde el siglo xvii en los reformadores católicos y protestantes, no dejará de acentuarse a lo largo del siglo xix. En el siglo xx alcanzará su apogeo gracias a la teoría psicoanalítica. Desde ahora cabe decir que si el siglo xviii lanzó la idea de la responsabilidad paterna, el siglo xix la confirmó acentuando la de la madre, y el siglo xx transformó el concepto de responsabilidad maternal en el de culpabilidad maternal.

E. Shorter resumió muy bien a la nueva familia al hablar de una «unidad sentimental» o de un «nido afectivo» que abarca al marido, la esposa y los niños. Es el nacimiento de la familia nuclear moderna, que construye poco a poco el muro de su vida privada para protegerse contra toda intrusión posible de la sociedad: «El Amor separa a la pareja de la colectividad y del control que ella ejercía. El amor maternal está en el origen de la creación del nido afectivo dentro del cual viene a acurrucarse la familia ⁵⁴».

La familia se estrecha y se repliega sobre sí misma. Es la hora de la intimidad, de los pequeños y confortables hoteles particulares, de las habitaciones independientes con entradas particulares, adecuadas para las conversaciones a solas. Al abrigo de los importunos, padres e hijos comparten el comedor y se mantienen unidos frente al hogar.

Al menos ésta es la imagen de la familia que dan la literatura y la pintura de fines de siglo. Moreau le Jeune, Chardin, Vernet y otros se complacen en representar los interiores y los actores de estas familias unidas. Hay loas a la dulce intimidad que en ellas reina, y se anuncia que la revolución familiar ya se ha consumado. Uno de los testimonios pertenece al doctor Louis Lepecq de la Cloture, que se refiere a su pequeña ciudad de Elbeuf en 1770: «Reina en ella la unión familiar, y esa auténtica solicitud que hace compartir por igual las penas y las alegrías del matrimonio, la fidelidad entre los esposos, la ternura de los padres, el respeto filial y la intimidad doméstica ⁵⁵». También hay testimonios de los prefectos

54. E. Shorter, *op. cit.*, p. 279.

55. Texto citado por Shorter, *op. cit.*, p. 280.

napoleónicos citados por Shorter. Dalphonse, el prefecto de Indre, declara que en su departamento «el casamiento no es un yugo, es una serie de dulces intercambios de previsión y ternura...». En Saboya, Verneilh afirma que «el marido se ha acercado a su esposa, la madre a sus hijos; todos han sentido la necesidad de apoyarse mutuamente y de consolarse... entregándose a trabajos domésticos que en otro tiempo hubieran desdeñado ⁵⁶».

En realidad, este panorama idílico de la nueva familia nos parece muy optimista. A pesar de los pintores y de las enternecidas frases literarias, padres y madres apenas empezaban a interesarse, si no a sacrificarse, por sus hijos. La larga batalla por el amamantamiento maternal acaba de empezar, y sus partidarios están muy lejos de haber ganado la partida. Acumulan sus argumentos, y las mujeres que aparentan escucharlos con interés se hacen rogar para ser esas madres admirables que se les pide que sean.

Claro que la filosofía de la felicidad y la igualdad desempeñaba una función no despreciable en la evolución de los espíritus, pero concernía sólo a un público restringido, y parecía considerar como adquirido lo que aún estaba por hacerse. Su discurso era tanto más seductor cuanto que prometía y sugería sin obligar nunca. Ahora bien, la supervivencia de los niños se había convertido en un problema prioritario a los ojos de la clase dirigente, y las declaraciones más o menos tranquilizadoras sobre la felicidad y el amor no bastaban para resolverlo.

El discurso de los intermediarios

El Estado dirigirá a las mujeres un discurso muy diferente a través de sus agentes más cercanos a ellas. Como de las mujeres depende todo el éxito de la operación, por una vez se convierten en interlocutores privilegiados de los hombres. Se las eleva, pues, al nivel de «responsables de la nación», porque por una parte la sociedad las necesita y se lo dice, y por otra las llama a sus responsabilidades maternas. Las hace objeto de súplicas al tiempo que las culpabiliza.

Es cierto que a partir de comienzos del siglo algunos médicos

56. *Ibidem*, p. 280.

recomendaban ⁵⁷ a las madres que dieran el pecho a sus bebés, mientras otros ⁵⁸ condenaban a las nodrizas mercenarias. Pero habrá que esperar a la publicación del *Emilio* en 1762 para que la opinión esclarecida empiece a conmoverse. Rousseau no anduvo con rodeos: «La primera educación de los hombres depende de los cuidados de las mujeres; de las mujeres dependen también sus costumbres... Los deberes de las mujeres de todos los tiempos han sido criar a los hombres en su juventud, cuidarlos cuando son grandes, aconsejarlos, consolarlos... ⁵⁹».

Estas palabras tenían seguramente el mérito de la novedad, puesto que se las reiteró una vez y otra hasta el siglo xx. En 1775, el médico escocés Buchan, en su *Traité de médecine domestique*, dirigido a las mujeres, se sorprende de que éstas todavía no hayan cobrado conciencia de su influencia y sus responsabilidades: «Si las madres reflexionaran sobre la *enorme influencia* que tienen en la sociedad, si quisieran *persuadirse* de ella, aprovecharían todas las oportunidades para informarse de los deberes que de ellas exigen sus hijos... *De ellas depende* que los hombres sean sanos o enfermos; *de ellas depende* que sean útiles en el mundo o que se conviertan en plagas sociales ⁶⁰».

Aparentemente, la toma de conciencia todavía no había tenido lugar, pero el tema de la influencia femenina y maternal estaba en boga puesto que a fines del siglo aparecieron cantidad de publicaciones sobre el mismo tema. Todo el mundo interviene: médicos, moralistas, filántropos, administradores y pedagogos, sin olvidar a los lugartenientes de policía de París y Lyon. Todos repiten incansablemente los mismos argumentos para convencer a las mujeres de que se ocupen personalmente de sus hijos.

Un grupo reducido de mujeres se mostraba receptiva con la tesis de Rousseau, pero la convicción y la aceptación teórica no llegaban a la puesta en práctica de las nuevas teorías. A las mujeres debía resultarles demasiado pesada la tarea que se les exigía como para ponerse a realizarla... Fueron necesarias varias décadas, y

57. Véase P. Hecquet, *De l'obligation aux femmes de nourrir les enfants* (1708).

58. Linné, *La nourrice marâtre* (1752).

59. *Emilio*, libro V.

60. Buchan, *op. cit.*, p. 12 (el subrayado es nuestro).

muchos alegatos, sermones y requisitorias para que las mujeres se decidieran finalmente «a cumplir con sus deberes de madres».

Durante más de un siglo se emplearon constantemente y de común acuerdo tres tipos de argumentos que cabe resumir así: «Señoras, si escucháis la voz de la naturaleza seréis recompensadas, pero si la despreciáis ella se vengará y os castigará».

EL RETORNO A LA NATURALEZA

El primero de estos argumentos, muy de moda en el siglo XVIII, es el que tiene como tema el retorno a la naturaleza. Mucho antes de Rousseau, cuyas teorías en esa materia conocemos bien, desde la Antigüedad, hubo moralistas que les recordaron a las mujeres «las voluntades de la naturaleza». Plutarco fue al parecer el iniciador del primer movimiento moral que propició el amamantamiento materno. Lo cual tiende a demostrar que ya en esa época al menos un sector de mujeres cumplía con su deber a regañadientes. ¿Por qué, si no, Plutarco había de afirmar con tanta insistencia que si la mujer tiene pechos es para amamantar a su hijo?

En todos los partidarios del amamantamiento materno, desde Plutarco hasta el doctor Brochard (a fines del siglo XIX), pasando por Favorinus, Erasmo y muchos otros, encontramos inexorablemente una profesión de fe naturalista: «Es la naturaleza, dicen, la que decreta que la madre alimente a su bebé». Desobedecer a la naturaleza es malo desde el punto de vista moral y dañino desde el punto de vista físico. Hilando fino, para estos moralistas decir «ley de la naturaleza» es decir «ley divina». Y no es conveniente desobedecer a Dios.

Todos estos austeros asesores repitieron a cual más que la naturaleza no dio a la mujer dos senos para que ella saque ventaja de su belleza o para que sean objeto de placer de un marido sensual. Los senos de la mujer no deben ser para ella fuente de vanidad ni de goce, puesto que su función esencial es la de alimentar. La naturaleza la hizo hembra ante todo permitiéndole alimentar a su niño con su propia leche. ¡Pobres de las que lo olviden!

Como esta invocación solemne de la naturaleza podía parecer demasiado abstracta y severa, los mismos moralistas se apresuraron a insistir en un aspecto práctico y fisiológico que tenía más posibilidades de enternecer a las mujeres. Vuestra leche, le decían, se

adecua admirablemente a las necesidades del niño. Porque la naturaleza hace de manera que las calidades de la leche sean siempre adaptadas a su organismo. Este argumento tenía más poder de convicción que los otros, porque es exacto y las madres podían experimentarlo por sí mismas. Pero la verdad no siempre basta para convencer de los fundamentos de una acción, sobre todo cuando esa acción requiere un esfuerzo.

Por mucho que en el siglo XVIII grandes médicos como Raulin, Ballexserd o Desessartz proclamaran la armonía preestablecida entre la leche materna y las necesidades del niño, las madres «esclarecidas» hacían oídos sordos. Las más pobres también. La condena no se hizo esperar. Hubo quienes declararon que la sociedad maligna que había perturbado el orden providencial de la naturaleza, había corrompido a esas mujeres, y las conminaron a volver a los principios básicos de la buena naturaleza, a reanudar las antiguas costumbres.

Para lograrlo, les propusieron que imitaran lo que más se les parecía pero no había sufrido, como ellas, los estragos de la sociedad corrompida. Los modelos en boga fueron simultáneamente las mujeres salvajes, las de los pueblos bárbaros, las hembras de los animales e incluso las plantas.

El siglo XVIII honró a la mujer salvaje. Los intelectuales más sofisticados mencionan con respeto los relatos de todos los viajeros que evocan la crianza natural, la ternura de las madres y la completa libertad en que dejan el cuerpo del niño. Antítesis de las costumbres europeas, los comportamientos de los salvajes aparecen como verdades primigenias. Todo el mundo se apasionó por estas mujeres semidesnudas que no abandonaban a sus hijos hasta el momento del destete.

En su *Histoire naturelle*, Buffon⁶¹ otorga mucho espacio a estos testimonios. Estudia detalladamente las costumbres de los diferentes pueblos exóticos y condena sin apelación la práctica de las nodrizas mercenarias. En 1763 el *Journal des Savants* se cree en la obligación de registrar todas las obras del género. En 1769 es Raulin el que no tiene bastantes palabras de alabanza para las costumbres de los «salvajes». Todos merecen su admiración: los africanos, los americanos, los brasileros... Saca la conclusión de que los niños

61. Tomo II, 1749, pp. 445 a 447.

de esas comunidades son más dichosos que los nuestros, porque sus madres son mujeres sanas que observan un régimen de vida adecuado a sus estados de embarazo y de crianza. Se enternece sobre las dulces mujeres mejicanas, de ternura constante: «Viven siempre de los mismos alimentos, sin cambiarlos durante el tiempo que amamantan a los hijos con su leche. Suelen hacerlo durante cuatro años ⁶²».

En 1778 es al lugarteniente de policía Prost de Royer a quien le toca alabar las costumbres salvajes para estigmatizar mejor las nuestras. Se maravilla de que la mujer salvaje dé a luz en los desiertos y las nieves, que hunda a diario a su bebé en el hielo para bañarlo, que lo caliente en su seno al tiempo que lo alimenta. Y concluye que «el salvaje es más alto, mejor constituido, mejor organizado, más sano y más fuerte que si en su desarrollo la naturaleza hubiera sido interferida ⁶³», como lo es entre nosotros, se sobreentiende. Lo que Prost no dice es que la selección natural debía funcionar en alto grado. Nadie conoce la mortalidad de los niños salvajes, pero es probable que fueran los más fuertes los que sobrevivían a ese régimen.

También fueron colocadas sobre un pedestal las mujeres de los tiempos antiguos y bárbaros, cercanas a las mujeres de las regiones salvajes. El mismo Prost habla con emoción del peso de las armas de los primeros romanos y del tamaño de las tumbas de los galos que atestiguan que nuestros antepasados eran más fuertes y más altos. Eso es lo que permite medir cabalmente «la degradación de la especie humana en nuestra Europa corrompida y civilizada ⁶⁴». En 1804, el médico Verdier-Heurtin dedica no menos de once páginas, es decir, más de la décima parte de su discurso sobre el amamantamiento, a exaltar el vigor y la salud de los primeros hebreos, de los primeros griegos, romanos, germanos y galos, a quienes opone la decadencia de los europeos del siglo XVIII, pequeños, enclenques y enfermizos. Ahora bien, en esos pueblos bárbaros las madres amamantaban ellas mismas a sus hijos. Pero Verdier-Heurtin comprueba que en cuanto esos pueblos se civilizaron, se enriquecieron y cultivaron, las madres ya no querían amamantar. Ape-

62. Raulin. *De la conservation des enfants*, pp. 125 a 167.

63. Prost de Royer, *op. cit.*, p. 6.

64. *Ibidem*, p. 7.

laban a nodrizas mercenarias, y las nuevas generaciones se debilitaban inexorablemente, la raza degeneraba. Verdier y muchos otros sacaron la conclusión de que las naciones dependían de la buena voluntad de las madres. Ellas eran las verdaderas responsables de la fuerza y la grandeza política de las civilizaciones.

De Rousseau al doctor Brochard ⁶⁵, todos retoman incansablemente el ejemplo de las mujeres romanas para que las francesas se compenentren de ciertas verdades. Según todos estos señores, en los primeros tiempos de la república romana las mujeres se vanagloriaban de sus responsabilidades familiares: «Pensad en las Sabinas, con los pechos desnudos, que ni siquiera en el campo de batalla se separaban de sus hijos: engendraron una raza de hombres excepcionales». Pero cuando llegó la época de César, la época del «lujo, signo precursor de la decadencia de las naciones», las madres se desentendieron de sus deberes y apelaron a las nodrizas mercenarias. Contaban que las mujeres se paseaban por los lugares públicos llevando en brazos cachorros de perros o de monos. Al volver de las Galias, Julio César, sorprendido ante un espectáculo tan inusitado para él, habría exclamado: «¿Entonces las mujeres romanas ya no tienen niños, como tenían antes, a quienes amamantar y llevar en sus brazos? No veo más que perros y monos ⁶⁶». En efecto, en Roma la costumbre de entregar a los niños a las mujeres del campo se hizo tan común hacia el siglo v que el Código de Teodosio tuvo que reglamentarla.

Nuestros moralistas deducían de todo esto que los tiempos modernos eran semejantes a los de la decadencia romana. Pero todos estos ejemplos extraídos de la antigüedad son armas de doble filo. Demuestran que cuanto más cerca se encuentran de un estadio primitivo, mayor tendencia tienen las madres a amamantar, pero demuestran también que siempre que las madres tuvieron posibilidad de hacerlo, entregaban a sus hijos para que los criaran los extraños. Siempre cabe censurar el lujo corruptor, pero lo cierto es que cuanto más rica y cultivada es una nación más se apartan las madres de su condición maternal.

65. Brochard, *De l'allaitement maternel* (1868), pp. 10-11.

66. Anécdota referida continuamente en los siglos xviii y xix. Véase sobre todo el artículo *Nourrice* en la *Encyclopédie*; el *Discours sur l'allaitement* de Verdier-Heurtin; *De l'allaitement maternel* del Dr. Brochard.

Claro que los modelos óptimos eran las hembras de los animales. No hay peligro de que evolucionen ni de que padezcan los estragos de la cultura. Razón por la cual los moralistas recomendaban a las madres que imitaran la sabia actitud de las hembras que «obedecen mejor que ellas a los impulsos de la naturaleza». En esas hembras encontramos la naturaleza en estado puro, un instinto que el interés no ha desnaturalizado, es decir, el instinto maternal no desviado por el egoísmo de la mujer.

Hubo una especial predilección por apelar al ejemplo de los animales más salvajes, y admirar el hecho de que los más crueles, los más salvajes como las tigresas y las leonas se deshacen de su ferocidad para cuidar a su cría; el hecho de que suelen morir con ella antes que abandonarla cuando los cazadores las persiguen.

Desde el comienzo de su obra, el médico Gilibert⁶⁷ elogia a las «bestias»: «Observad a los animales, aunque las madres tengan desgarradas las entrañas... aunque sus crías les hayan causado todos estos males, sus primeros cuidados les hacen olvidar todo lo que han sufrido... Se olvidan de sí mismas, les preocupa poco su bienestar... ¿De dónde proviene ese instinto invencible y general? De aquel que ha creado todo (*Deus sive Natura*)... Ha impreso en el corazón de todos los seres vivientes un amor automático por su prole. La mujer está sometida como los animales a este instinto... En los animales este instinto basta... la naturaleza sola los conduce... Pero el hombre no se encuentra directamente bajo su imperio. Ha recibido del cielo una voluntad activa, una razón esclarecida (se diría que Gilibert lo deplora)... que errores y prejuicios de todas clases suelen corromper... ahogando esta huella activa de la naturaleza... De allí las miserias y calamidades que se abaten sobre los desdichados mortales...».

Al leer este texto, tenemos la impresión de que Gilibert lamenta que la mujer esté dotada de razón y voluntad. La mujer ideal sería la más próxima a la hembra. Es comprensible que desde hace tanto tiempo la mayoría de estos humanistas haya visto con malos ojos la educación de las mujeres. Lo que necesitaban era buenas generadoras, carentes de curiosidad y de ambiciones. Dado que la razón está expuesta a ser corrompida por los prejuicios; ¡es preferible que la de las mujeres permanezca dormida!

67. *Dissertation sur la dépopulation* (1770) (el subrayado es nuestro).

En 1769, Raulin ⁶⁸ compara la leche de las mujeres y la de las hembras. Comprueba que en un caso y otro la leche varía de acuerdo con la alimentación de la madre. Es otra buena oportunidad para elogiar la sabiduría animal y oponerla a la locura de las mujeres. Elogia a las vacas y a las cabras que se alimentan con plantas y hierbas adecuadas, y condena a las malas madres que durante su embarazo y en época de crianza comen cualquier cosa, según sus antojos: guisos, especias, crudos, té, café y licores espirituosos.

Por supuesto que su conclusión es la superioridad de los animales, que viven de manera estable y sin excesos, contrariamente a las mujeres que mediante abusos y excesos de todas clases alteran su leche. Además estas pobres mujeres están más sujetas que los hombres a «pasiones dañinas» que los animales desconocen. Son pasibles de tristeza, de miedo y de enojo, que son otros tantos desórdenes que malogran la leche y alteran el temperamento de los niños.

Por consiguiente, la mujer ideal no sólo debiera estar desprovista de una «razón esclarecida», sino que además debiera estar exenta de toda pasión.

El siglo XIX no descuidó estos argumentos, puesto que en 1848 Ernest Legouvé, cuyas obras se reeditaron muchas veces, dice que la maternidad de los animales se asemeja a la humana y viceversa ⁶⁹. Se enternece ante el heroísmo de la leona, y ante el coraje de la curruca y su amor por su cría. En 1868, el doctor Brochard elogia a su vez a las hembras, quienes contrariamente a las mujeres «nunca intentaron sustraerse a una obligación que resulta de su organismo ⁷⁰». Por último, a comienzos del siglo XX hay quien compara sin temor a la mujer con un gallináceo. En un libro de vulgarización sobre la higiene infantil, el doctor Gérard considera que las madres han de entenderlo mejor si pone de ejemplo a la gallina: «Cuando una gallina pone un huevo, no pretende ser madre por tan poco. Poner no es nada... el mérito de la gallina comienza *cuando empolla con conciencia, privándose de su valiosa libertad...* en una palabra, merece el nombre de madre cuando cumple con sus deberes de madre ⁷¹».

68. Raulin, *op. cit.*, pp. 129, 163, 165.

69. E. Legouvé, *Histoire morale des femmes*, 1848, pp. 281-282.

70. Brochard, *De l'allaitement maternel*, 1868, p. 4.

71. Dr. J. Gérard, «Pour combattre la mortalité infantile», *Le livre des mères* (2.^a edición, 1904), p. 5 (el subrayado es nuestro).

Actualmente este texto nos haría sonreír si no demostrara en qué estima insignificante tenían los hombres responsables a las mujeres. Comparar la libertad de una mujer con la de una gallina muestra la alta idea que les merecía la primera. No es una comparación halagadora. ¿Pero lo es más que la analogía que establece el doctor Raulin entre la mujer y la tierra? Al afirmar que cualquier otra leche que no sea la de la madre perjudica a los niños y los expone a peligrosos accidentes, añade: «¿No experimentan las plantas accidentes parecidos? Se conservan mucho tiempo en la tierra negra (imagen de la madre) donde surgieron naturalmente; allí resisten más fácilmente que en otro sitio las intemperies de la atmósfera. Si son trasladadas a un suelo ajeno (imagen de la nodriza), sus raíces tienen dificultades en afincarse... No prosperan y suelen secarse ⁷²».

Efectivamente, no cabe estar más cerca de la naturaleza... ¡y más alejado de la mujer!

Este primer tipo de argumento, dirigido a reprochar a las mujeres su desnaturalización, fue rico en consecuencias. Nos impresiona ante todo su ambigüedad. En la época en que nos situamos, está de moda el buen salvaje, más próximo a la naturaleza que el europeo depravado. Pero es más bien a causa de un sentimiento negativo respecto de las propias costumbres, de un rechazo casi masoquista de sí mismos, que en esa época los hombres «prefieran las costumbres de los negros ⁷³».

Lo que les hace honrar a los salvajes es más el rechazo de la sociedad que una verdadera admiración por las costumbres extranjeras. El esnobismo de entonces va aparejado a un sólido etnocentrismo. Los salvajes conservan mejor ciertas costumbres, pero siguen siendo lo que son: seres no civilizados que no merecen una gran consideración. El hecho de haber permanecido más cerca de la naturaleza, los convierte simultáneamente en objetos de alabanza y de desprecio. Para la opinión esclarecida del siglo XVIII y para la concepción colonialista del siglo XIX, los salvajes representan la infancia de la humanidad, que suscita a la vez condescendencia y paternalismo.

Además, la mujer a quien se exhorta a volver a la naturaleza es

72. Dr. Raulin, *op. cit.*, p. 171.

73. Nicolas Oudry, *L'Orthopédie*, tomo I, citado por Mercier, p. 121.

comparada con lo que desprecia más profundamente. Cualquier mujer en el reino de Francia, incluso la más miserable, se considera infinitamente superior a la hembra, y de naturaleza diferente.

Pero todos los hombres que utilizan el argumento de la naturaleza, saben o presienten que la comparación es además traumatizante. Esta referencia constante a la naturaleza les sirve para demostrar que la mujer del siglo XVIII es sencillamente «desnaturalizada». Ahora bien, cabe interpretar de varias maneras el término «desnaturalizado». Si definimos la naturaleza en términos de «norma», la mujer desnaturalizada sería una anormal, esto es, una enferma o un monstruo. Y si identificamos la naturaleza con la virtud, la mujer desnaturalizada será corrompida y viciosa, esto es, una amoral o una mala madre.

En un caso y otro, es preciso cambiar las costumbres y remediar el mal, aun cuando aparentemente suela otorgarse a las mujeres el beneficio de la irresponsabilidad. En efecto, Prost de Royer creó que «la mayoría de las madres no escuchan a la naturaleza⁷⁴». Dicho de otro modo, no tienen la culpa porque se han vuelto sordas... Pero se le podría retrucar al lugarteniente de policía que si las mujeres ya no oyen la voz de la naturaleza es porque a esa voz le falta vigor. ¿Qué es, en última instancia, una actividad natural que no es necesaria, un grito de la naturaleza que nadie oye? Todo esto no le impide a Prost sacar la conclusión de que «*si las madres supieran...* nunca se decidirían a abandonar a sus hijos en un momento en que su ternura les es imprescindible».

Al evocar la suerte de los niños confiados a nodrizas añade: «*si estas tristes verdades* estuvieran grabadas *en el corazón* de las madres...». En un caso Prost sugiere que el saber cuya adquisición corresponde al orden de la razón, podría sustituir al instinto que falla. Pero en el otro, parece decir que el saber racional no basta por sí solo si no está memorizado por el amor y la ternura⁷⁵. A

74. Prost de Royer, *op. cit.*, p. 9.

75. A los ojos de Prost y sus contemporáneos, la madrastra y la nodriza, eran incapaces de amar a los niños de los que accidentalmente se encargaban. Como su instinto, con razón, no las empuja a ello, rara vez experimentan ternura por esa carga que la necesidad les impone. Tal vez la madrastra peor aún que la nodriza. Tradicionalmente, ella es la que encarna mejor a la mala madre, y sin embargo parecería que no se la ha juzgado por eso demasiado rigurosamente. Si la voz de la naturaleza calla, es comprensible que no sienta más que fastidio ante los niños

falta de instinto (inconsciente, innato, necesario) el amor (consciente, adquirido, contingente) resolvería la cuestión.

Por si la evocación de la naturaleza bajo los rasgos de la leona y la curruca fuera un argumento insuficiente, lo combinaron con el fortalecimiento de promesas seductoras y amenazas terroríficas.

LAS PROMESAS

Empecemos por el dulce. Las madres que dieran el pecho se beneficiaban con cinco promesas destinadas a neutralizar las objeciones en vigor. Como las mujeres se quejaban de que el dar el pecho les fatigaba, estropeaba sus pechos y les daba mala apariencia, comenzó el elogio de la belleza de las nodrizas. Unos admiraban la frescura de su tez, otros la amplitud de su pecho y el aspecto sano que irradiaban. En el siglo XIX el doctor Brochard afirma que si los poetas, historiadores y pintores celebraron la belleza de las griegas y las romanas es porque daban el pecho a sus hijos.⁷⁶ En 1904, el doctor Gérard opone «las hermosas y robustas nodrizas a las muñecas mundanas de cara enharinada que a los 20 años son éticas y a los 30 están consumidas⁷⁷».

En el siglo XVIII más aún que en el XIX hubo una especial insistencia en los encantos de la maternidad. Todos los hombres que se dirigían a las madres estaban de acuerdo en decir que no hay ocupación más agradable que la de velar al hijo. No hay deber más delicioso. Prost, el lugarteniente de policía, tiene acentos conmovedores cuando evoca los placeres de la maternidad: «La voz de la naturaleza se ha hecho escuchar en el corazón de algunas jóvenes... *Lo han sacrificado todo: placeres, encanto, reposo. (!) Pero que*

ajenos. En cierta medida este personaje odioso era tranquilizador, porque fortalecía a la madre verdadera en su función de madre buena y tierna. La dualidad madre-madrastra hacía reinar el orden en la naturaleza y en los sentimientos, lo cual explica que durante mucho tiempo la madrastra haya sido representada como la Otra, la madre hermosa y falsa. Cuando la madre natural aparezca bajo los rasgos de la madrastra, han de nacer la confusión y el desorden.

76. Dr. Brochard, *op. cit.*, p. 36. Asimismo, si las georgianas son las mujeres más hermosas del mundo y conservan su elegancia y su belleza hasta una edad avanzada lo deben a la misma costumbre.

77. Dr. J. Gérard, *Le livre des mères*, p. 6; *Emilio*, I, 258; Dr. Brochard, *op. cit.*, p. 35.

digán si las inquietudes y privaciones de su estado no son un placer equiparable a los del amor. Que nos describan las dulces emociones que experimenta una madre que da el pecho, cuando el niño que succiona parece darle las gracias con sus sonrisas y los movimientos de sus brazos ⁷⁸...».

El médico Gilibert emplea los mismos argumentos, señalando con más fuerza el contraste entre las cargas de la maternidad y la felicidad que la mujer extrae de ella. Lo mismo que Prost de Royer, y un siglo después Freud, pone en evidencia la calidad masoquista de la madre, que sólo encuentra placer en la entrega absoluta. Oigámosle: «Observemos a las madres que dan el pecho a sus hijos... *Olvidan todos los objetos de su placer. Atentas exclusivamente a sus hijos, pasan las noches sin dormir, comen apresuradamente, y sólo lo que saben que les proporcionará buena leche; ocupan todas las horas del día en lavar, limpiar, calentar, entretener, alimentar, dormir al objeto de sus amores... Quienes las rodean las miran con compasión... Las creen las más infortunadas de las mujeres* ⁷⁹...».

Este prolongado discurso anuncia que no hay que fiarse de las apariencias, porque en realidad: «estas madres encuentran un placer *inefable* en todo lo que les repugnaba cuando eran solteras; hacen con alegría lo que antes le sublevaba el corazón ⁸⁰...». Y Verdier-Heurtin encarece: «Esas privaciones que os parecen crueles han de convertirse en puros placeres ⁸¹».

El único problema que no cabe no plantear es el siguiente: ¿cómo es que hay tan pocas mujeres que se proporcionen ese placer, y tantas que les oponen resistencia? Es de creer que las pocas mujeres que dan el pecho y siguen la voz de la naturaleza son muy malas abogadas. No sólo no ganan adeptos con su ejemplo, sino que por el contrario se diría que cuando las otras mujeres las observan tienen ganas de hacer precisamente lo contrario. Curiosa felicidad, que toma la forma de prueba y disgusto a los ojos de las interesadas. Decididamente, los hombres fueron los mejores defensores de la causa de las madres, salvo que con ese ardid hayan abogado en realidad en favor de sí mismos.

78. Prost de Royer, *op. cit.*, p. 9 (el subrayado es nuestro).

79. Gilibert, *op. cit.*, pp. 257-258 (el subrayado es nuestro).

80. Gilibert, *op. cit.*, p. 258 (el subrayado es nuestro).

81. Verdier-Heurtin, *op. cit.*, pp. 27-28.

Entre estos últimos se encuentra Rousseau, que prometió múltiples ventajas a las madres que amamantaran a sus hijos: no sólo la ternura de los hijos sino también «una adhesión sólida y constante por parte del marido ⁸²». Este argumento ha de ser esgrimido muchas veces para refutar el de los inconvenientes sexuales del amamantamiento. Le aseguran a la buena madre que su marido le será cada vez más fiel y que la unión de ambos será cada vez más tierna: Verdier-Heurtin sugiere que interroguemos a los padres: «Que os describan las escenas encantadoras de las que son todos los días *espectadores felices* en un matrimonio unido... Ved vosotros mismos cómo el padre arrebató el niño a la madre, la madre al padre: ¿quién podría negar que ésa es la *felicidad*? ⁸³».

En el caso de que las mujeres no fueran sensibles ni al argumento de la salud, ni al de la belleza ni al de la felicidad, se añadía el tema de la gloria. Rousseau no vacilaba en halagar la vanidad femenina cuando osaba prometer a la madre que amamantara «la estima y el respeto del público... el placer de verse un día imitada por su hija, y de mencionarla como ejemplo para la hija de otros ⁸⁴». También el doctor Brochard juraba que «el niño en el seno materno es la gloria de su madre ⁸⁵». Citaba de buena gana a su colega Perrin, que acostumbraba afirmar que «en medio de los hijos a quienes cría, la madre gana en dignidad y respeto lo que les prodiga en cuidados y sacrificio ⁸⁶».

Otros, como E. Legouvé, se propusieron revalorizar la función de la madre en la procreación refutando las teorías de Aristóteles. No, dice, la madre no es como la tierra que recibe la simiente: es tan creadora como el padre, aun cuando éste es quien da ¡«el primer impulso ⁸⁷»! La madre es formadora, y con el acto de amamantar concluye su creación. En 1908, Paul Combes, entre otros muchos, reanuda este tema al afirmar: «cabría decir que a través de la maternidad todas las mujeres colaboran con la obra de la creación ⁸⁸».

82. *Emilio*, I.

83. Verdier-Heurtin, *op. cit.*, p. 28 (el subrayado es nuestro).

84. *Emilio*.

85. Dr. Brochard, *De l'amour maternel* (1872), p. 75.

86. Dr. Perrin, *Les Césars*, p. 206.

87. E. Legouvé, *Histoire morale des femmes*, pp. 275-276.

88.- P. Combes, *Le livre de la mère*, 1908, p. 2 (el subrayado es nuestro).

Por último, de tiempo en tiempo, se aventura un último argumento económico. Consiste en calcular las ganancias y pérdidas de la madre que entrega a su hijo a una nodriza. Es lo que hace el traductor francés del libro de Buchan ⁸⁹. Las nodrizas, dice, alimentan y cuidan mal a los niños. Si es que vuelven vivos a casa de sus padres, suelen hacerlo en estado lastimoso: flacos, pequeñitos, deformes, devorados por la fiebre, o presas de convulsiones... ¿Qué ganaron los padres? Para cuidar y curar a las desdichadas víctimas han de gastar mucho más que si se hubieran ocupado de alimentar y criar ellos mismos a los niños. Además, añade malignamente, en la mayoría de oportunidades estos gastos resultarán inútiles, porque a los niños siempre han de quedarles huellas de la primera etapa de su vida. ¡Cuántos beneficios en cambio para los padres que cumplan con su deber!

Por último, si las ventajas prometidas no alcanzaran para convencer a las mujeres, queda el arma de las amenazas, fisiológicas y morales.

LAS AMENAZAS

Si la madre se niega a alimentar a su hijo, la naturaleza se vengará y la castigará en su carne ⁹⁰. Este castigo implica todas las enfermedades que afectan a las mujeres que agotan artificialmente su leche. Hay médicos que no dudan en afirmar que incluso corren el riesgo de morir.

Raulin insistió de dos maneras en el peligro de la retención de la leche. En primer lugar propuso una explicación pseudocientífica que utiliza la mecánica de los fluidos ⁹¹, que estaba de moda en el siglo XVIII: cuando hay retención de la leche materna, ésta encuentra bloqueada su salida natural, y «se arroja indistintamente en las partes que le oponen más o menos obstáculos, ocasionando en ellas males diversos». Jacques Donzelot traza un interesante paralelo

89. Buchan, *op. cit.*, pp. 7-8.

90. P. Dionis, *Traité général de l'accouchement* (1718), véase capítulo VI, libro VI, «Toutes les femmes devraient nourrir leurs enfants». Le Chevalier de Brucourt, *Essai sur l'éducation de la noblesse* (1747). Los dos hombres subrayan el vínculo entre la desobediencia a la voluntad del creador que impuso la ley natural y la enfermedad.

91. Raulin, *Le traité des affections vaporeuses du sexe* (1758).

entre esta explicación y el peligro que conlleva el onanismo⁹². En efecto, el doctor Tissot ⁹³ ponía en guardia contra el derroche de esperma (ese «aceite esencial cuya pérdida debilita y altera los demás humores») provocada por el onanismo, y que era fuente de toda suerte de enfermedades. En un caso y otro se «malogra» un producto precioso. Sea la leche o el esperma lo que se malogra, las consecuencias pueden ser mortales. No podemos dejar de sonreír ante esta aplicación de la moral burguesa a los líquidos preciosos: ¡todo derroche merece un castigo!

Raulin no se conformó con la explicación científica. Trató de aterrorizar a las lectoras contando «el ejemplo funesto» de una dama que acababa de parir y que quiso por todos los medios cortar su leche: «se puso a toser... se estableció una fiebre lenta, escupía pus... se verificó el estado de tisis de la enferma ⁹⁴». El médico del rey atribuía esta tisis a la rigidez de sus nervios y al acortamiento de las fibras. ¿Qué creéis que le pasó a esta desventurada? Sencillamente, murió. Desde el punto de vista médico el ejemplo es muy poco convincente, dado que es muy probable que esta dama estuviera tísica antes de parir, y que la retención de la leche nada tenga que ver con su muerte. Desde el punto de vista epistemológico, un ejemplo no puede funcionar como ley. Que la dama haya muerto, no autoriza a Raulin a dar a entender torpemente que «quien no amamanta muere ⁹⁵». Pero desde el punto de vista psicológico el efecto es incontestable. Basta para perturbar el espíritu de las lectoras...

Si las metástasis de la leche podían ser mortales a comienzos del siglo XIX, es sorprendente que a fines del siglo se siga esgrimiendo todavía ese espantajo. Sin embargo uno de los fragmentos de bravura de Brochard promete toda clase de enfermedades a las mujeres que no amamanten: «hemorragias nasales, hemoptisis, diarreas más o menos rebeldes, sudores ⁹⁶...». Sin contar con «las afecciones agudas y crónicas de las glándulas mamarias, las fiebres de las

92. J. Donzelot, *La police des familles*, p. 19. Editions de Minuit, 1977.

93. Dr. Tissot, *De l'onanisme*, 1760.

94. Dr. Raulin, *op. cit.*, pp. 188-189.

95. Véase también Verdier-Heurtin, *op. cit.*, p. 30: «En la mujer que no da el pecho, la leche puede llegar a algún órgano ajeno a este humor y provocar afecciones mortales».

96. Brochard, *op. cit.*, p. 33.

metroperitonitis, las afecciones del útero ⁹⁷». Peor aún, Brochard amenaza a esas «pseudo-madres... con el cáncer de mama e incluso con la muerte repentina ⁹⁸». Algunas habrían expirado, como fulminadas por un rayo, antes de que hubiera tiempo para socorrerlas...

Este panorama trágico de los riesgos que afrontan las malas madres mostraba que la naturaleza sabía vengarse cruelmente de quienes la desobedecían. Pero la naturaleza no era la única que hacía pagar. Todos presentan el abandono del amamantamiento maternal no sólo como un error de régimen sino también y sobre todo como un pecado contra Dios, una acción inmoral.

Hemos visto que los teólogos como Vives fustigaban en el siglo xvi a las madres que se negaban a dar el pecho. También es cierto que las ponía en guardia contra el «amamantamiento voluptuoso». Pero la condena se encuentra en los discursos de muchos eclesiásticos. En 1688, en una de sus homilías, Bocquillot advirtió a las madres «que no pueden liberarse sin pecar de ese deber natural, salvo que medie una razón importante... El hecho de que hoy haya una multitud de madres que cometen ese pecado no impide que sea pecado, y que sean responsables de todas las consecuencias ⁹⁹».

En el siglo xviii la condena teológica cede su puesto a la condena moral. La negativa a dar el pecho es considerada como una injusticia cometida contra el niño. Algunos médicos, como P. Hecquet o Dionis evocan los «derechos» que tienen los niños sobre la leche de la madre ¹⁰⁰. Por consiguiente, la que se niega a amamantar da pruebas de depravación y merece una condena sin apelación.

Esta era la opinión de Buchan ¹⁰¹ y de Rousseau ¹⁰². En cuanto

97. *Ibidem*, p. 36.

98. *Ibidem*, pp. 50 y 55.

99. Bocquillot, *Homélie*, «Des devoirs des pères et des mères envers leurs enfants» (citado por R. Mercier, p. 108).

100. «La leche, dice Vandermonde, es un bien del cual las madres son sólo depositarias... los niños tienen el derecho permanente de reivindicarla». Véase *Essai sur la manière de perfectionner l'espèce humaine* (1756).

101. *Op. cit.*, p. 9: «Una mujer que abandona el fruto de sus amores en cuanto nace al cuidado de una mercenaria merece perder para siempre el nombre de madre».

102. *Emilio*, I: «Esas dulces madres que liberadas de sus hijos se entregaban alegremente a las diversiones de la ciudad» son culpables de pereza, de egoísmo y de insensibilidad. Serán castigadas en su carne, porque «los niños a quienes aban-

a Verdier-Heurtin, resumiendo perfectamente la nueva ideología, dirige una enérgica advertencia a sus lectoras: «Mujeres, no esperéis de mí que estimule vuestras conductas criminales... No condeno vuestros placeres cuando sois libres... pero una vez que sois esposas y madres, abandonad vanos atavíos, huid de los placeres engañosos: *si no lo hacéis sois culpables*¹⁰³».

Todos estos argumentos tuvieron como resultado colocar a la mujer ante sus responsabilidades, que al decir de Rousseau y sus adeptos son enormes. Tal como lo recuerdan los médicos, ella es enteramente responsable de la supervivencia y de la futura salud de su hijo. Ahora todo depende de ella. ¿No se la responsabiliza incluso de la irresponsabilidad de los padres? Si éstos ya no asumen su función paternal, la culpa la tiene la madre que es mala. «Si las mujeres se convirtieran en madres, los hombres no tardarían en convertirse en padres y maridos¹⁰⁴». Contrariamente al siglo XIX, que acepta que el padre, autoridad muda, descargue sobre la madre el fardo de la educación, los reformadores¹⁰⁵ del siglo XVIII le asignan el importante papel de preceptor. Que las madres den el pecho, y los padres harán su obra con toda naturalidad. La familia se mantendrá unida y la sociedad será virtuosa. Cosa que los lugartenientes de policía y los economistas traducían en términos más políticos: «El Estado será rico y poderoso¹⁰⁶».

donaron en cuanto nacieron no les tendrán respeto ni les manifestarán ternura. Los maridos serán inconstantes y toda la familia estará compuesta por extraños que huirán».

103. Verdier-Heurtin, *op. cit.*, p. 27 (el subrayado es nuestro).

104. *Emilio*, libro I.

105. *Enciclopedia*, artículo *Amour*: «Estudiarán sus gustos, su humor y sus inclinaciones para aprovechar sus talentos: ellos mismos cultivarían a la joven planta y considerarían como indiferencia criminal abandonarlo a un preceptor ignorante y tal vez vicioso». *Emilio*, I: «así como la verdadera nodriza es la madre el verdadero preceptor es el padre».

106. Prost de Royer, *op. cit.*, p. 11.

Capítulo 5

La nueva madre

Las mujeres reaccionaron de diferentes maneras y sobre todo con una gran lentitud ante estos discursos insistentes y reiterativos. Sería erróneo creer que los escritos de Rousseau, de los moralistas y de los médicos hayan cambiado de inmediato los hábitos y costumbres. La mayoría de las mujeres se tomaron su tiempo antes de pasar «el test del sacrificio».

Una vez más, fue el interés de las mujeres lo que dictó la conducta de la madre. Aunque el discurso que celebraba el reino de la «buena madre» influyó realmente en la opción de las mujeres, hubo otros dos factores que tuvieron la misma influencia. Ante todo sus posibilidades económicas, pero también la esperanza o no, según su condición social, de desempeñar una función más gratificante en el seno del universo familiar o de la sociedad. La mujer de fines del siglo XVIII y sobre todo la del siglo XIX aceptó con mayor o menor rapidez, según fuera rica, acomodada o pobre, la función de buena madre.

En 1762 Rousseau y otros habían abierto una pequeña brecha, pero todavía quedaban por ocupar muchas plazas fuertes en el corazón de las mujeres; casi cien años hicieron falta para borrar el grueso del egoísmo y la indiferencia maternal. Todavía en el siglo XX se siguió censurando implacablemente la negligencia de la mala madre.

Las pruebas de amor

A partir del siglo XVIII vemos perfilarse una nueva imagen de la madre, cuyos rasgos no dejarán de acentuarse en el curso de los dos siglos siguientes. Ha comenzado la época de las pruebas. El bebé y el niño se convierten en objetos privilegiados de la atención maternal. La mujer acepta sacrificarse para que su hijo viva, y para que viva mejor, a su lado.

DAR EL PECHO

Por cierto que el primer indicio de un cambio de comportamiento en la madre es la voluntad nueva de dar el pecho a su hijo, y de alimentarlo sólo a él, con exclusión de cualquier otro. En su mayoría¹, las campesinas siempre criaron a sus hijos, pero también es verdad que muchas de ellas aceptaron compartir, aun de modo no equitativo, su leche con un niño ajeno para percibir una paga. Pensamos junto con E. Shorter que hay que considerar «modernas a las madres que sólo dan el pecho a su propio hijo, negándose a encargarse de otros, sea porque su presencia pondría en peligro la salud de su bebé privándolo de parte de la leche materna, sea porque constituiría una intrusión indeseable en el seno de la vida privada de la unidad doméstica²».

De modo que la conducta maternal de las campesinas sólo se considerará renovada cuando éstas se nieguen a encargarse de los lactantes de las ciudades, o a abandonar a sus propios hijos para alimentar a domicilio a los hijos de las familias acomodadas. También han de considerarse «modernas» las mujeres de las otras clases sociales que habían adquirido la costumbre de desprenderse de sus hijos, y que gradualmente exigirán criarlos en sus casas. Estas mujeres de las ciudades tienen dos alternativas. Dar ellas mismas el pecho a sus hijos, o en los casos en que disponen de recursos, hacer venir a sus casas a una mujer del campo. En un caso y otro, la madre urbana hacía un esfuerzo nuevo, mayor o menor según la

1. Jean Ganiage, en su estudio sobre los niños de meses en Beauvaisis, mostró que había excepciones a esta regla, y que gran cantidad de familias campesinas de esa zona entregaban sus hijos a una nodriza.

2. E. Shorter, *op. cit.*, p. 226.

solución elegida, al aceptar la atención del bebé, que unas décadas antes hubiera sido considerada embarazosa.

A falta de estadísticas precisas sobre la cantidad de mujeres que dan el pecho a fines del siglo XVIII e incluso durante el XIX, hemos de conformarnos con cifras parciales y con testimonios de médicos o administradores municipales. Aunque estos últimos suelen exagerar, y carecen de objetividad, su unanimidad muestra al menos la tendencia que sigue la conducta materna.

Sabemos, por ejemplo, que a partir de 1800 la cantidad de niños que colocaba la Dirección municipal de nodrizas disminuyó sustancialmente³. Aquí y allí comprobamos que las madres muchas veces son capaces de sacrificar su comodidad en caso de peligro para sus hijos⁴. Así es como las mujeres de los medios acomodados de La Rochelle, impresionadas por la oleada de muertes que afectaba a sus hijos confiados a campesinas, en 1766 decidieron darles el pecho ellas mismas. Además, escandalizaron haciéndolo en público. Fue también el caso de las mujeres de Saint-Malo, que en 1780 se pusieron a amamantar a sus hijos porque una epidemia de sífilis hacía estragos entre las nodrizas. La supervivencia de los niños aparecía como un imperativo moral, y como la expresión de un nuevo afecto materno.

Poco a poco se afianzaba la idea de que los cuidados y la ternura de la madre eran factores insustituibles para la supervivencia y el bienestar del bebé. En 1786 en París, que había lanzado la moda de la crianza mercenaria, el doctor Menuret de Chambaud comprueba que en las clases acomodadas se abre paso una nueva tendencia a la crianza materna: «Hace varios años en las capas elevadas hay una cantidad creciente de madres que comprueban por sí mismas que las penurias de la condición de nodriza resultan compensadas por muchos encantos y ventajas⁵». El doctor Rose constata lo mismo a propósito de las mujeres de la pequeña ciudad de Nemours, en la

3. E. Shorter, *op. cit.*, p. 226, informa que ese organismo bajo el reino de Napoleón colocaba de 5000 a 6000 niños parisinos con nodrizas, y solamente 1000 a partir de 1830. Pero esta disminución se vio compensada por el aumento de agencias de colocación privadas, que a mediados del siglo XIX colocaban aproximadamente 12.000 niños, si nos atenemos a las cifras que presenta Brochard en *De la mortalité des nourrissons en France*, p. 94.

4. E. Shorter, *op. cit.*, p. 227.

5. Citado por Shorter, *op. cit.*, p. 228.

zona parisina. Y hacia 1796, J. J. Marquis hace notar que las mujeres de la Meurthe habían hecho un considerable esfuerzo por cumplir con dignidad su función de madres. Sin embargo tal vez no haya que tomarlo al pie de la letra cuando afirma que «actualmente es tan raro conocer a una madre que no dé el pecho a su hijo, como extraordinario era hace veinte años encontrar a una madre que se ocupara de eso: los censos de fines del año iv atestiguan que el 59/60 % de los niños de pecho eran criados por sus madres ⁶». Más matizada, por ser más vaga, es la opinión de Joseph de Verneilh, que en 1807 escribe simplemente que el amamantamiento materno ha hecho «grandes progresos» ⁷ en la zona del Mont Blanc.

EL ABANDONO DE LA FAJA Y LA HIGIENE

Cualquiera sea el grado de imprecisión de estos testimonios, todos insisten sobre los progresos del amamantamiento materno y sobre la mayor atención que presta la madre a su hijo. Acepta cada vez más restringir su libertad para otorgar más libertad a su hijo. Así es como gradualmente abandona la tradicional costumbre de la faja, que al aprisionar al bebé le permitía a ella dedicarse con más comodidad a sus tareas. Los mismos que habían ordenado a las mujeres que dieran el pecho a sus hijos, les habían recomendado que les aflojaran la ropa y les dejaran el cuerpo en libertad. Las lectoras de Rousseau, Desessartz, Ballexserd, Gilibert, se decidieron a liberar a sus bebés de la «tiranía de la faja» ⁸.

En París y en las provincias la liberación de los niños de pecho comenzó a fines del siglo xviii. A comienzos del xix, la faja estaba «casi completamente proscrita en Estrasburgo» ⁹, y observamos que en las zonas rurales las clases altas renunciaban poco a poco a ella. En cambio, los informes que tenemos sobre las clases campesinas y menos favorecidas muestran que conservaron durante más tiempo esta costumbre, y que hasta mediados del siglo xix la ten-

6. *Mémoire statistique du département de la Meurthe* (1805), mencionada por Shorter, p. 228.

7. Citado por Shorter, p. 229.

8. Desde 1772 el médico Levret habla de «la nueva manera de envolver a los recién nacidos, sin oprimirles el pecho y el vientre con bandas».

9. Grafenauer, citado por Shorter, p. 247.

dencia liberadora de las ciudades les era completamente desconocida.

La reticencia de los más pobres a liberar a sus niños de la faja es comprensible. Las mujeres que trabajan en los campos, en las ciudades, al lado de sus maridos, o aquellas a quienes nadie ayudaba en sus tareas domésticas, no podían vigilar constantemente a sus hijos. Ignoraban las consecuencias ortopédicas de la faja; no leían a Rousseau ni a nadie, y se atenían a la práctica tradicional que les permitía realizar las tareas cotidianas y dejar solo al niño sin un excesivo temor a los accidentes.

El niño libre de la faja no tiene con su madre las mismas relaciones que puede tener el niño atado. Libre de su caparazón, puede jugar con ella, agarrarla, tocarla y conocerla. La madre a su vez puede acariciarlo y besarlo más fácilmente, mientras que el niño fajado, como hace notar Shorter, es incapaz de reaccionar a las caricias de la madre. Una vez que se ha hecho desaparecer esa armadura, resultan finalmente viables la ternura y las relaciones carnales entre la madre y el hijo.

Un testigo que compara la educación que había recibido con la que registraba en la nueva generación, describe muy bien este cambio de actitudes. Antes, observa, los niños de las clases medias (la suya) no podían esperar «la más mínima caricia de su padre o su madre: la educación de los niños estaba fundada en el principio del miedo¹⁰». Cincuenta años más tarde, madres y bebés intercambian besos y sonrisas. «Entretenidos y acariciados de continuo, libres en sus lienzos limpios y adecuados, sus graciosas formas corporales se desarrollan con rapidez y basta con que los niños estén sanos y de buen humor para que inspiren interés a todos los que se les acerquen¹¹».

Las caricias de la madre, la libertad física y los lienzos limpios dan testimonio de un nuevo amor por el bebé. Para hacer todo eso la madre tiene que consagrar la vida a su hijo. La mujer se desvanece en pro de la madre, que a partir de entonces no dejará de extender sus responsabilidades. A fines del siglo XVIII son ante todo la higiene y la salud del bebé las que concentren la atención de la madre.

10. J.J. Juge, *Changements survenus dans le moeurs des habitants de Limoges depuis une cinquantaine d'années*, 2.^a ed., 1817, p. 34.

11. *Ibidem*.

Sus deberes comienzan cuando está encinta. La nueva madre se ocupará de seguir un nuevo régimen alimentario. A las carnes gruesas, las salsas picantes, el alcohol y la comida pesada de antaño, ha de preferir la alimentación más liviana, basada en legumbres, frutas y lácteos, que aconsejó Rousseau ¹². Después de parir seguirá observando ese régimen dietético, porque ahora conoce la relación esencial entre su alimentación y la calidad de su leche, esto es, la salud del bebé. Consciente de su influencia sobre el bienestar del niño, toma nota de los consejos culinarios formulados por Rousseau: «Reformad las normas de vuestra cocina, suprimid las salsas y los fritos; la manteca, la sal y los lácteos no deben pasar por el fuego. No condimentéis las legumbres, cocidas en agua, servidlas calientes; lo magro no irrita a la persona que está criando, y en cambio le proporciona leche abundante y de la mejor calidad. Si está reconocido que el régimen vegetal es el mejor para el niño, el régimen animal no puede ser el mejor para su nodriza. Sería contradictorio ¹³».

La nueva madre destetará a su hijo cuando le aparezcan los primeros dientes, y preferirá darle sopa de pan y crema de arroz, aconsejadas por Jean-Jacques, antes que la papilla tradicional. Para apaciguar los dolores de encías abandonará el sonajero duro y sucio y lo reemplazará con palos de regaliz, frutos secos y cortezas.

La madre moderna es sensible también a la higiene física: la limpieza y el ejercicio. Rousseau, que es el gran promotor del baño cotidiano para el niño pequeño, recomienda «disminuir gradualmente la tibieza del agua hasta lavarlo verano e invierno, desde niño, con agua fría y hasta helada... Una vez establecida esta costumbre... es importante conservarla durante toda la vida» ¹⁴. Porque esta costumbre es simultáneamente condición de la limpieza y de la salud del bebé, y condición de la fuerza del adulto. Otros menos espartanos, como el doctor J. Caillau, recomiendan a las madres el baño tibio ¹⁵. En conjunto, la profusa literatura sobre higiene ¹⁶ acuerda en la necesidad del baño cotidiano y el ejercicio

12. *Emilio*.

13. *Emilio*.

14. *Emilio*.

15. J. Caillau, *Avis aux mères de famille*, 1769, pp. 12-14.

16. Suele titularse «Consejos a las madres» o «Libro de las madres».

físico.¹⁷ «Nada de capucha, nada de bandas, nada de faja», ordena Rousseau, que exige cubrir al niño con lienzos flotantes y amplios que le dejen en libertad los miembros y no le estorben los movimientos. «Cuando empiece a cobrar fuerza, dejadlo que se arrastre por la habitación; dejadlo que se desarrolle, que extienda los miembros, veréis cómo se fortalece día a día. Comparadlo con un niño de la misma edad fajado y os sorprenderá la diferencia de sus progresos»¹⁸. Cuando empieza a andar, se aconseja no ponerle ya andaderas ni colocarlo en un tutor de ruedas, sino dejar que se desenvuelva solo, sin otra ayuda que la de su madre. Advirtamos que todos los aparatos que aprisionaban al niño y lo protegían de caídas eran otros tantos auxiliares útiles para la madre que podía aflojar su vigilancia. Eliminarlos, significa exigirle a la madre una gran atención. También en este caso la liberación del niño implica la alienación de la mujer-madre. El collar de que se libera al primero es tiempo, y por lo tanto vida, que se le quita a la segunda. Pero según dicen, la nueva madre rousseauniana se siente así más dichosa.

EL NIÑO INSUSTITUIBLE

Ha empezado el reino del Niño-Rey, porque se ha convertido en el más preciado de los bienes: es un ser que no tiene reemplazante. Ahora su muerte es experimentada como un drama que afecta no solamente a la madre sino también al padre.

En 1776, Jacob-Nicolas Moreau, célebre historiógrafo, no oculta su angustia ante los progresos de la enfermedad de su hija Minette. Ante la noticia de su muerte, Moreau escribe: «Me sentí como fulminado por un rayo. ¡Oh, hija querida! ¡Oh, ángel de Dios! Viste el dolor de tus infortunados padres... No sé cómo he podido sobrevivir, y me resulta imposible describir el estado en que nos encontramos. Durante los primeros días no dejé a mi mujer... Hasta el jueves 9 de mayo estuvimos llorando y no nos dejamos ver en ninguna parte»¹⁹. Es decir, durante ocho días.

17. *Le Journal d'Herold* nos informa del pequeño Luis XIII, recibió su primer baño cuando tenía casi 7 años.

18. *Emilio*.

19. J. N. Moreau, *Mes souvenirs*, tomo 2.

La salud del niño se ha convertido en el mayor motivo de preocupación para los padres. Estos se inquietan mucho ante los pequeños males de la primera infancia, que eran un motivo no desdeñable de mortalidad infantil. La salida de los dientes, por ejemplo, que va acompañada de fiebre, heces verdes, convulsiones y perturbaciones digestivas, diarreas estivales, parásitos, etc. El general de Martange, muchas veces ausente del hogar, manifiesta toda clase de inquietudes a propósito de esto en las cartas que envía a su mujer. En una de ellas, teme los efectos de la disentería de su hijita: «El estado de mi hija me llena de dolor, pasaré días de ansiedad mortal hasta que no tenga noticias más consoladoras: el único alivio que puedo encontrar... es hacerte llegar un remedio que el señor Wolff garantiza que es infalible para la disentería...». En otra carta está preocupado por los primeros dientes de sus hijos: «No estoy muy tranquilo respecto de lo que observas sobre la falta de apetito y los dolores del niño. Nunca te encareceré bastante, querida, que tanto para él como para Xavière tengas miel de Narbonne, y que no dejes de frotarles las encías cuando sienten dolores»²⁰.

Esta solicitud paterna respecto de enfermedades benignas, dice mucho acerca de la inquietud de los padres respecto de enfermedades más graves. Entre ellas la viruela, que todavía en la segunda mitad del siglo hace estragos, ya que muere un niño de cada diez. La vacuna que fue introducida en Francia en la década correspondiente a 1730 se convirtió en tema de discusiones múltiples²¹. Los espíritus esclarecidos dan el ejemplo: Tronchin, Turgot y el duque de Orléans hacen vacunar a sus hijos. Pero los padres se interrogan sobre esta nueva medicina preventiva... Las clases superiores, que se jactan de su espíritu moderno, suelen aceptar el margen de riesgo previsto por la vacunación. El general de Martange estimula a su mujer a que haga vacunar a los niños: «cuanto antes será mejor, dado que todo el mundo está conforme con la vacunación».

En 1796 Jenner introdujo la vacuna antivariólica que permitía inmunizar sin riesgo al niño pequeño. Esta vacuna terminó de ga-

20. *Correspondance inédite du général de Martange (1756-1782)*.

21. En sus comienzos, la vacunación ocasionó la muerte de varios voluntarios. «Sobre los primeros 1800 vacunados, hubo en Maddox 6 muertos», informa J. N. Biraben, *op. cit.*, p. 218.

narse la adhesión de los padres esclarecidos. Pero han de pasar todavía décadas y se ha de precisar una propaganda intensiva de los médicos, de las parteras y de las autoridades de las prefecturas para que los campesinos se decidan a introducir veneno en la sangre de sus hijos.

EL MÉDICO DE FAMILIA

La nueva madre que se siente responsable de la salud del niño no oculta su ansiedad y reclama en mayor medida los consejos y la ayuda al médico. La presencia de este nuevo personaje se hace sentir cada vez más en el seno de la familia en el curso del siglo XIX. Las obras de Gilibert, Raulin o Buchan ya no bastan para calmar la angustia materna. Las madres necesitan llamar a la autoridad y consultarla en su domicilio. Los médicos aprovecharon la oportunidad y tácitamente hicieron una «alianza privilegiada»²² con la madre. No tardaron en adquirir una importancia considerable en el seno de la familia, y convirtieron a la madre en su interlocutora, su auxiliar, su enfermera y su ejecutora. En el *Dictionnaire de la santé*, el higienista Farssagrifex escribe en 1876: «Las enfermeras a sueldo son a las verdaderas (esto es, las madres) lo que las nodrizas profesionales a las madres... Tengo la ambición de convertir a las mujeres en enfermeras cabales»²³...».

PRESENCIA Y DEDICACIÓN

La vigilancia materna se extiende de manera ilimitada. No hay día ni noche que la madre no vele tiernamente sobre su hijo. Esté enfermo o sano, ella tiene que mantenerse en vela. Si se duerme cuando el niño se siente mal, es culpable del peor de los crímenes de una madre: la negligencia.

Así que la nueva madre pasa mucho más tiempo con su hijo de lo que su propia madre pasó con ella. El factor «tiempo» es el que mejor señala la distancia entre estas dos generaciones de mujeres. Las madres de antes apenas «percibían» a sus hijos, y consagraban lo fundamental de su tiempo a sí mismas. Las nuevas viven conti-

22. Jacques Donzelot, *op. cit.*, p. 22.

23. Citado por J. Donzelot, p. 23.

nuamente el lado de sus hijos. Les dan el pecho, los vigilan, los bañan, los visten, los pasean y los cuidan. El niño ya no está relegado a distancia o en el otro piso. Juega en las faldas de su madre, come a su lado, tiene un lugar en el salón de sus padres, como lo testimonian muchos grabados ²⁴. Se anudan lazos que vuelven difíciles, sino imposibles, las separaciones de antaño. Los padres, y especialmente la madre, ya no tienen ganas de desterrar a sus hijos en los conventos o en los colegios.

Por otra parte, el internado está cada vez más desprestigiado ante las autoridades morales, filosóficas y médicas. Los padres que se libran de sus hijos son objeto de crítica. Bernardin de Saint Pierre, entre otros, no anda con rodeos: «si los entregan a nodrizas desde que vienen al mundo es porque no los aman; si los envían a los internados y colegios desde que crecen, es porque no los aman ²⁵».

No querer a los hijos se ha convertido en un crimen sin expiación posible. La buena madre es tierna o no es madre. Ya no soporta el rigor y la inflexibilidad que en otro tiempo regía el trato dado a los niños. Teme la severidad de los colegios y de los conventos, y también las malas condiciones de higiene y la promiscuidad de los dormitorios. Como observa con exactitud P. Ariès ²⁶, el internado ha perdido el valor de formación moral y humana que se les reconocía antes.

Las consecuencias de este cambio de mentalidad se harán sentir desde mediados del siglo XIX. Por entonces la cantidad de alumnos internos comienza a declinar en relación con el máximo alcanzado en el siglo XVIII. Los padres de la nueva generación prefieren el sistema externo, como lo testimonian las estadísticas del liceo Luis el Grande de París ²⁷. Se han vuelto desconfiados, ya no quieren abandonar por entero la educación de sus hijos a los extraños, es decir, a los educadores de los colegios, ni a los criados, cuyos

24. Véanse sobre todo los numerosos grabados de Marguerite Gérard.

25. Bernardin de Saint Pierre, 14e *Etude sur la Nature*, 1784.

26. P. Ariès, *op. cit.*, p. 315.

27. Véanse las estadísticas de Dupont-Ferrier, citadas por Ariès, pp. 314-315: si en 1837-1838 hay solamente un 10,5 % de alumnos externos, en 1861-1862 hay un 14 %, en 1888-1889 un 35 %, y en 1908 un 69 %, esto es, los dos tercios del total de alumnos. Se ve, observa Ariès, que «la familia moderna ya no acepta separarse de sus hijos, ni siquiera para asegurar su educación».

«modales depravados» son objeto de temor. Por consiguiente la madre ha de encargarse de esta nueva tarea. Este trabajo de tiempo completo la acapara totalmente. Cuidar a sus hijos, vigilarlos y educarlos requiere su presencia efectiva en el hogar. Entregada a sus nuevas obligaciones, la mujer ya no tiene ni tiempo ni ganas de frecuentar los salones y de hacer vida mundana. Su única ambición son sus hijos, y ella sueña para ellos un futuro más brillante y más seguro que el suyo. La nueva madre es esa mujer que conocemos tan bien, que invierte todos sus deseos de poder en la persona de sus hijos. Preocupada por su futuro, limitará voluntariamente su fecundidad. Es preferible tener pocos hijos, piensa, bien instalados en la vida, y no una prole numerosa de destino incierto. Además ya no establece distinciones entre el menor y el mayor ²⁸, entre la niña y el varón. Su cariño ya no es selectivo, quiere a todos por igual. Ha de darle a cada cual lo mejor de sí. Por ellos se olvidará de calcular su tiempo, y no escatimará ningún esfuerzo, porque siente que sus hijos son parte integrante de ella misma. Las prolongadas separaciones de antaño le parecen intolerables. Necesita su presencia a su alrededor, porque los quiere más ²⁹ y porque ellos son su principal razón de vivir. El sitio privilegiado de esas relaciones, el nuevo reino de la mujer, es la casa, cerrada a las influencias externas ³⁰.

De modo que a fines del siglo XVIII comienza una nueva manera de vivir, que se desarrollará en el curso del siglo XIX. Su eje es «el interior», que conserva el calor de los vínculos afectivos familiares. La familia moderna se organiza en torno de la madre, que adquiere una importancia que antes no había tenido nunca.

28. Ariès hace notar que a fines del siglo XVIII la desigualdad entre los hijos ya era percibida como una injusticia intolerable, y que después de la Restauración las familias no secundaron a los Ultras cuando éstos quisieron reimplantar el derecho de primogenitura.

29. Rousseau, *Deuxième Discours*, p. 456: «la costumbre fortalece los vínculos».

30. También el padre encuentra su lugar en el nuevo universo familiar, entre su mujer y sus hijos. El prefecto de Bouches-du-Rhône, Christophe de Villeneuve, lo comprueba en los años 1820 en Marsella: «Ya antes de la Revolución se vivía más fuera que dentro, y los hombres pasaban la mayor parte de su tiempo en el café, en el círculo y en los espectáculos. Hoy los sitios de reunión siguen siendo frecuentados, pero rara vez van allí los padres de familia». Citado por E. Shorter, *op. cit.*, p. 281.

¿Quién es la nueva madre?

La evolución de las costumbres fue más lenta de lo que se podría creer. Por razones diferentes, y hasta opuestas, muchas mujeres se negaron a conformarse al nuevo modelo. Curiosamente, la conducta de las más favorecidas coincidió con la actitud de las más desamparadas. La nueva madre pertenece fundamentalmente a las clases medias, a la burguesía acomodada, pero no a la que sueña con imitar a la aristocracia.

¿LA INTELLECTUAL?

Después de la aparición del *Emilio*, muchas de sus lectoras quisieron seguir los consejos de Rousseau. Entre ellas, mujeres de la alta sociedad como la señora d'Epínay, que no desperdicia oportunidad para señalar su adhesión a los nuevos valores. En una *Carta* a su hijo escribe: «desde que soy madre, cifré mi felicidad en mis cuidados para con mis usos ordinarios, y durante los primeros años de vuestra vida la falta de experiencia me impidió extenderlos más allá; al menos la reflexión desvelada y sostenida por la ternura materna los ilumina y acrecienta cada vez más³¹».

La señora d'Epínay fue por cierto una pionera. Cabría decir que se anticipaba a la moda. Pero no fue la única tocada por la gracia. Todas las mujeres que deseaban parecer «esclarecidas» querían ser la madre que soñó Rousseau. Entre Versalles y París, todo un grupo de mujeres decidieron criar a sus hijos «a la Jean-Jacques». Se jactan de dar el pecho a su bebé, de no cubrirlo y de habituarlo a los baños fríos. Lo testimonia J. L. Fourcroy de Guillerville, que en 1774 escribe: «Al invierno siguiente, uno de los más rigurosos que se hayan vivido desde 1709, continuamos lavando a mi hijo de la cabeza a los pies con un agua que nos helaba la punta de los dedos, sin que pestañeara. Lo paseábamos todos los días, aunque la tierra estuviera cubierta de nieve y no estuviera más abrigado que

31. Madame d'Epínay, *Pseudo-mémoires*, Historia de la señora de Montbrillant. La amiga de Grimm pasa la mayor parte de su tiempo con sus hijos. Les dedica, dice, todas las mañanas, durante las cuales les enseña a leer, a distinguir las notas y a tocar el clavicordio.

en verano, lo que hacía temblar a quienes lo miraban... Nuestro hijo no tuvo ni resfriados, ni catarrros, ni tos ferina; por el contrario, adquirió una agilidad y una esbeltez sorprendentes; su salud era inalterable, y era tan fuerte que a los diez meses corría solo³²».

Muchas lectoras de Jean-Jacques se propusieron dar el pecho a sus bebés. La señora Roland ha dejado abundantes comentarios sobre su experiencia, especialmente significativa. La naturaleza avara le había dado poca leche. Para hacerla surgir, la señora Roland recurrió a los métodos más novedosos y siguió los consejos de la señora de Rebours, que había leído.³³ Probó todos los instrumentos que allí se recomiendan: la bomba del doctor Stern, pipas de hierro blanco y cataplasmas de miga de pan. Siguió la dieta aconsejada, bebió vino de España, del Quinquina, y comió lentejas. Así fue como logró criar a su hijita, Eudora, hasta el momento en que se vio obligada a suspender como consecuencia de una grave disentería. Como se negaba a entregar a su hija a una nodriza, decidió alimentarla artificialmente, mezclando la leche de una mercenaria con agua de cebada. Sin embargo la señora Roland parece desolada por esta situación, y varias veces por día le da el pecho a la nodriza para que su hija le lleguen aunque sea unas gotas de leche materna³⁴.

La señora Roland, que era una mujer ocupada, tuvo que pasar mucho tiempo alimentando a su hija, porque la amamantaba al modo actual, es decir, cuando la niña lo exigía. De modo que el bebé pasaba días enteros en sus brazos, prendido a un seno y después al otro, como lo testimonia una carta que ella dirige a su marido: «esto está garabateado, tengo sólo una mano libre y veo de lado, la pequeña está en mis rodillas, donde pasa la mitad del día. Chupa el pecho durante dos horas, durmiendo a ratos... me veo obligada a ponerla alternativamente en los dos senos, porque llega a agotarlos o casi³⁵...». Nos equivocamos si creemos que la señora

32. *Les enfants élevés dans l'ordre de la nature*, París, 1774, p. 39.

33. *Avis aux mères qui veulent nourrir leur enfant*, 1767.

34. «Hago un chupete de tela, que se empapa constantemente echándole el líquido gota a gota desde arriba, y la niña lo succiona. La primera noche con este sistema fue triste: la pobre nena me reclamaba y sus gritos me desgarraron.»

35. Carta del 20 de noviembre de 1781, p. 57.

Roland se cansó de este régimen. Al contrario, tal como auguraban los buenos consejeros, su recompensa fueron la alegría y el placer. Un mes y medio después del nacimiento de su hija, escribe a su marido: «Ya casi no me duele al darle el pecho, y, lo que nunca hubiera creído, aumenta mi placer al hacerlo³⁶».

La señora Roland fue una de esas madres plenas que habían descrito Rousseau y sus sucesores: orgullosa y feliz al mismo tiempo. Quiso dar el pecho en público, y no vaciló en hacerse pintar así. Como si toda su gloria de mujer y la imagen que deseaba dejar de ella misma estuviera contenida ante todo en la actividad de nutrir³⁷.

Sin embargo, a fines del siglo xviii las rousseaunianas como la señora d'Épinay o la señora Roland no hacen legión. Conforman un pequeño núcleo de adeptas intelectuales que no representan al conjunto de las francesas. Ha de transcurrir mucho tiempo antes de que esta moda se transforme en una conducta «natural» que «descienda» a la calle y «suba» a las esferas superiores.

¿LA BURGUESA?

Curiosamente, las mujeres que se conformarían masivamente al modelo rousseauniano no eran las más sofisticadas, sino las mujeres de la burguesía acomodada que no tenían ambiciones mundanas, ni pretensiones intelectuales, ni necesidad de trabajar al lado de sus maridos. Las que un siglo antes habían abandonado a sus hijos por conformismo, pereza o falta de motivaciones más que por necesidad. Podían ser la mujer del juez local, como la del subdelegado o la del rico comerciante. Se encontraban más disponibles que otras, e inconscientemente buscaban un ideal y una razón para vivir; fueron las más susceptibles a los argumentos de las autoridades locales y médicas. Fueron las primeras en concebir al niño como su asunto personal, el ser a través del cual sus vidas de mujer cobraban sentido.

¿Quiénes son exactamente estas nuevas madres? A falta de informes precisos sobre sus ingresos y la profesión de sus maridos, debemos decidirnos a hacer un retrato un tanto vagaroso de ellas.

36. Carta del 20 de noviembre de 1781, p. 66.

37. ¡Y pensar que sus enemigos políticos la acusaron de ser una mala madre!

Pero gracias a la literatura, a Balzac, a los hermanos Goncourt, podemos intentar dibujar sus rasgos más pronunciados.

La madre «moderna» pertenece a la burguesía media, más ape- gada a las virtudes austeras que a los éxitos personales, más cómo- da con el Ser y el Haber que con el Parecer. Más provinciana que parisina, su casa es un universo cerrado donde reina con exclusivi- dad. En las *Mémoires de deux jeunes mariées*, la mundana Louise de Chaulieu, que vive en París una existencia brillante, escribe a la provinciana Renée de Maucombe: «Sales de un convento para en- trar en otro. Vas a ser ama de casa ³⁸...». Louise le suplica a Renée que viva de otra manera: «Vendrás a París, allí enloqueceremos a los hombres y llegaremos a ser reinas». Pero Renée seguirá su camino de burguesa de provincia y será la madre ejemplar de la que hemos de volver a hablar. Louise seguirá siendo una aristócrata, «la Parisina», con grandes éxitos mundanos. No tendrá hijos. El con- traste entre estas dos amigas, que Balzac pone deliberadamente de relieve, es la mejor ilustración posible de destinos femeninos opuestos: la madre y la seductora. Una sueña con ser una mujer de moda que reina en los salones, la otra no tiene otro reino que su hogar ni otra soberanía que la de su familia.

¿La nueva madre ³⁹ no es acaso la biznieta de las burguesas de Molière o de la señora Vollichon, heroína del *Roman bourgeois* ⁴⁰? Recordemos que Furetière oponía las costumbres burguesas a las de la aristocracia dominante, y describía el desprecio de la mujer de alta sociedad hacia la señora Vollichon, esposa de un procurador de Châtelet, que no tenía más preocupaciones y temas de conversa- ción que sus hijos. Le parecía tan ridícula cuan anticuada le parece Renée en el siglo XIX a Louise. A casi doscientos años de distancia, constatamos el mismo desprecio de la aristócrata por una actitud maternal que le parece desprovista de grandeza y descolocada.

La diferencia entre la señora Vollichon y Renée de Maucom- be ⁴¹ es que la primera está en retraso respecto de los valores dominantes del siglo XVII, mientras que la segunda encarna el ideal femenino que predominará en el siglo XIX. En términos más gene-

38. *Mémoires de deux jeunes mariées*, carta VII, p. 101 (Garnier-Flammarion).

39. Como *Renée Mauperin*, de E. Goncourt o la *Femme de Michelet*.

40. Furetière, 1666.

41. Futura Renée de l'Estorade.

rales, las mujeres de la burguesía media fueron las últimas en abandonar a sus hijos y también las primeras en volver a tomarlos en sus brazos.

¿LA ARISTÓCRATA?

En cambio, las mujeres de las clases dominantes, hermanas de Louise de Chaulieu, fueron las primeras en separarse de ellos y las últimas en cambiar sus costumbres. Si miramos los grabados de la señora Gérard y las pinturas de Vernet o de Moreau le Jeune, cabría pensar que a muchas mujeres de la más alta sociedad les gustaba hacerse pintar rodeadas de su marido e hijos, y con el menor en brazos. Esta actitud fue más el efecto de una moda pasajera que la expresión de un comportamiento verdaderamente asumido. Les gusta mostrarse bajo la apariencia de la buena madre, pero pasan en menor medida y menos rápidamente que las burguesas a la acción. Además al siglo siguiente la moda se ha transformado. Las aristócratas y las mujeres de la alta burguesía que aspiran a una posición social ya no concebirían la idea de hacerse pintar dando el pecho, en medio de una chiquillería desordenada.

Como sus antecesoras del siglo XVIII, las mujeres de la segunda mitad del siglo XIX insisten en mantener distancia respecto de las actitudes de la burguesa media. Por nada del mundo quisieran parecerse a las pequeño-burguesas de costumbres provincianas. Tanto en París como en las grandes ciudades de provincia, las mujeres que quieren mantenerse por encima de la vulgaridad rechazan resueltamente la función de madres de familia.

La obra de Balzac ofrece todo un muestrario de mujeres cuyas concepciones de la maternidad son diferentes, y muestra el abismo que existe entre la pequeño burguesa y la rica aristócrata. En *Une double famille*, Caroline de Bellefeuille vive una unión ilegítima con Roger, un burgués acomodado. Representa a la mujer dichosa, a pesar de su situación, que encuentra su mayor desarrollo personal en la maternidad. Balzac nos la describe así: «Ignoraba las costumbres de una sociedad que la hubiera rechazado, y adonde ella no hubiera entrado aunque la hubiera acogido, *porque la mujer feliz no va a los salones*; no había sabido adquirir la elegancia de maneras, ni aprender esa conversación cargada de palabras y vacía de pensamientos que rige en los salones; *pero en cambio conquistó*

laboriosamente los conocimientos indispensables para una madre cuya sola ambición consiste en educar bien a sus hijos ⁴²». Caroline de Bellefeuille da el pecho a sus hijos, no los deja un solo momento y se encarga de su educación moral. En conjunto, sus únicos placeres consistieron en «desempeñar a la vez las funciones penosas de una criada y las dulces obligaciones de una madre ⁴³». Para concluir el retrato de esta criatura dulce y perfecta Balzac añade: «durante esos seis años, sus modestos placeres no fatigaron nunca con una ambición desmedida el corazón de Roger ⁴⁴». Y Balzac no puede resistirse a describir la escena principal de la intimidad burguesa: por la noche Roger juega con su hijo mayor junto al hogar, en la dulce intimidad del salón, y contempla emocionado al bebé «suspendido del seno de Caroline, blanca y fresca... cuyos cabellos caían en montones de rizos ⁴⁵».

Este cuadro que hubiera encantado a Rousseau no era del gusto de todas las mujeres, como por ejemplo la señora Evangelista, otra heroína de Balzac ⁴⁶, que mantiene el primer rango en la ciudad de Burdeos. En vísperas del matrimonio de su hija Nathalie con un aristócrata, le recomienda que no imite a las pequeño burguesas del tipo de Caroline. Escuchemos sus consejos, que muestran tan bien la supervivencia del antiguo espíritu: «La causa de la pérdida de las mujeres casadas que se empeñan en conservar el corazón de sus maridos... reside en la cohesión constante que antaño no existía y que ha sobrevenido *en este país con la manía de la familia*. A partir de la revolución que se produjo en Francia, *las costumbres burguesas invadieron las casas aristocráticas. Debemos esta desdicha a uno de sus escritores, Rousseau...* A partir de entonces, está bien visto que las mujeres amamanten a sus bebés, eduquen a sus hijas y se queden en casa. La vida se ha complicado hasta tal punto que la felicidad se ha vuelto casi imposible... El contacto constante no es menos peligroso entre padres e hijos que entre los esposos. Hay pocas almas cuyo amor resista la omnipresencia... De modo que has de interponer las barreras del mundo entre Paul y tú. Ve al

42. *Une double famille*, col. Folio, p. 54 (el subrayado es nuestro).

43. *Ibidem*.

44. *Ibidem*, p. 55.

45. *Ibidem*, p. 57.

46. *Le contrat de mariage*.

baile, a la ópera, pásate por la mañana, cena por la noche en la ciudad, haz muchas visitas, otorga pocos momentos a Paul ⁴⁷».

Así que Nathalie no podrá asumir su papel de madre.

Su madre se lo desaconseja formalmente porque «una mujer nació para estar de moda, para ser una dueña de casa fascinante... Tu vocación es gustar... No estás hecha para convertirte en madre de familia ni en intendente. Si ⁴⁸ tienes hijos, espero que no lleguen de modo de estropear la cintura al día siguiente de tu matrimonio; no hay nada más burgués que estar embarazada un mes después de la ceremonia... Así que si a los dos o tres años de matrimonio tienes hijos, las gobernantas y los preceptores los educarán. Tú has de seguir siendo la gran dama que representa el lujo y el placer en la casa ⁴⁹».

Los consejos del aristócrata de Marsay a su amigo Paul, el futuro marido de Nathalie, se hacen eco de estas palabras. «Si eres un buen padre y un buen marido, te volverás ridículo para el resto de tus días. Si pudieras ser al mismo tiempo ridículo y dichoso, habría que considerar el asunto; pero no serás dichoso... Haz locuras en las provincias, pero no te cases. ¿Quién se casa hoy? Los comerciantes a causa de los intereses de su capital... los campesinos que produciendo hijos aspiran a convertirse en obreros, agentes de cambio o notarios obligados a pagar impuestos, reyes desdichados que continúan desdichadas dinastías ⁵⁰».

Resueltamente enemigo del matrimonio que es sólo una carga, de Marsay no reacciona solamente en tanto admirador de Don Juan. También le es hostil porque implica una nueva generación. Con la cruel lucidez de los hombres del siglo anterior, no espera nada bueno de los hijos. Al contrario, «¿acaso amarías a esa especie estúpida, que no te dará más que sinsabores? ¿Ignoras el oficio del padre y la madre? El matrimonio... es la más estúpida de las inmolaciones sociales; sólo nuestros hijos les sacan ventaja, y no conocen su precio sino en el momento en que sus caballos pacen las

47. Balzac, *Le contrat de mariage*, pp. 216-217 (Folio) (el subrayado es nuestro).

48. Advértase la formulación en términos hipotéticos, como si no se tratara de algo necesario sino de una posibilidad, un «accidente», nada más... Por otra parte, la señora Evangelista tuvo sólo una hija.

49. *Ibidem*, p. 218.

50. *Ibidem*, pp. 117-118 (el subrayado es nuestro).

flores que nacieron sobre nuestras tumbas. ¿Lloras acaso a tu padre que arruinó tu juventud? ¿Cómo harás para que tus hijos te quieran? Tus previsiones en cuanto a su educación, los cuidados que exige su felicidad, tu necesaria severidad los apartan de ti. Los hijos quieren a un padre pródigo y débil a quien después desprecian. Vivirás entre el miedo y el desprecio. ¡No quien se lo propone es buen padre de familia! Vuelve la vista a nuestros amigos... y dime a quiénes querrías como hijos... Los hijos, querido, son mercancías difíciles de cuidar ⁵¹». La dulce vida conyugal es un mito burgués. El secreto de la vida aristocrática es la distancia entre el marido y su esposa, el placer con las amantes, los niños en la «nursery».

Cuando el matrimonio de Paul y Nathalie se va a pique con la quiebra, Balzac pone en la boca del viejo notario sus propias reflexiones de burgués que son la conclusión y la moraleja de la historia: «si hubiérais tenido hijos, la madre hubiera evitado las distracciones de la mujer, ella se habría quedado en casa ⁵²...». Si hemos de creer a Balzac, que no se caracterizaba por su feminismo, la concepción rousseauiana del matrimonio es ante todo ventajosa para el marido, que controla a su mujer mejor que antes. Consagrada a sus hijos y a su casa, no la tientan distracciones nocivas.

Pero si tantas mujeres se apresuraron a abrazar la carrera maternal, ¿no será también porque encontraron en ella algunas ventajas, por no decir algo de interés personal?

El interés de la maternidad

No es un azar que las primeras mujeres que escucharon los discursos masculinos sobre la maternidad fueran burguesas. Ni pobre ni particularmente rica o brillante, la mujer de las clases medias vio en esta nueva función la oportunidad de una promoción y una emancipación que la aristócrata no buscaba.

Al aceptar encargarse de la educación de sus hijos, la burguesa mejoraba su condición personal, y en dos sentidos. Al poder de las llaves que le pertenecía hacía tiempo (poder sobre los bienes materiales de la familia), añadía el poder sobre los seres humanos que

51. *Ibidem*, pp. 118-119.

52. *Ibidem*, p. 235.

son sus hijos. Así que se convertía en el fundamento central de la familia. Responsable de la casa, de sus bienes y personas, la madre es consagrada como «soberana doméstica».

Las preguntas que la Academia de Berlín planteó a los concursantes en 1785, testimonian este cambio de mentalidad, que amplía el poder de la madre en detrimento de la autoridad paterna. En primer lugar: ¿Cuáles son los fundamentos y los límites de la autoridad paterna en su estado natural? En segundo lugar: ¿Hay alguna diferencia entre los derechos de la madre y los del padre? En tercer lugar: ¿Hasta qué punto las leyes pueden extender o limitar esta autoridad?

Entre las respuestas premiadas, figura la del francés Peuchet, autor de la *Enciclopedia metódica*, que tomó partido por una nueva evaluación de los poderes de la madre. En el artículo «*Enfant, police et municipalité*», Peuchet fundamenta así su posición: «La mujer a quien su condición de madre, nodriza, protectora, prescribe deberes que los hombres no conocen, tiene un derecho positivo a la obediencia. *La mejor manera de afirmar que la madre tiene un derecho más real a la sumisión de sus hijos que el padre es que lo necesita más*⁵³».

De modo que la condición de la madre resulta diferenciada de hecho ya que no de derecho, de la de su hijo. Ha dejado de ser, como era antes, «una hija» entre sus hijos para el marido, a quien hay que proteger y gobernar. La madre burguesa «lleva su casa» con la misma autoridad y el mismo orgullo con que la aristócrata «mantiene su posición». Gracias a la responsabilidad creciente de la madre, la esposa puede imponerse cada vez más al marido, y muchas veces, en tanto madre, tener la última palabra en detrimento del padre.

La maternidad se transforma en una función gratificante porque ahora está cargada de ideal. El modo como se habla de esta «noble función» con un vocabulario sacado de la religión (es corriente evocar la «vocación» o el «sacrificio» maternal) señala que a la función de madre se asocia un nuevo aspecto místico. La madre es comparada de buena gana con una santa, y la gente se habitúa a pensar que una buena madre es «una santa». La patrona natural de

53. J. Peuchet, *Encyclopédie méthodique* (classe 111-112), 1792, citado por J. Donzelot, *op. cit.*, p. 25 (el subrayado es nuestro).

esta nueva madre es la Virgen María, cuya vida testimonia la dedicación a su hijo. ¿Es acaso casual que el siglo XIX la honrara creando la fiesta de la Asunción?

El retraso de las clases desfavorecidas

Las mujeres más desfavorecidas fueron las últimas en escuchar la nueva moda. A fines del siglo XVIII, cuando la mujer acomodada comienza a conservar a sus hijos a su lado, la obrera o la esposa del pequeño artesano necesitan más que nunca enviar a los suyos al campo para poder aportar a la casa otro salario. Hasta la campesina entregará su hijo a una nodriza, para ayudar mejor al marido en el campo o para ser nodriza de los niños ciudadanos. Esta práctica se prolongará hasta comienzos del siglo XX, cuando la esterilización exima de riesgo el uso del biberón.

El solo hecho de observar sus viviendas nos permite comprender que la atención maternal es un lujo que las mujeres pobres no pueden darse. La mayoría de las veces su casa se limita a una habitación única donde se apiñan tres generaciones. En el campo, hospeda además a los animales de la granja. No cabe duda de que esta promiscuidad física es poco propicia a la intimidad y a la ternura. Esclavizada por toda clase de tareas, la madre no tiene tiempo de velar por sus hijos, y mucho menos de jugar con ellos. El niño sigue siendo una pesada carga, de la que muchas veces desea desembarazarse, entregándolo a una nodriza, y más tarde, cuando es más grande, enviándolo fuera.

Su situación se ve agravada por una fecundidad excesiva⁵⁴. Leon Frapié comprueba que las familias de siete hijos son moneda corriente. Como burgués filántropo, acusa a ese pueblo prolífico de fecundidad criminal. «Existe, dice, un crimen de lesa humanidad, que se llama crimen de tener demasiados hijos⁵⁵». Muchos, comprueba, no tienen comida para todos los días, y denuncia «la imprevisión» y el «vicio» propio de las clases pobres: «Tener cuatro hijos cuando se puede alojar, alimentar y cuidar sólo a dos no es ni amar a los niños ni servir a la sociedad».

54. Véase *Fécondité*, de Zola.

55. Léon Frapié, *La Maternelle* (encuesta sobre una escuela de Ménilmontant). 1908.

El moralista Frapié ayuda bien poco a comprender la excesiva fecundidad de las clases pobres. Son más convincentes las motivaciones económicas y psicológicas, que probablemente hayan sido las mismas de todos los que viven en la precariedad. Próximos a los actuales habitantes de los países del cuarto mundo, los más desamparados debían saber que sus hijos, muchos de los cuales morían en el camino, eran la única seguridad para el período improductivo de la vejez. Semejantes tal vez a las mujeres «subproletarias»⁵⁶ de nuestras sociedades industriales contemporáneas, las madres del siglo XIX hubieron de experimentar sentimientos ambiguos y hasta contradictorios respecto de su maternidad. M. C. Ribeaud ha mostrado la importancia que tiene la maternidad para estas mujeres, como fuente simultánea de preocupaciones y de su frágil equilibrio afectivo. Para quienes no tienen otra cosa que una vida conyugal difícil, a menudo cruel, la maternidad es el gran asunto de su vida. Rechazan toda forma de contracepción, porque el niño colma una carencia afectiva y social, y compensa temporariamente distintas frustraciones. Para aplazar el momento fatal de la soledad, estas madres dejan hacer a la naturaleza, y generan tantos hijos como les permita su cuerpo. Aunque se quejan abiertamente de ello, no hacen nada por intentar cambiar el rumbo de las cosas...

Tal vez sea excesivo aplicar sin modificaciones el análisis psicológico de las mujeres del siglo XX para explicar la conducta de sus antecesoras del siglo XIX, pero nos ayuda a comprender actitudes que hemos juzgado siempre desde fuera. La inseguridad material y la ausencia de información no lo explican todo.

Cualesquiera sean las razones del exceso de fecundidad de las clases pobres hasta el siglo XX, es un hecho generalizado y da lugar a tres clases de consecuencias: la entrega a una nodriza, el abandono, y la inalterada tasa de mortalidad de los hijos de las familias indigentes.

A mediados del siglo XIX, los doctores Brochard y Monot se indignan todavía ante las abominables condiciones de vida de los niños confiados a nodrizas. Pero uno y otro reconocen que «las pobres mujeres obligadas a trabajar no tienen otra alternativa»⁵⁷.

56. Véase el hermoso estudio de Marie Catherine Ribeaud, *La maternité en milieu sous-prolétaire*, 1979, París, Stock-Femme.

57. Dr. Monot, *De l'industrie des nourrices et de la mortalité des petits enfants*, 1867, p. 75.

Estos filántropos de buena voluntad trataron sinceramente de mejorar la suerte de los niños confiados a nodrizas, pero no dedicaron una palabra a las condiciones de vida de la madre.

La entrega de los niños de las ciudades a una nodriza sigue siendo una práctica muy difundida en el seno de las clases populares. Brochard, que estudió el fenómeno en el distrito de Nogent-le-Rotrou, a mediados del siglo XIX constataba un aumento de la cantidad de lactantes entregados a nodrizas a través de las agencias de colocación particulares⁵⁸. En 1907 se envían al campo aproximadamente 80.000 niños, esto es, el 30 o 40 % de los recién nacidos de las grandes ciudades⁵⁹.

El abandono de niños, que había aumentado mucho en la segunda mitad del siglo XVIII, se acentuó durante la primera mitad del XIX. Armangaud sugiere que la generalización en 1811 del sistema del «torno» en los hospicios (sistema que permitía a la madre dejar al niño sin revelar su identidad), añadida a los efectos de la industrialización y del crecimiento urbanos, habría contribuido a provocar este aumento⁶⁰.

Además, la mortalidad de los niños pobres entregados a nodrizas y *a fortiori* de los niños abandonados, sigue siendo muy alta en el siglo XIX. En los años 1850, la mortalidad global de los niños de menos de un año sigue siendo superior al 16 %⁶¹. Francisque Sar-

58. Fundándose en las estadísticas de la prefectura de policía, Brochard comprueba que en 1851 fueron exportados 6426 bebés, y en 1860, 11.370. Si a esta última cifra añadimos los 3000 o 4000 niños colocados por la Dirección y los 5000 colocados directamente por sus padres en el campo, sólo para esta región se calculaba que 20.000 niños eran enviados al campo por año.

59. Cifras registradas en *Entrer dans la vie*, p. 227.

60. Armangaud. «L'attitude de la société à l'égard de l'enfant au XIX^e siècle», *Annales de démographie historique*, 1973, p. 308. «En el año IX se habían calculado 62.000 por año, 106.000 en 1821 y 131.000 en 1833.» Conforme se fueron suprimiendo los tornos en los hospicios (el último desapareció en 1860), se registró una disminución de los abandonos.

En 1859 se calcularon aproximadamente 76.500 abandonos, cifra que permaneció relativamente estable, ya que en 1875 todavía se registran alrededor de 93.000 niños abandonados.

61. Datos recogidos en Heushling de 1840 a 1849. Es preciso modular esta cifra según las zonas y el modo de crianza del niño. Además hasta la ley Roussel de 1874, hay que tener en cuenta la negligencia de las municipalidades, que solían omitir el registro de la muerte de niños a cargo de nodrizas.

cey afirma que sobre 25.000 niños confiados a nodrizas mueren 20.000 ⁶², y Brochard es igualmente alarmante cuando dice que sobre 20.000 parisinos enviados a Nogent-le-Retrou, quedan sólo 5000, siendo la causa la falta de cuidados y de vigilancia. ⁶³ Todo lo cual demuestra que a mediados del siglo XIX no existe todavía un comportamiento maternal unitario. Subsisten grandes diferencias entre las actitudes de las madres, que reaccionan de maneras distintas de acuerdo con su pertenencia social. Los recursos económicos como también las ambiciones de las mujeres condicionan ampliamente su conducta de madres. Las mujeres viven de modo diferente la llegada del niño a la familia: es para unas estorbo y necesidad, para otras necesidad u opción.

Contrariamente a lo que haría pensar la iconografía del siglo XVIII, la cuna del bebé no siempre está rodeada por una familia conmovida, dispuesta a sacrificarlo todo por el bienestar del recién nacido.

RETICENCIAS Y RESISTENCIAS

Si hacemos un balance lúcido de todas estas actitudes a mediados del siglo XIX, nos vemos obligados a comprobar que una considerable proporción de mujeres no pasaron todavía con éxito el test del sacrificio.

A través de los escritos de Balzac, hemos visto que el reducido núcleo de aristócratas no había cambiado prácticamente su manera de vivir en relación a los siglos anteriores. Si hemos de creerle, serían las peores madres. Ciertamente que estas mundanas y todas las que aspiran a serlo son una muestra reducida de la población femenina. Dada su situación social y económica excepcional, son poco representativas de la mujer francesa media. Sin embargo constituyen casos interesantes, porque corroboran la hipótesis que enunciábamos antes a propósito de las mujeres de los siglos XVII y XVIII. Cuando

62. *L'Opinion nationale*, 5 de abril de 1862.

63. Brochard, *op. cit.*, p. 98. Evalúa en 300.000 el número de niños de meses parisinos muertos entre 1846 y 1866. Aunque las cifras globales son excesivas, las estadísticas de mortalidad infantil correspondientes a los años 1858-1859 (durante los cuales no hubo epidemia) en Nogent-le-Retrou son significativas, y demuestran que los niños del lugar criados por sus madres mueren en proporción mucho menor (22 %) que los niños de París (35 %).

una mujer tiene ambiciones (mundanas, intelectuales o profesionales, como hoy) y recursos para satisfacerlas, se ve infinitamente menos tentada que las demás a invertir su tiempo y su energía en la crianza de sus hijos. Las mundanas de Balzac, poco receptivas a las teorías burguesas de Rousseau, soñaban a su modo con reinar sobre sus semejantes. Muchas mujeres estuvieron dotadas, como ellas, de voluntad de poder. Su único problema consistía en saber cómo satisfacerla dada su situación particular. En el siglo XIX, cuando la ideología dominante desvaloriza por completo el trabajo femenino, incluso el intelectual, a la mujer de clase alta le queda sólo una alternativa: ser mundana y brillar a los ojos del mundo o ser madre de familia y reinar en el seno del hogar ⁶⁴. Se diría que la mayoría de las mujeres acomodadas eligió, como Renée, asumir las obligaciones familiares y otorgar a sus hijos la atención que su propia madre les había negado (Renée fue educada en un convento). Pero tampoco basta con pertenecer a la burguesía para ser una buena madre. Balzac lo sabe bien porque nació en ese medio ⁶⁵. Su madre gozaba de condiciones económicas y sociales óptimas para poder ser una madre dichosa y solícita. Infortunadamente para el pequeño Honoré, ella no lo quería. Estuvo a cargo de una nodriza hasta los cuatro años, y luego estuvo internado durante diez años. En los seis años que pasó en el colegio de los oratorianos en Vendôme su madre lo visitó solamente dos veces y le escribió muy pocas cartas. Lo cual significa que el amor no se decreta, y que la situación social y económica de los padres no basta para crear las condiciones de un amor maternal satisfactorio.

LAS NEGLIGENTES

La señora Balzac está lejos de ser una excepción. También en el seno de las clases acomodadas hay muchas madres que no están dispuestas de corazón a asumir la responsabilidad de sus hijos, ni tienen fuerzas ni ganas de darles el pecho. Muchas de ellas los envían al campo, a cargo de una nodriza, sin mostrarse muy cuidadosas en su elección. Los médicos Brochard y Monot no ocultan el

64. Las heroínas de *Mémoires de deux jeunes mariées* ilustran esta alternativa.

65. Su padre, importante funcionario, fue sucesivamente director del hospital de Tours y de los Viveres militares en París.

hecho de que una buena proporción de los niños entregados a nodrizas no vienen de hogares muy pobres o de madres físicamente imposibilitadas de darles el pecho. Brochard es muy severo con las mujeres de clases acomodadas que para encontrar una nodriza se dirigen a agencias de colocación particulares, que nadie vigila. Lo mismo que sus colegas del siglo anterior y en los mismos términos, anatematiza la actitud de las madres que «eligen una nodriza sin verla, sin ninguna garantía... como no elegirían a su mucama»⁶⁶.

Brochard recomienda a las mujeres que no pueden amamantar sin comprometer su salud, y que tengan medios para ello, que hagan venir una nodriza a su casa, pero que se ocupen personalmente de todos los demás cuidados que necesita el bebé⁶⁷. En su óptica, lo mismo que en la del doctor Monot, el sistema de crianza a domicilio debía ser una solución excepcional, a emplear sólo en casos desesperados. Sin embargo, fue una práctica que se desarrolló mucho en el siglo XIX en el seno de las clases más favorecidas. Capaces o no de amamantar, las mujeres que pueden hacen venir a sus casas a nodrizas de provincias, en quienes delegan casi todas sus funciones maternales. La nodriza, esa «segunda madre», es el personaje central de la familia burguesa, que pronto adquiere autoridad sobre la madre ignorante. Sabemos que no hay que contrariarla, so pena de que su leche se altere, y es preferible callarse antes que arriesgar la salud del niño. Brochard resume así la situación: «Muchas jóvenes de las grandes ciudades, para estar de moda, hacen venir a sus casas a una nodriza. No os hablaré, señoras, de los inconvenientes de todo tipo a los que se expone una mujer que se somete a la dictadura de una nodriza... Pero si al actuar así una joven cree satisfacer las exigencias del amor maternal, permitidme decir que está muy equivocada»⁶⁸.

LAS TRAMPOSAS

A los ojos de los moralistas y de los rousseauianos exigentes, «aparentan ser buenas madres». A los ojos de la sociedad, las

66. Brochard, *De la mortalité des enfants en France* (1866), p. 17.

67. Brochard, *De l'amour maternal* (1872), p. 6.

68. Brochard, *Ibidem*, pp. 7 y 8.

apariencias quedan a salvo, porque conservan a su hijo a su lado y vigilan a la nodriza. Pero en realidad el niño pasa lo esencial de su tiempo con la nodriza, que le da de comer, lo lava, lo cuida, lo pasea, etc. Por otra parte, hay muchos casos de niños más apegados a su nodriza que a su madre, un personaje lejano a quien sólo ven a la hora en que ella elige verlos. En cierta medida, estas mujeres fueron tramposas, que traicionaron a sus hijos y acomodaron a su conveniencia las normas de la nueva moral. Si había que ser buena madre, lo serían, dinero mediante, delegando en otra las responsabilidades de esa función.

Preciso es reconocer que esta moral que a la larga ya no se ofusca ante esas prácticas, era poco exigente. La convivencia de la madre y el niño terminó siendo el criterio de distinción entre madres buenas y malas. En última instancia, importa poco que se ocupen más o menos de sus hijos, puesto que de primera impresión lo que cuenta no es el tiempo que pasan con ellos ni la calidad de sus relaciones mutuas, sino la «vigilancia» que deben ejercer. Los bien pensantes no establecen una gran diferencia entre la verdadera madre, encarnada en Renée de l'Estorade, y la mundana a quien se dirige la baronesa Staffe⁶⁹, aconsejándole cómo conducirse con la nodriza.

Por último, a los ojos de Brochard o Monot, la madre que hace venir a su casa a una nodriza traiciona un sentimiento maternal más amplio al privar a un niño campesino de la leche de su madre. «¿Os habéis preguntado alguna vez lo que sería de su hijo, a quien le hacéis destetar para que alimente al vuestro?... En algunas regiones la mortalidad de los hijos de las nodrizas es del 64 %, en otras del 87 %⁷⁰». De modo que la supervivencia de los niños ciudadanos acomodados se asegura a costa de los niños pobres del campo. Comprendemos que el doctor Monot denuncie «la frivolidad de las damas parisinas que sacrifican los placeres de la maternidad a los placeres del mundo, a las veladas, los espectáculos... Por razones así, la tercera parte de los bebés es sacrificada sin protestar⁷¹».

69. La baronesa Staffe, *La Maitresse de maison*, pp. 186-188: «Hay que vigilar de cerca a la nodriza... la vigilancia debe extenderse a todo, incluso a la limpieza del cuerpo...»

70. Brochard, *op. cit.*, p. 8.

71. Monot, *op. cit.*, p. 70.

Como médico cantonal en una comuna de Morvan, puede constatar los progresos considerables de la industria de nodrizas mercenarias, su emigración masiva hacia París y la mortalidad de sus hijos. Muy alarmado, en 1867 presentó un significativo informe sobre este tema ante la Academia imperial de Medicina.

Explicaba que en cuarenta años la cantidad de mujeres de Borgoña ⁷² que querían colocarse como nodrizas en París había aumentado de manera pavorosa (casi de 1 a 1000), al punto de que esta industria se había convertido en el comercio más importante de Morvan. De acuerdo con sus estadísticas, más de dos mujeres sobre tres ⁷³ se marchaban a París no bien habían parido. Veinte años antes, la nodriza que quería instalarse en la capital esperaba que su hijo tuviera siete u ocho meses para destetarlo. Actualmente se va a París apenas se ha repuesto del parto, en busca de un puesto a través de la agencia de nodrizas. Su hijo recibe una alimentación de muy mala calidad, que da lugar a enfermedades graves: enterocolitis, escrófula, raquitismo. En un año muere más del 64 % de estos niños ⁷⁴. Los que sobreviven son muchas veces disminuidos, como lo demuestra el alto porcentaje de exenciones por invalidez del servicio militar en esa región.

Una práctica tan desastrosa para la zona tampoco era ventajosa para la nodriza «honesta». Si se quedaba en París solamente los catorce o quince meses necesarios, hasta el momento del destete del niño a quien criaba, Monot había calculado que después de los gastos que tenía que afrontar: viaje, agencia de colocación, colocación de su propio hijo, le quedaba una ganancia de poco más de 200 francos. Una ganancia insignificante confrontada con la vida de sus hijos.

¿Por qué, en esas condiciones, hubo tantas campesinas que decidieron abandonar su casa, su marido e hijos para trabajar en París? Alphonse Daudet, que hizo un retrato feroz de ellas, creía que el único motivo era la codicia: «Desea todo lo que la rodea en la ciudad, quisiera llevarse todo a su agujero... En el fondo ha venido sólo para eso, su idea fija son los productos... Los productos

72. Las mujeres de Borgoña tenían fama de ser muy buenas nodrizas, es decir, mujeres sanas y de leche abundante.

73. Monot, *op. cit.*, p. 31.

74. *Ibidem*, p. 48.

son los regalos y las pagas, lo que cobra, lo que recibe como dádiva, lo que recoge y lo que roba ⁷⁵...»

La descripción es exagerada, y probablemente injusta para con una gran parte de las nodrizas. Muchas de ellas se apegaban mucho a los niños a quienes habían criado, y se negaban a volver a sus casas porque querían seguir a su lado. Si estaban más ligadas a éstos que a sus propios hijos, ¿hemos de sorprendernos de que prefirieran vivir en una casa burguesa donde la vida les era más confortable que en sus casas? A la larga, la familia de adopción se convertía en su verdadera familia.

A pesar de todo, si nos ponemos a juzgar a estas mujeres desde el punto de vista de sus hijos prematuramente abandonados, y demasiado a menudo condenados a morir, nos vemos obligados a comprobar que también en ellas la voz de la sangre o de la naturaleza fue muy débil. Seguramente, muchas de ellas hubieran podido esperar unos meses antes de abandonar a su bebé, y darle así una mayor posibilidad de supervivencia. Sin embargo no lo hicieron, contrariamente a lo acostumbrado en las décadas anteriores.

Aun cuando la prudencia nos impide todo juicio definitivo, cabe suponer que estas mujeres antepusieron su vida y sus intereses a los de sus hijos, demostrando así que la abnegación no es algo que se adquiera siempre en una sociedad que sin embargo la considera como un hecho natural. Sociedad hipócrita, que al tiempo que celebra las virtudes de la buena madre y proclama su adhesión al niño, cierra los ojos sobre las falsas apariencias de unas y la miseria de otras.

UN MENOSPRECIO PERSISTENTE

No sin ironía, Monot constataba que «el Estado conoce la cantidad de bueyes, caballos y corderos que mueren por año, no así la cantidad de niños ⁷⁶». Será preciso esperar a los años 1865-1870 para que en las grandes ciudades se funden Sociedades protectoras de la infancia. Brochard, que fue uno de sus promotores, no puede evitar hacer algunas observaciones: «Hay una sociedad mucho más

75. Alphonse Daudet, *Souvenirs d'un homme de lettres*. Notas sobre París, 1888.

76. Monot, *op. cit.*, p. 95.

feliz que la Sociedad protectora de la infancia, y es la Sociedad protectora de animales. La primera tiene apenas 1200 miembros, mientras que la segunda tiene más de 3000. Tienen el honor de pertenecer a la Sociedad protectora de animales tres ministros de Instrucción pública, muchos prefectos, ochenta y cuatro maestros, setenta escuelas comunales. La Sociedad protectora de la infancia no cuenta entre sus miembros con ministros de Instrucción pública, ni maestros, ni escuelas comunales... *Todos están a favor de los animales, nadie a favor de los niños de meses*⁷⁷». Además, Brochard analiza el significado de estas Sociedades protectoras de la infancia. Su diagnóstico es a la vez lúcido y cruel. Su creación «demuestra cuán poco desarrollado está en Francia el sentimiento de la maternidad. Fundada para proteger a los recién nacidos contra la incuria de las nodrizas mercenarias, esta Sociedad a veces se ve obligada a protegerlos de la indiferencia de sus propias madres. El solo nombre de *Sociedad protectora de la infancia* dice a todos que hay madres que no se ocupan de sus recién nacidos⁷⁸».

Brochard tiene razón al añadir que los deberes de la maternidad no son comprendidos porque hay que enseñarlos. Pero se equivoca al esperar que todas las mujeres van a cumplir con sus deberes y entonces la crianza mercenaria dejará de ser una industria para convertirse en una excepción. Las mujeres nunca seguirán íntegramente los consejos de Rousseau. El sistema de las nodrizas ha de prosperar hasta fines del siglo XIX. Después de esa fecha la crianza mercenaria será suplantada por la alimentación artificial, bajo la forma de biberón con leche de vaca, que es posible gracias a los progresos de la esterilización. Cabe lamentarlo si nos colocamos, como Rousseau o Brochard, en el punto de vista exclusivo del niño, o bien celebrar que haya un sistema que libera a las mujeres que lo desean de las cargas de la maternidad sin poner por eso en peligro la salud de su hijo. Aunque la intensiva propaganda de Rousseau y sus sucesores no logró convencer a todas las mujeres de que fueran madres cuya abnegación no tuviera límites, sus discursos ejercieron un poderoso efecto sobre ellas. Las que se negaron a obedecer a los nuevos imperativos se sintieron más o menos obligadas a hacer

77. Brochard, *De l'amour maternel*, p. 11, Discurso pronunciado en la sesión pública anual de la Sociedad protectora de la infancia (el subrayado es nuestro).

78. *Ibidem*, p. 10.

trampa, y a recurrir a toda clase de apariencias. De modo que había algo que había cambiado profundamente: las mujeres se sentían cada vez más responsables de sus hijos. Cuando no podían asumir su deber se sentían culpables.

En este sentido, Rousseau alcanzó un logro muy importante. La culpabilidad ganó el corazón de las mujeres.

Tercera parte

EL AMOR POR LA FUERZA

La maternidad adquiriría un sentido nuevo. Enriquecida con nuevos deberes, se extendía más allá de los necesarios nueve meses. No solamente la tarea maternal no podía concluir antes de que el hijo fuera «físicamente» autónomo, sino que pronto llegó el descubrimiento de que la madre tenía que garantizar también la educación de sus hijos y una parte importante de su formación intelectual.

Las mujeres de buena voluntad asumieron con entusiasmo esta nueva responsabilidad, como lo testimonia la prodigiosa cantidad de libros sobre educación que han escrito. Se abrió paso la conciencia de que la madre no tiene exclusivamente una función «animal», sino el deber de formar a un buen cristiano, a un buen ciudadano, un hombre, en fin, que encuentre el mejor lugar posible en el seno de la sociedad. La novedad reside en que se la considera como la persona más adecuada para asumir esas tareas. «La naturaleza», dicen, es la que le asigna esos deberes.

Auxiliar del médico en el siglo xviii, colaboradora del sacerdote y del profesor en el siglo xix, la madre del siglo xx asumirá una última responsabilidad: el inconsciente y los deseos de su hijo.

Gracias al psicoanálisis, la madre ha de ser promovida como la «gran responsable» de la felicidad de su hijo. Misión terrible que termina de definir su función. Ciertamente que estas sucesivas responsabilidades que se hicieron recaer sobre ella marcharon aunadas con

la promoción de la imagen de la madre. Pero esta promoción disimulaba una doble trampa, que a veces ha de vivirse como una alienación.

Encerrada en su papel de madre, la mujer ya no podrá rehuirle sin acarrear sobre sí una condena moral. Durante mucho tiempo fue una causa importante de las dificultades del trabajo femenino. Fue también la razón del desprecio o la piedad por las mujeres que no tenían hijos, y de oprobio para quienes no querían tenerlos.

Al tiempo que el carácter grandioso y noble de esas tareas era objeto de exaltación, eran condenadas todas aquellas que no sabían o no podían desempeñarlas a la perfección. De la responsabilidad a la culpa no hubo más que un paso, que no tardó en franquear la aparición de la menor dificultad infantil. A partir de entonces se inició la costumbre de pedir cuentas a la madre...

Las mujeres más cumplidas en su condición de madres aceptaron gozosamente cargar con ese peso temible. Para ellas la empresa valía la pena. Pero las demás, más numerosas de lo que cabría creer, no pudieron tomar distancia respecto del nuevo papel que se las obligaba a desempeñar sino a costa de angustia y de sentimiento de culpa. La razón es simple: quienes definieron la «naturaleza femenina» tuvieron cuidado de hacerlo de manera tal que implicara todas las características de la buena madre. Eso es lo que hacen Rousseau y Freud, que con ciento cincuenta años de distancia elaboran una imagen de la mujer singularmente coincidente: destacan su sentido de la abnegación y el sacrificio, que según ellos caracteriza a la mujer «normal». Si voces tan autorizadas las encerraban en ese esquema ¿cómo podrían las mujeres huir de lo que se convenía en llamar su «naturaleza»? O trataban de «coincidir» lo mejor posible con el modelo ordenado, fortaleciendo en consecuencia su autoridad, o intentaban tomar distancia respecto de él y lo pagaban muy caro. Tachada de egoísta, de malvada, hasta de desequilibrada, la mujer que desafiaba la ideología dominante no tenía otra alternativa que asumir mejor o peor su «anomalía». Ahora bien, es difícil vivir la anomalía, como es difícil vivir toda diferencia. De modo que las mujeres se sometieron en silencio, algunas con calma, otras a costa de frustraciones y desdicha.

Actualmente, la situación ha dejado de ser ésa. El modelo de Rousseau y de Freud se está hundiendo bajo los golpes de las feministas. Algunos signos parecen anunciar que ha comenzado

otra revolución familiar. Dos siglos después de Rousseau, el foco vuelve a desplazarse hacia el padre, no para que la madre reingrese en la sombra, sino, por primera vez en la historia, para iluminar al mismo tiempo al padre y a la madre.

Capítulo 6

El discurso moralizante heredado de Rousseau o «Sofía, sus hijas y sus nietas»

Sofía: la mujer ideal

Sofía es la esposa de Emilio, y pronto será la madre de sus hijos. Más exactamente, Sofía es la mujer ideal que Rousseau imaginó como compañera del hombre tal como él lo soñaba. Antes de hacer el retrato de Sofía, Rousseau define la «naturaleza femenina» y busca las condiciones de la buena educación.

¡Ay! El Rousseau del *Deuxième Discours* no mantiene sus promesas; se muestra menos prudente y menos imaginativo que cuando buscaba la naturaleza del hombre. Creyendo describir la «naturaleza femenina» no hizo más que reproducir, aguzándolos, los rasgos de la burguesa que tenía delante de los ojos.

Respetuoso del orden del Génesis, o del orden de los prejuicios, Rousseau hace «aparecer» a la mujer una vez que ha modelado al hombre, Emilio, y que éste necesita una compañera. Como durante mucho tiempo ha definido al hombre como una persona activa, fuerte, valerosa, inteligente, y como no concibe la diferencia sexual sino en términos de «complemento», Rousseau plantea lógicamente como postulado que la mujer es débil y pasiva. Contra toda prudencia metodológica, no habla de postulado sino de «principio establecido»¹. Ese es su primer error. Comete el segundo, no me-

1. *Emilio*, libro V.

nos irreparable, cuando de ese principio deduce que «*la mujer está hecha especialmente para complacer al hombre*»², y de aquí ha de desprenderse todo lo demás.

«Complemento» del hombre, la mujer es una persona fundamentalmente relativa. Es lo que el hombre no es, para conformar con él y bajo su mandato, el todo de la humanidad. Emilio es fuerte e imperioso, Sofía es débil, tímida y sumisa. Emilio tiene una inteligencia abstracta, Sofía será dueña de una inteligencia práctica; Emilio no podría tolerar la injusticia; Sofía la soportará. Y así siguiendo. Pero como a Emilio le toca la mejor parte, Sofía se conformará con la más modesta. Como lo ha dicho felizmente Elisabeth de Fontenay, «la femineidad es inhallable... Sólo el hombre detenta la facultad de los principios, razón por la cual se constituye en fin absoluto»³.

Cabría añadir que es también la finalidad absoluta de la mujer. La naturaleza femenina está «alienada» en el sentido estricto del término por y para el hombre. Su esencia, su finalidad, su función son relativas al hombre. La mujer no está hecha para sí misma, sino «para complacer al hombre... para ser sojuzgada por él... para serle agradable⁴... para ceder y para soportar incluso su injusticia⁵». Pronto esta mujer será una madre dispuesta a vivir para y a través de su hijo.

EDUCACIÓN DE LA FUTURA ESPOSA Y MADRE

¿Cómo educar a Sofía para hacer de ella la digna compañera de Emilio? Para triunfar en este terreno hay sólo un método: seguir el camino que ha trazado la naturaleza. Dado que la mujer es «naturalmente» el complemento, el placer y la madre del hombre, la educación ha de perseguir estos tres objetivos⁶, creando desde el comienzo hasta el fin una «naturaleza femenina» adecuada.

Liberal, Rousseau advierte que Sofía no ha de ser educada en la ignorancia absoluta. Tiene que aprender muchas cosas, «pero sola-

2. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

3. E. de Fontenay, «Pour Emile et par Emile, Sophie ou l'invention du ménage», *Les temps modernes*, mayo de 1976.

4. *Emilio*, V.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

mente las que le conviene saber»⁷. Como es naturalmente coqueta y le gustan los adornos, la pequeña Sofía aprenderá pronto y de buena gana a manejar la aguja y a dibujar. No hay que forzarla ni a leer ni a escribir antes de que sienta la necesidad de hacerlo⁸, es decir, cuando piense en los «recursos» para gobernar una casa. Como no está capacitada para juzgar sobre asuntos religiosos, Sofía tendrá la religión de su madre antes de abrazar la de su marido. De las cosas celestiales sólo habrá que enseñarle lo que sea útil para la sabiduría humana, por ejemplo «a soportar el mal sin murmurar⁹».

Por nada del mundo Rousseau hubiera querido que se la transformara en una «teóloga o en una discutidora», porque eso iría en contra de su destino. Además, «la búsqueda de las verdades abstractas y especulativas... lo que tiende a generalizar las ideas no es propio de las mujeres¹⁰». Sus estudios han de limitarse a la práctica, porque tienen que dejarles a los hombres el establecimiento de los principios. Ciento cincuenta años más tarde, la psicoanalista Hélène Deutsch no dirá nada diferente cuando elabore el retrato de «la mujer normal¹¹».

De modo que cuando Emilio conoce a Sofía, se encuentra con una muchacha modesta, que puede «suplir a los criados en sus tareas, dueña de un ingenio agradable sin ser brillante, sólido sin ser profundo». Rousseau desconfía tanto de la educación de las mujeres, tanto teme sus efectos perniciosos, que, pensándolo bien, «preferiría cien veces una muchacha simple y de educación rudimentaria antes que una muchacha con conocimientos y dotada de talento, que estableciera en mi casa un tribunal de literatura y lo presidiera. Una mujer de talento es el flagelo de su marido, de sus hijos, de sus criados, de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su genio, desdeña todos sus deberes de mujer¹²».

Se diría que estamos escuchando a Chrysale, el personaje de Molière. No es con humor que Rousseau dice que los cacharros, el cocido y los nenes son toda la gloria, la dignidad y los placeres

7. *Ibidem*: «de manera que toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres».

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*.

10. *Ibidem*.

11. H. Deutsch, *Psychologie de la femme*, tomo I.

12. *Ibidem*. Véase el comentario de la ejecución de la señora Roland.

de la mujer, que nunca debe salir de los límites de la «mediocridad»¹³. Menos vivaz que Henriette, Sofía es a los ojos de Rousseau la mujer más digna de amor con que pueda soñar un hombre honesto.

Pero como la maternidad es un atributo de la sustancia femenina tan esencial como la vida conyugal, habrá que preparar a la pequeña Sofía para su futura condición: un carácter dulce en un cuerpo robusto. La futura madre no puede ser obstinada, orgullosa, enérgica ni egoísta. En ningún caso tiene que enojarse ni dar muestras de la menor impaciencia, porque la madre rousseauiana ignora el principio del placer y la agresividad. De modo que hay que preparar a la niña para que sea esa dulce madre de sueño, que amamanta y cría a sus hijos con «paciencia y dulzura, con una solicitud y un cariño que nada logra alterar»¹⁴. De modo que tiene que aprender desde muy pequeña «a ser alerta y trabajadora... hay que ejercitarla muy pronto en la coacción, para que no le cueste ceder, hay que enseñarle a dominar todas sus fantasías para someterlas a la voluntad ajena»¹⁵.

La madre ha de encargarse del aprendizaje de la niña, y le enseñará que «la condición natural de las mujeres es la dependencia»¹⁶. La habituará a que suspenda sus juegos sin murmurar y a que cambie sus proyectos para someterse a los ajenos. De estas buenas costumbres ha de resultar una «docilidad que las mujeres necesitan durante toda su vida, puesto que nunca dejan de estar sometidas a los hombres»¹⁷...

Como las madres tienen que limitar su actividad a su familia para que ésta sea feliz¹⁸, Rousseau no vacilará en proponer una medida radical: el encierro de las mujeres. Suavemente cuando les otorga poder sobre la familia: «la mujer debe gobernar sola su casa, hasta es indecente que el hombre averigüe lo que hace en ella (con lo que el hombre queda justificado en su desidia doméstica). Pero a su vez la mujer debe *limitarse* al gobierno doméstico, no mezclarse

13. *Ibidem*, «desead en todo la mediocridad».

14. *Ibidem*.

15. *Ibidem*.

16. *Ibidem*.

17. *Ibidem*.

18. «Sirve de vínculo entre ellos (los hijos) y el padre, sólo ella logra que lo amen...»

con los asuntos de fuera, mantenerse dentro de la casa ¹⁹». De manera más brutal cuando afirma: «la verdadera madre de familia, lejos de ser una mujer mundana, no está menos recluida en su casa de lo que una religiosa lo está en el claustro ²⁰». Aquí está el fondo del pensamiento de Jean-Jacques, que tuvo tanta ventura posterior: la madre se parece a la monja o se esforzará en parecersele. Un paso más y merecerá el título de «santa».

Las analogías entre la madre y la monja, entre la casa y el convento, dicen mucho acerca del ideal femenino de Rousseau. Sus condiciones son el sacrificio y la reclusión. Fuera de ese modelo no hay salvación para las mujeres. Lo prueban las vidas de Sofía y de Julia. La primera se va de su casa, va hacia el mundo y abandona a los suyos. Lo pagará con su virtud y con su vida. En cambio la segunda redime un pecado de juventud convirtiéndose en una esposa y una madre admirable. Pero en cuanto la soberana de Clarens sale de su casa ²¹, la acechan las tentaciones.

Así que la advertencia de Rousseau es clara: el único destino femenino posible es reinar «dentro», en «el interior». La mujer tiene que abandonar al hombre el mundo y el «afuera» so pena de ser anormal y desdichada. Tiene que saber sufrir en silencio y consagrar su vida a los suyos, porque ésa es la función que la naturaleza le ha asignado, su única alternativa de felicidad ²².

LAS HIJAS DE SOFÍA

La lección sería escuchada. Una serie de hombres ²³ han de reanudar y desarrollar los «principios» que había establecido Rousseau. Educarán a las hijas y a las nietas de Sofía en el respeto a los valores de su creador.

19. *Fragments pour l'Emile*, n.º 3, p. 872 (el subrayado es nuestro).

20. *Emilio*, V.

21. Para hacer un paseo en barco con Saint-Preux, por ejemplo.

22. Ciento cincuenta años antes de Freud, Rousseau definió el componente masoquista como específicamente femenino: la mujer hará todo eso por gusto, no por virtud (Véase *Emilio*, V). Lo mismo Julie de Wolmar en *La nueva Heloísa*, V, 2.

23. Los hombres de la Revolución que se ocuparon de la educación de las mujeres eran todos rousseaunianos, con excepción de Condorcet. Véase F. Mayeur: *L'éducation des filles en France au XIX siècle*. París, Hachette, 1979.

El lector más fiel del *Emilio* fue Napoleón. No hay duda de que el artículo 212 del Código civil que sancionaba la autoridad marital, y cuya redacción debe mucho al Emperador, encontraba sus justificaciones no sólo en el Génesis sino también en Rousseau ²⁴.

Para ratificar el sometimiento femenino que proclamaba el artículo 212, Napoleón también se preocupó de la educación más adecuada para las mujeres. Le brindó esa oportunidad la fundación de la escuela de la Legión de Honor, cuya dirección confió a la señora Campan. Con ella reflexionó largamente acerca de la finalidad de la educación femenina y de los medios a poner en práctica. A propósito de esto se cuenta una anécdota significativa. Un día Napoleón le habría dicho a la señora Campan:

—Los antiguos sistemas de educación no sirven para nada, ¿qué necesitan las jóvenes en Francia para estar bien educadas?

—Madres, contestó la señora Campan.

—Y bien, ése es todo un sistema de educación. Señora, usted tiene que formar madres que sean capaces de educar a sus hijos ²⁵.

Napoleón confeccionó una nota de varias páginas sobre el establecimiento de Ecoeu y el modo como entendía que debían ser las cosas. Estableció meticulosamente los principios y el programa de esta escuela destinada a las huérfanas, que serán la punta de lanza moral de la sociedad napoleónica. Partiendo del principio de que «en una familia pobre la madre es el ama de llaves ²⁶», sugiere formar criadas «naturales»: «quisiera que al salir de Ecoeu una muchacha estuviera en condiciones de gobernar una casa, supiera hacerse la ropa, la de su marido, la canastilla de los niños, supiera proporcionar ternura a su familia... cuidar al marido y a los hijos cuando están enfermos... Todo esto es tan simple y tan trivial que no requiere demasiada reflexión ²⁷».

A partir de aquí, podemos imaginar cuál será el programa propuesto a las señoritas de Ecoeu. En primer lugar la religión, que «es la garantía más segura para las madres y sus maridos. Formad

24. La semejanza de las expresiones empleadas en el artículo 212 y en *Emilio*, V, se remite a un pensamiento idéntico.

25. Anécdota referida por L.A. Martin en *Education des mères de famille*, 1834.

26. Nota sobre el establecimiento de Ecoeu del 15 de mayo de 1809, sacada de la correspondencia de Napoleón, tomo XV.

27. *Ibidem*.

creyentes, no argumentadoras²⁸. *La debilidad cerebral de la mujer... su destino en el orden social, la necesidad de una resignación constante y perpetua y de una especie de caridad indulgente sólo se logra a través de la religión, una religión caritativa y dulce*²⁹. Por lo demás, las tres cuartas partes del día se emplean en el aprendizaje de la costura, y el último cuarto disponible se dedica a la instrucción propiamente dicha: algo de cálculo, algo de gramática, de geografía y de historia³⁰, algunas nociones de farmacia y de medicina para que sean enfermeras de sus familias, y algo de cocina para reemplazar, en caso de necesidad, la ausencia de una criada...³¹.

También Michelet hizo el retrato de la mujer ideal, tan parecida a Sofía que casi se confunde con ella. Oponiendo la fuerza creadora del hombre a la armonía femenina³², insiste en el carácter relativo³³ y en la vocación maternal de la mujer³⁴: a sus ojos todo el amor femenino tiene como modelo y fundamento al amor maternal. Sin que ella lo sepa, en sus impulsos ciegos, «el instinto de maternidad domina todo lo demás... porque desde la cuna la mujer es madre, enloquecida de maternidad³⁵».

Dado que la mujer es ante todo esposa y madre, su educación ha de fortificarla en esta doble función. Michelet esboza un segundo programa de Ecoen que hará de ella una «colaboradora» excelente y una madre ejemplar. Hecha para sufrir y amante del sufrimiento, la mujer no encuentra mejor oportunidad que la maternidad para ejercer sus dotes. La función de esposa, que es necesaria, no basta sin embargo para el desarrollo pleno de su femineidad. Para que una mujer realice su vocación tiene que ser madre, no de

28. Comparar con el *Emilio* de Rousseau: «no hagáis de nuestras hijas teólogas ni discutidoras...»

29. Nota sobre el establecimiento de Ecoen (el subrayado es nuestro).

30. Pero «cuidarse bien de enseñarles ni latín ni ningún idioma extranjero».

31. Gran parte de los hombres del siglo XIX aplaudieron el programa de Napoleón. Entre ellos Thiers, que hizo un comentario muy elogioso de la nota de Ecoen.

32. *La femme*, 1859, p. 45: «la mujer es una religión... un altar... una poesía viviente para levantar al hombre, educar al niño, santificar la familia...».

33. *Ibidem*, p. 46: «Ha de vivir para los demás... y no para ella».

34. *Ibidem*, pp. 47-48: «Su evidente vocación es el amor... Debe amar y procrear, ése es su deber sagrado».

35. *Ibidem*, p. 49.

manera esporádica e irregular, como antes, sino constantemente, las veinticuatro horas.

Tal como se la concibe en el siglo XIX a partir de Rousseau, la maternidad es un sacerdocio, una experiencia feliz que implica necesariamente dolor y sufrimiento. Un verdadero sacrificio de sí misma. La insistencia, acompañada de cierta complacencia, sobre este aspecto de la maternidad, tiene siempre por objeto mostrar la perfecta adecuación entre la naturaleza de la mujer y la función de madre.

Definida como una «enferma»³⁶, la mujer ha de sufrir durante toda su vida. Así es como concibe las cosas la señora Roland: «expuestas desde que nacen a peligros que en un abrir y cerrar de ojos pueden cortar el delicado hilo de sus días, se diría que *las mujeres respiran sólo para pagar con dolor la gloria de poder ser madres* y el honor de haberlo sido. A través de escollos de todas clases *llegan vacilantes al término de la adolescencia*³⁷, que les abre las puertas de la vida. Dan a luz criaturas nuevas *en medio de un tormento indecible y lento, devolviendo así el depósito que la naturaleza les confió*; y llenas de achaques concluyen una carrera donde sólo marchando sobre espinas siembran flores. Nutridas en el sufrimiento... adquieren la paciencia inquebrantable que resiste apaciblemente las pruebas y las supera³⁸...»

Hay algo de Cristo en estas mujeres. Nacida para sufrir y para cargar sobre sí todo el dolor del mundo, una mujer como la señora Roland llama a sus hermanas ¡a que «bendigan la mano poderosa que en los dolores de los que nos hizo presa, colocó los gérmenes de las virtudes a las que el mundo debe su felicidad³⁹!»

¿No es el famoso componente masoquista, tan caro a Freud, el que queda al descubierto en estas palabras? Por otra parte no hay nada excesivo ni excepcional en estas pocas líneas de una revolucionaria. Hombres y mujeres de las generaciones subsiguientes aceptaron este retrato de la condición femenina y maternal.

36. Michelet, *op. cit.*

37. Esta frase no puede sino recordarnos una observación de Freud, según la cual la mujer se agota en la realización de su femineidad.

38. Mme. Roland, *Discours de Besançon: comment l'éducation des femmes pourrait contribuer à rendre les hommes meilleurs*, 1777 (ed. 10/18) pp. 166-167 (el subrayado es nuestro).

39. *Ibidem*, p. 167.

LA MADRE IDEAL

Una de las mejores descripciones de la «buena madre» y de los sentimientos que experimenta es la que hizo Balzac en las *Mémoires de deux jeunes mariées*. Renée de l'Estorade es esa madre ideal, que cabría proponer como modelo a todas las mujeres de su siglo y del nuestro. Seguramente les hubiera gustado a Freud y a Winnicott, puesto que Hélène Deutsch hizo de ella la madre eterna e ideal⁴⁰. Renée pertenece a esa raza de mujeres que han invertido todo en la maternidad porque ella representa el único «consuelo» en una vida sin pasión, sin sexualidad y sin ambiciones. Casada con un hombre amable, se entrega a él sin placer y se presta a sus ilusiones «como una madre, según la noción que yo tengo de lo que es una madre, se esfuerza por dar un gusto a su hijo⁴¹». En cuanto se casa, Renée experimenta sentimientos maternales⁴²: «quisiera ser madre, aunque sea para dar alimento a la actividad devoradora de mi alma... La maternidad es una empresa a la que he abierto un crédito enorme... *Se encargará de desplegar mi energía, de ensanchar mi corazón y de compensarme con alegrías infinitas*⁴³». Pero la maternidad es una experiencia compleja que inspira sentimientos contradictorios. Renée no escapa a esa dualidad. A la vez dichosa e insatisfecha, su vida oscila entre la satisfacción y la frustración. Sin embargo, como sabe convertir sus penas en factores de felicidad, Renée será siempre ejemplar.

Embarazada, confiesa que no siente nada antes del primer movimiento del niño, pese a la presión del contorno: «todos hablan de la felicidad de ser madre. Ay, yo soy la única que no siento nada, y no me atrevo a hablar del estado de absoluta insensibilidad en que estoy... La maternidad comienza en la imaginación⁴⁴». Sin embargo, aunque su cuerpo esté en silencio, Renée experimenta por anticipado la dicha de la abnegación. En perfecta armonía con su «naturaleza», canta permanentemente un himno: «¡Abnegación!

40. Hélène Deutsch, *Psychologie de la femme*, tomo II, pp. 23-24.

41. Lettre XX, p. 157.

42. Renée encarna cabalmente la idea que Michelet se ha formado de la mujer «dotada desde la cuna del instinto de maternidad... instinto que domina a todos los demás» (*La femme*, p. 149).

43. *Ibidem*, pp. 157-158 (el subrayado es nuestro).

44. Lettre XXVIII, p. 191.

¿No es más que el amor? ¿No es el placer más profundo?... La abnegación es lo que ha de signar mi vida ⁴⁵». Felicidad abstracta todavía, puesto que en los últimos meses de su preñez Renée experimenta sólo cansancio y molestias, y «no siente nada en el corazón». Con la experiencia del parto, ha de aparecer su naturaleza profundamente masoquista. «Soportó magníficamente esta tortura terrible ⁴⁶». Gritó, creyó que moría, pero el primer vagido del bebé lo borró todo. Se da cuenta de que «toda felicidad femenina se paga con un sufrimiento atroz. Así son las cosas...»

Cuando le muestran el niño, Renée tiene una vez más una reacción espontánea, contraria a los prejuicios habituales: «Me mostraron al niño. Grité del susto: ¡Qué monito!, dije, ¿estáis seguros de que es mi hijo?» ⁴⁷. ¿Cómo es que puede fallar un solo instante su «instinto divino» ⁴⁸? Afortunadamente, allí está el contorno que le hace observar las actitudes «normales» y los buenos sentimientos. Es la madre de Renée quien transmite a su hija los valores dominantes: «No te aflijas, le dice, has hecho el niño más hermoso del mundo. No hagas funcionar tu imaginación, tienes que poner todo tu empeño en convertirte en bestia, en ser exactamente como la vaca que rumia para tener buena leche ⁴⁹».

Renée no se sentirá plenamente madre sino a partir del momento en que dé el pecho al niño. «El pequeño monstruo tomó mi seno y succionó: ¡fue el *Fiat lux!* Fui madre de pronto. Esta es la felicidad, la alegría, una alegría inefable, aunque no le falten algunos dolores ⁵⁰». Estos dolores son también ocasión del despertar de su sensualidad: «cuando sus labios aprietan el pecho hacen un daño que termina en placer, no podría explicarte la sensación que irradia en mí desde el seno hasta las fuentes de la vida, porque parece un centro de donde parten mil rayos que regocijan el cuerpo y el alma ⁵¹». ¿No es una sensación similar al orgasmo? Parece confesarlo cuando dice que «no hay caricias de amor comparables a las de sus manitas rosadas que se deslizan con tanta suavidad ⁵²».

45. *Ibidem*, pp. 190-191.

46. Lettre XXXI, p. 200.

47. *Ibidem*.

48. Michelet, *La femme*.

49. Lettre XXXI, p. 200.

50. *Ibidem*, p. 201.

51. *Ibidem*, p. 201.

52. *Ibidem*.

Es comprensible que para Renée la maternidad sea un placer que borra todos los demás. Al niño puede entregarse en cuerpo y alma sin reticencias. Conforman con él la pareja de sueño, la pareja donde se es uno, que no necesita de nada ni nadie para ser feliz: «no hay nada en el mundo que interese. ¿El padre?... Lo mataría si despertara al niño. Soy el mundo para el niño, y el niño es el mundo para mí⁵³». Esto recompensa ampliamente las penas y los dolores que padece la madre que amamanta. Las grietas de los senos son un tormento enloquecedor, pero qué significan comparadas con la felicidad que ha descrito, salvo que coloquemos esos dolores en el registro del placer.

Como buena madre, Renée ha de asumir prácticamente sola la totalidad de la educación de sus hijos. Como se empeña en hacerlo todo por sí misma, nos preguntamos de qué sirve la «criada inglesa» que ha llamado a su lado. Ha hecho con sus manos el ajuar, los adornos. Su hijo toma el pecho cuando quiere («y quiere siempre»); lo cambia, lo lava y lo viste, lo mira dormir, le canta canciones, lo pasea cuando el tiempo es bueno, lo lleva en brazos. «Una vida rica y plena», dice Renée, quien añade que ya no le queda tiempo para sí, para cuidarse. «Soy esclava día y noche⁵⁴».

Inspirado por las confidencias de una de sus amigas, Zulma Carraud⁵⁵, Balzac describe pormenorizadamente «la rutina diaria»⁵⁶ de una buena madre. Todos los días se parecen, y sólo dos acontecimientos los puntúan: «los niños se sienten mal o no». La madre vive en el miedo constante de que a sus hijos les suceda una desgracia; sólo descansa cuando duermen o cuando los tiene en brazos. Aunque en realidad vela sobre ellos de noche tanto como de día. Al menor grito, la madre acude para acomodar una manta o consolar de una pesadilla. Una madre digna de ese nombre no puede tener un sueño pesado, ni a sus hijos lejos de ella. Del marido ni se habla por el momento. ¿No lo han desalojado los niños del lecho conyugal, y hasta de la habitación? Renée no lo

53. *Ibidem*, p. 202. Renée describe con exactitud la relación simbiótica que une a la madre con su hijo después del nacimiento, de la que habla Winnicott, y que se aproxima a un estado esquizofrénico.

54. *Ibidem*.

55. Véase la *Correspondance* de Balzac, lettre CMXCVI, del 15 de noviembre de 1835.

56. Lettre XLV, p. 233.

dice, pero lo adivinamos... Forma con sus hijos una unidad demasiado cerrada como para dejar sitio a un amante, a un marido, ni siquiera a un padre.

Al despertar lleno de caricias, besos y juegos, sucede la ceremonia ritual del lavado y vestido. Adepta fiel de Rousseau, Renée es partidaria de la libertad física del niño: «mis hijos tendrán siempre calzado de franela y las piernas desnudas. No estarán apretados ni comprimidos; *tampoco los dejaré nunca solos. El aprisionamiento del niño francés en la faja es la libertad de la nodriza... una verdadera madre no es libre*⁵⁷». Esta es la gran frase que desliza Renée. No cabe ser al mismo tiempo madre y otra cosa. El oficio de madre no deja un segundo libre a la mujer. Para convencerse de ello basta con observar la actividad desbordante que mantiene Renée todo el día.

«La ciencia de la madre implica méritos silenciosos que nadie conoce, una virtud minuciosa, una abnegación de todos los momentos. Hay que vigilar las sopas... ¿Crees que soy capaz de sustraerme a esa tarea?... ¿Cómo cederle a otra mujer el derecho, el cuidado, el placer de soplar una cuchara de sopa que a Naïs le parecerá demasiado caliente?... Cortarle la costilla a Naïs... mezclar la carne cocida a punto con patatas requiere paciencia, y en algunos casos sólo una madre puede hacer comer toda la comida a un niño que se impacienta⁵⁸». Renée no es una mujer capaz de delegar esos poderes, porque cree que el solo instinto maternal es una guía infalible en la práctica de su oficio, y que ese verdadero sacerdocio es el deber y la razón de ser de la mujer. La que se sustraiga a él es una mala madre: «ni muchos criados ni una mucama inglesa dispensan a una madre de entregarse personalmente en el campo de batalla⁵⁹».

A pesar de que Renée reconoce que «en esta casa la única olvidada soy yo», la felicidad de sus hijos basta a la suya. Mejor dicho, es su única condición. Razón por la cual Balzac le hace decir a su otra heroína, Louise, que no tiene hijos: «una mujer sin hijos es una monstruosidad; estamos hechas solamente para ser madres⁶⁰». De manera que Renée no está concebida como una feliz

57. *Ibidem*, p. 236 (el subrayado es nuestro).

58. *Ibidem*, p. 237.

59. *Ibidem*.

60. Lettre XLIII, p. 230.

excepción ni como una santa. Es la «norma» que toda mujer debe imitar para obedecer a su naturaleza. No se trata de hacer trampa, de delegar algunos deberes, de ser madre durante una parte del día y durante otra no. Si no se da por entero, la madre no da nada. «Es indigna del dulce nombre de madre», dice Brochard ⁶¹.

Este profundo cambio de mentalidad tuvo dos clases de consecuencias. Permitió a una gran cantidad de mujeres vivir con alegría y orgullo su maternidad, y encontrar la plenitud de su desarrollo en una actividad que ahora era honrosa y que todos reconocían como útil. No sólo tenían una actividad determinada, sino que cada mujer aparecía como irremplazable. En este sentido, la celebrada maternidad dejó que las mujeres exteriorizaran un aspecto esencial de su personalidad, extrayendo además de ella una consideración de la que sus madres no habían gozado nunca.

En cambio, una concepción tan definitiva y autoritaria acerca de la concepción maternal creó en otras mujeres una especie de inconsciente malestar. La presión ideológica era tan grande que se sintieron obligadas a ser madres sin desearlo verdaderamente. Como consecuencia vivieron su maternidad bajo el signo de la culpabilidad y la frustración. Tal vez hicieron todo cuanto pudieron por remedar a la buena madre, pero al no encontrar en ello su propia satisfacción, malograrón su vida y la de sus hijos. Es probable que allí esté el origen común de la desdicha, y más tarde de la neurosis, de tantos niños y de sus madres. Pero los pensadores del siglo XIX, excesivamente prisioneros de sus postulados, no entraron en esas consideraciones. Veremos que los del siglo XX no los superaron en sutileza.

Ampliación de las responsabilidades maternas

Afianzados en sus certezas, los ideólogos del siglo XIX aprovecharon la teoría de la madre «naturalmente abnegada» para extender sus responsabilidades. A la función de criar a los hijos añadieron la de educarlos ⁶². Explicaron a las mujeres que eran los custodios naturales de la moral y la religión, y que la suerte de la familia

61. Brochard, *De l'amour maternel*, p. 15 (1872).

62. Tema que aparece ya en el *Emilio*.

y la sociedad dependía del modo como ellas educaran a sus hijos. ¡También de ellas dependía el poblamiento del cielo!

LA MADRE EDUCADORA

El doctor Brochard traduce con mucha claridad esta idea casi obsesiva en el siglo XIX: «Quisiera poder demostraros que el amor maternal, que se vincula de modo tan íntimo a las necesidades del recién nacido, se vincula de manera no menos estrecha a los sagrados intereses de la familia y la sociedad ⁶³».

Para la mujer, el amor maternal no consiste solamente en criar a su hijo; consiste sobre todo en educarlo bien. Es la madre la que debe dar la verdadera educación.

La educación tiene un sentido más amplio que la instrucción. Es ante todo transmisión de los valores morales, mientras que la instrucción se dirige a la formación intelectual. Después de Fénelon y Rousseau, el siglo XIX parece redescubrir que esta importante tarea le corresponde a la madre. Porque el único buen educador es aquel, o más bien aquella, que conoce a la perfección el «terreno» de operaciones. «Para educar a una persona joven hay que conocer sus gustos y sus repugnancias; juzgarla en sus juegos y en su trabajo; seguirla con *instinto esclarecido* en las acciones aparentemente indiferentes, que a menudo son las que permiten reconocer los medios preferibles para conducirla ⁶⁴». Sólo la madre puede aproximarse a este retrato-robot, porque la más escrupulosa de las institutrices nunca tendría ese instinto. Con mayor razón habrá que desconfiar de la elección de un maestro particular «a quien le faltará ese tacto, ese preciado instinto de mujer ⁶⁵».

Decididamente, sólo la madre puede aspirar al título de educadora, concepto femenino por excelencia. El «instinto maternal», que algunos llaman «genio maternal ⁶⁶» es quien guía de modo infalible a las mujeres en su tarea de educadoras, y «les inspira las saludables precauciones con que rodean al niño... les hace leer en esa alma que se ignora a sí misma, y les sugiere sin esfuerzo los

63. Brochard, *De l'amour maternel*, p. 4.

64. A. P. Théry, *Conseils aux mères* (1837), p. VII (el subrayado es nuestro).

65. *Ibidem*.

66. Padre Didon, *Le rôle de la mère dans l'éducation des fils*, 1898, p. 11.

recursos primitivos de la educación ⁶⁷». Es lo que provoca en la madre la dedicación, la paciencia y el amor sin límites que son las condiciones necesarias y suficientes para una buena pedagogía moral. «Sí, dice Dupanloup, a los labios de una madre que cubre sus frentes puras de tiernas caricias es a quienes corresponde enseñar las primeras lecciones de piedad ⁶⁸».

De modo que ahora la madre es concebida como «gobernador por excelencia» ⁶⁹, «la primera y más necesaria educadora» ⁷⁰. Y como la naturaleza lo ha decidido así, no puede sustraerse a esos deberes. Por otra parte, ¿cómo podría una verdadera madre dudar un instante en asumir estas responsabilidades? La tarea más noble que puede soñar en poner en práctica es la educación moral de su hijo. Ya lo habían dicho Fénelon, Rousseau y Napoleón, pero tal vez les faltó poder de convicción. En los siglos XIX y XX no se escatiman adjetivos y superlativos. La educación moral es «la tarea más elevada» ⁷¹ de la madre, «su misión providencial» ⁷², su «obra maestra absoluta» ⁷³. Hace de ella la creadora por excelencia, «junto a la cual el artista más consumado es sólo un aprendiz» ⁷⁴. Más aún, al gobernar al niño la madre gobierna el mundo. Su influencia se extiende de la familia a la sociedad, y todos repiten que los hombres son lo que las mujeres hacen de ellos.

En 1898, en un discurso que pronunció en ocasión de la distribución de premios de una escuela de bienpensantes de París ⁷⁵, el padre Didon desarrolló ante un auditorio de madres lo que había de entenderse precisamente por «educación»; se resume en cuatro términos: iniciación, preservación, emancipación y reparación.

En un estilo muy sulpiciano, Didon recuerda a las madres que «ninguna potencia en el cielo ni en la tierra debe dispensaros de darles la leche de la Fe, de la Razón y la Verdad, la leche de la Conciencia y la Virtud» ⁷⁶. Ante estas palabras la sala estalló en

67. A. P. Théry, *op. cit.*, p. 1.

68. M. Dupanloup, *De l'éducation*, livre II, p. 178 (13e éd., 1908).

69. L.A. Martin, *Education des mères de famille*, 1834, p. 28.

70. P. Didon, *op. cit.*, p. 3.

71. Chambon, *Le livre des mères*, 1909, p. E.

72. Paul Cômbe, *op. cit.*, p. 176.

73. J. Van Agt, *Les grands hommes et leurs mères*, 1958, pp. 132-134.

74. P. Didon, *op. cit.*, p. 4.

75. La escuela Saint-Dominique, calle de Saint-Didier, París, XVI.

76. P. Didon, *op. cit.*, p. 7.

entusiastas aplausos. A continuación, exhorta a las madres a proteger al niño contra sí mismo, porque ella, más que el padre, es custodio de su salud moral. Por último, como la educación no consiste solamente en reprimir las tendencias negativas, el tercer deber de la madre, y no el de menor importancia, consiste en saber emancipar al niño y enseñarle gradualmente la autonomía.

Este triple trabajo materno estará concluido cuando el hijo tenga dieciocho o veinte años, es decir, cuando sea adulto. «Necesitáis eso para que vuestros hijos sean hombres⁷⁷». Pero no vayamos a imaginar que la madre queda libre de obligaciones para con sus hijos. Le queda una última función por desempeñar, que sólo se terminará con su muerte: la reparación. «Madres, no podéis pensar que una vez libres y emancipados vuestros hijos, al dar los primeros pasos en la vida y al librar sus primeros combates, no han de recibir golpes y heridas⁷⁸». A las madres les toca consolarlos, estimularlos, «repararlos» en suma⁷⁹. Salvas de aplausos que prueban que las madres cristianas (¿y qué madre no lo era entonces?) estaban de acuerdo con la ideología de la abnegación absoluta que les proponía el padre Didon. Aun cuando en realidad no se sintieran enteramente capaces de ser lo que los demás querían que fueran, comprendían y aprobaban ese programa ideal que se les proponía. Querían sinceramente aproximarse a ese modelo perfecto. Y éste aspiraba nada menos que a hacer de la madre una santa.

Para comenzar, ninguna podía aspirar al título de buena madre si no encarnaba al mismo tiempo la virtud, la bondad, el coraje y la dulzura. «Modelo viviente»⁸⁰ para su hijo, la madre debe dar ejemplo continuamente. «Inspiradles amor al trabajo no mostrándoos nunca ociosas... No os mostréis impulsivas y caprichosas... conservad e irradiad serenidad a vuestro alrededor»⁸¹. Antes que enseñarla, la madre «inspira» la virtud y la hace amar. Su «misión es una influencia»⁸². Razón por la cual conforme avanza en edad, la madre tiene que perfeccionarse sin cesar y «crecer en bon-

77. Didon, *op. cit.*, pp. 21-22.

78. *Ibidem*, p. 22.

79. *Ibidem*.

80. J. Van Agt, *Les grands hommes et leurs mères*, 1958, p. 129.

81. E. Montier, *L'amour conjugal et maternel*, 1919, p. 14.

82. L. A. Martin, *op. cit.*, p. 82.

dad»⁸³. Le está prohibido el malhumor si quiere conservar el afecto de sus hijos ya crecidos, y resultar agradable a sus yernos y nueras, «también aquí debéis ser la gracia apaciguadora del hogar»⁸⁴.

Pero antes de llegar a esta etapa, la buena educadora será la que pueda suscitar en su hijo una confianza absoluta, ejerciendo al mismo tiempo sobre él una vigilancia absoluta. En una época que todavía cree en la inocencia infantil, y que teme como a la peste las malas influencias, la virtud primordial de la educadora es la vigilancia, por no decir el espionaje. Para concretarla, la madre ha de tener acceso, no importa por cuáles medios, a los secretos y a la intimidad de sus hijos. Claro que la época de la pubertad será el momento crucial. Más que nunca, «la vigilancia materna ha de extenderse a todo»⁸⁵. A los contactos, los libros y la ropa interior.

LA MADRE INSTITUTRIZ

Hacia siglos que regía la costumbre de que los hijos dejaran a sus madres para completar su instrucción en los colegios, y de que las hijas fueran enviadas a los conventos para terminar su educación. Cuando la Revolución cerró los conventos, se estableció la costumbre de tener a las hijas en casa, y la madre estaba obligada a darles los rudimentos de la fe y el saber. Mientras las exigencias en esta materia fueron modestas, la formación intelectual de las madres no fue objeto de una excesiva preocupación. Pero llegó el momento en que se hicieron sentir nuevas aspiraciones. Recordando a Fénelon o a Fleury, la burguesía acomodada aspiró a ver a sus hijas mejor instruidas para que fueran madres y esposas más agradables. La burguesía pobre consideró que la instrucción de las muchachas podía ser un capital, y suplir a la dote al darle la única posibilidad «honesta» de ganarse la vida. L. Sauvan, inspectora de las Escuelas comunales de niñas de la ciudad de París en 1835, percibió con claridad esta doble motivación de la educación femenina: «La familia tiene el deber de no abandonar a sus hijas a la ignorancia, con vistas a su futura función de esposa y madre, y es un

83. P. Combes, *Le livre de la mère*, 1908, p. 162.

84. E. Montier, *op. cit.*, p. 14.

85. P. Combes, *op. cit.*, p. 127.

derecho para la muchacha que al no encontrar en el matrimonio su subsistencia tiene que vivir de su trabajo o de su talento⁸⁶». El único oficio que una mujer podía ejercer sin menoscabo de sí misma era el de institutriz, que hacía de ella una «madre espiritual».

Durante mucho tiempo, la escuela fue considerada como un mal menor para las niñas; es a las madres a quienes corresponde enseñarles todo lo que «les es útil y necesario saber como madres, amas de casa y mujeres de mundo»⁸⁷. Hacer de ellas futuras mujeres «atentas, reflexivas, trabajadoras». Infortunadamente, comprueba Dupanloup, la educación moral por sí sola no siempre logra ese triple objetivo. «La penosa verdad... es que la educación, incluso la religiosa, rara vez da a las muchachas un serio apego al trabajo⁸⁸».

Como hombre de su siglo, cree que el trabajo es la condición de todas las virtudes. De modo que se empeña en demostrar que la educación intelectual de la mujer es una garantía esencial de su moralidad. Formada desde la juventud, conservará el gusto por las ocupaciones serias. «Todo marchará mejor en la casa y en la familia»⁸⁹. Además el trabajo intelectual tiene la ventaja de retener a las mujeres en sus casas: «sin hacerlas salir de la casa, les permite salir de sí mismas y de sus problemas»⁹⁰. Los hombres declaman contra la futilidad y la coquetería de las mujeres, pero «¿acaso no obligan a la que tiene gustos serios a ocultarlos, o a hacérselos perdonar por todos los medios, como si fueran una falta?»⁹¹. Y sin embargo «un matrimonio no puede conservar su unidad si la comunidad de inteligencias no viene a completar la de los corazones»⁹².

Así que la inteligencia de las mujeres es una de las condiciones necesarias para la longevidad del matrimonio. Y lo es sobre todo para una maternidad mejor. Una mujer instruida ha de ser una madre más cabal y una mejor educadora, sobre todo para su hija, a quien transmite lo esencial de su saber. Pero tanto si es la única maestra de su hija como la pasante de su hijo, Dupanloup la consi-

86. Curso regular para institutrices primarias, 1835, citado por G. Fraisse, «La petite fille, sa mère, son institutrice», *Les temps modernes*, mayo de 1976, p. 1967.

87. M. Dupanloup, *De la haute éducation*, 1866, p. 9.

88. M. Dupanloup, *Femmes savantes et femmes studieuses*, 1867, p. 29.

89. M. Dupanloup, *De la haute éducation*, pp. 12-13.

90. *Ibidem*, p. II.

91. *Femmes savantes et femmes studieuses*, p. 20.

92. *Femmes savantes...* p. 39.

dera como «la institutriz natural, necesaria y providencial de sus hijos»⁹³. Aunque contrate a una institutriz o a un preceptor para que se ocupe de sus hijos, «debe conocer mejor que ellos el fundamento de su oficio, debe vigilarlos, dirigirlos, y si hace falta reemplazarlos...»⁹⁴.

Una vez más, se recuerda a las madres que la maternidad no consiste solamente en dar a luz a los hijos. A las funciones de procreadora, nodriza y educadora se añade la de institutriz. Ella es quien debe transmitir las lecciones básicas de lengua materna, de geografía, de historia «que ninguna otra boca transmite tan bien como la de la madre»⁹⁵. Antes de enviar a sus hijos a la escuela, puede prescindir del preceptor, servirles como pasante e iniciarlos en latín. Más tarde decidirá junto con su marido la educación de su hijo. Aún más, reemplazará a su marido, demasiado absorbido por sus asuntos, y combatirá la influencia a menudo nociva de la escuela. Al tiempo que institutriz de su hijo, será su inspiradora, su consejera y su confidente⁹⁶.

Para su hija representará algo más. La necesidad de una educación mejor para las niñas, la desconfianza respecto de la escuela, la mediocridad de nivel que caracterizaba a los establecimientos destinados a ellas, despertaron en muchas mujeres que tenían recursos para ello una verdadera vocación de maestras privadas.

Las alentó la creación de cursos de segunda enseñanza para muchachas que sólo funcionaban con la estrecha colaboración de las madres de las alumnas⁹⁷. Pero estas madres de buena voluntad

93. *De l'éducation*, livre II, p. 163.

94. *Femmes savantes...*, p. 38.

95. *De la haute éducation*, p. 7.

96. *Femmes savantes...*, p. 38: «ella le indicará los buenos autores, le hará arrojar los libros malos y peligrosos...».

97. Este nuevo método de enseñanza que a fines del siglo XVIII importó de Inglaterra el abad Gaultier, tuvo un gran éxito bajo Louis-Philippe en las clases acomodadas de la capital. Las alumnas concurrían a clase una vez por semana, y eran interrogadas acerca de su tarea semanal. La madre o una institutriz privada acompañaba a la muchacha, asistía al curso y desempeñaba la función de pasante entre una lección y otra. Este método de trabajo persistió en París hasta nuestros días, y los que conocieron esos cursos dirigidos a las hijas de la alta burguesía saben que la emulación entre las madres superaba a la emulación entre sus hijas. Los resultados que la niña obtenía cada semana eran la prueba definitiva del trabajo y la conciencia de su madre.

no siempre eran lo suficientemente instruidas como para ser pasantes competentes. Para satisfacer esta nueva necesidad, se crearon escuelas cuyo objetivo era ayudar a las institutrices a pasar sus exámenes, y ayudar «a las madres que dirigen y controlan la educación de sus hijas»⁹⁸.

Este fenómeno parisino se extendió a las provincias bajo el segundo Imperio. Ciertamente se dirigía a un público fundamentalmente burgués y aristócrata, pero no por eso es menos significativo de la evolución de la función maternal. El concepto de «madre institutriz» se impuso entre todas aquellas que tenían medios como para aspirar a serlo.

En 1864, Hippolyte Carnot seguía alegando a favor de la educación maternal⁹⁹. Parece un hecho que las buenas madres son «institutrices natas»¹⁰⁰. Hasta el punto de que los dos términos son sinónimos: «la vocación de la mujer se resume en dos palabras: madre de familia e institutriz». Estos dos tipos se reducen a uno solo: «la madre ha de ser la primera institutriz de sus hijos, y la institutriz no puede concebir ambición más noble que la de ser una madre para sus alumnos»¹⁰¹. Además, la función de la escuela materna fundada en 1848 consiste en paliar la maternidad deficiente de las mujeres que están obligadas a trabajar. Lo mismo que la madre, la institutriz se impone mediante la ternura y el amor. Lo mismo que ella, ante todo debe dar buen ejemplo y despertar en los

98. Gérard, mencionado por F. Mayeur, *op. cit.*, p. 68: éste era el objetivo del curso normal gratuito fundado en 1832 por Lourmand, así como el que fundó Adeline Désir. En 1820, Lévi-Alvarès había abierto los «cursos de educación maternal» que tuvieron mucho éxito durante casi un siglo porque reunían a casi 400 madres de familia.

99. *Ibidem*, p. 108: «la noción de la madre-institutriz o meramente pasante ha de subsistir durante mucho tiempo». Testimonian esta constancia las numerosas reimpresiones de obras que se proponían ayudar a las madres a dar instrucción a sus hijas en casa: así por ejemplo *L'éducation maternelle, simples leçons d'une mère à ses enfants*, de la señora A. Tastu, que se reeditó siete veces hasta el fin del Segundo Imperio; o el libro de L. Aimé-Martin, *De l'éducation des mères de famille ou de la civilisation du genre humain par les femmes*, que fue reeditado ocho veces de 1834 a 1883.

100. F. Pécaut, director de la Escuela normal superior de Fontenay-aux-Roses (1871-1879), citado por G. Fraisse, *op. cit.*, p. 1969.

101. P. Goy, Discurso pronunciado en la Escuela normal de niñas de Sainte-Foy (1868), citado por G. Fraisse, p. 1969.

niños las ganas de imitarla. La madre y la institutriz profesional tienen el mismo objetivo: formar a una niña que se convierta a su vez en buena madre, educadora e institutriz. La educación de las mujeres sigue sin tener una finalidad en sí misma. Bajo ningún concepto es legítimo distraer a la futura mujer de sus deberes naturales, permitiéndole el acceso a un saber gratuito y abstracto, que puede desarrollar su orgullo, su egoísmo y su deseo de utilizarlo con fines personales. Este era el temor de los adversarios de Dupanloup y de todos los que se oponían a la instrucción de las mujeres.

Hubo toda clase de matices, desde los más reaccionarios, como Joseph de Maistre, a los republicanos, desde quienes pensaban que era más fácil gobernar a una mujer ignorante, a quienes deseaban que la mujer estuviera en condiciones de «razonar, juzgar y comparar». Desde los que buscaban como esposa a una «niña» sumisa hasta los que deseaban una colaboradora y una confidente. Pero todos compartían el miedo a vivir con «sabias» y «preciosas», esas mujeres terribles que hacían lo que se les antojaba y olvidaban sus sagrados deberes familiares.

Sin embargo, en el último tercio del siglo XIX los partidarios de la limitación del saber femenino fueron superados por los defensores de la Escuela laica, que querían sustraer a cualquier costo a las mujeres de la influencia de la Iglesia. La ley Camille Sée, que en diciembre de 1880 fundó la enseñanza media para niñas, respondía a esta preocupación republicana que unió a Michelet, V. Duruy y Jules Ferry. J. Ferry lo había expresado claramente en su discurso del 10 de abril de 1870: «hoy existe una barrera entre la mujer y el hombre, entre la esposa y su marido... una lucha sorda pero persistente entre la sociedad de antaño... que no acepta la democracia moderna (las mujeres) y la sociedad que procede de la Revolución francesa (los hombres)... *quien domina a la mujer lo domina todo, en primer lugar porque domina al niño, y luego porque domina al marido...* es por eso que la Iglesia se empeña en retener a la mujer, y es por eso también que es preciso que la democracia se la quite»¹⁰²

En la óptica de los republicanos, la lucha por la instrucción femenina se debía a una estrategia anticlerical antes que a la volun-

102. Texto citado por F. Mayeur, *op. cit.*, p. 139-140.

tad de proporcionar a las mujeres medios para su autonomía. Su educación laica las aproximaría a los hombres, sin perturbar las antiguas estructuras familiares. Las mujeres que pretendían explotar por su cuenta su equipaje intelectual y se negaban a asumir el modelo establecido seguían siendo objeto de reprobación. Tratadas de «bachilleras», recibían burlas por su físico o por sus aspiraciones. La opinión dominante era tan hostil a las mujeres que realizaran estudios prolongados o que pretendieran «hacer carrera» (en medicina o en la enseñanza superior, por ejemplo) que la mayoría de las mujeres se limitaban voluntariamente a una «honesta mediocridad».

El ideal femenino no había cambiado en vísperas de la guerra de 1914, tal como lo demuestra el discurso de Poincaré con motivo de la inauguración de un liceo de niñas en Reims: «Deseamos que para la mayoría de ellas ese sueño (la carrera) no se transforme en realidad... no tratamos de orientar la actividad de la mayoría hacia el tribunal o el anfiteatro: nuestro objetivo... es que sigan siendo hijas afectuosas, y que más tarde se conviertan en esposas abnegadas y madres solícitas»¹⁰³.

Esta opinión ampliamente difundida resultó fortalecida por una abundante literatura novelesca. Por ejemplo, una de las novelas de Colette Yver, que apareció en 1908 bajo el elocuente título de *Les Cervelines*.

La «Cerveline» es una joven estudiante de medicina, muy brillante, demasiado brillante para el gusto de su patrón, que está enamorado de ella. Aparece descrita como una mujer soberbia, cuya ambición se ha desarrollado en detrimento de su corazón: «blindada de orgullo de la cabeza a los pies... consumida por la pereza y la gloria»¹⁰⁴. La Cerveline tiene la apariencia de una mujer, pero le falta lo esencial, «el corazón... el amor». Es una especie de monstruo, una «feminista», dice el desdichado héroe. En cambio la verdadera mujer de la novela es la hermana del mismo doctor, que le ha sacrificado la vida, «gobierna la casa, los criados y los honorarios de la clientela»¹⁰⁵. La moraleja de esta historia es que una mujer no puede ser al mismo tiempo feliz y

103. Texto citado por F. Mayeur, *op. cit.*, p. 173.

104. C. Yver, *Les Cervelines*, p. 4.

105. *Ibidem*.

ambiciosa. Las muchachas de esa época estaban muy convencidas de ello, dado que no soñaban más que con poner en práctica el ideal oficial del justo medio que hacía de la mujer instruida la compañera y la consejera de su marido, una buena ama de casa, una buena madre de familia, «tan capacitada para el mantenimiento del hogar como para el manejo de ideas generales»¹⁰⁶. Aun cuando estas mujeres habían adquirido la noción de su independencia personal, intentaban conciliarla a cualquier precio con sus deberes familiares¹⁰⁷. Como estos últimos, y especialmente los deberes maternos, se extendían cada vez más, muchas veces debió resultar difícil encontrar el equilibrio entre la independencia y el altruismo.

La ideología de la abnegación y el sacrificio

La mayoría de los ideólogos quisieron resolver el dilema en detrimento de la independencia. A medida que la función maternal se cargaba de responsabilidades nuevas, era cada vez mayor la insistencia en que la abnegación formaba parte integrante de la «naturaleza» femenina, y que en ella estaba la fuente más segura de su felicidad. En caso de que una mujer no experimentara una vocación altruista, se recurría a la moral, que le ordenaba sacrificarse. Esta desgracia debió ser más frecuente de lo deseable, puesto que afines del siglo XIX y a comienzos del XX prácticamente ya no se hablaba de la maternidad sino en términos de sufrimiento y de sacrificio, y, se tratara de un lapsus o de un olvido voluntario, se omitía la promesa de felicidad que naturalmente hubiera debido desprenderse de ella.

MASOQUISMO NATURAL... U OBLIGATORIO

La señora Roland había desarrollado largamente el tema del sufrimiento inherente a la mujer y de su masoquismo. En 1859

106. F. Mayeur, *op. cit.*, p. 174.

107. F. Mayeur, *op. cit.*, pp. 174 a 178, evoca una encuesta realizada en 1913 y publicada en *L'Opinion*, dirigida a muchachas de 18 a 25 años consideradas como «intelectuales». De ella se desprende con toda claridad que desean «una felicidad apacible» en el seno de su futura familia, aun cuando esto suponga cierta abdicación de sus ambiciones personales, abdicación voluntaria... llena de dignidad».

Michelet había retomado la misma idea: la mujer está hecha para ser madre y para amar los sufrimientos implícitos en su vocación. Con el tiempo, el tono de los moralistas y los «feminólogos» se hizo más matizado. Ciertamente nunca hubo una insistencia tan grande en la necesidad del sacrificio materno, ni una demostración de hasta qué punto el sufrimiento de la madre era la condición necesaria para la felicidad de su hijo, pero quedó prácticamente abandonado el aspecto natural y espontáneo de esa actitud. Al parecer, entre Rousseau y Freud, profundamente convencidos de que la esencia femenina era masoquista por definición, hubo un período durante el cual ese mito fue abandonado. La noción de un masoquismo obligatorio sustituyó al masoquismo natural.

Ida Sée, que representa el estado de espíritu vigente a comienzos del siglo xx, escribe a modo de conclusión de su obra: «En la apoteosis de una maternidad esclarecida y alerta la mujer debe olvidar todos los sacrificios, todos los dolores, todos los sufrimientos implícitos en su misión, y esta compensación *debe significar para ella un estimulante al tiempo que una esperanza* ¹⁰⁸»; esta conclusión es una recomendación antes que la afirmación de una certeza.

En cambio, cuando E. Montier ¹⁰⁹ aconseja a las madres que eviten «todo exceso desconsiderado aun en la abnegación, todo suicidio indirecto, aun por espíritu de sacrificio» ¹¹⁰ parece considerar que el sentido del sacrificio es natural en la mujer, ya que juzga necesario ponerle límites. Sin embargo, sin temer las contradicciones, Montier cambia de tono para amortiguar el inconsciente egoísmo materno. Son demasiadas las madres que aman a sus hijos por sí mismas. Son culpables de egoísmo, de modo que desmienten la idea de una naturaleza altruista. Así que Montier se cree obligado a precisar su pensamiento: «debéis sacrificaros por ellos. Pero debemos entendernos acerca de la naturaleza y la aplicación de esta noción de sacrificio. La madre sacrifica de buena gana su tiempo y sus fuerzas a sus hijos que son en parte ella misma, pero el sacrificio no es ése. Consiste en el desprendimiento... en permitirles que se separen de vosotras ¹¹¹». Ida Sée comparte este sentimiento cuando

108. Ida R. Sée, *Le devoir maternel*, 1911.

109. E. Montier, *Lettre à une jeune mère*, 1919.

110. *Ibidem*.

111. *Ibidem*, pp. 18-19.

recuerda insistentemente que «el deber maternal no implica ninguna debilidad, la madre ha de amar a sus hijos por ellos y no por ella, reemplazará su felicidad por la de sus hijos¹¹²».

Esta insistencia generalizada en hablar de los «deberes» de la madre tiende a mostrar que las cosas no marchaban solas. Por mucho que se afirmara que «el corazón de la madre es un abismo insondable de ternura, de abnegación y sacrificio, etc.¹¹³», este tipo de declaraciones necesitaba el complemento de otras que se parecían mucho a normas y órdenes. Era larga la lista de deberes a los que ninguna madre podía sustraerse. Prueba de que la naturaleza necesitaba el sólido respaldo de la moral. Contrariamente a sus contemporáneos, que creían que la abnegación maternal era la única posibilidad de dicha para la mujer, Paul Combes lanzó una advertencia más franca a sus lectoras: «Aun aquellas que han cumplido *su misión en la tierra* con excepcional perfección, no siempre han de *extraer aquí abajo de su abnegación todas las alegrías* que les hubiera sido dado esperar¹¹⁴».

Este texto tiene el mérito de terminar con el mito de la felicidad femenina a través del sacrificio, y de sustituir netamente el tema del instinto por el de la moral. A continuación, utilizando el vocabulario religioso, muestra que los dolores de la maternidad son el tributo que las mujeres pagan para ganar el cielo. La dolorosa virtud maternal paga a un plazo largo, muy largo. Como todos los moralistas creyentes, Paul Combes sabía que el sacrificio de sí, incluso el femenino, no era natural, y que para que las madres aceptaran acallar su egoísmo hasta el punto de olvidarse tan completamente de sí mismas como se les exigía era necesario prometerles una recompensa sublime. Esta fue la interpretación que predominó en el siglo XIX: se acostumbraba a evocar a la madre y a sus funciones en términos místicos. La afirmación de que el sacrificio maternal estaba arraigado en la naturaleza femenina era simultánea con la afirmación de que la buena madre era una «santa». Si el sacrificio fuera tan natural, ¿dónde estaba entonces el mérito que funda la santidad?

Ya Michelet había descrito la maternidad en términos místicos,

112. Ida Sée, *op. cit.*

113. Paul Combes, *Le livre de la mère*, 1908.

114. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

cuando evocaba el aspecto «divino de la primera mirada materna, el éxtasis de la joven madre, su inocente sorpresa ante el hecho de haber engendrado a un Dios, su emoción religiosa...» La madre atraviesa entonces una auténtica experiencia mística, en un intercambio delicioso con su hijo: «hasta hace un momento él se ha alimentado de ella; ahora ella se alimenta de él, lo absorbe, lo bebe y lo come (como el cristiano come simbólicamente el cuerpo de Cristo)... el niño da vida y la recibe, absorbiendo a su vez a su madre... *Es una revelación grande, muy grande*¹¹⁵» ...Es un acto de fe, un verdadero misterio.

«*Si el niño no fuera Dios*, si la relación con él no fuera *un culto*, no sobreviviría. Es una criatura tan frágil que no se le podría criar si no tuviera en *su madre la idólatra maravillosa que lo diviniza*, y si esa idolatría no le hiciera a ella *dulce y deseable su inmolación*¹¹⁶».

Esta relación a la vez natural y divina, es una relación análoga a la que une a un Dios con su «idólatra» o a un Rey absoluto con su súbdito. Así que implica una diferencia ontológica entre los protagonistas que conlleva una actitud de sumisión absoluta de uno respecto del otro. A Michelet le parece «natural» que una madre pierda su vida¹¹⁷ por salvar la de su hijo. Entre la madre y el hijo, el siglo eligió salvar al niño e inmolar a la madre. En este sacrificio de sí, la madre encontraba al mismo tiempo su razón de ser y su goce. La madre era muy masoquista.

Más adelante se dio una mayor insistencia en el aspecto religioso de la función, pero esta vez para poner de relieve sus dificultades. No es buena madre quien se propone serlo. Se precisa toda una preparación espiritual y cristiana para admitir la necesidad del sacrificio, y este olvido de sí eleva a la madre por encima de la condición humana, espontáneamente egoísta. Se convierte en una santa porque el esfuerzo que se le exige es inmenso. Pero contrariamente a las verdaderas vocaciones religiosas que son libres y voluntarias, la vocación maternal es obligatoria. Todas las madres tienen la misma «misión»¹¹⁸, todas deben «consagrarse por entero a ese

115. *Ibidem* p. 9 (el subrayado es nuestro).

116. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

117. La pérdida de la vida no es solamente orgánica y brutal. También puede consistir en una alienación cotidiana de su «yo».

118. Ida Sée, *op. cit.*, p. 4.

sacerdocio»¹¹⁹, «sacrificar su voluntad o placer por el bien de su familia»¹²⁰; todas, en fin, encuentran su salvación «consagrándose a su deber maternal»¹²¹. Esta entrega sin límites es «el dolor expiatorio»¹²² por excelencia, el que permite a Eva transfigurarse en María. Nunca el parir con dolor fue considerado un dogma tan absoluto. Dado que ahora el «parto» se extiende a todo el período de formación del niño, desde que es un feto hasta que llega a la edad adulta, el dolor maternal se ha alargado otro tanto. La maldición divina arrojada sobre Eva nunca tuvo un alcance tan grande como el que tuvo entre los cristianos del siglo XIX. Contrariamente a Michelet, Dupanloup no ve en ello la fuente del placer femenino, sino el medio a través del cual las mujeres se redimen de su culpa ancestral: «Es evidente que la madre está destinada a un dolor expiatorio y sagrado. Es grande porque sufre. Y si al verla soy presa de una emoción religiosa, es *porque los dolores más penetrantes de la tierra son para ella...* Fue ella quien recibió el mensaje: “*parirás con dolor...*” Sin embargo, eso no es todo: el nacimiento de sus hijos le cuesta caro, pero suele tener que educarlos también con dolor¹²³». La madre cristiana, nueva Eva evangélica, como la Virgen, «debe llevar en el alma un abismo de paciencia de profundidad inagotable, y en la vida un peso sublime de tristeza que hace de la madre del hombre la dolorosa e incomparable luz de la humanidad¹²⁴». Sus dolores son la condición de su purificación, y es comprensible que no le quepa esperar recompensas en este mundo.

¿Pero cómo sabe una mujer que ha expiado lo suficiente y que se ha sacrificado como correspondía para cumplir con sus deberes maternos? La respuesta se la da su hijo. Como el destino físico y moral de éste depende de ella por entero, él ha de ser el signo y el criterio de su virtud o de su vicio, de su victoria o su fracaso. En la persona de su hijo, la buena madre recibe su recompensa y la mala su castigo. Puesto que «el hijo vale lo que vale su madre»¹²⁵, y la

119. *Ibidem*, p. 18.

120. *Ibidem*, p. 58.

121. *Ibidem*, p. 96.

122. Dupanloup, *De l'éducation*.

123. Dupanloup, *Ibidem*, pp. 156-157 (el subrayado es nuestro).

124. *Ibidem*, p. 159.

125. Ida Sée, *op. cit.*, p. 95. Véase también Chambon, *Le livre des mères*, 1909, p. VII: «Lo que vale la madre vale su hijo».

influencia de ésta es absolutamente determinante, sólo de ella depende que su hijo sea un gran hombre o un criminal.

DE LA RESPONSABILIDAD A LA CULPABILIDAD

Esta responsabilidad enorme que pesó sobre las mujeres tuvo una doble consecuencia.

Había tanto acuerdo para santificar a la madre admirable como para fustigar a la que fracasaba en su sagrada empresa. De la responsabilidad a la culpabilidad mediaba sólo un paso, que llevaba directamente a la condena. Razón por la cual todos los que se dirigían a las madres combinaron sus palabras de reverencia con términos de amenaza. En el curso del siglo XIX las malas madres recibieron anatemas. Pobre de la mujer que no ama a sus hijos, exclama Brochard ¹²⁶. Pobre de la que no lo amamanta, continúa el doctor Gérard: «entrega toda su descendencia a terribles males cuyas consecuencias atroces no podemos más que entrever: enfermedades incurables como la tuberculosis, la epilepsia, el cáncer y la locura, para no hablar de las temibles neurosis que afligen cruelmente a la humanidad ¹²⁷». Pobres también de las madres que no instruyen a sus hijos, que los dejan correr por la calle y los privan de una educación religiosa, encarece Paul Combes ¹²⁸. Por último, pobres de aquellas que hayan «traicionado, descuidado y abandonado sus tareas» ¹²⁹, concluye el padre Didon.

Ahora ya se sabe a quién hay que colocar en el banquillo de los acusados, sea que el hijo muera o que se convierta en criminal. Ya no es el padre quien comparece, como antes, para responder de las faltas de su hijo, ahora es la madre quien es conminada a explicarse.

El abogado H. Roller, que escribió el prefacio de la obra de Ida Sée, no tuvo miedo de afirmar: «en calidad de abogado de los niños, después de estudiar más de veinte mil expedientes (!) de menores delincuentes o criminales, sabemos con certeza que la criminalidad juvenil es casi siempre consecuencia de la ausencia de la

126. Brochard, *De l'amour maternel*, pp. 4 y 15.

127. Dr. Gérard, *op. cit.*, p. 8.

128. P. Combes, *op. cit.*, p. 95.

129. P. Didon, *op. cit.*, p. 3.

madre en el hogar o bien de *su incapacidad o indignidad*; por otra parte, no estamos menos seguros de que si en nuestra vida hacemos algo bueno, debemos su inspiración a nuestra querida madre»¹³⁰.

Retratos de malas madres

«Ausente, incapaz o indigna» es la mujer de la que hemos de hablar ahora. Es el reverso de la madre buena a la que acabamos de describir. No hay intermediario posible entre estos dos personajes. Fiel a la lógica del tercero excluido, el siglo XIX no puede concebir madres medianamente buenas o malas. Existe un hiato infranqueable entre la santa y la puerca.

LA INDIGNA

El primer tipo de «madrastra natural» (madre natural que se conduce como si no lo fuera), la más «mala» de todas, es la que no ama a su hijo y no manifiesta la menor ternura por él. Las literaturas del siglo XIX presentan descripciones varias de estas mujeres «monstruosas». En su mayoría nos dieron el punto de vista del niño desdichado, sin indagar las motivaciones de la actitud maternal¹³¹. Balzac constituye una excepción porque describió el drama de Julie d'Aiglement, la famosa «Mujer de treinta años». Es ella quien le interesa y no su hijita, Hélène, nacida de su relación con un hombre a quien no amaba. Porque Balzac quiere comprender el mecanismo psicológico que impide a una mujer amar a su hijo (que fue el caso de su propia madre), al tiempo que criticar la «prostitución legal»¹³² que es el matrimonio en el siglo XIX.

Julie d'Aiglement confía su tormento a un sacerdote, y en esta oportunidad le expone la teoría de la doble maternidad: de la carne y del corazón. Su hija Hélène es sólo una hija de la carne, que condena a su madre que no la ama a «la falsedad... a simulaciones constantes... para obedecer a las convenciones»¹³³. ¿Cómo amar a

130. Prefacio de H. Rollet al libro de Ida Sée, p. V (el subrayado es nuestro).

131. No será ya el caso del siglo XX, que hará intervenir al psicoanálisis.

132. Balzac, *La femme de trente ans*, p. 16 (colección Folio).

133. *Ibidem*, p. 166.

esa niña, «creación fallida... hija del deber y del azar¹³⁴», que le recuerda solamente a un marido a quien menosprecia? Julie realiza todos los gestos que se esperan de una buena madre, pero tiene prisa porque concluya su obligación maternal: «cuando ya no me necesite le diré todo: concluida la causa, cesarán los efectos»¹³⁵. Julie sueña con el día en que su hija la abandone para siempre. Contrariamente a la auténtica madre buena, cuya abnegación y sacrificios la unen más estrechamente a sus hijos, Julie los experimenta como otras tantas coacciones intolerables que la apartan de su hija¹³⁶. Por otra parte, la niña no se engaña ante los falsos sentimientos de su madre, porque el amor no se remeda¹³⁷. Y la madre que se siente culpable ante el tribunal de su hija, teme que el odio se interponga un día entre ellas¹³⁸.

Aterrorizado ante semejante monstruosidad, el cura cierra la conversación con estas palabras: «Más le valdría a usted estar muerta»¹³⁹.

Así que la ausencia de amor se considera un crimen imperdonable, que ninguna virtud puede redimir. La madre que experimenta esos sentimientos está excluida de la humanidad, puesto que ha perdido su especificidad femenina. Semimonstruo, semicriminal, una mujer así es lo que cabría llamar «un error de la naturaleza». Sin embargo, en el abanico de madres indignas Julie está lejos de ser la peor. No ama, y ése es su crimen fundamental, pero al menos aparenta que ama, porque conoce el valor absoluto del amor. Representa el papel de la madre tierna que besa y sonrío a su hija, a pesar suyo. Otras madres no hacen ese esfuerzo y manifiestan bruta- lmente su indiferencia, su crueldad o su odio.

134. *Ibidem*, p. 167.

135. *Ibidem*, p. 167.

136. *Ibidem*, p. 169: Para ella la niña es una negación. «Sí, cuando Hélène me habla quisiera que tuviera otra voz; cuando me mira quisiera que tuviera otros ojos... ¡Me resulta insoportable! Le sonrío, trato de restituirle los sentimientos que le robo. Sufro... ¡Y aparento ser una mujer virtuosa!»

137. *Ibidem*, p. 169: «Hay miradas, voces, gestos de la madre que modelan el alma de los niños; y mi pobre hija no siente estremecerse mi brazo, temblar mi voz, endulzarse mis ojos... Me lanza miradas acusadoras que no sostengo».

138. ¡Vana esperanza! Madre e hija se odiarán cuando Hélène mate al hijo adulterino de Julie, que es un hijo de corazón, asesinato que aparece como el castigo divino de una madre maldita.

139. *Ibidem*, p. 171.

La señora Vingtras, madre de *El niño* de Jules Vallès, se cuenta entre las madres que hacen de la dureza y la falta de afecto un método de educación. Campesina pobre casada con un modesto inspector de escuela, sueña con hacer de su hijo Jacques un «Señor», con formar a un hombre que sea dueño absoluto de sí mismo. La intención es buena, pero el rigor inflexible que pone en práctica desmiente la existencia de la menor ternura maternal. Las penas, las humillaciones y las violencias a que somete a su hijo testimonian una insensibilidad extraordinaria, al tiempo que la colocan en la categoría de las madres malas.

Las primeras palabras de Vallès son famosas, y bastan para informarnos acerca del personaje de la señora Vingtras: «¿Me dio el pecho mi madre?... No lo sé. Cualquiera que sea el seno que mordí, no conservo de mis tiempos de niño pequeño el recuerdo de una sola caricia; no recibí mimos, ni palmaditas, ni besos; recibí muchos azotes. Mi madre dice que no hay que malcriar a los niños y me azota todas las mañanas; si por la mañana no tiene tiempo, lo hace al mediodía, es raro que lo deje para después de las cuatro de la tarde ¹⁴⁰». El resto del libro es del mismo calibre. Todos los gestos de la madre están impregnados de dureza, cuando no de sadismo. Lo alimenta con cebollas que lo hacen vomitar y transforma el baño trimestral en una sesión de tortura. Para ella el niño no es «Jacques», siempre es el «holgazán», el «pillo», el «rompelotodo», el «perezoso», el «orgullosos», el «insolente», el «brutal». Se enfurece cuando él se hiere o se enferma. Haga lo que haga, el niño tiene la culpa de todo.

Aunque la sociología y el psicoanálisis nos ayudan a comprender su conducta, la señora Vingtras personifica a la madre mala, y se une a las señoras Lepic y Fichini en el museo literario de las mujeres indignas. Por lo menos la señora Fichini ¹⁴¹ es sólo la madrastra de Sofía, en oposición a la señora de Fleurieux, la verdadera madre, que es buena. En ese sentido la condesa de Segur permanece fiel al esquema clásico. Vallès y Jules Renard han dado el paso, y se han atrevido a unir en un solo personaje a la madrastra cruel y la madre natural. Todo un escándalo para la razón del siglo

140. J. Vallés, *El niño*, Prólogo de Jorge Semprún. Nota crítica de Emile Zola. Madrid. Alianza Editorial 1970. *El libro de bolsillo* 262.

141. La condesa de Segur, *Las desgracias de Sofía* (1864).

xix. Porque si los jóvenes lectores de la condesa de Segur se estremecen de miedo ante el relato de las azotainas que recibe Sofía, se consuelan pensando que la madre verdadera es toda bondad y comprensión. Los lectores de *Cabeza de Zanahoria*¹⁴² ya no tienen ese consuelo. Nuestra verdadera madre puede ser sádica, escondernos el orinal y a la mañana siguiente hacernos tragar nuestra orina. La señora Lepic es mucho más inquietante que la gruesa señora Fichini, y también más refinada en su maldad cargada de odio. ¿Qué se ha hecho de la sacrosanta armonía preestablecida entre madre e hijo? Nos gustaría tranquilizarnos y decir que estas mujeres malas deben su existencia a la imaginación de los escritores. Pero no, Vallès y Renard no ocultan el origen biográfico de su obra. ¿Entonces son excepciones, como esos monstruos que estudian los teratólogos? Nada menos garantizable a fines del siglo xix, época que descubre por fin el concepto y la realidad del niño mártir, y en que se multiplican las Sociedades protectoras del niño cuya misión es proteger a estos inocentes de la violencia de sus padres.

La crueldad no es la única ni la más corriente de las formas de la indignidad materna. Las señoras Vingtras y Lepic no son modelos imaginarios, pero tampoco son las que mejor representan a la «mala madre promedio». El retrato de esta última es menos caricaturesco.

LA EGOÍSTA

Quiere un poco a su hijo, pero no hasta el punto de sacrificarse por él. Se ocupa de él en la medida de sus deseos, y no de acuerdo con las verdaderas necesidades del niño. Desde el punto de vista de las normas modernas, su indignidad reside no tanto en su dureza como en su incapacidad para educar. Esta mujer, que no merece el apodo de madrastra, recibirá indistintamente el calificativo de «egoísta», «descuidada», o «negligente». Hay dos clases de mujeres que son objeto de esta crítica de modo especial: las mujeres de las clases superiores y las mujeres más desposeídas. Sin hacer distinciones entre unas y otras, los moralistas las acusan por igual. Dupanloup, por ejemplo, cuyas palabras se dirigen exclusivamente a las clases acomodadas, alerta a las madres contra su pereza y su permi-

142. Apareció en 1894.

sividad educativa. Critica a las que prefieren hacer vida mundana en lugar de atender en persona la educación de sus hijos. Por otra parte, basta que haya un miembro de la familia que se niegue a recluirse «adentro» para que la madre sea declarada culpable. Si el padre no vuelve a casa después de su trabajo y sus ocupaciones, es porque su mujer no es capaz de ofrecerle un hogar acogedor e hijos que se porten bien. Si los niños juegan en la calle, como hacen los hijos de las familias pobres, es porque la madre es incapaz de educarlos correctamente. Además, a los ojos de los moralistas y los filántropos, el niño que se arrastra por las calles es la señal más evidente de una familia mal gobernada, y por consiguiente de una madre indigna. En 1938, Albert Dussenty escribe todavía en su tesis de derecho: «En la mayoría de los casos el niño callejero; el vagabundo que en el futuro será un ladrón, se convierten en tales por culpa de los padres»¹⁴³. Y en primer lugar por culpa de la madre, porque es ella la que desempeña en la familia la función de policía, es ella la encargada de vigilar constantemente los hechos y los movimientos de sus hijos.

Entre aquellas que escarnecen la obligación de vigilar se encuentran la trabajadora y la enamorada. La literatura se ha dedicado preferentemente a esta última. Alfonso Daudet la ha descrito bajo los rasgos de una semi mundana¹⁴⁴, Ida de Barancy, madre de Jack, un niño bastardo. Desde el comienzo de la novela, Daudet insiste en «el origen dudoso», que es al mismo tiempo señal de la inmoralidad de la madre y causa de los futuros infortunios del niño. En la opinión de los contemporáneos de Daudet, la ilegitimidad de un niño concebido fuera del matrimonio es la verificación segura de la debilidad y la frivolidad femeninas. Estos son rasgos que no se corresponden con la madre buena, «honesta» por definición, que sabe anteponer sus deberes a su placer.

Como era de prever, Ida de Barancy es una persona ligera y sentimental, cuyo amor por su hijo no ha de elevarse hasta el heroísmo de la abnegación. Mientras es pequeño lo tiene junto a ella, lo rodea de lujo y alegría. El niño es feliz, reconoce Daudet, pero mal educado. El drama empieza cuando madre e hijo se sepa-

143. «Le vagabondage des mineurs», citado por P. Meyer en *L'enfant et la raison d'état*, Le Seuil, París, 1977, p. 24.

144. Alphonse Daudet, *Jack*, 1876.

ran: ella decide colocarlo interno en un colegio, y lo olvida por un amante que no tendrá escrúpulos en desembarazarse de él y enviarlo a una fábrica.

Vemos que Ida de Baracy concentra en su persona todas las fallas maternas: su hijo es ilegítimo, no lo educa con seriedad, lo deja en un internado, lo abandona, el niño desciende de categoría social. Por culpa de su madre, el niño será obrero, lo cual desde el punto de vista social representa una verdadera desgracia. A los ojos de los moralistas que priorizan a la virtud sobre el amor, es todavía más culpable que la señora Vingtras, que pecaba por exceso de rigidez y no por negligencia, por ignorancia pedagógica antes que por egoísmo.

LA MUJER QUE TRABAJA

Los moralistas condenan el trabajo femenino, cualesquiera sean sus motivos, y apenas admiten que pueda ser una necesidad vital. El doctor Bertillon afirma que «la esposa no ha de ser antes obrera, comerciante, campesina o mundana; debe ser ante todo madre ¹⁴⁵». Ida Sée piensa lo mismo: «la suerte del niño, la felicidad familiar, dependen mucho más de su *presencia constante* que de la ganancia que resulte de su trabajo en el exterior ¹⁴⁶». Consiente que «las viudas, las abandonadas y las traicionadas» necesiten trabajar para sobrevivir, pero de inmediato añade que sus hijos son víctimas de esa dura necesidad. De modo que propone que la sociedad subsidie a la madre para que pueda quedarse en casa.

Ida Sée recuerda constantemente que una mujer que se casa debe «abdicar de la *pretensión* de autoabastecerse» ¹⁴⁷, so pena de sacrificar a su hijo. Condena en bloque a todas las mujeres que trabajan, afirmando que «para la obrera y la artesana el hijo es una nueva carga que no han deseado... Cuántas de ellas no tienen noción alguna de los deberes maternos» ¹⁴⁸. Al considerar los flagelos sociales que corroen a la especie, y las degeneraciones que resultan del trabajo femenino, nuestra moralista no está lejos de

145. Citado por el doctor Brochard en *De la mortalité en France*, 1866, p. 4.

146. Ida Sée, *op. cit.*, p. 16 (el subrayado es nuestro).

147. *Ibidem*, p. 17 (el subrayado es nuestro).

148. *Ibidem*, p. 18.

desear la esterilización de los pobres: «es cierto que cabe admitir las teorías que limitan la natalidad». Pero como cristiana se rectifica y añade: «es obra más elevada recordarle a la mujer su deber de madre ¹⁴⁹».

En cambio, Ida Sée no oculta su odio por la madre cuyo trabajo no tiene ni siquiera la justificación de ser una necesidad vital. Es el caso de las intelectuales, que son sus cabezas de turco. Todas las mujeres que desean realizar estudios superiores en lugar de consagrarse a la «ciencia doméstica» y a la puericultura, la sacan de quicio: «hemos de confesar que tememos a esas muchachas, que nos inquietan más aún que las coquetas, las atolondradas y hasta que las ignorantes ¹⁵⁰...» Esas personas desdeñan al niño y «prometen ser madres inconscientes para quienes el niño es una carga... Tal vez anuncien a esas madres estériles, que en la burguesía, en la aristocracia y ahora a veces en el pueblo (¿no se contradice con el reprimido deseo malthusiano de los pobres?) proclaman su derecho a sustraerse a las pruebas de la maternidad que... es un impedimento... ¹⁵¹».

Esas argumentadoras, esas calculadoras, esas feministas, son grandes culpables que «civilizan el matrimonio, profanan el amor, disuelven la familia ¹⁵²». Para combatir esa decadencia «hay que educar a las niñas en la idea de que toda mujer debe desear ser madre, ¡y que sólo la inclemencia de la suerte la condena a ser obrera, contable, profesora, doctora o abogada! ¹⁵³».

Las intelectuales son más culpables que las obreras: no solamente no tienen excusas económicas, sino que se niegan voluntariamente a restringir su universo en los límites del hogar, y a circunscribir su vida a la maternidad y la familia. Esta actitud monstruosa es la fuente y la razón de todos los flagelos sociales, porque si la mujer desdeña sus funciones naturales la consecuencia no puede ser otra que el desorden social. Para poner un remedio a este mal, Ida Sée no se conformó con glorificar la condición maternal y afirmar que las mujeres sólo merecen respeto en tanto madres. Proce-

149. *Ibidem*, p. 19.

150. *Ibidem*, p. 5.

151. *Ibidem*, p. 5.

152. *Ibidem*, p. 6.

153. *Ibidem*, p. 23.

dió también por culpabilización. Sí, el trabajo femenino hace del niño una víctima. Sí, la ausencia de la madre era causa de males infinitos, y especialmente de la disolución de la familia. ¿Cómo ha de cumplir su deber primordial y básico que consiste en cocer la sopa familiar (necesaria para la salud) «a fuego lento»? En la casa del campesino y del obrero, fulmina Ida Sée, la sopa es sustituida por cualquier otro alimento menos bueno para el estómago pero de preparación más rápida: «Como la mujer está obligada a trabajar fuera la sopa está vedada, y sin embargo tal vez de la sopa dependiera la felicidad de la familia...»¹⁵⁴. Si hemos de creerla, la olla desdeñada se venga desorganizando a la familia. El hombre que ya no tiene un hogar acogedor, deserta y prefiere la taberna, porque su mujer ya no tiene tiempo de cocerle con tranquilidad platos sabrosos. «Busca el consuelo falaz del alcohol para atenuar los efectos nocivos de los embutidos, de las viandas vacías del bodegón vulgar, y se multiplican los peligros que desorganizan y arruinan»¹⁵⁵.

Decadencia de la función paterna

A partir de fines del siglo xviii el considerable acrecentamiento de las responsabilidades maternas oscureció progresivamente la imagen del padre. Su importancia y su autoridad, que eran tan grandes en el siglo xvii, decaen, puesto que al asumir el liderazgo en el seno del hogar la madre invadió ampliamente sus funciones. Aparentemente nadie se queja de ello, dado que la mayoría de los textos justifican por entero esta situación: la primacía de la madre y la retracción del padre.

LAS JUSTIFICACIONES

Hubo quienes afirmaron perentoriamente que «el padre sería completamente incapaz de realizar ese trabajo delicado (la educación física y moral de su hijo)¹⁵⁶», pero otros intentaron ir más allá

154. *Ibidem*, p. 27.

155. *Ibidem*.

156 P. Didon, *op. cit.*

en la explicación de esta «evidencia». Chambon la atribuía a la vida social «que se complica cada vez más y cada vez más invade nuestra vida privada. Los negocios y la política absorben a los padres de familia»¹⁵⁷. La competencia y el exceso de trabajo les impiden ser padres. Estos ya no tienen ni el tiempo ni la disposición de espíritu necesaria para asumir una tarea educativa: «el padre que se ha pasado el día barajando cifras no puede preocuparse por la noche de desarrollar en su hijo la conciencia moral. Los que están empeñados en una tarea científica o literaria intentarán abstraerse de sí mismos; a modo de concesión a sus *deberes de padres* (existen pese a todo, aunque no coaccionan) se arrancarán de sus meditaciones habituales y descenderán al nivel de la inteligencia joven, vacilante todavía, de sus niños, pero ese esfuerzo, precisamente porque es esfuerzo, no será constante»¹⁵⁸. El problema de los deberes paternos se arregla con rapidez. En un caso, la educación moral es incompatible con el oficio de padre, en otro la altura de sus meditaciones le impide «rebajarse» al nivel de sus hijos. No se tiene en cuenta a los obreros, ni a los artesanos ni a los funcionarios, como si los únicos padres posibles fueran el comerciante, el banquero y el sabio... el hombre que contabiliza y el hombre que piensa. Chambon saca la conclusión de que «en consecuencia la educación *suele* ser devuelta a la madre».

Pero estas explicaciones de la retracción del padre no eran suficientes como para convencer de veras. Siempre *a posteriori* se conformaban con justificar el derecho a través de los hechos. Debemos al filósofo Alain la iniciativa de una demostración *a priori*.

LA DEMOSTRACIÓN

En 1927 se dedicó al problema de los sentimientos familiares, y se empeñó en demostrar (!) la necesaria distinción de funciones entre el padre y la madre. Para lo cual procedió en primer lugar a analizar la «naturaleza» de un sexo y otro, la única que puede hacernos comprender «las facultades y aptitudes de cada cual»¹⁵⁹.

157. *Op. cit.*

158. Chambon, *op. cit.* (el subrayado es nuestro).

159. Alain, «Les sentiments familiaux», *Cahiers de la Quinzaine*, n.º 18, serie 8 (1927).

«Evidentemente, por su estructura y sus funciones biológicas, la función del varón consiste en la tarea de destrucción, conquista y adaptación sin la cual nuestra existencia no tardaría en volverse imposible; el trabajo del hombre es cazar, pescar, apresurarse, construir, transportar»¹⁶⁰.

Para comprender al sexo pasivo, basta con «observar las necesidades biológicas que nunca ceden»¹⁶¹. Según Alain, la gestación del niño y los cuidados que siguen a su nacimiento explican «el pensamiento femenino», ajeno a la necesidad exterior. Todo el genio de la mujer consiste en gestar y criar al niño, por lo cual su perspectiva se vuelve hacia el nido, hacia el interior. Le facilita su tarea su afectividad, más aguda que la del hombre, que se desprende directamente del fenómeno de la gestación: «*el amor maternal es el único amor plenamente natural*, porque inicialmente los dos seres forman solamente uno»¹⁶².

Una vez más, la madre desempeña el papel de intermediaria entre el hijo y el padre, ya que según Alain, no hay nada en la «naturaleza del hombre» que lo predisponga a establecer relaciones afectivas con su hijo. El niño es un extraño para el hombre, porque el hombre habita un universo del que están excluidas la infancia y las normas de afectividad que la rigen. De allí su incompreensión, su severidad, su falta de paciencia. Acostumbrado a luchar con la dura necesidad exterior, no puede aceptar los caprichos, los sueños y la debilidad infantil, que en cambio le resultan familiares a la madre.

La función paternal

Si la naturaleza hizo al hombre extraño a la infancia, y a la pareja madre-hijo perfectamente acabada, se plantea el problema de saber cuáles son exactamente las funciones del padre. Los hombres del siglo XIX dieron a este problema respuestas más o menos matizadas, lo cual no impidió entre ellos cierto acuerdo. La opinión pública debió favorecer una posición intermedia entre quienes re-

160. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

161. *Ibidem*.

162. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

conocen al padre una función importante y quienes consideran que esa función es prácticamente nula.

Dupanloup fue uno de los que asociaron constantemente al padre con la obra de educación de la madre. Habla mucho de los «preceptores naturales», y parece no hacer distinciones entre los educadores paternos y maternos ¹⁶³. Sin embargo, se queda siempre en el nivel de las declaraciones generales, y es difícil percibir cuál es la función específica del padre, cuál es su participación concreta en la educación «del pensamiento, la palabra, el carácter, el corazón y la conciencia» ¹⁶⁴.

Gustave Droz, autor de un best-seller de los años 1866: *Monsieur, Madame et Bébé*, es más explícito. Se dirige al padre y a la madre al mismo tiempo, y alienta a los hombres a que tengan relaciones más estrechas con sus hijos. Insiste en la importancia del afecto y de los contactos del padre, y lamenta que haya padres que no sean capaces de ser papás, que no sean capaces de rodar sobre la alfombra, de jugar al caballo, de representar al lobo feroz y de desvestir al bebé. «No pierden con ello solamente chiquilladas placenteras, sino verdaderos placeres, alegrías deliciosas...» ¹⁶⁵.

Droz no ambiciona tanto imponer tareas educativas al padre como hacer nacer en él un amor menos instintivo que el amor maternal. Con el objeto de remediar una especie de natural frialdad, sugiere, con espíritu muy moderno, recurrir a los contactos físicos y a las actividades lúdicas. Así, piensa certeramente, las costumbres comunes al hombre y al niño fortalecerán un vínculo de naturaleza precaria. La gran cantidad de reediciones y la tirada de esta obra demuestran que muchos padres fueron sensibles a esta nueva noción de la paternidad ¹⁶⁶.

Se registra un acercamiento afectivo entre padre e hijo, pero esto no significa de ningún modo que fuera una adquisición univer-

163. «Su deber es trabajar por sí mismos en la educación de sus hijos, sobre todo en la educación básica, y no alejarlos prematuramente de la casa paterna» (*De l'éducation*, II, p. 166).

164. *Ibidem*, p. 172.

165. Droz, p. 33.

166. Legouvé confirma un cambio de actitud en muchos padres, y constata: «viven más con ellos y para ellos, o por un aumento de previsión y ternura, o por debilidad y aflojamiento de la autoridad» (En *Les Pères et les Enfants du XIX siècle*, pp. 1-2).

sal, y mucho menos que fuera vivido como «obligatorio». Tampoco significa que el padre se viera verdaderamente obligado a compartir la tarea educativa con la madre. Los hombres de buena voluntad recibieron felicitaciones, pero sobre los demás no pesó el mismo oprobio que pesaba sobre las madres malas. Porque en el inconsciente colectivo sigue vigente la idea de que la crianza es ante todo asunto de mujeres, que el padre es más bien su colaborador y no un socio de igual nivel, y por último que su participación es menos necesaria, o si se quiere más accesorio.

Nada más elocuente a este respecto que el «lapsus» de L.A. Martin, autor de *L'Education des mères de famille ou la civilisation du genre humain par les femmes*, que entre 1834 y 1883 fue reeditado diez veces. En la segunda edición, de 1840, añadió un capítulo entero dedicado a la función del padre. En el prefacio escribe: «este capítulo repara un *olvido*: señala la función que le cabe al padre en la educación de los hijos que es tarea de la madre ¹⁶⁷». Olvido sumamente significativo del pensamiento inconsciente del autor, es decir, del carácter insignificante de la función paterna. Si analizamos ese capítulo agregado, hemos de ver que comienza con una constante negativa: «Nos han preguntado por qué no hacíamos intervenir al padre en la educación del niño. Nuestra respuesta es simple: dadas las costumbres y salvo raras excepciones, se vuelve casi imposible la colaboración del padre... cierto que su influencia es algo positivo cuando es buena; ¡pero qué excepcionales son los casos en que esa influencia puede ser ejercida en su plenitud! Hay dos elementos que fallan, y son el tiempo y la voluntad» ¹⁶⁸.

L.A. Martin se felicita de que los padres se hayan despojado gradualmente del despotismo y la severidad de antaño, y reconoce que están más cerca de sus hijos. Pero cuando esboza el retrato del buen padre quedamos impresionados ante la ligereza de sus obligaciones: «La porción que le corresponde al padre en la educación de sus hijos no ha de ser ni una lección ni una tarea. Si su carácter pone en evidencia su estado, si compromete su voluntad en cumplir con sus deberes de hombre y ciudadano, si sus actos están de acuerdo con sus palabras, si sus palabras expresan siempre pensamientos generosos, habrá hecho mucho más por sus hijos que los pedantes

167. Advertencia a la segunda edición.

168. p. 93.

de todas las universidades del mundo»¹⁶⁹. De modo que con dar buen ejemplo ha cumplido con su deber. Como encarna la esfera exterior y pública, bastará con que cuente regularmente lo que ha visto y oído, y lo comente en la familia para hacer de su hijo «un hombre honesto y un patriota; ésta es una educación fácil, que no altera las costumbres, que no exige ningún sacrificio, que no requiere cuidados...»¹⁷⁰. A su hija, el padre ha de enseñarle a conocer las prerrogativas del sexo masculino y la dependencia del sexo femenino. No es una tarea absorbente, basta con que se haga ver y hable y ya ha cumplido lo esencial de su contrato...

Setenta años después, Ida Sée no exigirá más, sino menos. Según ella el padre tiene solamente dos deberes: «Mantener su salud física intacta para transmitir a sus hijos (¿y a sus hijas qué?) ese bien inapreciable¹⁷¹». Más tarde, colaborar con la madre en la educación social del niño. Antes el padre no entra en cuestión, porque «es evidente que en los primeros años de la vida del hijo el padre es más lejano, más extraño¹⁷²...». Cuando por fin aparece, en su digno porte de comendador, su sola presencia y «su ejemplo son decisivos para la conducta del joven». ¹⁷³ Objetivamente, la función paterna se reduce a muy poca cosa si la comparamos con la de la madre. A nadie se le ocurre quejarse por eso. Ni a los hombres, que sin embargo en otro tiempo pusieron en evidencia sus capacidades para educar. Ni a las mujeres que parecen considerar normal, cuando no halagador, esta suma de responsabilidades. Al asumirlas con el beneplácito de los hombres, adquirieron poder en el seno de la familia, y colaboraron con la retracción del padre y con la disminución de sus funciones y de su prestigio. Pero no son las únicas responsables de esta situación. El Estado, que antes se había alineado deliberadamente junto al padre y había fortalecido su derecho a ser obedecido, adopta en el siglo XIX otra actitud, y hasta una política contraria.

169. p. 99.

170. *Ibidem*, p. 100 (el subrayado es nuestro).

171. Ida Sée, *op. cit.*, p. 101.

172. *Ibidem*, p. 41.

173. *Ibidem*, p. 97.

EL ESTADO SUSTITUYE AL PADRE

En el curso de dos siglos, la imagen del padre cambió de manera considerable. En el siglo xvii era concebido como «lugarteniente de Dios» y sucedáneo del Rey en la familia. En su escala, poseía las virtudes y los poderes de estas dos autoridades absolutas. Desde el punto de vista del derecho, a los ojos de los suyos era «omnisciente, todopoderoso y todo bondad». El siglo xviii mostró la inanidad de estos atributos reales. Pero hubo que esperar al siglo xix para descubrir que el padre podía ser ignorante, falible y malvado. Después de la madrastra natural, quedaba descubierta la existencia del «padrastra», jefe de la familia que no cumple las normas sociales ni las transmite.

Contrariamente a la madre mala que no pertenece a ningún medio en especial, el mal padre suele ser un hombre pobre y desposeído, el obrero o el pequeño artesano, que ya a fines del siglo xix estaba metido en viviendas excesivamente pequeñas, el borracho que bebe en la taberna y sólo vuelve a su casa para dormir y desahogar su excedente de violencia sobre su mujer y sus hijos. Es también el hombre que carece de educación, que por ejemplo no sabe inculcar en sus hijos valores sociales y morales, el padre del futuro vagabundo y delincuente.

En el siglo xix, el Estado, que se interesa cada vez más por el niño, víctima, delincuente o simplemente desprotegido, adquiere la costumbre de vigilar al padre. Cada vez que comprueba debidamente una carencia paterna, el Estado se propone reemplazar al que ha fallado creando instituciones nuevas. En el universo infantil aparecen nuevos personajes, que en una u otra medida tienen la función de cumplir el papel que dejó vacante el padre verdadero. Esos personajes son el maestro, el juez de menores, el asistente social, el educador y más tarde el psiquiatra, cada uno de los cuales detenta una porción de los antiguos atributos paternos. No cabe duda de que el Estado, que quitó sucesivamente al padre todas o casi todas sus prerrogativas, quiso mejorar la suerte del niño. Tampoco cabe duda de que las medidas que adoptó señalan un progreso en nuestra historia. Además fueron los gobiernos liberales los que con más energía recortaron los derechos del padre contra la oposición reaccionaria. Sin embargo, también es cierto que la política de hacerse cargo del niño y protegerlo se tradujo no solamente en una

vigilancia cada vez más estrecha de la familia, sino también en la sustitución del patriarcado familiar por un «patriarcalismo de Estado»¹⁷⁴.

Una de las instituciones que limitaron de manera considerable el prestigio paterno fue la escuela laica y obligatoria, concebida por la Tercera República. Mientras que la función de las escuelas privadas de antaño, laicas o religiosas, consistía en completar la educación familiar mediante una instrucción que respetara la ideología paterna, la escuela pública de J. Simon y J. Ferry persigue otro objetivo. Por una parte es un medio de formación del niño que deja muy atrás a todos los otros¹⁷⁵. Por otra parte, la escuela estatal trata de uniformizar las condiciones mentales, ya que no sociales, proporcionando a todos la misma enseñanza. Ahora el niño pasa la mayor parte de su tiempo en la escuela, y el maestro lo educa más que su padre. Hará ingresar en su casa los valores de aquél y no los de éste. Es el maestro quien ha de transmitir la moral social y sus normas, que debían llegar al niño a través de su padre. J. Donzelot tiene razón cuando dice que en el caso de «poblaciones cuyas amarras son muy flotantes, la misión social del maestro consistirá en colocar al niño contra la autoridad paterna, no para arrancarlo a su familia y desorganizarla un poco más, sino para que a través de él penetre la civilización en el hogar¹⁷⁶».

Ahora es el niño quien transmite a su hogar el saber y el deber. A través de él el Estado se propone controlar a la familia. Más tarde o más temprano, los padres desposeídos económica y culturalmente adherirán a los valores del maestro, portavoz de la Tercera República, de los que se hace eco el niño que vuelve a su casa por la tarde. La situación anterior se encuentra invertida por completo. El niño vehicula los valores del mundo exterior y los transmite a sus padres. Claro que este proceso no se aplica a las clases acomodadas, que siguen transmitiendo sus propios valores y enviando a sus hijos a cursos privados. Es en esos medios donde las madres desempeñan mejor su función de educadoras y pasantes. Pero tanto en uno como en otro caso, el prestigio paterno ha retrocedido. El saber del niño se le escapa, puesto que la madre o el

174. J. Donzelot, *op. cit.*, p. 97.

175. Transmisión familiar de la cultura o de habilidades para desenvolverse.

176. *Op. cit.*, p. 76.

maestro, o los dos juntos, tienen el monopolio de la educación y la instrucción. Esté en la fábrica u ocupado en sus negocios, el padre ya no tiene tiempo de enseñar nada. Sólo el campesino tiene todavía la posibilidad de transmitir a su hijo su saber y su experiencia. No es por azar que su autoridad persista prácticamente intacta durante mucho tiempo todavía.

En el siglo XIX, la escuela para todos puso fin al mito de la omnisciencia del padre, poniendo en evidencia la incapacidad de algunos padres para seguir los estudios de sus hijos, y hasta para explicarles un deber en casa. El padre tuvo que decidirse a confesar «que no sabía». El siglo XIX descubrió también que el antiguo postulado de la bondad natural del padre era inadmisibile. El padre que pegaba a su hijo desconsideradamente o lo hacía encerrar sin motivo no era una novedad¹⁷⁷. Pero nadie, y mucho menos el legislador, habían concebido que las acciones del padre pudieran condenarse. El Estado le otorgaba el poder de juzgar y castigar. A lo sumo lo ayudaba a desempeñar sus funciones y se disponía a reemplazarlo cuando no cumplía con su deber. Discutir su autoridad hubiera significado debilitarla, y hubiera sembrado el germen del desorden en la familia. El Poder no quería eso. Prefería que sucedieran algunas injusticias.

La ideología igualitaria de la Revolución y una nueva sensibilidad ante la suerte del niño determinaron un mayor control de la autoridad paterna. El hecho de rebajar la mayoría de edad a los veintiún años había limitado considerablemente esa autoridad. Para mantener detenidos a los hijos se requería el acuerdo del tribunal. Sin embargo, entre 1830 y 1855, se multiplicó por cinco la cantidad de envíos a correccionales, y se comprobó que esta práctica era propia fundamentalmente de padres necesitados¹⁷⁸. Los ma-

177. Véase primera parte: el siglo XVII había limitado algo el derecho de encierro.

178. Informe a S. M. el Emperador por S.E. el ministro del Interior, 1852, citado por P. Meyer, *L'Enfant et la raison d'état*, p. 57: «En algunos padres necesitados y depravados hemos podido comprobar una tendencia funesta a abandonar e incluso a colocar a sus hijos bajo el peso de estos juicios... Delegan en el Estado los cuidados de su educación, pero se reservan el derecho de recuperar a sus hijos al cabo de unos años para aprovecharse de su trabajo, y a veces con los designios más vergonzosos».

P. Meyer hace notar que el 85 % de los niños a los que se aplica este procedi-

gistrados y las sociedades filantrópicas se inquietaron ante este estado de cosas y se unieron para limitar el ejercicio del derecho a la corrección por parte de los padres. En adelante, los jueces han de controlar sistemáticamente las causas del descontento paterno. Son los comienzos de la «encuesta social» llevada a cabo por la policía y por «enfermeras visitantes»¹⁷⁹.

El padre se convierte en objeto de investigación y vigilancia, puesto que los vecinos y su empleador son interrogados acerca de sus costumbres y de su «moral». Lo que hace decir al P. Meyer que en realidad «el mejoramiento deseado no es sólo el del niño sino el de la familia...»¹⁸⁰. La culpabilidad había cambiado de terreno: el niño desdichado o delincuente aparecía cada vez más como la víctima de un padre indigno. Este sentimiento resultó fortalecido por la presión de las muchas Sociedades privadas de protección de la infancia¹⁸¹, alarmadas ante la suerte de los menores maltratados o moralmente abandonados y ante su impotencia para socorrerlos.

Para satisfacer estas necesidades filantrópicas y a la nueva Asistencia pública fundada en 1881, las leyes de 1889 y 1898 organizaron un traslado gradual de la soberanía paterna, «moralmente insuficiente», hacia los organismos de filántropos privados, de la Asistencia pública, hacia los jueces y médicos especializados en la infancia. La ley de 1889 reglamentaba la inhabilitación del poder paterno y sus consecuencias inmediatas. Podía pronunciarse contra los padres indignos, que «comprometieran la salud o la moral de sus hijos por ebriedad habitual, conducta notoria y escandalosa y malos tratos»¹⁸².

En 1912 se generalizó la indagación social al tiempo que la justicia para los niños. Se puso en marcha una red de investigaciones para vigilar a las familias «irregulares» e informar a la justicia a quien se entregó el derecho de corrección.

Tal vez donde la inhabilitación paterna se vuelve más estridente

miento correctivo paternal son hijos de obreros y jornaleros, contra un 2 % de hijos cuyos padres ejercen una profesión liberal.

179. Las precursoras de las asistentes sociales.

180. *Op. cit.*, p. 61.

181. Estas Sociedades se habían multiplicado con la ley de 1851, que estimulaba la iniciativa de que establecimientos destinados a moralizarlos se hicieran cargo de los niños delincuentes; véase Donzelot, pp. 80-81.

182. *Journal officiel*, exposición de motivos, ley de 1889.

sea en el recinto del tribunal de menores. Oigamos a J. Donzelot que la describe en una página conmovedora: «cuando está allí (en el tribunal), nueve veces sobre diez es para callar y conceder la palabra a su esposa. Se percibe que si está allí es a instancias de ella, o porque ha adquirido el hábito de obedecer a las convocatorias, pero no con la esperanza de desempeñar algún papel. Porque no hay papeles posibles para él. El juez ha acaparado su función simbólica de autoridad; el educador lo ha librado de su función práctica. Queda la madre, cuya función no ha sido ahogada, sino por el contrario preservada y requerida. A condición de que se sitúe en algún punto entre la súplica y la dignidad deferente. Es el papel del “abogado natural” ante el poder tutelar que encarnan los jueces ¹⁸³».

Claro que este padre ausente, silencioso, despojado de todas sus antiguas prerrogativas, es una imagen caricaturesca de la inhabilitación paterna. Pero esta situación extrema es la expresión más brutal del trastocamiento de la condición del padre. ¡Qué remoto parece el todopoderoso lugarteniente de Dios de antes! Tal vez se nos puede objetar que el conjunto de las disposiciones dirigidas a limitar el poder paternal concierne solamente a las familias pobres que transgreden o amenazan el orden social; que los padres de familias acomodadas, moral y socialmente «respectables» no tienen motivos para temer que esas medidas limiten su autoridad. Pero también ellos pueden encontrarse en esa posición humillante, aunque no sea un caso frecuente. Las leyes de 1889, 1898 y 1912, válidas para todos, constituyen con su sola existencia un control y una limitación de la autoridad paterna. Significan que cualquier padre, un día u otro, puede tener que rendir cuentas ante la sociedad y tener que justificar el ejercicio de su poder. De modo que su autoridad no es absoluta, porque la haya recibido directamente de Dios ni el Rey se la haya corroborado, ahora la distribuye el Estado y la controlan sus agentes.

Cabe preguntarse qué papel le cabe al padre entre la madre y el Estado, que cada cual a su modo han usurpado lo esencial de sus funciones. Se diría que su calidad, su prestigio y su bondad se miden más por su capacidad de mantener a su familia que por cualquier otra prestación. Esta imagen del padre que alimenta, que

183. *Op. cit.*, pp. 97-98.

asegura el bienestar de su familia, ha sobrevivido hasta nuestros días. Cuanto más se mata trabajando, cuidando de entregar puntualmente en la casa toda su paga, más se reconoce su valor. Los niños y la casa son una preocupación indirecta para él. Desde el momento que permite que esa pequeña empresa marche, puede calzarse tranquilamente las pantuflas y esperar que le sirvan la cena. Durante décadas ese padre vivió satisfecho, seguro de haber cumplido con su contrato... ¿Cómo no sentirlo así, si lo único que se le pedía era que fuera un buen trabajador, que todas las noches vuelve prudentemente a su casa? A lo sumo se le agradecía que por la noche levantara la voz contra el chiquillo recalcitrante, o felicitara al escolar estudioso.

En rigor, es preciso admitir que el hombre ha sido despojado de su paternidad. Al reconocérsele solamente una función económica, que le es exclusiva, se lo ha alejado gradualmente de su hijo, en sentido literal y en sentido figurado. Físicamente ausente durante todo el día, cansado por la noche, el padre ya no tenía mayores posibilidades de establecer relaciones con él. Sin embargo, en esta sociedad regida por hombres, parecería que esta privación contó con la complacencia de sus víctimas. ¿Qué padre hubiera cambiado su condición por la de su mujer? ¿Qué hombre se hubiera atrevido a impugnar la división familiar del trabajo y la discriminación establecida entre las funciones del padre y la madre? Es probable que a lo largo de las decenas de generaciones que se han sucedido, algunos padres hayan sufrido en secreto...

Paradójicamente, habrá que esperar la liberación económica de las mujeres, su acceso a las carreras otrora reservadas a los hombres, para que una vez establecida la igualdad los hombres piensen por fin, a instancias de las mujeres, en cuestionar la función del padre. ¿Exigirán también para sí que se los libere del compromiso económico, y se les otorgue el derecho a ser padres presentes?

Capítulo 7

El discurso médico heredado de Freud

El discurso psicoanalítico contribuyó ampliamente a hacer de la madre el personaje central de la familia.

Una vez que descubrieron la existencia del inconsciente y demostraron que se constituía en el transcurso de la infancia, de la primera infancia, los psicoanalistas se habituaron a interrogar a la madre, a cuestionarla, ante la menor perturbación psíquica del niño. Aunque el psicoanálisis no haya afirmado nunca que la madre fuera la única responsable del inconsciente de su hijo, no es menos cierto que no tardó en aparecer —y veremos por qué— como la causa inmediata, si no la primera, del equilibrio psíquico del niño. Quiérase o no, durante mucho tiempo el psicoanálisis ha dado lugar a pensar que un niño afectivamente desdichado es hijo o hija de una mala madre, aun cuando aquí el término «mala» no tiene ninguna connotación moral.

En efecto, para que una madre pueda ser la «madre buena» que desea el psicoanálisis, es preferible que en su infancia haya vivido una evolución sexual y psicológicamente satisfactoria junto a una madre relativamente equilibrada ella también. Pero si una mujer ha sido educada por una madre perturbada, es muy probable que tenga dificultades para asumir su femineidad y su maternidad. Cuando a su vez sea madre, ha de reproducir las actitudes inadecuadas propias de su madre.

De manera que la mala madre ya no es responsable personalmente, en el sentido moral del término, puesto que puede pesar sobre ella una suerte de maldición psicopatológica. Se trata más bien de una madre «no apta» para asumir su papel, una especie de «enferma» hereditaria, aun cuando los genes tengan poco que ver en este asunto. A tal punto es cierto que actualmente muchos psicoanalistas sugieren a las madres cuyos hijos tienen problemas que sigan ellas mismas una terapia analítica. La idea fundamental que los informa es que no basta con atender al niño si al mismo tiempo no es atacada la raíz del mal, esto es, el malestar de la madre.

Así que el psicoanálisis no sólo ha acrecentado la importancia otorgada a la madre, sino que además ha «medicalizado» el problema de la mala madre, sin lograr anular las declaraciones moralizantes del siglo anterior. Todavía hoy los dos discursos se superponen, hasta el punto de que la mala madre es confusamente percibida como una mujer simultáneamente mala y enferma: la angustia y la culpabilidad de la madre no habían sido nunca tan grandes como en este siglo, que sin embargo se pretendía liberador. Ciertamente el psicoanálisis no es culpable de semejante amalgama, pero lo menos que podemos decir es que no ha sido capaz de convencer de que el mal psíquico sea independiente del mal moral.

No hemos de intentar aquí un inventario exhaustivo de las teorías psicoanalíticas acerca del problema maternal, ni registrar el conjunto de polémicas que surgieron en las últimas décadas. En primer lugar trataremos de discernir el origen de un pensamiento nuevo, que traicionado o no se propagó rápidamente gracias a la vulgarización de los medios masivos de comunicación, hasta el punto de dejar en el inconsciente femenino una huella real y gravosa.

Los lectores advertidos nos perdonarán si volvemos una vez más a los «textos sagrados» y bien conocidos de Freud sobre la femineidad, y se mostrarán indulgentes cuando citemos los textos de los discípulos de Freud que ya pasaron de moda. No por eso han tenido menor influencia sobre el público en lo que se refiere a la imagen de la mujer y de la madre llamadas «normales». Sin esta vuelta atrás, es imposible comprender la problemática actual del amor maternal. Es imposible también medir los callejones sin salida y los conflictos en los que las mujeres se han visto acorraladas, especialmente a partir de la última guerra.

Ciento cincuenta años después del *Emilio*, el doctor Freud se

interroga a su vez sobre la naturaleza del «sexo» femenino, pero esta vez tomado tanto en su sentido literal como figurado. Lo mismo que su predecesor, que pretendía hablar como observador despojado de prejuicios, Freud cree describir la evolución sexual y psicológica de la mujer a partir exclusivamente de su experiencia de médico. Confió sin duda sus incertidumbres acerca del «continente negro», el enigma que representa para todo hombre el problema de la femineidad. Lo cual no le impidió proponer una teoría que en el espíritu de sus numerosos lectores generó una imagen determinada de la mujer «normal», y de rebote, una representación de la desviada, de la anormal, por no decir de la enferma. Con posterioridad, a sus discípulos no les costó demasiado esbozar el retrato de la madre «normal», que dedujeron lógicamente de la mujer que describe Freud. No hace falta precisar que estas mujeres y madres que responden a la norma establecida por el psicoanálisis son las que tendrían más posibilidades de hacer felices a sus maridos e hijos y de tener ellas mismas una vida plena.

Antes de evocar los rasgos de la «buena madre» es preciso buscar las condiciones y observar la evolución que transforma a la niña en una mujer equilibrada. De modo que hemos de releer las páginas que escribió Freud, porque son la fuente y el origen de todos los discursos ulteriores.

De la niña a la mujer normal

De acuerdo con Freud, el proceso que transforma a la niña en mujer abarca dos grandes períodos, jalonados a su vez por varias fases importantes. El primero de esos períodos se caracteriza por la bisexualidad que la niña comparte con el varón de su edad, y el segundo concierne a la evolución propia de su sexo.

LA BISEXUALIDAD ORIGINAL

La bisexualidad original es un tema que Freud desarrolló en varias oportunidades. Tomando como punto de partida las comprobaciones de la ciencia anatómica según la cual ciertas partes del aparato sexual masculino se encuentran en la mujer y viceversa, Freud adhirió a la idea de una doble sexualidad (bisexualidad)

como si «el individuo no fuera francamente macho o hembra, sino ambas cosas a la vez, y uno de los caracteres prevaleciera siempre sobre el otro¹». Evocó también la existencia de una bisexualidad psíquica, que explicaba el hecho de que en el hombre se encontrara un componente femenino (la pasividad) y en la mujer un componente masculino (la actividad). Esta bisexualidad se hace más evidente aún si comparamos al varón y a la niña durante sus primeros años de vida. «Los individuos de ambos sexos parecen atravesar de la misma manera los primeros estadios de la libido²». Freud deja entrever que esa «misma manera» es fundamentalmente masculina, cuando afirma que en el estadio sádico-anal la agresividad que manifiesta una niña no es inferior a la que manifiesta el varón: «Hemos de admitir que en ese período la niña es un hombrecito»³.

En lugar de remitirnos, como hace Freud, a una bisexualidad originaria, tal vez fuera más válido referirse a una «monosexualidad» inherente a ambos sexos, de carácter esencialmente masculino. En todo caso es lo que cabe deducir de las palabras de Freud, cuando evoca la similitud de los comportamientos sexuales masculino y femenino al comienzo de la etapa fálica: el varón aprende a procurarse placer gracias a su pene, y la niña usa su clítoris con el mismo objetivo. En la opinión de Freud (seguramente más que en la opinión de la niña), el clítoris es un «equivalente del pene», y ni ella ni el varón habrían descubierto todavía la vagina, «esencialmente femenina»⁴.

Aun cuando cabe hablar de bisexualidad en el niño varón que desea la femineidad de su madre y adopta algunas actitudes pasivas calificadas de femeninas, según Freud la bisexualidad está mucho más acentuada en la niña que en el varón. Porque mientras el hombre tiene sólo una zona genital dominante, la mujer tiene dos: el clítoris, análogo al miembro viril, y la vagina, que es exclusivamente femenina. A los ojos de Freud y de muchos psicoanalistas, este doble sexo femenino, signo de bisexualidad, constituye una

1. *Nuevas conferencias sobre psicoanálisis.*

2. *Ibidem.*

3. *Ibidem.*

4. Dejamos a un lado la célebre objeción que K. Horney opuso a Freud al afirmar que la niña experimenta sensaciones vaginales precoces. Porque la posteridad retuvo los conceptos de Freud.

dificultad suplementaria para el correcto desarrollo de la mujer. La mujer debe superar y hasta dominar esta bisexualidad originaria. En un momento determinado, cada uno de los sexos debe seguir un camino propio para realizar su diferencia específica. Es en ese momento cuando surgen las dificultades de la evolución femenina. Para medirlas mejor, detengámonos un momento en la evolución masculina, que según Freud no necesita ninguno de los esfuerzos que se le imponen a la niña para llegar a ser una mujer normal. Resumiendo sucintamente, diremos que el varón atraviesa inicialmente una etapa de gran amor por su madre, que lo alimenta, lo cuida y lo acaricia. La madre seguirá siendo objeto de su amor hasta que él la sustituya por otro objeto similar: otra mujer. Este amor pasional por la madre es acompañado por un sentimiento de celos y rivalidad respecto del padre. Es la relación triangular, fuente del complejo de Edipo.

El descubrimiento del órgano sexual femenino despierta en el muchacho el miedo a la castración. Al comprobar que el miembro viril, tanpreciado a sus ojos, no forma necesariamente parte del cuerpo, y al recordar las amenazas de que fue objeto cuando lo sorprendieron en «flagrante delito» de masturbación, empieza a temer la ejecución de esas amenazas. La angustia de la castración provoca la desaparición del complejo de Edipo y lleva a la creación del superyó. Como no puede eliminar a su padre para casarse con su madre, el niño identifica al padre con la ley y el mundo exterior. Esta interiorización de la instancia paterna constituye el superyó y concluye una de las etapas esenciales para la formación del adulto masculino.

La evolución femenina es infinitamente más complicada. Porque según afirman Freud y sus discípulos, la niña pequeña tendrá que aprender a cambiar de órgano de satisfacción, del clítoris a la vagina, y además tendrá que aprender a cambiar de objeto de amor, trasladando sobre su padre la pasión que inicialmente experimentaba por su madre. Sin lo cual corre el riesgo de no llegar a ser nunca una mujer verdaderamente femenina, y de ver amenazado su destino de esposa y de madre.

HACIA LA FEMINEIDAD

El proceso de «feminización» está sembrado de emboscadas. La niña atraviesa ante todo una fase pre-edípica mucho más importante que la del varón. Lo mismo que él, experimenta sentimientos libidinosos para con su madre, que adquieren los caracteres de cada una de las fases por las que atraviesa: oral, sádico-anal y fálica, pero esos sentimientos son también más ambivalentes. Son tiernos para con la madre que satisface sus necesidades, y agresivos porque ella nunca da bastante. Durante esta fase pre-edípica, el padre no es para ella mucho más que un rival molesto, aun cuando la hostilidad que le manifiesta es inferior a la de los varones.

Hasta entonces, las diferencias entre la evolución masculina y la femenina parecen imperceptibles. Pero los psicoanalistas aseguran que para la niña esta etapa está mucho más cargada de consecuencias. En primer lugar, este período de identificación con la madre constituye la prehistoria necesaria de toda mujer. El modo como la vida determina su destino futuro, porque al parecer la experiencia psicoanalítica demuestra que la instauración de la femineidad queda a la merced de las perturbaciones que provocan las manifestaciones de la «virilidad primera». Freud afirma que la regresión a las fijaciones de la fase pre-edípica es mucho más frecuente de lo que se cree, y que muchas veces, entre los traumatismos y fantasmas de la infancia de una mujer ha encontrado el de la seducción por su madre. Por su parte, Marie Bonaparte señala que el mayor freno para la evolución femenina no es, como suele creerse, una fijación excesivamente tenaz en el padre, «sino una fijación demasiado fuerte en la madre, clitoridianamente deseada en la infancia». Sin embargo, prosigue, la niña no puede saltar este apego pre-edípico a su madre, porque «la falta de identificación con la madre... y la ausencia de instinto maternal propiamente dicho que de ella se desprende... resulta patógena para la función erótica femenina...»⁵.

Cuando al ver los órganos genitales del otro sexo la niña descubre la «castración», «percibe inmediatamente la *diferencia*, y preciso es reconocer que comprende toda su importancia»⁶. Además,

5. Marie Bonaparte, *Sexualité de la femme*, 1977, éd. 10/18, p. 82.

6. Freud, *Nuevas conferencias*, (el subrayado es nuestro).

Freud escribe que la niña «experimenta su propia deficiencia»⁷. No se puede decir con más claridad que vive la diferencia como un signo de inferioridad. No deja de rebelarse: «muy sensible al perjuicio que se le ha ocasionado, quisiera tener ella también “un chisme como ése”»; se apodera de ella la envidia del pene»⁸. Cuando adquiere la noción de la «generalidad de ese rasgo negativo»⁹ se siente impulsada a desvalorizar a las mujeres y a su madre. Aun cuando pierda toda esperanza de tener un pene, ese deseo, según Freud, sigue durante mucho tiempo vivo en su inconsciente. Es uno de los móviles capaces de incitar a la mujer adulta a hacerse analizar.

«En la evolución de la niña el descubrimiento de la castración señala un momento decisivo»¹⁰. Se le ofrecen tres posibilidades. La primera culmina en la inhibición sexual o la neurosis. M. Bonaparte habla de las que «renuncian». La segunda consiste en una insistencia insolente en su masculinidad por parte de la niña: se niega a abandonar el placer clitoridiano. A propósito de ella Freud evoca el «complejo viril» y M. Bonaparte la llama «reivindicadora». Sólo la última actitud lleva a la «femineidad normal»¹¹, que consiste en que la niña suplanta el deseo del pene por el deseo de un hijo. M. Bonaparte considera que ésta, la que «acepta», es la mujer verdadera por excelencia. De modo que sigamos el análisis de esta última.

Después de descubrir la castración, la chiquilla normal atravesará un triple cambio psicológico y sexual: hostilidad hacia la madre, abandono del clítoris como objeto de satisfacción, y un «acceso de pasividad» que se armoniza con un mayor apego por su padre. El amor de la niña se dirigía a una madre fálica y no a una madre castrada. El hecho de descubrir la castración le permite apartarse de su madre, y dejar que predominen sus sentimientos hostiles,¹²

7. Freud, *Sobre la sexualidad femenina*.

8. *Nuevas conferencias*.

9. *Sobre la sexualidad femenina*.

10. *Nuevas conferencias*.

11. *Ibidem*.

12. Freud habría encontrado los motivos de esta hostilidad gracias a su práctica analítica. Las mujeres analizadas le suministraron una larga lista de recriminaciones contra su madre: que les dio poca leche, que tuvo otro hijo, que les prohibió que se masturbaran, y sobre todo el daño de no haberles dado pene. ¡La niña culparía a su madre de haberla hecho nacer mujer!

largo tiempo acumulados. Es deseable, porque Freud considera que el distanciamiento respecto de la madre es un paso muy significativo en el desarrollo de la niña.

Al mismo tiempo, se registra en ella un pronunciado descenso de las mociones sexuales activas y un aumento de las pasivas. Cesa la masturbación clitoridiana, porque la frustración ha afectado las tendencias activas, que se han demostrado irrealizables. Entonces, dice Freud, predomina la pasividad. Como si el modelo cultural no tuviera influencia específica ninguna sobre la conducta de la niña.

Al volverse pasiva, se encuentra por fin dispuesta a cambiar de objeto de amor. Su inclinación hacia su padre se vuelve predominante. Freud explica este nuevo deseo a través del otro, más antiguo, de poseer un falo. Ya que su madre se lo ha negado, espera obtenerlo de su padre. Pero este proceso sólo llega a su término cuando el deseo de tener un hijo reemplaza al deseo del pene. Esta equivalencia que apunta Freud entre el hijo y el pene anuncia ya una definición de la mujer normal en términos de madre posible.

Si nos atenemos al análisis freudiano, podemos constatar en efecto que la situación edípica femenina es la culminación de un proceso mucho más prolongado y penoso que el del niño varón. Además, la niña se instala en él como quien se refugia en un puerto. Como no tiene el mismo motivo que tiene el varón para superar el complejo de Edipo, que es el miedo a la castración, conserva ese complejo durante mucho tiempo, y lo resuelve sólo tardíamente y de manera incompleta. Como consecuencia, se ve comprometida la formación de su superyó, porque la niña no accede al «poder» y la «independencia» necesarios para que se forme. En 1931, Freud sacará esta conclusión trágica para la condición femenina: «preciso es reconocer que la mujer no posee en alto grado el sentido de la justicia, lo que sin duda ha de explicarse por la predominancia en su psique de la envidia del pene... Decimos también que las mujeres tienen menos intereses sociales que los hombres, y que en ellas la facultad de sublimar los instintos se mantiene débil... No puedo silenciar una sensación que se renueva constantemente en el curso de los análisis. Un hombre de treinta años es una persona joven, inconclusa, todavía susceptible de evolución... En cambio, una mujer de la misma edad nos asusta por lo que encontramos en ella de fijo, de inmutable... No hay esperanza de que en ella se produzca ninguna evolución; se diría que... la penosa evolución hacia la

femineidad hubiera agotado sus posibilidades como individuo»¹³.

No podría expresarse con mayor claridad la maldición propia del sexo femenino: agotarse en la realización de su femineidad... de manera tal que no le queda ninguna energía para ninguna otra creación.

La tríada femenina

Freud se dedicó especialmente a analizar la evolución que transforma a la niña en mujer. Pero su fiel discípula Hélène Deutsch prosiguió el trabajo iniciado y llevó a término la investigación. Consagró dos tomos voluminosos a la psicología de la mujer y de la madre, retomando por su cuenta los conceptos y postulados del maestro. Ahora le preguntaremos a ella lo que es preciso entender por «mujer normal» o «mujer femenina». H. Deutsch la define esencialmente con tres términos: pasividad, masoquismo y narcisismo.

PASIVIDAD

Aunque Hélène Deutsch menciona «la influencia inhibidora de la madre»¹⁴ como una de las causas de la pasividad de la niña, se apresura a remitirla a la causa primera, que es la pasividad constitucional: «La diferencia de conformación de los órganos genitales... va acompañada por diferencias de pulsión»¹⁵. Al olvidar su bisexualidad originaria, la niña se manifestaría «menos agresiva, menos obstinada, menos infatuada de sí misma y también más ávida de ternura, más dócil, más dependiente que el varón»¹⁶. H. Deutsch lo encarece al afirmar que «la influencia inhibidora de la madre se debe al hecho de que *siente* que la chiquilla es más débil, que tiene más necesidad de ayuda que el varón, y que no puede lanzarse a la actividad sin exponerse a riesgos»¹⁷.

13. *Nuevas conferencias*.

14. *La Psychologie des femmes*, t. I, p. 213, P.U.F. «la influencia de la madre es mucho más inhibidora para la niña que para el varón».

15. *Nuevas conferencias*.

16. *Ibidem*.

17. *La Psychologie des femmes*, I, p. 213 (el subrayado es nuestro).

Para convencer mejor de la pasividad inherente a la naturaleza femenina, Freud y después H. Deutsch establecieron una serie de analogías. Compararon lo femenino con el «óvulo inmóvil y pasivo», por oposición al espermatozoide «activo y móvil»¹⁸, y observaron que «el comportamiento sexual de los individuos machos y hembras durante el acto sexual está calcado sobre el de los órganos sexuales elementales»¹⁹. El macho toma a la hembra y la penetra. Aunque se menciona el caso de hembras activas y agresivas en el reino animal (la araña, el grillo, algunas mariposas), H. Deutsch saca igualmente la conclusión de que «ésas no son sino excepciones a la regla general»²⁰, y de que la pasividad sigue siendo la especificidad tanto de la hembra como de la mujer. «Me atrevo a decir que estas ecuaciones fundamentales: “femenino-pasivo” y “masculino-activo” se encuentran en todas las culturas y en todas las razas, bajo formas diferentes y en grados diferentes»²¹.

Para comprender esta pasividad, es preciso volver al desarrollo de los «instintos sexuales» femeninos. Por una parte, la excitabilidad sexual de la niña es «menos activa e intensa» que la del varón; por otra, su órgano sexual (el clítoris) es «menos apto»²² para alcanzar los mismos fines instintivos. Esta insuficiencia orgánica explicaría en parte que la niña abandone la masturbación, al aceptar la actividad inhibida volverse hacia la pasividad. Durante un período prolongado, la vagina, órgano pasivo-receptivo, no reemplazaría al clítoris, órgano activo. «De modo que la chiquilla se encuentra por segunda vez ante una carencia orgánica: la primera vez le faltaba un órgano activo, ahora le falta el órgano pasivo»²³. El despertar de la vagina a su plena función sexual no está en su poder, dado que depende enteramente del hombre, así que «esta ausencia de actividad vaginal espontánea constituye el fundamento fisiológico de la pasividad femenina»²⁴.

18. *Nuevas conferencias, La Psychologie des femmes*, p. 193.

19. *Nuevas conferencias, La Psychologie des femmes*, p. 194.

20. *La Psychologie des femmes*, I, p. 191.

21. *Ibidem*, p. 194. H. Deutsch evoca los estudios de M. Mead sobre los Mundugumor, donde las mujeres tienen un papel activo y agresivo. Pero afirma que esas actitudes no prueban nada.

22. H. Deutsch, *op. cit.*, I, p. 197.

23. *Ibidem*, p. 198.

24. *Ibidem*, p. 201.

MASOQUISMO

Vinculado con la pasividad, el masoquismo es la segunda característica esencial de la mujer. Inicialmente el varón y la niña poseen la misma agresividad, pero no podrán seguirla manifestando de la misma manera. Mientras que la agresividad masculina puede dirigirse fácilmente hacia el exterior, se asegura que la de la niña «debe volverse hacia adentro»²⁵. Y esta agresividad reprimida, vuelta contra su propio yo, constituiría el masoquismo femenino, que gracias a Dios se transformaría en la necesidad de ser amada.

Para comprender el proceso de la evolución masoquista, debemos detenernos en la etapa puberal de la chiquilla. Al distanciarse de su madre, asume una actitud erótico-pasiva hacia su padre²⁶. Inconscientemente, el padre aparece como el seductor de quien se espera que tome iniciativas. Según H. Deutsch, es entonces cuando los componentes agresivos de la niña se transforman en componentes masoquistas frente a su padre, y después en actitud masoquista frente a todos los hombres²⁷.

NARCISISMO

Afortunadamente, el narcisismo viene a contrabalancear la tendencia masoquista. Se relaciona con la fase infantil de formación del yo durante la cual la libido toma por objeto al yo, es decir, cuando el niño se ama a sí mismo. En la niña, este amor de sí misma se transforma gradualmente en deseo de ser amada. Para comprender la peculiar intensidad del narcisismo femenino, es preciso recordar que tiene una función doblemente compensadora.

25. *Ibidem*, p. 207.

26. *Ibidem*, p. 218: «el padre representa el mundo circundante que ulteriormente ejercerá una influencia inhibitoria sobre la actividad de la mujer, y la arrojará a su papel pasivo, determinado constitucionalmente».

27. Lo mismo que Freud, H. Deutsch apela a su experiencia analítica para confirmar estos conceptos. Afirma que el análisis de la vida imaginativa de las niñas púberes revela el contenido masoquista de sus deseos. Serían numerosas las que sueñan con violaciones, con perseguidores armados de cuchillos, con ladrones que roban un objeto precioso. Sus fantasmas eróticos conscientes también estarían vinculados con imágenes de violación. Al masturbarse, a las muchachas les gustaría imaginarse golpeadas, humilladas, pero también amadas y deseadas.

Por una parte, le sirve como compensación a la humillación de su inferioridad genital²⁸. Por otra, pone límites a su tendencia masoquista que la lleva a objetivos riesgosos para su yo. Gracias al narcisismo, el yo se defiende y afianza su seguridad intensificando su amor por sí mismo. Porque una mujer normal no puede evitar su tendencia masoquista. Le es necesaria para superar las principales etapas de su vida: el acto sexual, el parto, la maternidad, etapas de la reproducción estrechamente vinculadas con el sufrimiento.

Esta teoría del masoquismo femenino sirve de justificación *a posteriori* de la aceptación de todos los dolores y todos los sacrificios. Si la mujer está hecha naturalmente para sufrir, y además eso le gusta, no hay motivo para molestarse. Teoría aún más temible que la teología judeo-cristiana. La teología dice que la mujer debe sufrir para expiar el pecado original. La maldición tenía una razón moral, y el dolor físico era el precio que hay que pagar por la culpa. Al menos no se le pedía que lo amara. En la teoría freudiana, la maldición es biológica: la causa del infortunio es una insuficiencia orgánica, la ausencia del pene. Pero Freud o H. Deutsch parecen decir: «¡Mirad qué bien hace las cosas la naturaleza, le ha dado a la mujer la posibilidad de encontrar placer en el sufrimiento!...» A la mujer normal le gusta sufrir. Aquella a quien no le gusta y se rebela contra su condición, no tiene más alternativas que sumirse en la homosexualidad o en la neurosis. Se ha cerrado el círculo: ¡si la mujer se niega a asumir su verdadera naturaleza, que es masoquista, entonces será realmente desdichada! Durante más de treinta años, no se supo cómo responder a esto...

La buena madre

Era fácil deducir de semejante imagen de la mujer normal la imagen de la buena madre. H. Deutsch la define como «la mujer femenina», constituida por una interacción armoniosa entre tendencias narcisistas y la aptitud masoquista para soportar el sufrimiento. En la mujer maternal, el deseo narcisista de ser amada se

28. Esta hipótesis explicaría también por qué la maternidad disminuiría la tendencia narcisista. Como la posesión del niño alivia a la mujer de su inferioridad anterior, puede consagrar su capacidad de amor a su hijo.

metamorfosea mediante el traslado del yo al niño, que es sólo un sustituto del yo. En cuanto a los componentes masoquistas del espíritu maternal, se manifiestan fundamentalmente en la aptitud de la madre para sacrificarse ²⁹, en su aceptación del sufrimiento en bien de su hijo, y por último en el abandono de la dependencia del hijo cuando a éste le llega el momento de la liberación.

La aptitud de la madre para aceptar el sufrimiento se ve contrabalanceada por las «alegrías de la maternidad» que ponen un freno a sus tendencias masoquistas espontáneas. Pero pobres de las mujeres que ignoren estas tendencias: «cada vez que el masoquismo femenino con su aptitud activo-maternal para el sacrificio deja de funcionar, el alma de la mujer puede ser víctima de un masoquismo más cruel, que proviene del sentimiento de culpabilidad» ³⁰. Una vez más, la desgracia acecha a las mujeres que no quieren sufrir. Pero estas mujeres no debían ser más que infortunadas excepciones, dado que H. Deutsch afirma la existencia de un instinto maternal, cuyas formas primitivas habían sido químicas y biológicas. Rindamos homenaje a la sabiduría de la naturaleza, que ha hecho de manera que el amor de la mujer por su hijo sea «normalmente mayor que su amor por sí misma» ³¹.

Afianzados en estas consideraciones, podemos proceder a la descripción de las actitudes y la experiencia de la buena madre, la que el psicoanalista-pediatra Winnicott calificaba de «normalmente abnegada» ³². La primera condición de una buena maternidad es la capacidad de adaptarse a las necesidades del hijo, esto es, la prolongación, en el nivel psicológico y durante varias semanas después del nacimiento, de la relación biológica intrauterina ³³. Winnicott dedicó un artículo a la descripción de ese sentimiento, «la preocupación materna primordial» ³⁴, que nace con el embarazo y se pro-

29. Pero contrariamente a la mujer femenina que no es madre, no exige del objeto amado ninguna compensación.

30. *Psychologie des femmes*, II, p. 45.

31. *Ibidem*, p. 43.

32. D. W. Winnicott, *Conozca a su niño*. Psicología de las primeras relaciones entre el niño y su familia. Buenos Aires, 1962. Ed. Hormé-Paidós.

33. H. Deutsch (*op. cit.*, p. 231) describe esta especie de simbiosis entre la madre y el hijo como «un cordón umbilical psíquico», vínculo emocional que reemplaza al cordón umbilical fisiológico en cuanto lo cortan.

34. Artículo publicado en 1956, en *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot, p. 168.

longa durante unas semanas después del parto. Pondría a la madre en un estado de repliegue y de disociación próximo al estado esquizoide. Pero este sentimiento de hipersensibilidad materna es una enfermedad positiva, que permite a la «madre normal» adaptarse a las primeras necesidades del recién nacido con delicadeza y sensibilidad. La madre «normalmente abnegada», se define pues inicialmente por su capacidad para preocuparse de su hijo excluyendo cualquier otro interés. Porque puede ponerse en el lugar del bebé es que el bebé se desarrolla armoniosamente, sin verse demasiado perturbado por las privaciones de todas clases. Si la madre no lo logra ³⁵, sus carencias provocan fases de reacción a los choques que interfieren el buen desarrollo del niño. En el peor de los casos, este tipo de madre «puede hallarse en el origen de un niño autista» ³⁶.

Sabemos que en varias oportunidades Freud prohibió dar consejos a los padres, argumentando que toda educación se salda con un fracaso. Después de la guerra, muchos de sus discípulos olvidaron la advertencia y pasaron de lo descriptivo a lo normativo. Hubo psicoanalistas que se hicieron célebres trazando el retrato de la buena madre y dando consejos a las mujeres en libros especialmente escritos para ellas o a través de medios masivos de comunicación ³⁷. El éxito de estos primeros divulgadores del psicoanálisis da testimonio del desconcierto de las madres al tiempo que de su creencia en un ideal, que desmienten la noción de una actitud materna instintivamente adecuada. Todos y cada uno de los gestos de la madre se convirtieron en objeto de recomendación.

EL AMAMANTAMIENTO

Darle el pecho es la primera prueba de amor de la madre hacia su hijo, porque genera profundos sentimientos de placer, físicos y espirituales. El modo de amamantamiento más satisfactorio según Winnicott es el denominado «natural», esto es, dar el pecho cuando

35. Winnicott, *op. cit.*: «Para una mujer cuya identificación masculina es muy fuerte, este aspecto de la función maternal puede resultarle especialmente difícil de realizar, porque el deseo reprimido del pene deja poco espacio para la preocupación maternal primaria».

36. *Ibidem*, p. 171.

37. Véanse especialmente los doctores Spock y Dolto en France-Inter y Winnicott en la B.B.C.

el bebé lo desea. «Esa es la base.» Hasta que el bebé no encuentre un ritmo regular, el método más rápido para evitarle apuros es que «la madre le dé el pecho cuando el bebé lo requiera durante otro período, y vuelva a horarios regulares que se acomoden al bebé cuando éste se haya hecho capaz de soportarlos»³⁸. Lo que Winnicott omite es que una crianza así, sin normas ni horarios, puede prolongarse durante meses. Como sólo alrededor de los nueve meses se encara un destete gradual, no podemos dejar de inquietarnos por las mujeres que vuelven al trabajo poco tiempo después del parto. Estos conceptos se transmitieron por las antenas de la B.B.C.; imaginemos entonces el sentimiento de culpabilidad que habrán tenido las oyentes que no se reconocían en este retrato de la buena madre³⁹. Y sin embargo, ésta era la imagen que sostenía el conjunto de los grandes psicoanalistas de la posguerra. Hélène Deutsch⁴⁰, pero también Mélanie Klein, exaltaron el amamantamiento natural y la dedicación materna. Hasta el punto de que M. Klein se creyó con derecho a afirmar que «si la experiencia demuestra que *a menudo* los niños a quienes la madre no les dio el pecho se desarrollan muy bien (...) el psicoanálisis descubre siempre en personas criadas así un deseo profundo del seno que nunca fue satisfecho... *Cabe decir* que de un modo u otro, *su desarrollo hubiera sido diferente o mejor* si hubieran gozado el beneficio de un amamantamiento satisfactorio. Por otra parte, mi experiencia me permite concluir que los niños que a pesar de habérseles dado el pecho presentan problemas en su desarrollo, estarían todavía peor si no lo hubieran recibido»⁴¹. Son palabras crueles para todas las mujeres, que no daban el pecho a sus hijos, que eran muy numerosas después de la guerra. Palabras no refutadas en tanto el prestigio del psicoanálisis estaba en su apogeo y a nadie se le ocurrió pedirle a Mélanie Klein alguna prueba de lo que decía.

OTRA VEZ LA ABNEGACIÓN

La madre «normalmente abnegada» resultó ser la madre «que no tiene prisa»⁴², atenta a todas las necesidades de su hijo, la que

38. Winnicott, *Conozca a su niño...*

39. *Ibidem*.

40. *Op. cit.*, II, p. 248.

41. Texto citado en *El amor y el odio* (el subrayado es nuestro).

42. Winnicott, *op. cit.*

se ocupa de él por entero. Así que la madre «normalmente abnegada» es en realidad la madre «absolutamente abnegada». Sin embargo esta abnegación no basta para ser una buena madre. Para que la relación entre madre e hijo sea plenamente lograda, es indispensable que la madre encuentre placer en ella. De no ser así, «todo es muerto, mecánico y sin utilidad»⁴³. Razón por la cual Winnicott exhorta a las madres a que se regocijen con su situación. «Apenas comenzamos a comprender hasta qué punto el recién nacido tiene una necesidad absoluta del amor de su madre. La salud del adulto se forma en el curso de la infancia, pero es usted, la madre, quien ha de establecer las funciones de esa salud en el curso de las primeras semanas y meses de la existencia de su bebé... Disfrute de que se le atribuya esa importancia. Disfrute dejando a los demás la tarea de conducir el mundo mientras usted pone en el mundo a un nuevo miembro de la sociedad... Disfrute con las contrariedades que ocasiona el bebé⁴⁴, cuyos llantos y gritos le impiden aceptar la leche que usted desea dispensar generosamente. Disfrute con toda clase de sentimientos femeninos que no podría ni comenzar a explicarle a un hombre... Además, el placer que usted encuentre en el trabajo sucio que constituye cuidar al bebé es de una importancia vital para él»⁴⁵.

Para justificar los sacrificios que le exige a la madre, Winnicott añade: «¿Sabe la madre que al actuar de ese modo establece los fundamentos de la salud de su hijo, y que éste no accederá a una salud mental íntegra si no tuvo desde el comienzo esta clase de experiencia que ella se esfuerza tanto en proporcionarle?»⁴⁶. No se podría expresar mejor la responsabilidad enorme que pesa sobre la madre. ¿Y cómo dejar de percibir la continuidad cabal que une este discurso con los del siglo xviii? Con Winnicott y los suyos, alcanzamos la cúspide de las responsabilidades maternas, y de rebote un sentimiento difuso de culpabilidad. ¿Cómo no había de sentirse la madre responsable, y culpable por lo tanto, ante la menor dificultad psicológica de su hijo? ¿Ha dado bastante de sí misma? ¿Gozó

43. Winnicott, *op. cit.*

44. Los mismos argumentos que los moralistas del siglo xviii.

45. Winnicott, *op. cit.* (el subrayado es nuestro).

46. *Ibidem*, p. 142.

al entregarse a su hijo? En suma, ¿ha tenido el grado de masoquismo que debe tener una mujer normal? Preguntas que la madre no puede dejar de hacerse, si lee las revistas femeninas y escucha la radio.

LA MADRE MALA

La representación negativa de la madre mala hubo de fortalecer el sentimiento de culpabilidad de las mujeres. H. Deutsch se refiere a las «aberraciones» a que da lugar el relajamiento de los impulsos maternos instintivos: «por ejemplo, el sistema que consiste en deshacerse del niño durante su primer año de vida confiándolo a una nodriza mercenaria (costumbre que las clases medias francesas practicaron durante dos siglos)... o el casi igualmente deplorable de proteger los pechos de la madre pagando a una nodriza o alimentando al niño con biberón...»⁴⁷. Evocando la ceguera de quienes niegan la importancia de la madre en los primeros meses y afirman que una buena nodriza cumpliría su papel con la misma eficacia, Winnicott encarece: «Llegamos a encontrar madres (espero que en este país no) a quienes se les dice que *deben criar* a su hijo, lo que representa la más absoluta negación del hecho de que criar viene naturalmente del hecho de ser madre»⁴⁸. Se quiso ignorar, pues, que no todas las mujeres son espontáneamente maternales. Al postular que la maternidad genera naturalmente el amor y la dedicación al niño, las «aberraciones» eran percibidas como excepciones patológicas a la norma.

H. Deutsch se concentró en el caso de la mala madre e intentó explicar su comportamiento invirtiendo las características de la buena. Partiendo de la idea de que «la expresión más alta del amor maternal se alcanza cuando han sido abandonados y sublimados todos los deseos masculinos (deseo del pene)», deduce que las mujeres que todavía experimentan esos deseos sufren conflictos internos poco favorables para una maternidad plena. Como el amor maternal se desarrolla solamente a expensas del amor de sí, necesariamente empobrece el yo de la madre. En algunas madres, el yo lucha por expresarse y satisfacerse, y esta tendencia «egoísta» entra

47. H. Deutsch, *op. cit.*, II, pp. 9-10.

48. Winnicott, *op. cit.*, (el subrayado es nuestro).

en conflicto con la que aspira a conservar el cordón umbilical con el hijo. Cuanto más vivas estén esas tendencias viriles, más resueltamente podrá el yo apartarse de las tareas de la maternidad ⁴⁹.

H. Deutsch observó que la alimentación artificial, que estaba de moda en la posguerra, representaba una solución de compromiso que aspiraba a conciliar los intereses personales de la mujer con los de la madre. Pero muy certeramente, añadió que ese compromiso acentuó el conflicto. Porque por una parte les ofrecía a las mujeres posibilidades cada vez más grandes de desarrollar su yo fuera de la función reproductora, al tiempo que exaltaba cada vez más la ideología de la maternidad activa.

La necesaria distinción de los papeles

La teoría psicoanalítica de la necesaria distinción entre el papel del padre y el de la madre, agudizó el malestar de algunas mujeres. Mientras que un número cada vez mayor de mujeres trataba de desarrollar equilibradamente todos los aspectos de su personalidad, incluidos los que tradicionalmente se consideraban activos y viriles, mientras reclamaban compartir las tareas con los hombres, el psicoanálisis nunca dejó de afirmar la heterogeneidad de las funciones paterna y materna. En lo que hace a este aspecto, lo esencial de los conceptos del psicoanálisis no ha cambiado desde sus orígenes, aun cuando aquí y allá se perciben modificaciones de vocabulario. A los ojos de Freud y de sus sucesores, la madre simboliza ante todo el amor y la ternura, el padre la ley y la autoridad. Pero mientras que hicieron de la abnegación maternal un tema inagotable, no hicieron lo mismo con la función cotidiana del padre. Se descontaba que durante los primeros meses y también los primeros años de la vida del niño, era la madre la que desempeñaba una función esencial junto a él.

49. Cuantas más ambiciones personales tiene (asimiladas a los deseos viriles), menos apta parece para cumplir sus deberes de buena madre.

LA FUNCIÓN PATERNA

Cuando en sus conferencias en la B.B.C. Winnicott intentó definir al «buen padre» del niño pequeño, expuso la concepción más tradicional de la paternidad. Estas son las ocho ideas principales que jalonan su exposición.

La madre es responsable de la buena paternidad de su marido. La madre aparece como la intermediaria necesaria entre el padre y el hijo. «De la madre depende que el padre conozca o no al bebé»⁵⁰. Es asunto de ella «enviar a padre e hijo a pasear juntos de vez en cuando, a hacer una expedición...»⁵¹. Winnicott concluye: «No depende de usted que sus relaciones sean ricas... pero sí depende de usted hacer posible esas relaciones, no estorbarlas ni malograrlas»⁵².

La presencia del padre puede ser sólo episódica. «Hay una serie de razones en virtud de las cuales es difícil que un padre participe en la educación de sus hijos. En primer lugar, es probable que sólo excepcionalmente esté en casa cuando el bebé está despierto. Pero muchas veces, aun cuando está en casa, «a la madre le resulta difícil saber cuándo tiene que recurrir a su marido y cuándo prefiere alejarlo»⁵³. Para sostener la autoridad de la madre «no necesita estar allí todo el tiempo, debe mostrarse lo bastante a menudo como para que el niño experimente el sentimiento de que es real y de que está vivo»⁵⁴. Winnicott acepta la idea de que *hay padres que no se interesan nunca por su bebé*.⁵⁵ La reflexión que sigue fortalece indiscutiblemente la contingencia del amor paternal: «sin embargo, si el padre está presente y desea conocer a su hijo, es una suerte para el niño...»⁵⁶.

Los padres no pueden reemplazar a las madres. «No se puede

50. Winnicott, *op. cit.*

51. *Ibidem.*

52. *Ibidem.*

53. *Ibidem.*

54. *Ibidem.*

55. *Ibidem.*

56. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

asegurar que sea conveniente que el padre aparezca en escena prematuramente... Hay maridos que tienen la sensación de que serían mejores madres que sus mujeres, y pueden resultar muy pesados... Puede ser también que haya padres que realmente serían mejores madres que su mujer. *Pero no pueden ser madres*»⁵⁷. Winnicott no justifica esta última afirmación, porque se descuenta que un hombre no tiene pechos y que la alimentación artificial no sustituye el amamantamiento natural...

El bebé prefiere a su madre. «Inicialmente el bebé conoce a su madre. Tarde o temprano reconoce algunas de sus cualidades, y las asocia siempre a ella: la dulzura, la ternura... De tiempo en tiempo, el niño odiará a alguien, y si el padre no está presente para decirle hasta dónde puede llegar detestará a la madre, lo cual generará en él una gran confusión, porque *fundamentalmente a quien más ama es a su madre*»⁵⁸.

¿Por qué «fundamentalmente»? ¿No sucede más bien que la ha conocido antes?

El padre es el vertedero del odio del niño. «Es mucho más fácil que los hijos tengan padre y madre. Uno de ellos puede ser percibido siempre como amante, mientras que el otro es detestado; esto tiene un efecto equilibrador»⁵⁹. Si nos atenemos al principio anterior, el niño puede odiar al padre sin que eso le traiga problemas...

La primera virtud positiva del padre: permitirle a su esposa que sea buena madre. «El padre es necesario en la casa para ayudar a la madre a sentirse físicamente bien y espiritualmente dichosa»⁶⁰.

A los ojos del niño, el padre encarna la ley, el vigor, el ideal y el mundo exterior, mientras que la madre simboliza la casa... y el trabajo doméstico. «Como sabéis, papá va a su trabajo a la mañana mientras la madre se dedica a las tareas domésticas y atiende a los niños. El trabajo de la casa es algo que los niños conocen fácilmen-

57. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

58. *Ibidem* (el subrayado es nuestro).

59. *Ibidem*.

60. *Ibidem*.

te porque se realiza siempre a su alrededor. El trabajo del padre, para no hablar de sus actividades de aficionado cuando no trabaja, ensancha la visión que el niño tiene del mundo»⁶¹.

Winnicott no puede imaginarse que el padre limpie la verdura mientras la madre va a la oficina o al taller. Toda su exposición está fundada en una distinción radical de los papeles, fundada a su vez en la necesidad del amamantamiento materno que el padre no puede ofrecer al bebé. También aquí la diferencia anatómica (la que los tiene es la madre...) justifica la diferencia entre el destino del padre y el de la madre.

Al leer los textos de Winnicott, nos persuadimos muy pronto de que el padre tiene una importancia secundaria en la vida del hijo; sobre todo cuando concluye que lo único que se le puede exigir eficazmente a un padre es que «esté vivo y lo siga estando durante los primeros años de la vida de sus hijos»⁶². Realmente, a nadie se le ocurriría que sea una exigencia exorbitante.

EL PADRE SIMBÓLICO

Más recientemente, hay psicoanalistas que han vuelto a pensar el problema del padre, disociando el padre simbólico del padre de carne y hueso. Se trate de J. Lacan o de F. Dolto, cada cual a su manera ha vuelto a otorgar una importancia «fundamental» a este personaje que las últimas décadas tendían a minimizar. Observaron que aunque la suya fuese una función reducida, su función simbólica no era por eso menos esencial.

En primer lugar, el padre es siempre la correa de transmisión de la filiación nominal.⁶³ Gracias a su patronímico el niño puede insertarse en el grupo social e intentar resolver el angustioso problema de los orígenes. Además, Jacques Lacan ha insistido abundantemente en la importancia del «nombre-del-padre», significante que en el inconsciente del niño representa al padre simbólico, soporte de la ley. Ningún ser humano puede prescindir de este elemento fundador del orden simbólico sin graves perjuicios. Cuando el nombre-del-padre está excluido, se desencadena la psicosis en el

61. *Ibidem*.

62. *Ibidem*.

63. En nuestras sociedades patrilineales.

hijo que no logra erigirse en sujeto: sujeto del discurso y sujeto social.

Para comprender toda la importancia del padre, símbolo de la ley y de la prohibición (y prioritariamente de la prohibición del incesto), es preciso recordar que el dúo originario madre-hijo, después de cierta etapa, puede convertirse en patógeno. En los comienzos de la vida del bebé, la relación de dependencia absoluta respecto de la madre es una necesidad biológica, pero su prolongación indebida obstaculiza el desarrollo infantil. En efecto, al satisfacer las necesidades del bebé, la madre entra con él en una relación de deseo, y el niño trata de satisfacer este deseo inconsciente de su madre. Si por una razón u otra siendo niña la madre no superó bien su fase pre-edípica, puede tender a considerar a su hijo como sustituto sexual o como «objeto fantasmático». Al hacerlo, interfiere en su desarrollo, que ha de pasar necesariamente por la etapa edípica. Atrapado en el mundo maternal, el niño ya no acierta a salir de esta relación asfixiante, devoradora, ni a tomar conciencia de sí como sujeto sexuado e independiente. Si el deseo incestuoso no encuentra ninguna ley que se le oponga, la angustia se apodera del niño que no encuentra su sitio en el mundo.

Sea la madre patógena o no, el padre debe inmiscuirse, llegado el momento, en la pareja madre-hijo. Es él quien debe separarlos, y reemplazar el dúo original por la relación triangular que es la única específicamente humana. Mediante su presencia, que suele ser más simbólica que efectiva, hará comprender al niño que su madre le está vedada porque pertenece a otro, y que para superar la angustia de castración debe hacer el duelo de su deseo incestuoso. Sólo cuando interioriza la ley paterna el hijo puede tener un «yo» autónomo y experimentarse como un sujeto independiente, capaz de afrontar el mundo exterior.

Es tan grande la importancia que se otorga al padre simbólico, que demasiado a menudo se omite evocar concretamente al padre de carne y hueso. Pierre David llama la atención sobre la significativa intriga de una exitosa comedia, *Les enfants d'Edouard*. El autor, M. G. Sauvajon, presentaba a una brillante mujer de letras, madre de tres hijos, en cuyo salón reinaba el retrato de Edouard, el padre desaparecido. Los hijos y los espectadores no tardan en enterarse de que Edouard no existió nunca, que es sólo un mito elaborado por la madre para ocultar el hecho de que cada uno de sus hijos

tiene un padre diferente. Como observa el doctor David, la madre ha logrado éxito en la educación de sus hijos colocando en lugar del padre real no sólo un personaje de ficción sino una imagen del padre (la foto). Pierre David comenta: «¡Evidentemente, se trata de una pieza de teatro! Pero en la realidad contemporánea, ¿cuántas familias hay que resisten porque por una o varias generaciones hay mujeres que se revelan para mantener un linaje de hombres que sólo se sostiene con un nombre, una fachada, con apariencias? ⁶⁴».

EL PADRE DE CARNE Y HUESO

Françoise Dolto se cuenta entre quienes no se limitaron a hacer la teoría del padre simbólico. Al responder diariamente en France-Inter a las preguntas que le planteaban los padres, y especialmente las madres, F. Dolto lamentó a menudo que en los casos que le eran consultados no se mencionara al padre. Cuántas veces le hemos escuchado decir: «¿Qué hace el padre? ¡No me dice nada de él!». Son tan pocas las veces en que se habla del padre cuando se trata de los problemas que plantea un niño, que F. Dolto reconoció: «Sí, hasta el punto de que a veces se diría que no existe» ⁶⁵. F. Dolto no debiera extrañarse de esta ausencia de los padres, dado que hace aproximadamente dos siglos que su acción y su importancia reales son borradas cuidadosamente. A los psicoanalistas no les cabe poca responsabilidad, dado que han hecho hincapié en la conducta de la madre, y en el padre simbólico en detrimento del padre real. Así que hay que rendir homenaje a quienes como F. Dolto se han decidido a hablarnos del padre de carne y hueso.

A la pregunta de un oyente-padre que se quejaba de no tener relaciones satisfactorias con sus hijos, que se burlaban de sus actitudes tiernas y sus besos, F. Dolto le contestó lo siguiente: «*El amor del padre no se manifiesta nunca a través del contacto físico. Puede haberlo mientras el niño es muy pequeño, por qué no. Pero pronto debe dejar de existir o reducirse al mínimo. El padre es el que pone la mano en el hombro y dice: "¡hijo!" o "¡hija!"; el que pone al hijo en sus rodillas, le canta canciones, le da explicaciones sobre las*

64. P. David, *op. cit.*, p. 120.

65. F. Dolto, *Lorsque l'enfant paraît*, t. II, p. 171.

imágenes de los libros o de las revistas, *contando* cosas de la vida; *explica* también las razones de su ausencia; como suele estar fuera, el niño puede suponer que *conoce el mundo* mejor que mamá, que conoce sobre todo las cosas de la casa... El padre tiene que *salir con sus hijos*, llevarlos a ver cosas interesantes (si tiene una niña y un varón saldrá con ellos por separado, porque las cosas que les interesan son diferentes). Los padres han de saber ante todo que no es por contacto físico sino a través de la palabra como han de ganarse el afecto y el respeto de sus hijos»⁶⁶.

Este retrato del buen padre es interesante en más de un nivel. Ante todo confirma la imagen tradicional del hombre, que es simultáneamente detentador de la palabra y representante del mundo exterior. Además, se diría que el padre no puede tener más contactos que los lingüísticos y racionales con sus hijos. Es el que «dice», «canta», «cuenta», «explica». Da razón de los actos, y al hacerlo transmite la ley moral universal. En cambio le está formalmente prohibido cuidar a sus hijos y mimarlos, bajo pena de perder su afecto y su respeto. Así que el amor paternal tiene la peculiaridad de que sólo se concibe y realiza a distancia. Entre él y sus hijos es imprescindible la mediación de la razón, que permite precisamente mantener las distancias. Por último, este texto tiene el mérito de consolidar la distinción de los papeles masculino y femenino, del padre y la madre. Al leer estos conceptos, nadie sabe si F. Dolto considera que ésta es una situación natural y por consiguiente necesaria o si se limita a constatar un hecho social y contingente. Sea como fuere, no hay nada que nos autorice a creer que ella piense en cuestionarla. Sobre todo cuando leemos este texto: «Desde que tiene tres años de edad, a una niña le gusta hacer todo lo que hace mamá en la casa: limpia las verduras, hace las camas, encera los zapatos, sacude las alfombras, pasa la aspiradora, lava la vajilla, lava y repasa... También le gusta hacer todo lo que hace el padre con las manos».⁶⁷ Al parecer, F. Dolto descuenta que es la madre, soberana doméstica, la que se encarga de hacer el trabajo doméstico y de cocinar. Y no el padre.

66. F. Dolto, *op. cit.*, pp. 71-72 (el subrayado es nuestro).

67. *Ibidem*, p. 83: el padre hace chapuzas, reparaciones, cuida el jardín.

LA PRESENCIA MATERNA

F. Dolto subraya una y otra vez la idea de que la casa y los niños que la habitan son el objeto conjunto y prioritario de la preocupación maternal. «En mi opinión, el niño necesita la presencia de su madre hasta el momento en que puede establecer contacto con otros, esto es, hasta los 25 o 28 meses en los niños de desarrollo sano, momento en que ya han adquirido soltura al andar y claridad para hablar»⁶⁸.

A las madres a quienes «les exaspera ocuparse solas de sus hijos»⁶⁹, F. Dolto les aconseja que los coloquen en una guardería y trabajen, porque «no son positivas para sus hijos». Sólo una vez, cuando menciona la posibilidad de un subsidio para la madre que se queda en la casa (hasta el tercer año de su hijo), plantea la pregunta: «¿Y por qué no al padre?»⁷⁰. Infortunadamente esta pregunta quedará sin respuesta, como si la eventualidad no se tomara verdaderamente en serio. Por otra parte, en los dos tomos⁷¹ que siguen la hipótesis no volverá a plantearse.

Se dirá que al tener en cuenta el caso de las mujeres a quienes no les gusta dedicarse exclusivamente a sus hijos, F. Dolto testimonia flexibilidad y comprensión. Al sugerirles la guardería y el trabajo, les abre una salida honorable. Esto es cierto en teoría. Pero en realidad ninguna madre acepta reconocer que es «mala» para su hijo. Vivirá el hecho de colocarlo en una guardería como un abandono, como una confesión de egoísmo y como la comprobación de un fracaso. Sobre todo cuando el trabajo de la madre no es para la pareja una necesidad económica. Por último, no existe ninguna prueba de que una madre que trabaja fuera sea más cariñosa por la noche, cuando establece contacto con su hijo, como lo cree F. Dolto.

Es sumamente probable que muchas mujeres preferirían compartir sus ocupaciones maternas con el padre de sus hijos; esta solución parecería más natural y menos culpabilizadora que recurrir a mercenarias o a la guardería.

68. *Ibidem*, tomo II, p. 64 y tomo I, p. 181.

69. Tomo II, p. 65.

70. Tomo I, p. 181.

71. En el momento en que escribimos, la emisión de France-Inter «Cuando aparece el niño» ya lleva tres volúmenes.

Pero en razón de la teoría de la distinción de papeles, los psicoanalistas siempre se han negado a responder a este deseo, que tal vez no sea una exclusividad de las mujeres. Para ellos la no distinción de papeles es una posible fuente de confusión y por consiguiente de perturbación para el niño. Razón por la cual prefieren que una mercenaria reemplace a la madre natural antes que el padre asuma en parte el papel maternal. Y a la inversa, prefieren un padre-*bis* antes que una madre que asuma simultáneamente ambos papeles. Porque una vez que la ley paterna y el amor maternal se han declarado heterogéneos, es preferible que se encarnen en personas de sexo diferente.

LA RESPONSABILIDAD MATERNAL

En consecuencia, el padre no puede suplir eficazmente las ausencias de la madre en los primeros años de la vida del hijo. La madre se siente irremplazable en el seno de la familia. Si ni la madre ni la suegra pueden reemplazarla no tiene más remedio que acudir a una extraña. ¿Pero cómo puede estar segura por anticipado de que la puericultora, la nodriza o la muchacha que trabaja por cama y comida a la que cada día entrega su hijo se ocupará de él con cariño y seriedad? ¿Cómo puede adivinar que no fallará, que no habrá que reemplazarla por otra, que habrá que reemplazar a su vez? ¿Cómo no ha de sentirse sumamente responsable, si sabe o sospecha que precisamente esos primeros años, los que le incumben a ella, la madre, son los determinantes para el futuro de su hijo? Por último, ¿cómo no ha de sentirse culpable en cuanto ese hijo afronte una dificultad psicológica?

Françoise Dolto no lo oculta: toda madre, sea pobre o rica, que confía su niño a una mercenaria, lo está exponiendo a un riesgo. La niñera o la nodriza nunca son seguras, pueden irse y llevarse con ellas una parte esencial del niño. Los retardos de lenguaje y de psicomotricidad, tan corrientes en nuestros días, «no se encuentran solamente en las familias de nivel económico bajo. Son frecuentes también en las familias acomodadas, cuando por diversas razones los padres recurren a nodrizas mercenarias. *Los cambios intempestivos de la persona que lo cuida son traumatizantes para el niño.* La que se va se lleva consigo los puntos de referencia humanos de comunicación (verbal y gestual). Deja al niño en el desierto de su

soledad. Ante cada una de las sucesivas niñeras o nodrizas el niño se ve obligado a construir una red nueva y precaria de comunicaciones interhumanas que cada nueva separación invalida...»⁷².

Se comprende que muchas mujeres renuncien a afrontar semejante riesgo cuando no se ven forzadas a ello por una necesidad vital o por imperiosos deseos personales. Cualesquiera sean sus opciones o sus servidumbres, al contacto aún superficial con el psicoanálisis las mujeres han cobrado conciencia de que su función junto al niño es esencial, y mucho más gravosa para asumir que la del padre. La madre simbólica no es suficiente, y el niño pequeño no puede prescindir durante sus primeros años de vida de una madre de carne y hueso⁷³. En cambio, si nos atenemos a las concepciones predominantes de los psicoanalistas, no tardamos en persuadirnos de que la presencia del padre es mucho menos fundamental. El padre puede ausentarse durante todo el día, puede castigar y amar a su hijo desde lejos, sin perjudicarlo.

La condición de «segundo» que tiene el padre consolida el sentimiento de su menor importancia y sobre todo de su reducida responsabilidad respecto de las perturbaciones psíquicas del niño. El padre es siempre el que aparece «después» del primer cuerpo a cuerpo del niño con la madre, cuando se instaura la dimensión lingüística. Prácticamente ausente durante los primeros meses de la vida de su hijo —porque ningún psicoanalista ha promocionado el cuerpo a cuerpo entre el padre y su bebé— no cabe responsabilizarlo de las muchas perturbaciones que pueden surgir en este período. Razón por la cual se ha hablado mucho menos del padre patógeno que de la madre patógena, del mal padre que de la mala madre. No es que los psicoanalistas ignoren su existencia —Bruno Bettelheim, Maud Mannoni y Françoise Dolto, entre otros, se han referido a esos hombres frágiles que emprenden la huida, al no saber imponer su ley— pero hay una especie de condescendencia para con ellos. Son muy pocos los que les piden la rendición de cuentas que se les exige a las madres⁷⁴. Cuando leemos los relatos de análisis de niños psicóticos o neuróticos, comprobamos que en la mayoría de

72. Prefacio de F. Dolto a *Psychanalyse de la famille*, de P. David, pp. 10-11.

73. Madre natural o su reemplazante.

74. Véase el hermoso libro de Francine Fredet, *Mais, Madame, vous êtes la mère*, Le Centurion, París, 1979.

los casos son las madres quienes vienen a consultar a los «psi». Son ellas quienes tratan de sacar al niño de su desdicha, cualquiera sea la angustia y la culpabilidad que eso les cueste. Son ellas las que suelen afrontar solas al psicoanalista, hablarle y esperar al niño del otro lado de la puerta. Son ellas, en fin, quienes suelen recibir el consejo de que sigan un tratamiento analítico al mismo tiempo que su hijo. Mientras tanto, el padre está o no está, alienta a su mujer o la desalienta, y nadie diría que se trata de un asunto que le concierne tanto como a la madre.

Los oyentes diarios de Françoise Dolto pueden dar testimonio de que nueve veces sobre diez la recomendación de psicoanalizarse se dirige a la madre y no al padre. ¿Cómo no creer entonces que la enfermedad o las desdichas del niño son consecuencia, responsabilidad y asunto de la madre?

UNA CAMPAÑA DE PRENSA IMPRESIONANTE

Las mujeres —y los hombres— asumieron esta creencia tanto más cuanto que a partir de la última guerra se desplegó en este sentido una impresionante campaña de prensa, cuyos ejes eran las ideas freudianas objeto de divulgación. Betty Friedan⁷⁵ ha mostrado cómo, poco después de 1945, las norteamericanas fueron condicionadas para convertirse en madres abnegadas y mujeres de su casa, y para ser solamente eso; cómo participaron en esta empresa los intelectuales y universitarios, y no solamente la prensa «femenina»; cómo utilizaron constantemente las teorías freudianas del masoquismo, de la pasividad femenina y el dogma de la distinción de papeles, tan caro a los funcionalistas, para construir la religión de la madre. «En torno de la madre se construyó toda una mística. Repentinamente se descubrió que se la podía responsabilizar de todo, o de casi todo. En todos los expedientes de niños difíciles, en todos los casos de adultos neuróticos, psicópatas, esquizofrénicos, obsesionados por el suicidio, alcohólicos, de hombres homosexuales o impotentes, de mujeres frías o atormentadas, en los asmáticos y en los ulcerosos, siempre encontrábamos a la madre. Siempre había en los orígenes una mujer desdichada, insatisfecha... una esposa exigente que perseguía a su marido, una madre dominante, asfi-

75. Betty Friedan, *La femme mystifiée*, Denoël-Gonthier, 1975, pp. 213-214.

xiante o indiferente»⁷⁶. También en Francia se ejerció sobre las mujeres una presión ideológica del mismo tipo. Tal vez fuera menos virulenta y más insidiosa que la de Estados Unidos, pero no por eso fue menos real. Al rastrear los principales temas a los que ha hecho referencia la prensa femenina de diez años a esta parte, A. M. Dardigna⁷⁷ comprueba que se articulan alrededor de la noción de «naturaleza femenina», cuyo sostén principal es la maternidad. La mujer tendría un «destino biológico» a garantizar, y que suele formularse en términos de instinto: «instinto de vida que se confunde con el de las sociedades», o «instinto profundo del nido». La casi totalidad de la prensa femenina⁷⁸ hasta 1978 anatematizó a las mujeres que no quieren tener hijos. Les reprochó su egoísmo, su falta de serenidad, de madurez o su narcisismo, cuando no las arrojó a la categoría de «infantiles»⁷⁹. Las mujeres no están hechas para ser frutos secos, sino para asegurar «el papel de esposa custodia del hogar, de la madre tranquilizadora, fuente de dulzura y de amor»⁸⁰, escribe Jean Duché. Lo cual debe ser mucho más fácil si la mujer conserva, a diferencia del hombre, algo de animal. Es comparada de buena gana con la vaca que manifiesta una ternura espontánea por su ternero⁸¹, o con la gata que sabe dar instintivamente su leche y sus caricias⁸². En consecuencia, la mujer es invitada, lo mismo que en el siglo XVIII, a tomar como modelo a las hembras de los animales, y a dar el pecho al bebé. Toda una campaña a favor del retorno al amamantamiento natural, que muchas mujeres habían abandonado antes de 1970, encontró eco incluso en la prensa no femenina. El profesor Royer dirigió el coro en *Le Point*⁸³, y la revista *Parents* afirmó perentoriamente que «los niños a quienes se les da el pecho se crían mejor», que los otros, se

76. *Op. cit.*

77. A. M. Dardigna, *La presse féminine: fonction idéologique*, Maspero, 1978.

78. Dos excepciones dignas de destacar: un artículo de Michèle Manceau en *Marie-Claire*, abril de 1979, n.º 320. Una encuesta de *F Magazine* septiembre de 1978.

79. *Elle*, n.º 1381.

80. *Elle*, n.º 1362.

81. *Elle*, n.º 1353.

82. Rose Vincent.

83. *Le point*, n.º 329, 8 de enero 1979: el profesor Royer, jefe del servicio clínico de enfermedades y metabolismo en el niño, hospital Necker. Niños enfermos.

sobreentiende⁸⁴. Y se refieren con complacencia al caso de las mujeres que dan el pecho a su hijo hasta los diecisiete meses...

A. M. Dardigna ha observado que cuando se aborda el tema de la maternidad se produce un deslizamiento inmediato de la función biológica de procreación a la función de crianza y después de educación. La única responsable de todo esto es la mujer. De allí, una avalancha de declaraciones que apunta a desalentar en la mujer el ejercicio de una tarea que la aleje de su hogar. «Teóricamente, una mujer puede hacerlo todo. Pero si quiere tener una familia, debe estar dispuesta a sacrificar diez años de su vida, de los veinte a los treinta. No veo otra manera de lograr una buena educación de los hijos»⁸⁵. Esto, señala A.M. Dardigna, repercute como un eco de revista en revista, y se transforma en un hecho establecido: «un día o tendrá que sacrificar su carrera (o interrumpirla) o bien asumir el riesgo de convertir en víctimas a sus hijos»⁸⁶. Jean Duché, moralista de la publicación *Elle* concluye: «el psicoanálisis afirma que la función de la madre se diluye a partir del cuarto año. Imaginemos que en tres años tenga tres hijos. Si espera a que todos lleguen a los cuatro años, le llevará siete años de su vida... Después de los cuales tendrá libertad para ejercer un oficio en la vida civil»⁸⁷.

Infelizmente, el deslizamiento de la función de procreación a la de crianza no siempre se detiene en el tercer o cuarto año tal como recomiendan los psicoanalistas. Son muchos los semanarios que explican a las mujeres que todos los miembros de la familia necesitan su presencia en su casa y su disponibilidad. El doctor Solignac, por ejemplo, en *Femme pratique*: «la madre es un factor de equilibrio en el hogar. Los niños necesitan que haya alguien en la casa cuando vuelven... creo que el modo actual en que viven las mujeres, trabajando, no es favorable para la familia»⁸⁸. Por último, al referirse al papel de los padres en la educación de sus hijos en el momento de tránsito de la niñez a la adolescencia, *Bonnes Soirées* afirma: «Mientras que en la etapa anterior la única que contaba era la madre, ahora el padre cumple una función importan-

84. *Parents*, 18 de diciembre de 1978.

85. *Elle*, n.º 1354.

86. Carrera o maternidad, *Veinte años*.

87. *Elle*, n.º 1363.

88. *Femme pratique*, abril de 1977.

te, la niña está dispuesta a todo para complacerlo, y el varón quiere llegar a ser un hombre como él. *La función de la madre sigue siendo importante sobre todo en la elaboración del menú cotidiano*»⁸⁹ (!).

Durante décadas, la prensa femenina francesa se hizo eco complacientemente de todos estos temas tradicionales. No escatimó la imagen estereotipada de la buena-madre-que-se-queda-en-casa, ni las desdichas que acechan al hijo abandonado por la madre que trabaja. Los psicoanalistas se vieron verdaderamente superados, no pedían tanto. Infortunadamente, muchos psicólogos y asesores de todas clases respondieron a estas exigencias inútiles a través de semanarios.

Sin embargo, hubo muchas mujeres que resistieron a estas presiones. Algunas lo hicieron voluntariamente, a causa de sus convicciones feministas, otras, mucho más numerosas, porque no tenían otra opción. Es probable que estas últimas sean quienes más han padecido su condición de trabajadores dobles: madres y amas de casa por una parte y profesionales por otra. No solamente porque no contaban con recursos culturales como para hacer frente a esta presión ideológica, sino además porque siendo más sensibles al discurso dominante debieron vivir con angustia una situación que el sistema se ensañaba en proclamar contradictoria y en conservar intacta.

Agradezcamos a las feministas, que lucharon para que cambie la situación de las mujeres, y especialmente la imagen de la madre. Gracias a su militancia y a un sector de los medios masivos que se hizo eco de ellas, se empezó a cobrar conciencia del malestar femenino y maternal. En su mayoría, la prensa femenina se vio obligada a cambiar de tono, ya que no de ideas. Aunque tímidamente, hubo que comprobar que entre la teoría que se proclamaba y la vida real de las mujeres había un profundo desfasaje.

89. *Bonnes Soirées*, n.º 2588 (el subrayado es nuestro).

Capítulo 8

Las distorsiones entre el mito y la realidad

En los años 1960, casi quince años después de la aparición de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, nació en los Estados Unidos un importante movimiento feminista, que irradió rápidamente en el mundo occidental. El objetivo prioritario de las nuevas teóricas fue cuestionar los fundamentos e implicaciones de la concepción freudiana de la femineidad. Pero no se conformaron con proceder a un análisis crítico de los conceptos del psicoanálisis. Con su ejemplo y sus luchas, mostraron que era posible otra práctica femenina, posible y también deseable. Después de un largo período de mutismo, las mujeres tomaron por fin la palabra —demasiado ruidosamente para el gusto de algunos— para echar luz sobre deseos ocultos desde hace siglos y sobre la opresión sexista que motivaba ese ocultamiento.

Este nuevo discurso femenino tuvo consecuencias fundamentales, que no han sido medidas hasta el día de hoy. Al destruir en primer lugar el mito freudiano de la mujer normal, pasiva y masoquista, volvió caduca la teoría de la madre naturalmente abnegada, hecha para el sacrificio, e indiscutiblemente puso en dificultades a los teóricos actuales del psicoanálisis. Al mismo tiempo creaba una situación insostenible, al hacer surgir un conflicto irreversible entre dos exigencias contradictorias. Al alentar a las mujeres a ser y a hacer lo que se consideraba anormal, las feministas han echado los

gérmenes de una situación objetivamente revolucionaria. La contradicción entre los deseos femeninos y los valores dominantes no puede sino engendrar nuevas conductas, que tal vez sean más subversivas para la sociedad que cualquier posible cambio económico.

¿Otra naturaleza femenina?

Freud describió al hombre como una persona activa, conquistadora, en lucha con el mundo exterior. A la mujer, como una persona pasiva, masoquista, que dispensa amor en el hogar y es capaz de secundar a su marido con abnegación.

Una de las que elaboraron una crítica más exhaustiva de las teorías freudianas fue Kate Millett¹. Analizando minuciosamente las diferentes nociones de la psicología femenina, supo mostrar las fallas de razonamiento del padre del psicoanálisis: negligencia de la hipótesis social, postulados teóricos que se confunden indebidamente con verdades comprobadas.

Hemos visto que la envidia del pene constituye la base de la interpretación freudiana de la personalidad femenina; es una de las ideas que merecen un análisis crítico. Según Freud, comparar su sexo con el del varón es para la niña una experiencia trágica, que la marcará para toda su vida. K. Millett observa que esta afirmación se encuentra lejos de estar demostrada, y que aun suponiendo que fuera cierta habría que preguntarse por qué la niña lo siente así. Si la virilidad es en sí misma un fenómeno superior, debiera poder probarse. Si no, la mujer la juzga equivocadamente, y equivocadamente deduce que ella es inferior. En cuyo caso habría que saber qué fuerzas la han llevado a considerarse como un ser inferior. Ciertamente, K. Millett piensa que hay que buscar la respuesta en la sociedad patriarcal, y en la situación que esa sociedad le reserva a las mujeres. «Pero Freud omitió este camino y optó en cambio por una etiología de la experiencia infantil fundada en la realidad biológica de las diferencias anatómicas entre los sexos»².

1. Kate Millet, *Sexual politics*, 1969. Hay trad. castellana: *Política sexual*, Aguilar, México, 1975. En Francia una de las primeras psicoanalistas que refutó el modelo freudiano fue Luce Irigaray. Véase *Ce sexe qui n'est pas un*, Ed. Minuit, 1977.

2. *Ibidem*.

Asimismo, Freud supone que la niña confronta en perjuicio suyo ese sexo visible que es el pene del niño varón, y que al mismo tiempo experimenta celos. ¿Por qué, pregunta Kate Millett, había de considerar que lo que es más grande es mejor? ¿Por qué no podría la niñita considerar que la norma es su cuerpo, y que el pene es una excrecencia antiestética? Por último, ¿en qué se funda Freud para afirmar que a la niña el pene le parece más apto para la masturbación que su propio clítoris? Preguntas todas a las que Freud no ha respondido nunca, puesto que no ha suministrado ninguna prueba objetiva que apuntale su noción de envidia del pene o de complejo de castración femenina. ¿Cómo no llegar entonces a la conclusión del subjetivismo de Freud, de un «prejuicio de supremacía masculina bastante nítido»³, que Ernest Jones califica de «falocéntrico»? ¿Cómo, en fin, no sorprenderse ante la ligereza con que Freud deduce del descubrimiento de la castración (al que considera una experiencia femenina universal) todas las etapas posteriores de la psicología y la sexualidad femeninas? ¿No es a causa de la envidia del pene, reprimida pero nunca anulada, que la mujer ha de hallar su realización plena en la maternidad? ¿No es en razón de esa deficiencia orgánica que será siempre dependiente, envidiosa, púdica, menos creadora, menos social y menos moral que el hombre?

La mujer será sana o enferma según sublime o no en la maternidad su envidia del pene. Por consiguiente, todas las que manifiestan rasgos de virilidad, de independencia o de actividad son dementes. Las que prefieren hacer una carrera en lugar de procrear, y las que no renuncian a su clítoris —¡que suelen ser las mismas!— son «inmaduras», «regresivas», y «personalidades incompletas».

En lo que se refiere a las tres características esenciales de la personalidad femenina: pasividad, masoquismo y narcisismo, Freud descartó con la misma ligereza la hipótesis cultural y social. Las tres características enunciadas no solamente le parecían constitucionales, sino que además representaban para él la norma de un correcto desarrollo femenino. Poco importaba, al parecer, que la educación y los factores de socialización hayan inducido a las mujeres a adoptar esas actitudes. Una vez más, lo adquirido se declaraba innato, y Freud reproducía el error metodológico que cometió

3. *Ibidem.*

Rousseau en el *Emilio*. Uno y otro creyeron descubrir la naturaleza femenina cuando en realidad no hacían otra cosa que reproducir a la mujer que tenían delante de los ojos. La sentimental del siglo XVIII o la castrada del siglo XIX aparecían como encarnaciones del eterno femenino.

En la segunda parte del siglo XX, hubo mujeres que aportaron un estridente desmentido a estas definiciones de la «naturaleza» femenina. A través de sus actos demostraron que no eran constitucionalmente «pasivas» o «masoquistas», ni esencialmente «vaginales».

En efecto, a partir del momento en que las mujeres entreabrieron las puertas de sus casas e invadieron las universidades, el foro, el hospital o los sindicatos, demostraron que el activismo, la independencia y la ambición no eran patrimonio de los hombres. ¿Y quién podría pretender seriamente que estas mujeres, jefes de Estado o de partido, cirujanas, politécnicas, magistradas o empresarias son sólo homosexuales reprimidas? Nos vemos obligados a comprobar que cuanto mayor sea el desarrollo intelectual de las mujeres, tanto más se proponen objetivos tradicionalmente calificados como masculinos. Se nos responderá fácilmente que son sólo «reivindicadoras», cuya «naturaleza» resultó deformada en la infancia por una evolución psicológica desdichada, o por una detención en el estadio pre-edípico. Estas explicaciones ya no nos bastan.

¿Qué validez tiene un concepto de naturaleza que cambia según la cultura y la educación? ¿Qué quedará del «eterno femenino» de Freud cuando el día de mañana todas las mujeres tengan acceso, igual que los hombres, al saber y al poder? ¿Declararemos invertida a la totalidad de las personas de sexo femenino? ¿O seguiremos proclamando que las mujeres son menos justas, menos sociables, menos creadoras que sus colegas masculinos?

Lo mismo sucede con el masoquismo, que en principio debía marcar los grandes momentos de la vida sexual femenina: la menstruación, la desfloración, el parto. En lo que respecta a la menstruación y el parto, hoy sabemos que los dolores que los acompañan no son inexorables. El hecho de que en la actualidad las mujeres se nieguen masivamente a sufrir ¿no constituye una prueba de que sufrir les repugna tanto como a la otra mitad de la humanidad? Se nos dirá que a pesar de todo en su actividad sexual subsiste su «gusto erógeno por el dolor». ¿No habrá en toda mujer una «O»

que duerme? ¿No es el fantasma de la violación específicamente femenino? ¿Pero cómo saber si ese deseo no es en realidad compartido por hombres y mujeres? ¿Cómo medir el peso de tradiciones y de imágenes milenarias sobre el psiquismo humano? Seguramente no es un azar que en cuanto las mujeres se apoderaron de la palabra hayan gritado muy fuerte que odiaban la violación y exigían reparaciones por ese ultraje. Feministas rabiosas o «viriles reprimidas», las que ya no soportan sufrir en silencio y aparentar que eso les gusta no dejan de aumentar.

En cuanto a las numerosas mujeres cuya vida sexual fue malograda por un amante demasiado brutal o por un marido violador, ¿seguiremos atribuyendo su frigidez a su falta de masoquismo? Más sencillamente, ¿no serán así porque la violación y la brutalidad convienen tan poco a las mujeres como a los hombres? Por último, ¿qué decir de las mujeres que se han creído frías porque se les repitió durante siglos que el único orgasmo es el vaginal, y que fuera de la vagina no hay salvación para las mujeres? Durante todo este tiempo se han callado, avergonzadas de sentirse anormales, creyéndose las únicas víctimas de una maldición inconfesable. ¿Cómo no habían de considerarse enfermas y retorcidas si leían aquí y allá que el «vaginismo» es la expresión más dramática de la frigidez femenina, si escuchaban decir al doctor Friedmann «que es la expresión de su agresividad y su venganza contra la esclavitud cotidiana»⁴?

Las primeras encuestas sobre la sexualidad femenina revelaron la extensión del «mal», hasta el punto de que se sugirió que el orgasmo vaginal no existe. El informe Kinsey de 1953, fundado en una encuesta llevada a cabo con seis mil mujeres, concluía que «el único orgasmo que existe es el clitoridiano, porque el orgasmo es desencadenado por el clítoris». En los años 1966-1970, Masters y Johnsons reafirmaron que hay sólo una clase de orgasmo femenino y no dos; que en el curso del coito los orgasmos son provocados por una estimulación indirecta del clítoris y no por la estimulación de la vagina⁵. Sin embargo, las estadísticas que presentaron los sociólo-

4. Declaraciones que tuvieron lugar en el Seminario de la Unión para la planificación familiar en Inglaterra, referidas por A. Schwarzer, *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias*, La Sal, Edicions de les dones, Barcelona.

5. Todos los informes ulteriores sobre la sexualidad femenina confirmaron la importancia del placer clitoridiano. Según Giese, el 85 % de las mujeres logran así

gos no modificaron la opinión de los psicoanalistas. Siguen afirmando la primacía de la vaginalidad, como P. David que «denuncia la falsa idea (?) de una superioridad del orgasmo clitoridiano en detrimento del placer vaginal. Eso es ir demagógicamente en el sentido de la neurosis...»⁶

Sin embargo, ante esta negativa masiva de las mujeres a abandonar el clítoris a favor de la vagina y hasta a distinguirlos, no podemos dejar de pensar por un momento en qué habrían contestado Freud, Marie Bonaparte o H. Deutsch. ¿Habrían bajado los brazos ante este ejército de «viriles», «regresivas», «impotentes»? ¿O censurarían, como hace Balint, a «los maridos demasiado corteses, que no son capaces de poseer a su mujer por la fuerza»⁷, creyendo que la violación es lo único que puede satisfacer sus deseos secretos?

Muchos psicoanalistas siguen pensando que la frigidez femenina durante el coito es el resultado de una lucha inconsciente contra sus deseos masoquistas, y que la violación sigue siendo el «sueño primitivo» de todas las mujeres. Parecen hacer poco caso de las encuestas que suministran los sexólogos, cuando no las ignoran desdeñosamente. Como si fuera mejor despreciar los datos de la experiencia antes que tener que reelaborar conceptos y teorías. Ciertamente para el psicoanálisis, hermenéutica del inconsciente, hay circunstancias atenuantes. Habitado a interpretar las negativas conscientes como deseos inconscientes⁸, llega fácilmente a la conclusión de que cuando una mujer asegura que no es más masoquista que un hombre o que no puede gozar con la vagina, éstas no son sino expresiones invertidas de deseos reprimidos. Seguros de estas verdades ¿cómo aceptarían los psicoanalistas tomar en serio las declaraciones y las reivindicaciones femeninas?

Sin embargo, parece que algunos psicoanalistas no son insensibles a los discursos de las feministas. Algunos, como Juliet Mitchell, se empeñan en demostrar que ninguna feminista leyó bien a

el orgasmo. El *Informe Hite* (1974-1976) calcula un 95 % contra sólo un 30 % que dicen tener orgasmos durante el coito sin necesidad de caricias en el clítoris. La encuesta realizada en 1979 por *F Magazine* confirma los resultados anteriores.

6. Pierre David, *op. cit.*, p. 163.

7. Alice Schwarzer, *op. cit.*, p. 277.

8. Véase el artículo de Freud sobre la Denegación, *Imago*, 1927.

Freud, pero otros prestan atención, e insisten en la persistencia de la bisexualidad originaria y en la idea de que Actividad y Pasividad no son inherentes respectivamente al hombre y a la mujer. Pero aun cuando se ponga en sordina el tema del masoquismo, «característica de la condición femenina»⁹, hay algunas «verdades básicas» que nadie piensa revisar. Entre ellas la envidia del pene¹⁰, ley universal de la naturaleza femenina, si nos atenemos a Maria Torok: «En todos los análisis de mujeres sobreviene *necesariamente* un período en el curso del cual aparece una codicia envidiosa del miembro viril y de sus equivalentes simbólicos... El deseo exacerbado de poseer eso de lo que la mujer se cree privada por el destino —o por su madre— expresa una insatisfacción fundamental, que *algunos atribuyen a la condición femenina*... Pero lo notable es que entre el hombre y la mujer sólo la mujer remite esta sensación de falta a «la naturaleza misma de su sexo: “es porque soy una mujer”»¹¹.

¿Fin de la abnegación absoluta?

El otro dogma que los teóricos del psicoanálisis no están dispuestos a abandonar es la necesidad de la distinción de papeles entre el padre y la madre para el buen desarrollo del niño. La madre sigue siendo para el recién nacido y el niño pequeño la principal dispensadora de amor. A ella, o a un sustituto femenino, le está reservado el placer o la carga de asumir ese primer contacto que es vital para el niño. Aunque el término «abnegación» ya no esté de moda, la realidad que designa es un dato imposible de evadir, que todas las madres conocen bien. Dar el pecho, alimentar, lavar, atender los primeros pasos, consolar, cuidar, tranquilizar de noche... son gestos de amor y de entrega, pero también son sacrificios que la madre realiza por su hijo. El tiempo y la energía que le entrega son una sustancia de la que ella se priva. Ahora bien, las mujeres parecen cuestionar este don de sí mismas, que desde

9. Freud, *El problema económico del masoquismo* (1928).

10. Véase entre otros el artículo de María Torok, «Signification de l'envie du pénis chez la femme», en *La sexualité féminine*, Payot, n.º 147.

11. p. 203 (el subrayado es nuestro).

hace dos siglos parece tan natural y tan específico de su sexo. No es que se aparten por completo de esas tareas, pero hay múltiples indicios de que quieren compartir con su compañero el amor al niño y el sacrificio por él, como si precisamente ni el uno ni el otro pudieran darse por descontado. Como si esos dos atributos de la maternidad no pertenecieran obligatoriamente al sexo femenino.

Además, las mujeres padecen cada vez más la dualidad de sus funciones de madre (centradas en la casa, adentro) y femeninas (vueltas hacia afuera). Se habla mucho de la armonía, de su carácter complementario y del efecto benéfico que tiene sobre el niño, pero rara vez se hace referencia a los problemas que plantean a las mujeres. Su posible antagonismo es silenciado, como si se tratara de un asunto exclusivo de las mujeres. Los hombres y la sociedad que refleja sus valores no parecen dispuestos a remediarlo. La única solución que sugieren para poner fin al conflicto entre los dos papeles es suprimir uno de ellos, esto es, el trabajo femenino en el exterior. En vano, porque las mujeres hacen oídos sordos.

Por el contrario, son cada vez más numerosas las mujeres a quienes sus tareas domésticas, e incluso maternas, les fastidian, cada vez más las que ya no consideran que su reino natural sea «el interior», sus bienes y personas.

El importante aumento de la cantidad de mujeres llamadas «activas» a partir de los años 60 parece acreditar esta hipótesis¹². Mientras que en 1962 se calculaba en 6.585.000 el número de mujeres trabajadoras (el 27,5 % del conjunto de la población activa), en 1976 se calculó en aproximadamente 8 millones y medio (o sea el 38,4 %). Este aumento del 11% de trabajadoras en menos de quince años merece una reflexión. Porque si en 1906 ya había un 39 % de mujeres en el mercado laboral, su condición, sus funciones y motivaciones eran muy diferentes de las de hoy. Cerca del 40 % trabajaban en la agricultura, el 30 % en la industria (como mano de obra) y el resto en el sector terciario. En 1976 se han invertido las proporciones por sectores. Las mujeres representan solamente el 22,9 % de los trabajadores industriales, y aunque siguen siendo mayoría en O.S. y maniobras (53 %), el 40 % de las asalariadas en

12. Estas cifras y las que siguen están sacadas del libro de Christiane Menasseyre, *Les françaises d'aujourd'hui*, 1978, Hatier. (En octubre de 1978: el 39,4 % de mujeres activas).

la industria son empleadas de oficina y cuadros administrativos medios.

El cambio más espectacular concierne al aumento del número de mujeres en el sector terciario y a su calificación. A comienzos del siglo eran el 35 % del conjunto de los trabajadores de ambos sexos, en 1968 eran el 46,2 % y en 1975 el 48,1 %. Mientras que en 1968 las trabajadoras del sector terciario representaban el 59,8 % de las mujeres activas, en 1976 representan el 67,2 %. Aunque ocupan en su mayoría puestos no cualificados, progresan en todas las categorías. De modo que la cantidad de mujeres en cuadros superiores aumentó de 1968 a 1972 del 14 al 22 %.

¿Qué conclusión podemos sacar de estas cifras? Señalemos en primer lugar que el 11 % de las mujeres eligieron tener una actividad profesional, no en una época de penuria, de guerra o de crisis (1962-1978) sino en un período de prosperidad y de expansión económica. Por consiguiente, para la mayoría de ellas el doble salario era una necesidad menor que en 1906. Además, para algunos matrimonios el segundo salario compensa apenas la pérdida de las ventajas sociales y fiscales y los gastos de custodia de los hijos que implica el trabajo de la madre. Si a este débil beneficio le añadimos el cansancio de la jornada doble de trabajo, el enervamiento en los transportes, etc., es como para sorprenderse de que las mujeres hagan esa elección, sorpresa que gana a un gran número de personas. Por último, aunque muchas de ellas, sobre todo las O.S., mano de obra en el sector secundario, no tienen otra opción porque el segundo salario constituye una necesidad vital para su familia, el ascenso de la calificación femenina en el sector terciario señala una tendencia opuesta. Por primera vez en la milenaria historia del trabajo femenino, hay mujeres que eligen voluntariamente dejar el hogar y los hijos para trabajar fuera de sus casas. A sus ojos el trabajo ya no está asimilado al «tripalium»¹³ de otrora, sino que representa un medio de realización, cuando no de desarrollo de la personalidad¹⁴.

13. Instrumento de tortura del siglo XIII.

14. Véase el sondeo S.O.F.R.E.S. publicado por *F Magazine* en febrero de 1980 sobre el trabajo femenino: muestra que el 58 % de las mujeres actualmente inactivas desearían trabajar y que el 57 % de las mujeres activas preferirían seguir trabajando aunque tuvieran posibilidades económicas de dejar de hacerlo.

Nos vemos obligados a constatar que de quince años a esta parte son cada vez más las mujeres que contando con medios como para quedarse en sus casas y tener hijos a voluntad, prefieren dejar esas tareas a otros y pasar lo esencial de su tiempo fuera de sus casas.

Claro que no es el caso de la mayoría; más de la mitad de las francesas son madres y amas de casa, y la mayoría de las que trabajan es porque no tienen otra opción. Pero sigue siendo cierto que cuanto más elevado es el nivel de instrucción de las mujeres, que les permite aspirar a situaciones profesionales interesantes, más optan por salir de su casa.

Ahora bien, en la sociedad occidental actual, y especialmente en Francia, donde los equipos colectivos que reciben a los niños son escandalosamente insuficientes, el trabajo materno plantea un doble problema que ilumina con luz nueva, cuando no contradice, algunas ideas que pasaban por indestructibles: la maternidad como definición esencial de la mujer, el amor espontáneo y la entrega natural de la madre a su hijo.

El problema prioritario que afronta una madre que trabaja fuera de su casa es el cuidado de su/s hijo/s de menos de tres años. Este problema presenta dos aspectos diferentes: un aspecto material: ¿a quién confiárselo?, y otro psicológico: ¿será feliz? Hoy el aspecto material es particularmente difícil de resolver. De acuerdo con cálculos recientes ¹⁵, 920.000 niños de cero a tres años debieran estar a cargo de mujeres que no son sus madres. Ahora bien, las guarderías colectivas ofrecen poco más de 56.000 sitios, las guarderías familiares 26.000, los parvularios privados 17.000 y los públicos 120.000 (pero reciben solamente niños de dos a tres años). Los padres de los 700.000 niños restantes recurren a otro miembro de la familia (100.000 niños), a una empleada doméstica (70.000 niños), o a una nodriza voluntaria (más de 300.000 niños). Los 200.000 restantes suelen quedar a cargo de vecinos o de «clandestinos». Todas estas cifras demuestran que los gobiernos que se sucedieron a partir de 1960 (fecha de un acrecentamiento notorio del trabajo femenino) no han hecho nada para ayudar a las mujeres que trabajan, y aparentemente no tienen la intención «de invertir en niños pequeños» ¹⁶.

15. Véase un artículo de Catherine Arditti, «Une politique de la famille», III, *Le Monde*, 22 de noviembre de 1979.

16. De acuerdo con la expresión de C. Arditti.

El segundo aspecto de las cosas es fundamentalmente psicológico y plantea el problema de la «buena elección» para el niño. El hecho de que la madre se reintegre al trabajo dos meses y medio o cuatro meses después del parto ¹⁷ no cambia el problema de manera radical. Claro que esto permitirá a las mujeres que quieran dar el pecho hacerlo durante más tiempo, y obedecer así a las intimaciones de los pediatras, psicólogos y ecólogos. El conocido pediatra Royer afirmaba en el Congreso de Mónaco: «al menos de seis semanas a dos meses, y si hubiera que dar un plazo óptimo, de dos a cinco meses... y por qué no más tiempo».

Con anterioridad, hemos visto hasta qué punto los medios masivos se hicieron eco de la campaña ecológica a favor del amamantamiento materno. ¿Fue esta campaña y la publicidad otorgada a las advertencias de los pediatras las que produjeron estos efectos? Lo cierto es que asistimos a un verdadero vuelco de actitud en las madres. Pese a las constantes protestas de los psicólogos y de los pediatras, la cantidad de mujeres que le daban el pecho a su hijo disminuyó regularmente. En 1972 eran sólo el 37 % ¹⁸. En 1976 una encuesta SOFRES realizada por Guigoz en las maternidades francesas, registraba un 48 % de madres que daban el pecho al niño durante la primera semana de vida. En 1977 una segunda encuesta registró el 51 %. Contrariamente a lo que cabría pensar, había un elevado porcentaje de mujeres profesionales, cuyo nivel de estudios era superior y que pertenecían a categorías sociales privilegiadas. Un 25 % de mujeres del campo contra un 57 % de esposas de cuadros. La encuesta no especifica si las esposas de cuadros eran cuadros también ellas.

Esta nueva moda de dar el pecho en el momento en que es más baja la mortalidad infantil y en el que hay los mejores sustitutos de la leche materna es un fenómeno muy curioso. Estas encuestas nos dejan en ayunas en un punto esencial: sabemos que cada vez son más las mujeres que dan el pecho en las maternidades, pero no sabemos durante cuánto tiempo continúan haciéndolo en la casa.

17. En noviembre de 1979, la señora Pelletier, ministro de la Condición femenina, anunció que la licencia por maternidad se prolongaba de cuatro a seis meses «para permitir a las mujeres que trabajan asumir en mejores condiciones la llegada del tercer hijo».

18. Encuesta del I.N.S.E.R.M.

Tampoco conocemos sus nuevas motivaciones, ni las presiones inconscientes de que son objeto. Pero sabemos que en París varios servicios pilotos de obstétrica condicionan a las madres a esos efectos. De manera que es muy difícil evaluar el porcentaje de mujeres que lo hacen espontáneamente y por placer y el porcentaje de las que lo hacen mecánicamente por obedecer a una moda, y por último el de las que dan el pecho para no sentirse culpables y «malas madres» desde los primeros días de vida de su hijo. El hecho de que las mujeres que han respondido primero y de manera más masiva al llamado de los pediatras sean las que trabajan y las más evolucionadas desde el punto de vista intelectual, da lugar a varias hipótesis. ¿No son las menos rígidas, las menos tradicionales, las que están dispuestas a experiencias nuevas? Es probable que sus madres no les hayan dado el pecho, o se lo hayan dado por poco tiempo, y tal vez piensen que al amamantarlo le dan a su hijo «una satisfacción más» y una posibilidad suplementaria de equilibrio y felicidad. Cabe también emitir la hipótesis de que, alentadas por la ideología dominante, han podido darse a sí mismas un verdadero placer que antes no se atrevían a reivindicar. Pero también cabe pensar que si las mujeres que trabajan amamantan más que las otras, es porque experimentan un oscuro sentimiento de culpabilidad frente al bebé a quien pronto entregarán a otros. ¡Tal vez piensen: «Te doy mi leche para compensar un poco mi ausencia futura...»!

Es difícil acceder al inconsciente de las mujeres, porque cada una de ellas tiene sus propias razones para dar el pecho o no. Sin embargo, creemos que sería un error sacar demasiado rápidamente la conclusión de que el amamantamiento materno es un retorno a la entrega natural de la madre a su hijo. Mientras que en el siglo XVIII el amamantamiento materno era indiscutiblemente causa de una mayor posibilidad de supervivencia para el niño, y por consiguiente una demostración objetiva de amor, actualmente ya no podemos saber si la madre amamanta para procurarse un placer, para procurárselo a su hijo o para apaciguar sus angustias.

Suponiendo que la madre dé el pecho al bebé de acuerdo con los consejos del pediatra, esto es, entre seis semanas y cinco meses, cosa que está lejos de estar demostrada, queda por abordar el momento crucial de la primera separación. Una vez concluida la licencia por maternidad, cuando el niño tiene tres o cuatro meses, la madre debe entregarlo a un extraño y confiar en la providencia.

Además, si está decidida a reincorporarse al trabajo antes de que el niño llegue a los treinta meses, no debe demorar demasiado esta primera separación, porque está especialmente desaconsejado separarse de él por primera vez entre los seis y los dieciocho meses.

Recordemos que F. Dolto cree que el niño no solamente necesita a su madre o a un sustituto hasta los veinticinco o treinta meses, sino que no tolera los cambios intempestivos de mercenarias. Por consiguiente, las mujeres que trabajan y que no pueden contar con la ayuda de un miembro de la familia, corren un riesgo que difícilmente pueda calcularse por anticipado. ¿Cómo confiar en el personal de una guardería, siempre cambiante, o de otro establecimiento? ¿Cómo saber si la nodriza a quien el niño queda confiada todo el día será lo bastante consciente y maternal? ¿Cómo asegurarse de que en los primeros treinta meses no tendrá que trasladarse o cambiar de trabajo, lo que implica también un cambio en la persona que cuida al niño? ¿Cómo estar segura, por último, de que una muchacha con cama y comida o una empleada a domicilio se quedará todo el tiempo deseado con el niño que se apega a ella? Dicho de otro modo, ¿cómo estar segura de que otro hará por el niño lo que la madre no hace por él? ¿Le dará la presencia, la ternura, la atención que se espera de una madre ideal?

Como es imposible contestar a estas preguntas y tener certezas, tenemos que sacar la conclusión de que las madres que trabajan se exponen a un riesgo psicológico real que varía de acuerdo con los hijos. Sabemos que hay niños que se adaptan mejor a los cambios y que son menos frágiles que otros. Pero si adhiriéramos a la tesis de la abnegación espontánea de la madre, ¿cómo explicar que mujeres que no se ven obligadas a ello por una necesidad vital corran ese riesgo? ¿No nos encontramos en una situación análoga a la que existía en el siglo xviii? ¿No cabe asociar a estas mujeres que eligen trabajar afuera antes que quedarse en sus casas durante los primeros treinta meses de la vida de su hijo con las mujeres ricas o acomodadas que en los siglos xvii y xviii se negaban a ocuparse personalmente de sus hijos y en cuanto nacían los entregaban a una nodriza?

Doscientos años de ideología maternal y el desarrollo del proceso de responsabilización de la madre han modificado radicalmente las actitudes. Aunque trabajen, las mujeres del siglo xx permanecen infinitamente más cercanas a sus hijos y más preocupadas por

ellos que antaño. Pero una vez más constatamos que la maternidad no es siempre la preocupación instintiva y primordial de la mujer; que no hay que dar por supuesto que el interés del hijo se anteponga al de la madre; que cuando las mujeres están libres de coacciones económicas pero tienen ambiciones personales no siempre —ni remotamente— eligen abandonarlas, siquiera por unos años, por el bien del niño. Resulta evidente, pues, que no existe un comportamiento maternal suficientemente unificado como para que pueda hablarse de instinto o de actitud maternal «en sí». Las mujeres que se niegan a sacrificar ambiciones y deseos por el bienestar del niño son demasiado numerosas como para encasillarlas en las excepciones patológicas que confirmarían la regla. Estas mujeres que se realizan mejor fuera que dentro de sus casas suelen ser las que se han beneficiado de una instrucción de nivel superior y pueden esperar el máximo de satisfacciones de su oficio. Sería fácil ironizar diciendo que las más cultivadas son las más «desnaturalizadas». Esto no resolvería nada. La educación de las mujeres es irreversible, y si tuviéramos que hacer el retrato anticipado de las mujeres del futuro no cabe duda de que las imaginaríamos aún más desnaturalizadas, poseedoras al igual que sus compañeros del saber y el poder.

LA INSATISFACCIÓN

El segundo problema que plantea el trabajo femenino, y especialmente el de la madre, es la doble jornada de trabajo, que genera insatisfacciones porque la comparte con su compañero de manera muy poco ecuánime. Todas las encuestas demuestran que tanto las mujeres activas como las que se quedan en su casa realizan la mayor parte de las tareas domésticas y de atención a los hijos, y que la participación de los hombres en esas tareas es muy escasa. Las mujeres que tienen una actividad profesional dedican menos tiempo al trabajo doméstico y al cuidado de los hijos, pero siempre son ellas las que le dedican más tiempo, un tiempo sustraído a su tiempo libre. Según una encuesta realizada por el I.N.S.E.E. mencionada por Andrée Michel ¹⁹, como promedio y confundiendo todas las edades, los hombres dedican al trabajo remunerado y al trabajo

19. A. Michel, *La femme dans la société marchande*, 1978, p. 148.

doméstico un total de 9,2 horas por día contra 10,3 de las mujeres. Les quedan 4,1 horas libres por día contra 10,3 de las mujeres. De modo que promediando el hombre gana 7,7 horas de ocio suplementario por semana.

Por otra parte, aunque las encuestas señalan una mayor participación del marido en las tareas domésticas cuando la mujer trabaja afuera, el cuadro estadístico que sacamos de nuevo de A. Michel ²⁰ muestra que esa participación sigue siendo relativamente desigual.

PARTICIPACIÓN DE LOS MARIDOS
EN LAS TAREAS DOMÉSTICAS
(en porcentajes)

	SEMANA		DOMINGO	
	Mujer no trabaja	Mujer trabaja	Mujer no trabaja	Mujer trabaja
Cama	3,2	15,8	10,4	18,5
Casa	2,8	4,8	8,4	9,9
Cocina.....	5,8	16,7	10,5	16,6
Lava los platos	11,7	23	15,2	20,4
Pone la mesa.....	17,5	21,4	14,8	12,6
Ayuda general	28,7	43,4	36,8	41,4
Va de compras	15,9	18,9	15,1	14,8

Además, A. Michel observa que la proporción de padres que colaboran en la tarea de lavar, vestir y alimentar a los niños es muy escasa, a pesar de que la presencia de los niños afecta toda la muestra. Pero antes de abordar el problema de la participación paterna en la crianza de los niños, observemos el gráfico ²¹ que se refiere a las actividades de la madre (en un día corriente) de acuerdo con su nivel profesional y la cantidad de hijos. Muestra que la madre «activa» duerme menos que la madre que no trabaja, y que

20. *Ibidem*, p. 187.

21. *Ibidem* (véase el cuadro de la página anterior).

Actividades de la madre de acuerdo con su nivel profesional y la cantidad de hijos (durante un día cualquiera)

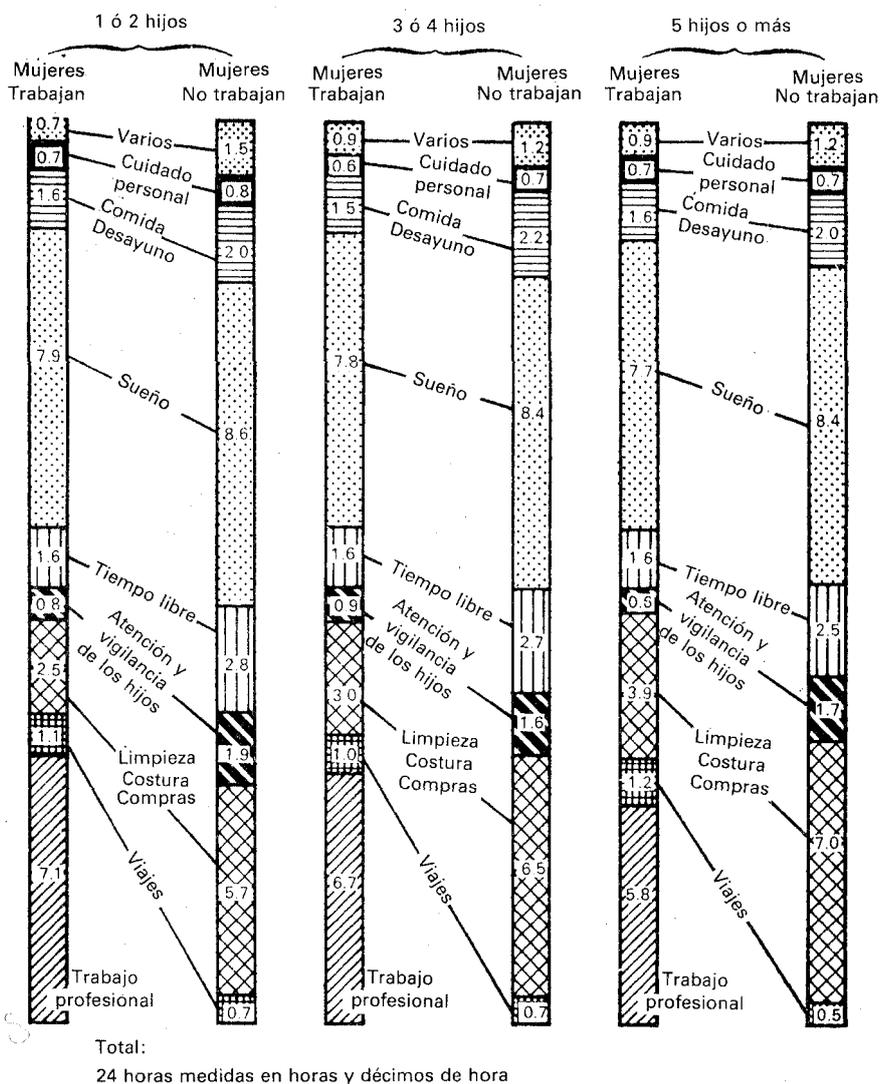


Gráfico de B. Riandley, sacado del libro de Andrée Michel *La Femme dans la société marchande*, p. 187

aunque dedica menos tiempo a los hijos y a las tareas domésticas su tiempo libre se ve notoriamente limitado respecto del de la madre que no trabaja fuera. Estas cifras ponen en evidencia los factores objetivos de cansancio y probable enervamiento en las madres que trabajan.

Para comprender mejor su situación, y hasta su insatisfacción, es preciso detenerse un momento en el problema de la distribución de las tareas familiares. Gracias a una encuesta muy detallada hecha por la F.N.E.P.E.²² sobre las familias francesas con hijos de siete a once años, estamos en condiciones de medir la participación real del padre y la madre en estas tareas. El padre y la madre eran interrogados por separado sobre su respectiva participación, la de su cónyuge o la participación común, y tenían que contestar a preguntas planteadas así: «En su casa, ¿es el padre, la madre o los dos los que se ocupan de...?» Las respuestas fueron las siguientes:

	Madre	Padre
Preparación de las comidas.....	82 %	2 %
Custodia y cuidado de hijos enfermos	81 %	1 %
Compra de ropa, de provisiones	77 %	1 %
Visitas al médico, al dentista	75 %	5 %
Compras de alimentación.....	67 %	4 %
Relaciones con los maestros	57 %	9 %
Ayuda en los deberes	50 %	5 %
Organización del tiempo libre fuera	36 %	6 %
Participación en los juegos del niño	22 %	15 %

Vemos que el mínimo de contribución por parte de la madre (22 %) es superior al máximo de contribución por parte del padre (15 %); que las madres se ocupan sobre todo de las tareas vitales para el niño: darle de comer, cuidarlo, vestirlo, y que los padres priorizan las tareas menos obligatorias y más agradables (juegos, organización del tiempo libre y relación con los maestros). Por otra

22. F.N.E.P.E., Federación nacional de escuelas de padres y educadores, publica esta encuesta en la revista *Le groupe familial*, abril de 1979, n.º 83.

parte, las tareas que los padres suelen asumir solos son también las que con mayor frecuencia comparten con su mujer... «Observamos, dice C. Dollander, una distribución muy tradicional de las tareas familiares que indica un estancamiento de este aspecto del papel de padre y madre y de los modelos masculino y femenino que encubren»²³. Observamos también que la participación del padre, cualquiera sea su categoría socio-profesional, es igualmente baja, mientras que la realización de las tareas «entre los dos» varía según el nivel de estudios del padre. Sin embargo, advertimos que los padres nunca consideran que las tareas familiares puedan corresponderles. En la «distribución de tareas», «ayudan» a las madres en las tareas que les corresponden tradicionalmente. Al parecer la gran mayoría de hombres y mujeres consideran que eso es normal:

	<i>Padres</i>	<i>Madres</i>
Satisfechos.....	92 %	86 %
Insatisfechos	7 %	13 %
No responden.....	1 %	1 %

Comentando el porcentaje relativamente débil de insatisfacción materna, C. Dollander se pregunta «si las madres se sienten autorizadas a mostrarse insatisfechas con un modelo milenario, y si las que se permiten ese sentimiento y *a fortiori* las que se atreven a expresarlo son verdaderamente minoritarias... O si las mujeres no tienden en cierto modo a conservar en la familia el poder que les confiere la responsabilidad de las tareas vinculadas a ellas». Estas dos hipótesis son interesantes. La primera es corroborada por una encuesta de *F Magazine* dirigida a sus lectoras²⁴ (más jóvenes y con un nivel de estudios superior al promedio nacional) y por el

23. C. Dollander observa que se trata de *padres que tienen hijos de 7 a 11 años, cuya edad promedio oscila entre los 30 y los 45 años* (op. cit., p. 28).

24. Véase más adelante, pp. 361-362, los resultados de un sondeo hecho por *F Magazine* en septiembre de 1978, sobre la actitud de las mujeres ante la maternidad.

hecho de que en las preguntas indirectas referidas al grado de irritabilidad, cansancio, etc. la madre tiene una experiencia claramente más negativa que el padre. En cuanto a la segunda hipótesis, resultará más o menos verificada según el desarrollo personal y logro de la madre en su actividad profesional.

La insatisfacción de los padres es escasa y varía poco. Los únicos padres que se distinguen por su insatisfacción son un sector de los cuadros superiores, los que han hecho estudios superiores y los que más «comparten» las tareas familiares. Entre ellos hay un 85 % de insatisfechos contra un 94 % entre quienes tienen un nivel de estudios inferior. Esta mayor insatisfacción de los padres que «se ocupan» ¿estará en relación con el motivo principal que invocan los hombres de dieciocho a treinta y cuatro años para no tener un tercer hijo? A la pregunta formulada por *F Magazine* en enero de 1979, el 69 % de los hombres (contra el 31 % de las mujeres) contestaron: «porque no quiero renunciar a mi libertad».

La insatisfacción de las madres (sin distinción de sectores) se manifiesta muy débilmente ante las preguntas directas, pero en cambio ante las preguntas indirectas se percibe muy bien el malestar de las mujeres en el matrimonio y cierta retracción respecto de la maternidad. Andrée Michel ha comprobado que cuanto más jóvenes, instruidas y activas son las mujeres, más insatisfacciones experimentan en el matrimonio²⁵, y en menor grado asocian el logro y la felicidad femenina con la maternidad²⁶.

En cambio, la encuesta de M.C. Ribeaud muestra que las muje-

25. Véase Andrée Michel, *Activité professionnelle de la femme et vie conjugale*, p. 138, C.N.R.S., 1974.

Cuadro de satisfacción en el matrimonio

Instrucción de la mujer	Amas de casa	Mujeres activas
Primaria	33 %	33 %
Técnica	27 %	40 %
Secundaria	44 %	34 %
Superior	53 %	30 %
Todas las categorías	38 %	34 %

26. Los resultados de las encuestas francesas coinciden exactamente con los de las encuestas realizadas en Estados Unidos y en la U.R.S.S. sobre el mismo tema. Véase A. Michel, *Femmes, sexisme et sociétés*, p. 188.

res subproletarias tienen actitudes y motivaciones diametralmente opuestas a las de las mujeres más instruidas.

Distancias respecto de la maternidad

Para percibir mejor la evolución de la actitud femenina respecto de la maternidad, disponemos de dos tipos de documentos, encuestas y testimonios, que ponen al descubierto un profundo cambio de mentalidad. Aunque las actitudes nuevas pertenecen a una minoría, esta minoría es lo suficientemente activa y emancipada como para ser tomada en serio. La gran novedad reside menos en el hecho de expresar cansancio respecto de la maternidad, decir su decepción o su alienación, que en el modo de decirlo. Actualmente, las mujeres se expresan sin culpabilidad pero no sin rencor. Estamos lejos de las confidencias y confesiones de la señora Guitton (madre del filósofo Jean Guitton), gran cristiana de la burguesía. Madre de un solo hijo, escribía no sin remordimiento: «*Debiera sentirme plenamente feliz con un marido que me ama y un bebé que sin ser bonito es gracioso y sano. Y sin embargo, a veces, reprochádmelo, me parece que le falta algo a mi espíritu inquieto e insaciable. Mi vida se ha vuelto tan materialmente embrutecedora que ya no tengo tiempo de pensar, de vivir una vida mejor*»²⁷. Más adelante añade: «*Junto a la cuna de mi niño sacrificué todo lo que me gustaba, las lecturas, las horas de trabajo, todo lo que colmaba mi vida en otro tiempo*»²⁸.

Estos lamentos de la señora Guitton nos impresionan tanto más cuanto que provienen de una mujer educada en un espíritu de abnegación y sacrificio. Atestiguan que la maternidad es más difícil de vivir de lo que se cree, y que la naturaleza todopoderosa no ha dado a las mujeres armas suficientes como para enfrentarla. La señora Guitton no es suficientemente masoquista, de modo que sufre sin ver en ello ninguna ventaja. La condición femenina le parece tan poco envidiable que confiesa: «*Nunca quisiera tener hijas... al afirmarlas en su naturaleza les daría más posibilidades de*

27. Jean Guitton, *Une mère dans sas vallée*, p. 62 (el subrayado es nuestro), París, 1960.

28. *Ibidem*, p. 63.

que sufrieran las amarguras y la mediocridad de la existencia»²⁹.

Actualmente las mujeres ya no se confiesan, proclaman y denuncian:

«Los hijos son pesados, te comen la vida.»

«Hay días en que daría mucho por no tenerlos; los mataría a todos.»

«Durante años, viví sólo por deber, hasta el punto de que ya no sabía lo que me gustaba. Vivir para sí debe ser bueno.»

«Estoy absorbida por ellos; hay días en que estoy harta, en que quisiera estar sola conmigo misma.»

«Algunos días estoy tan agotada, tan mal de los nervios, que lo único que me impide pegarles es saber que no ganaría nada con eso, que sería todavía peor.»

«Una madre es una vaca lechera a la que se ordeña continuamente hasta el agotamiento.»

«Mis hijos me han absorbido, ya no me queda nada de mi vitalidad.»

«Quien no lo ha pasado no puede imaginarse lo que es esta exigencia permanente; el único consuelo es que los hijos van a ser padres a su vez.»

«Ahora mis hijos son grandes, ya no es lo mismo, pero por nada en el mundo reviviría la época de su primera infancia; hay cosas que se pueden hacer una vez en la vida, pero no dos.»³⁰

«Ya no sabía ni siquiera lo que me gustaba.»

«He sacrificado tantas actividades por mis hijos, porque eran incompatibles con la necesidad de atenderlos, he renunciado a tantas cosas que me faltan.»³¹

Todos estos testimonios tomados del natural hablan del desencanto, el agotamiento y la renuncia que para algunas mujeres significa la maternidad. «Cercena, come, chupa, absorbe, vacía, destruye, devora...» y sin embargo, dice B. Marbeau-Cleirens, «ninguna de las mujeres interrogadas tuvo más de cuatro hijos»³². Pero lo que más impresiona es el rencor y el deseo de venganza que se

29. *Ibidem*, P. 63.

30. Testimonios citados por B. Marbeau-Cleirens en *Psychologie des mères*, 1966, p. 92, ed. Universitaires.

31. *Ibidem*, p. 101.

32. *Ibidem*, pp. 92-93.

desprenden de estas declaraciones y que probablemente no se hubieran manifestado treinta años antes. Al romper francamente con la imagen tradicional de la madre, estas mujeres proclaman que no se dejarán atrapar más. Que su experiencia de madres malogró su vida de mujeres, y que si lo hubieran sabido antes...

Junto a las que se conforman con mencionar el fracaso de su experiencia maternal, otras feministas se han empeñado en destruir el mito de la maternidad natural. Para hacerlo, han cuestionado el concepto de instinto maternal: «¿Existe el instinto maternal, o en las relaciones entre madre e hijo están nada más que los sentimientos que experimentamos en las demás relaciones: amor, odio, indiferencia, en dosis que varían según los casos?... ¿Existe el instinto maternal o no es más que un enorme engaño? Un enorme engaño destinado a persuadir a las mujeres de que el “trabajo sucio” les corresponde a ellas, de que tienen que hacer siempre lo mismo, sin compartirlo y sin fin, siempre tienen que limpiar el piso que los chiquillos ensuciaron o darles el biberón»³³.

¿Qué clase de instinto es si se manifiesta en unas mujeres sí y en otras no? «Sobre 6 millones de mujeres que están en edad de procrear, hay solteras, hay casadas que no quieren tener hijos. Y además hay de 500.000 a 1.000.000 de abortos por año»³⁴.

En lugar de instinto, ¿no sería más válido hablar de una presión social extraordinaria dirigida a que la mujer se realice exclusivamente a través de la maternidad? Como dice muy bien B. Marbeau-Cleirens: «como la mujer puede ser madre, de allí se ha deducido no sólo que debía serlo, sino además que no debía ser otra cosa que madre, y no podía encontrar la felicidad sino en la maternidad»³⁵.

¿Cómo saber si el legítimo deseo de maternidad no es un deseo alienado en parte, una respuesta a presiones sociales (penalización de la soltería y de la no maternidad, reconocimiento social de la mujer en tanto madre)? ¿Cómo estar seguros de que ese deseo de maternidad no es una compensación de diversas frustraciones?

En realidad, unas y otras³⁶ dicen que la maternidad es un

33. *Maternité-esclavage*, 1975, p. 74 y 75 (10/18 n.º 915).

34. *Ibidem*, p. 76.

35. B. Marbeau-Cleirens, *op. cit.*, p. 136.

36. *Les femmes s'entêtent*, 1975, p. 176 (collection Idées, n.º 336). *Maternité-esclavage*, p. 101.

monstruo de dos cabezas (procreación y asunción de cargas), y la estrategia patriarcal está interesada en mantener la confusión entre una y otra. Es el escollo de la opresión femenina. Porque «la especialización de la mujer en la función maternal es la causa y la finalidad de los abusos que la mujer padece en el conjunto de la vida social... Primero movilizar a las mujeres hacia la maternidad, para poder después inmovilizarlas en ella más fácilmente»³⁷.

Para todas estas mujeres, la maternidad tal como es vivida desde hace siglos, es sólo el sitio de la alienación y la esclavitud femeninas. Reivindican, pues, el derecho absoluto a no tener hijos y proclaman la exigencia de «disociar la procreación de la responsabilidad de los hijos como exclusiva de las mujeres, única condición de que exista la opción de la maternidad»³⁸.

No cabe sino advertir la similitud de estos argumentos con los de las Preciosas en el siglo xvii. Unas y otras reprochan a la maternidad el alienar su vida de mujeres, y se niegan a que el solo hecho biológico del embarazo les quite durante mucho tiempo una libertad que consideran inalienable. Pero hay algo esencial que distingue a estas mujeres separadas por tres siglos. Las primeras se refugiaban en el ascetismo porque no tenían la menor esperanza de poder cambiar la sociedad masculina. Si se trataba de elegir entre dos clases de frustración, era preferible sacrificar el cuerpo y los placeres carnales y no la independencia. Hoy las mujeres rechazan la alternativa y el sacrificio, y están decididas más bien a cambiar el orden del mundo, o dicho de otro modo la conducta de los hombres. No solamente ya no quieren tener hijos para ganar el título de «mujer realizada», sino que para aceptar la procreación exigen que los hombres compartan con ellas las responsabilidades de la crianza y la educación.

Cierto que estas reivindicadoras constituyen solamente una minoría. Pero sería un error alzarse demasiado apresuradamente de hombros y arrojarlas al campo de las utópicas de pretensiones irrealizables. Aun cuando en primera instancia su discurso ha chocado a los hombres y a la mayoría de las mujeres, sus ideas se han abierto camino, tal como lo confirman algunos estudios recientes. En septiembre de 1978 *F Magazine* informaba acerca de una en-

37. *Les femmes s'entêtent*, p. 176.

38. *Les femmes s'entêtent*, pp. 178-179. *Maternité-esclavage*, p. 102.

cuesta muy importante dirigida a 18.500 lectoras. Claro que no representan al conjunto de las francesas, más bien constituyen una vanguardia femenina. Estas mujeres son más jóvenes que el promedio de mujeres francesas: el 51 % tiene entre 25 y 34 años, contra el 17 % en toda Francia; tienen un nivel de instrucción superior: el 73 % tiene un nivel equivalente o superior al bachillerato contra el 10 % de la población femenina francesa. Además, el 57 % de las lectoras de *F Magazine* son asalariadas de tiempo completo, contra el 35 % del total de las mujeres.

Una de las preguntas formuladas trataba de medir la satisfacción que experimentaban al ocuparse de sus hijos: Ocuparse de los hijos (alimentarlos, bañarlos, educarlos) es:

1. bastante agradable	39 %	} 64 %
2. muy agradable	25 %	
3. más bien aburrido o francamente fastidioso	5 %	} 36 %
4. indiferente	3 %	
5. no tengo que hacerlo	21 %	
6. sin respuesta	7 %	

La cuarta parte de las lectoras de *F Magazine* encuentran muy agradable ocuparse de sus hijos, el 39 % moderan su satisfacción, y el 36 % responde negativamente o no responde (lo que es otro modo de contestar negativamente), como el 21 % que «no tienen que hacerlo».

Estos porcentajes nos obligan a reflexionar sobre la nueva mentalidad femenina. Sólo el 5 % dice que cuidar a los niños representa para ellas una carga, pero es preciso tener en cuenta la brutalidad de una pregunta que nadie se hubiera atrevido a formular hace treinta años. Todavía hoy es muy difícil responder a ella sin culpabilidad. Y es muy probable que la «indiferencia» o la negativa a responder sean el atajo elegido para expresar, sin confesárselo, su insatisfacción.

Por la misma época (octubre de 1978), la revista mensual femenina *Cosmopolitan* publicaba una encuesta dirigida a mil mujeres representativas de la población francesa. También esta encuesta ponía en evidencia que las mujeres ya no están dispuestas a asumir solas la atención de sus hijos. Ocho sobre diez pensaban que era normal que en una pareja el hombre y la mujer compartan las tareas domésticas, y deseable que los hombres se ocupen de sus hijos tanto como las mujeres.

Las respuestas dadas a una pregunta formulada por *F Magazine* son todavía más significativas: ¿Usted cree que una mujer puede tener una vida lograda sin tener hijos?

- | | |
|-------------------------------|------|
| 1. sí, claro, sin problemas | 41 % |
| 2. sí, pero es difícil | 34 % |
| 3. no, es una vida incompleta | 23 % |
| 4. no opinan | 2 % |

Cosmopolitan planteó la misma pregunta, pero de manera más personalizada: Tu amiga, tu hermana o tu hija decidió que no tendrá hijos:

- | | | |
|--|------|--------|
| 1. la apruebas plenamente | 27 % | } 43 % |
| 2. la apruebas, pero te molesta un poco | 16 % | |
| 3. no puedes contestar | 12 % | } 45 % |
| 4. la desapruebas pero aceptas hablar del tema | 20 % | |
| 5. la desapruebas por completo | 25 % | |

Estas respuestas son sorprendentes. Muestran que por primera vez hay una mayoría de mujeres que ya no circunscribe la femineidad a la maternidad, y creen que es perfectamente posible ser una mujer cumplida sin tener hijos. Idea absolutamente incompatible con la imagen tradicional de la mujer e incluso con las premisas del psicoanálisis.

Al comentar estos resultados, la publicación *F Magazine* hacía dos reflexiones importantes. Antes el hijo enmascaraba todo. Era el refugio, la solución, la recompensa, la posesión. Actualmente, la presencia de los niños en una casa parece ser un factor de disminución del placer de vivir de a dos (sobre cuarenta y cuatro parejas sin hijos, veintiocho están muy satisfechas de su vida).

En segundo lugar, la presencia de los niños hace más difícil la situación de la mujer en la casa, y «menos deseable» que la del hombre. Sin hijos la mayoría de las mujeres consideran que su situación es equivalente a la del hombre: sólo una mujer de cada tres los envidia. Pero si en la casa hay niños una mujer de cada dos considera que la situación del hombre es más deseable... Y *F Magazine* concluye: se diría que cada mujer ha decidido juzgar de acuerdo con su situación personal y no de acuerdo con criterios tradicionales: «La maternidad es un don y no un instinto, como se pretende hacer creer. Dejen en paz a las que no están dotadas para eso»³⁹.

39. *F Magazine*, septiembre de 1978 n. 93.

Esta frase debiera ser la consigna del próximo tratado sobre la nueva educación de las niñas. Que el futuro Fénelon sepa que ésa es la condición de la felicidad de los hombres, porque forzando a las mujeres a ser madres contra su deseo, se corre el riesgo de generar niños desdichados y adultos enfermos.

Un informe reciente ⁴⁰ de la fundación A.A. Giscard d'Estaing da cuenta de varios miles de niños gravemente maltratados al año, y el Congreso de Estrasburgo ⁴¹ cuyo tema era «el niño maltratado» revelaba que los niños no son objeto de malos tratos exclusivamente en los medios desfavorecidos. Puso en evidencia una noción nueva: «maltrato por omisión», esto es, el niño moralmente abandonado a sí mismo. Casos más frecuentes y también más difíciles de detectar porque no dejan huellas de golpes, heridas ni fracturas. Las violencias que se cometen contra los niños y el abandono que padecen bastarían para demostrar que el amor de los padres, y especialmente el de la madre no es natural, que las pruebas de amor y la abnegación no pueden darse por descontado. Hay otras señales que vienen a corroborar esta idea. El hecho, por ejemplo, de que se hable cada vez más del «oficio materno», o de «salario maternal», ¿no prueba que la maternidad es una tarea que no se cumple espontáneamente? El proyecto de pagar a las madres para que se ocupen de sus hijos, ¿no indica que la mujer no es una simple hembra?

Aunque los natalistas más encarnizados sigan pensando que pagando a las mujeres para que se dediquen a ser madres conseguirán su objetivo, la sociedad en general parece registrar la distancia que las mujeres están tomando respecto de la maternidad. La sociedad se decide a comprobar el fin del reinado del niño. P. Ariès confiaba recientemente: «Se diría que nuestra sociedad está dejando de ser "Child-oriented" como lo fue a partir del siglo XVIII. Lo cual significa que el niño está perdiendo su monopolio tardío y tal vez exorbitante, que para bien o para mal vuelve a ocupar un lugar menos privilegiado. Asistimos al fin de los siglos XVIII y XIX»⁴².

40. Informe publicado en noviembre de 1979.

41. Véase el informe del *Matin* del 28 de abril de 1979.

42. Diálogo de J.B. Pontalis con Philippe Ariès en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 19, 1979, p. 25.

En el post-scriptum P. Ariès menciona una información que apareció en *Le Monde* del 23 de marzo de 1979 referida a la absolución de una mujer infanticida. Esta mujer explicó ante el tribunal que no podía asumir ni física ni moralmente el nacimiento de ese niño, y los jueces la habían comprendido. Ariès interpretaba que este veredicto era síntoma de una mentalidad nueva. Cabe agregar —porque el hecho es excepcional— que en este caso el jurado se identificó con el asesino (la madre) y no con la víctima (el hijo... o su hijo).

Refiriéndose a los padres, F. Dolto decía: «muchos de ellos ya no quieren a sus hijos»⁴³. En primera instancia, parecería que hay que ensanchar la proposición. No son solamente los padres quienes ya no quieren a sus hijos, sino también las madres. Pero seamos cautelosos: ¿hubo alguna vez una edad de oro en este terreno? ¿Hemos de suponer que antes los hombres y las mujeres tenían sentimientos más profundos y espontáneos hacia sus hijos? Por mi parte, no estoy demasiado segura, porque la larga historia de la autoridad paterna y del amor maternal pone de relieve los fallos, las mentiras, las frustraciones y el egoísmo que los acompañan.

Hacia el padre-madre

En un segundo tiempo, podríamos plantearnos el problema de saber si contrariamente a lo que dice F. Dolto, el amor paternal no está haciendo su aparición en la historia de los sentimientos. Hemos visto que antes de finales del siglo XVIII la familia estaba regida por el sacrosanto principio de la autoridad paterna, y que posteriormente, bajo la influencia sucesiva de Rousseau y de Freud, la relevó el amor maternal. Hoy —tal vez sea demasiado prematuro afirmarlo— se diría que el padre, habiéndose despojado de su imagen autoritaria, se identifica cada vez más con su mujer, es decir con la madre. Al tiempo que las mujeres se «virilizan» y toman distancia respecto de la maternidad, aparece, sobre todo en los hombres jóvenes, el deseo, si no de maternidad, de cumplir funciones de madre. No solamente hay cada vez más padres divorciados que

43. Reportaje otorgado a Anne Gaillard en *Le Nouvel Observateur* del 19 de marzo de 1979.

piden la tutela de sus hijos pequeños, sino que estudios recientes constatan en los padres jóvenes actitudes y deseos tradicionalmente calificados como maternales.

La revista mensual *Parents*⁴⁴ publica una encuesta sobre los franceses y la paternidad que muestra que también el hombre ha cambiado mucho. Tal vez haya que hablar de una «revolución de la mentalidad masculina». El nuevo padre participa del embarazo de su mujer, comparte las alegrías del nacimiento y las tareas cotidianas de la crianza reservadas antes a la madre. A la pregunta: «¿Tiene la impresión de que el embarazo de su mujer tuvo repercusiones o no en su estado físico o moral?», el 27 % respondió «sí». Entre ellos, el 27 % experimentan una gran tensión nerviosa, el 7 % subieron demasiado de peso, el 13 % padece insomnios.

A la pregunta: «Cuando una mujer espera un hijo existe entre ella y su bebé un sentimiento de complicidad, de intimidad. Personalmente, ¿usted diría que participó de esa intimidad o que se sintió excluido?», el 81 % dicen haber participado de esa intimidad, contra un 8 % que dicen haberse sentido excluidos. La mitad de ellos lo experimenta a partir del anuncio del embarazo, y uno de cada tres a partir del momento en que el bebé comienza a moverse. Por último, el 62 % de los padres jóvenes asiste al parto de su mujer y tiene el sentimiento de participar en el acto de nacimiento.

Cuando el niño ha nacido, el padre participa también en las «tareas maternales». Cuando nació su último hijo usted se ocupó sistemáticamente de:

— darle el biberón o la comida con cucharita	74 %
— prepararle el biberón o la comida	65 %
— pasearlo	64 %
— acunarlo cuando llora	60 %
— cambiarlo	53 %
— levantarse de noche	50 %
— bañarlo	40 %
— llevarlo a la niñera o a la guardería	26 %

Sólo el 17 % desearía quedarse en casa para ocuparse de los niños mientras la mujer trabaja afuera para mantener a la familia.

44. *Parents*, junio y julio de 1979: encuesta realizada por el I.F.O.P. que interrogó a un muestreo nacional representativo de padres jóvenes (de 18 a 30 años).

Lo que indica que la gran mayoría de los hombres aceptan compartir las tareas familiares pero no la sustitución de los papeles tradicionales.

Otra pregunta que ha sido formulada a los padres: Según ha observado, cuando el niño necesita demostraciones de afecto, ¿a quién se dirige?

- al padre 11 %
- a la madre 35 %
- a uno u otro sin distinción 43 %
- no se pronuncian 11 %

Estas respuestas muestran que las mujeres ya no monopolizan la ternura.

A la inversa, los padres ya no tienen el monopolio de la autoridad, si hemos de atenernos a las respuestas dadas a la pregunta siguiente. ¿Qué pasa cuando el niño hace una tontería?

- lo reprende el padre 21 %
- lo reprende la madre 16 %
- la madre le pide al padre que lo reprenda 3 %
- lo reprenden uno u otro, sin distinción 42 %
- no se pronuncian 18 %

Por último, en caso de divorcio el 54 % de los padres aseguran que pedirían la tutela de sus hijos pequeños, contra el 24 % que no la pedirían y el 22 % que no contesta. Cabe suponer que los padres experimentan algo de culpabilidad si dicen que no reclamarían a sus hijos, como les sucedía antes a las madres. Pero esto también es significativo de un cambio de mentalidad. Como la madre, ahora también el padre se siente responsable de su hijo. Siente a su vez que le debe atención, cariño y sacrificios. Y que no basta para ser un buen padre aparecer accidentalmente en la habitación del niño para hablar con él, o llevarlo a pasear para que vea cosas interesantes.

Presionado por las mujeres, el nuevo padre cumple funciones de madre al igual y a imagen de ella. Se insinúa como otra madre entre la madre y el niño, quien establece indistintamente un contacto casi tan íntimo con su madre como con su padre. Para convencerse de ello, basta con observar las fotos cada vez más numerosas de las revistas, que muestran a padres semidesnudos estrechando en los brazos a sus recién nacidos. La ternura maternal que se lee en sus rostros no choca a nadie. Sí, después de siglos de autoridad y de

ausencia paternas, parecería que nace un nuevo concepto, el de «amor paternal», que se asemeja al amor de la madre hasta el punto de confundirse con él.

Es probable que esta nueva experiencia de la paternidad sea en gran medida atribuible a la influencia de las mujeres, que reclaman cada vez más compartir todas las tareas, incluida la de amar a los niños. Presionan, pues, en este sentido a los hombres que las aman. También es posible que la dosis de femineidad que existe en todo hombre salga ganando con ello. Pero no podemos descartar la posibilidad de que las mujeres hagan pesar sobre los hombres una responsabilidad y una presión tan fuertes como las que los hombres de los siglos xviii y xix hicieron pesar sobre ellas. De ahora en adelante, las mujeres «forzarán» a los hombres a que sean buenos padres, a que compartan de manera ecuánime los placeres pero también las cargas, las angustias y el sacrificio de la maternidad. No hay ninguna seguridad de que los hombres se den por satisfechos. Si no lo estuvieran, la futura natalidad de los países desarrollados —los únicos, por el momento, que han accedido a esta evolución de las costumbres— se verá todavía más disminuida...

¿El paraíso perdido o reencontrado?

Al recorrer la historia de las actitudes maternas, nace la convicción de que el instinto maternal es un mito. No hemos encontrado ninguna conducta universal y necesaria de la madre. Por el contrario, hemos comprobado el carácter sumamente variable de sus sentimientos, de acuerdo con su cultura, sus ambiciones, sus frustraciones. Cómo no llegar a partir de allí a la conclusión de que el amor maternal es sólo un sentimiento, y como tal esencialmente contingente, aunque sea una conclusión cruel. Este sentimiento puede existir o no existir; puede darse y desaparecer. Poner en evidencia su fuerza o su fragilidad. Privilegiar a un hijo o darse a todos ¹. Todo depende de la madre, de su historia y de la Historia. No, no existe ninguna ley universal en este terreno que escape al determinismo natural. El amor maternal no puede darse por supuesto. Es un amor «no incluido».

Si tuviéramos que trazar la curva de este amor en Francia de cuatro siglos a esta parte tendríamos una sinusoidal con puntos fuertes antes del siglo xvii y en los siglos xix y xx, y puntos débiles en los siglos xvii y xviii. Es probable que a partir de 1960 hubiera que volver a curvar la línea hacia abajo, señalando cierto reflujó del sentimiento maternal clásico, y hacer aparecer simultáneamente el

1. Fenómeno que los psiquiatras y psicoanalistas de niños conocen muy bien.

comienzo de una línea nueva de amor: el amor del padre. Al parecer, el amor maternal ha dejado de ser una exclusividad de las mujeres. Los padres nuevos actúan como madres, quieren a sus hijos lo mismo que ellas. Lo cual parecería probar que ya no hay una especificidad del amor maternal ni del paternal. ¿Significa esto que ya no hay una especificidad de los respectivos papeles del padre y la madre, y que hay una tendencia creciente a la identificación entre el hombre y la mujer?

Es cierto que si los miramos de espaldas o de lejos, vestidos y peinados del mismo modo, el hombre y la mujer jóvenes tienden a confundirse. Las mujeres tienen menos senos, menos caderas y menos nalgas. Los hombres, menos músculos y hombros más estrechos. Al menos en apariencia, existe el unisexismo.

Desde el punto de vista psicológico, hoy ya no se sabe muy bien lo que distingue al varón de la niña. El Congreso Internacional de psicología infantil que tuvo lugar en París en julio de 1979 tuvo dificultades en discernir esas diferencias. Según sus conclusiones, no hay ninguna prueba de que la pasividad sea propia de las niñas, como tampoco la susceptibilidad a la sugestión y la tendencia a subestimarse. Tampoco hay ninguna prueba de que el afán de competencia esté más extendido en los varones, ni el miedo, la timidez y la ansiedad en las niñas. Que los varones tengan tendencias dominantes y las niñas una mayor capacidad de sumisión. Ni siquiera que las conductas llamadas «maternales» o «nutricias» sean más específicamente femeninas que masculinas. De hecho, el tradicional «papá lee y mamá cose»² está siendo modificado. Mamá puede leer o hacer reparaciones, mientras papá pone pañales o da el biberón. Ya nadie se sorprenderá por eso.

¿Esto significa que el padre es idéntico a la madre? Y si ése fuera el caso, ¿qué consecuencias tendría para el niño? Nadie puede contestar con certeza a estas dos preguntas, fundamentales para el futuro de la humanidad. A lo sumo, se pueden aventurar dos hipótesis contradictorias.

Por unanimidad, los psicoanalistas ven en esta identificación de funciones una fuente de confusión para el niño. ¿Cómo podrá asu-

2. Título de un notable estudio sobre la imagen estereotipada de las funciones del padre y la madre en los manuales escolares de Annie Decroux-Masson, De-noël-Gonthier, 1979.

mir conciencia de su sexo y de su función, se preguntan? ¿Con quién tiene que identificarse para acceder a la adultez? Sea niña o varón, la criatura humana sólo adquiere una estructura mental sólida después de haber superado el complejo de Edipo, esto es, una relación triangular y conflictiva. ¿Qué será de él si papá y mamá son lo mismo, y ya no ofrecen puntos de referencia sexuales diferenciados? Si el padre encarna indistintamente la ley y el amor maternal, ¿logrará el niño crecer y superar el estadio infantil de la bisexualidad? Por último, si como aseguran los psicoanalistas la madre tiene que encarnar el amor (la irracionalidad) y el padre la ley universal, la confusión de papeles no puede sino generar la pérdida de la razón. De modo que no habría allí otra cosa que un proceso de deshumanización, fuente de psicosis y de desgracia.

Otros, optimistas, creyentes incorregibles en el progreso humano, tal vez digan lo contrario. Tal vez vean en el unisexismo el gran camino hacia la bisexualidad, hacia la plenitud que los hombres han soñado durante tanto tiempo. Recordarán el mito de Aristófanes, y de esa criatura andrógina «dos en uno» que simbolizaba el poder y la felicidad humanos antes de que los dioses presas de celos los castigaran cortándolos en dos. Después de todo ¿por qué el hombre y la mujer del mañana no refundarían el paraíso perdido? ¿Quién podría afirmar que el nuevo desorden generado por la confusión de funciones no ha de ser el origen de un nuevo orden, más rico y menos coercitivo?

Cuidémonos de responder a estas preguntas, que pertenecen a la futurología o a la mitología. Simplemente, registremos el nacimiento de una voluntad femenina irreductible, que quiere compartir con los hombres el universo y los hijos. Y esta voluntad transformará sin duda la condición humana del futuro. Sea que se anuncie el fin del hombre o el paraíso reencontrado, una vez más será Eva quien habrá modificado la suerte.